

Selección RNR

EL PRIMOGÉNITO

LA RENDICIÓN DE UN LIBERTINO I

LAURA MERCÉ



Romance Histórico

El primogénito
Primera parte

Laura Mercé



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A la memoria de don Juan Carlos Llaguno y de Norma Juarez de Colman

*Mi infinito agradecimiento a Nieves Beltrán por su perseverancia y
cariño; gracias por creer en mí.*

Dedicado a Carlos Eduardo Diego, Marisol y Silvina.

Para Agostina y Alessia... con todo mi cariño.

«Cuanto más nos inclinamos a la naturaleza de los placeres, más propensos somos a la licencia que a la decencia».

Aristóteles, 384-322. (Filósofo griego)

NOTA DE LA AUTORA

Aunque esta novela, y las dos que le han de seguir, son una obra de ficción, muchos de los personajes e historias que aparecen están inspiradas en hechos reales de los que solo me limité a cambiar nombres, lugares y circunstancias, procurando ser siempre fiel al ambiente histórico durante los turbulentos siglos XVIII y XIX en España, lugar donde transcurre la acción de cuanto se relata.

Las descripciones de esta novela acontecen en un mundo muy lejano al nuestro, un mundo ya desaparecido, regido por diferentes códigos de honor, lealtad y moralidad, en tiempos donde los hombres vivían y morían en actos heroicos o, simplemente, por el amor de una mujer.

Laura Mercé

PRÓLOGO

Sur de España, 1807

En todos los salones y tertulias familiares se hablaba siempre con gran escándalo, cuidando de que los niños ni las jovencitas estuvieran presentes, de las «inmorales» calaveradas del primogénito de don Pedro Ibáñez.

Los relatos de sus desenfrenos amorosos y sus constantes riñas, muchas de estas causadas por las amenazas de airados padres y hermanos que juraban matarlo si no reparaba las faltas cometidas, iban de boca en boca y de ciudad en ciudad, con el consiguiente temor entre las familias con hijas casaderas.

Hasta que Diego cumplió los veinte años, fue su padre quien tuvo que arreglar aquellos bochornosos asuntos. Por suerte, el dinero le servía para aplacar las ansias de venganza de la mayoría de los injuriados.

Desde muy niño, el heredero de don Pedro se había empeñado en rechazar cualquier disciplina, salvo la del estudio; aun así, pese a la esmerada educación que su madre y un gran número de ayos le habían inculcado, él parecía dispuesto a desafiar todas las reglas de la sociedad a la que pertenecía.

En lo que concernía a la formación de sus hijos (sobre todo, del primogénito), el señor Ibáñez, de manera encubierta, siempre había estado en desacuerdo con su esposa; él estaba convencido de que ningún hombre debía avergonzarse por la falta de ciertas «sutilezas y finuras» que, según doña Clemencia, formaban parte de una esmerada educación. Para don Pedro, saber leer, escribir, restar y sumar era más que suficiente; con esas cuatro reglas ya

se podía ir con tranquilidad por el mundo.

El dueño de las bodegas Ibáñez pertenecía al linaje de los hombres sencillos y rudos que entretenían sus ocios en obrar, y no tanto en pensar. Para él, así como para su grupo de amigos, la caza, jugar algunas partidas de cartas, reunirse a beber unos tragos y asistir a todas las romerías, fiestas y tertulias familiares eran una manera de gozar de la vida en plenitud.

Con el correr de los años, las preocupaciones de don Pedro, lejos de atenuarse, iban en aumento al comprender que el mayor de sus hijos tampoco demostraba interés por las prósperas bodegas de la familia, que en aquella comarca jerezana representaban una antigua y honorable dinastía. De hecho, ese inmenso patrimonio, el mayor orgullo del padre, no parecía significar nada para el hijo.

Por si eso fuera poco, a don Pedro y su esposa aún les quedaba otra pesadumbre más que iba llenándolos de ansiedad: Diego, con veinticuatro años ya cumplidos, tampoco mostraba el más mínimo interés en formar una familia. Al hablar sobre el tema con su grupo de amigos, el joven solía repetir: «¡Ahhh, el matrimonio! Ese bendito sacramento que solo nos acarrea disgustos y sinsabores. ¿Por qué arruinar esta vida tan estupenda que tengo? Creo que un hombre no debería contraer enlace hasta no haber hecho todo cuanto desea hacer. Si un hombre se encadena a una esposa antes de tiempo, estará perdido. ¡Hay tantas mujeres hermosas, y la vida resulta tan corta para alcanzarlas a todas...!».

Dentro de los círculos sociales a los que Diego pertenecía, la gente siempre se hacía la misma pregunta: «¿Pero de qué cepa habrá sacado don Pedro Ibáñez ese mal sarmiento?», y muchos otros exclamaban indignados: «¡Es un vicioso libertino; un mal ejemplo para la sociedad, además de un peligro para nuestras hijas!».

Solo en los campos, donde quizás era más conocido, al joven Ibáñez se lo defendía a rajatabla: «¡Ese don Diego es único; algo calavera y loco, pero su juventud y guapeza le sirven de excusa! Eso sí, nadie puede negar que tiene un

gran corazón, y todos lo queremos mucho». «¿Que molesta a nuestras mujeres? ¡Son puras calumnias! ¡Lo que sucede es que al hijo del amo se le ofrecen todas... y él no tiene voluntad para rechazarlas!». «¡Es muy noble; a todos nos trata como si fuéramos de su mismo rango!». «El señorito Diego es rico ¡y los ricos no tienen otra obligación que no sea la de divertirse!». Otros solo murmuraban moviendo la cabeza: «Cosas del señorito».

Diego Ibáñez representaba, en la intrincada sociedad a la que pertenecía, un claro ejemplo de esa juventud rica y ociosa, que era dueña de todo el país. Y aquellas humildes personas, acostumbradas por forzado respeto a los ruidosos placeres de sus poderosos amos, lo disculpaban como si eso fuera solo una obligación del joven rico.

De las andanzas del joven Ibáñez se podía hablar días y días, y siempre quedaba algo más por decir; incluso se podía completar un voluminoso libro con sus continuos libertinajes y también con sus aventuras y desventuras.

Diego tenía innumerables defectos, y eso nadie podía negarlo: inconstante, libertino, voluble, cínico e irreflexivo; con una cortesía que delataba una cierta majestuosidad dilapidadora, junto a un humor solapado y paciente, incluso en el disimulo y en el engaño. Además de eso, estaba dominado por una exacerbada sensualidad. Y muchos aseguraban que el esbozo de su semicontenida sonrisa burlona —que a perpetuidad se reflejaba en su semblante— era un gesto bien estudiado del que se valía para acentuar su seducción.

No obstante, el primogénito de la familia Ibáñez también poseía las buenas cualidades que permitían sus defectos: franco, leal, gentil, magnánimo y, a menudo, un modelo de altruismo que llegaba a romper con el tópico del «prepotente señorito andaluz».

Las personas que de verdad lo querían solían destacar la sinceridad de su carácter, además de su lealtad y sentido del honor, que lo señalaban como un implacable justiciero defensor de los más débiles y amigo fiel de todos los marginados. Y era así como Diego podía pasearse con tranquilidad, a la hora

que fuera, por los peligrosos arrabales de Cádiz y de Jerez de la Frontera, sin que ningún peligro lo amenazara.

Para completar las virtudes del joven Ibáñez, se podía agregar que, además de su fama de benefactor, de galán afortunado y de temible duelista, estaba catalogado como el mejor jinete y domador de potros en varias leguas a la redonda.

CAPÍTULO 1

Introducción a la historia de la familia Ibáñez

En aquella soleada mañana de abril, sobre los lomos de su caballo blanco, Diego Ibáñez ofrecía una imagen de belleza masculina. Vestía negros calzones de montar, blusa blanca (sobre la que llevaba un chaleco de corte extranjero) y botas altas de piel oscura. Su cabeza la cubría un ladeado sombrero portugués, con moño de felpa y cordón de oro y, ceñida a su cintura, una faja de seda roja.

A galope corto, mientras cruzaba huertas y senderos, acabó internándose en los extensos viñedos propiedad de su padre, los mismos que desde sus sarmientos arrojaban el «oro» de las uvas en generosa abundancia.

Allí, Diego, después de aflojar las riendas, espoleó a su caballo, y lo obligó a lanzarse en un vertiginoso galope por entre las bien alineadas viñas, dándole ánimos, entre gritos y el toque de los talones. Desde sus lugares de trabajo, los viñadores dejaron sus tareas y siguieron con la mirada al hijo del amo y su caballo que, a gran velocidad, corrían a lo largo de las estrechas sendas. Al llegar al final de un vallado, el jinete gritó:

—¡Vamos, Rayo, bonito! ¡Salta! ¡Salta!

El animal plantó las orejas al tomar mayor impulso y, antes de llegar a los altos setos, recogió las patas delanteras, alzándolas para enseguida saltar el obstáculo como un pájaro en el aire.

Pletórico de excitación, Diego, a la vez que daba un grito victorioso, le acarició el tembloroso

cuello, murmurándole:

—¡Eres formidable, Rayo, no hay otro igual a ti!

Enseguida volvieron a salir disparados mientras dejaba detrás de sí una nube de blanquecino polvo. Jinete y caballo se complementaban muy bien: cada uno sabía lo que el otro deseaba, ya que ambos eran audaces e irreflexivos.

Tras haber abandonado los viñedos, se internaron entre un bosque de añosos árboles, en cuyos troncos las zarzamoras formaban sus tupidos vallados. Los rayos del sol de la mañana, como ascuas iridiscentes, se convertían en pinceladas de oro sobre la campiña.

Minutos más tarde, llegaron a un camino bordeado de altos chopos. En medio de aquel sendero, Diego divisó la figura de un chiquillo que corría hacia él llamándolo. Mientras sonreía, se aupó sobre su cabalgadura y alzó el brazo en señal de saludo. En seguida taconeó los flancos del caballo azuzándolo. Al ver al hijo del amo acercándose a la carrera, el niño se quedó quieto.

Segundos después, el jinete detuvo de golpe a su semental y este, al emitir un sonoro relincho, se plantó en seco a la vez que elevó las patas, mientras su dueño lo obligaba a hacer otra exhibición. Tras aquel alarde de destreza, Diego lo saludó sonriente:

—¡Hola, Pepillo!

El chiquillo parpadeó varias veces antes de pregonar admirado:

—¡De verdad, es usted magnífico! Ya lo dice siempre mi padre: «El señorito Diego es el mejor caballista de toda España... ¡Ni los centauros se le pueden comparar!».

Diego, en medio de una carcajada, exclamó:

—¡Será mejor que no continúes diciéndome eso, porque al final terminaré creyéndomelo! —Al instante, tras mostrar curiosidad, inquirió—: Oye, ¿venías en mi busca?

Pepín replicó:

—Sí, señorito, su señor padre me ordenó ir a las viñas a buscarlo. ¡Pero, cuando llegué allí, me dijeron que usted acababa de marcharse!

El joven Ibáñez se llevó una mano a la frente, para después proferir:

—¡Demonios, me olvidé por completo! ¡Le prometí que estaría en su despacho antes de las nueve! —Con aire resignado agregó—: ¡Estará furioso!

El chiquillo se apoyó en el tronco del álamo y, desde allí, al poner las manos sobre los ojos, para evitar encandilarse con el sol, afirmó:

—Sí, señorito Diego; mi señor don Pedro estaba enfadadísimo.

Diego sonrió pensativo. Sí, con toda seguridad estaría de muy mal humor; pero él jamás había sentido miedo de su padre. Sabía que, detrás de su furibunda apariencia, se escondía un hombre afable y que sus rabieta duraban apenas unos minutos.

Rayo, sin dejar de emitir sonoros bufidos, se removía inquieto.

—Tendré que ir a disculparme con él —murmuró el joven con un gracioso resoplido. Seguido a eso, tras haber sujetado las bridas, le ofreció su mano al chiquillo y le pidió—: ¡Sube, Pepín, te llevaré en mi grupa! De un salto, el niño se sentó detrás del jinete. El caballo se sacudió nervioso.

—¡Cógete fuerte de mí! —ordenó Diego mientras espoleaba al animal gritándole—: ¡Vamos, Rayo, corre!, ¡corre!

A continuación, en frenético galope, salieron a campo traviesa. Pepín, aferrado a su cintura, sonreía encantado de compartir cabalgadura con el señorito Diego, al que admiraba por sobre todas las cosas. Él conocía los relatos de sus hazañas que, a pesar de que no todas eran loables, siempre lo pintaban como a los héroes legendarios de los cuentos, amados por las mujeres y por los marginados.

Instantes después apareció a lo lejos un antiguo edificio resplandeciente de blancura que contrastaba con el verde de los campos circundantes. Eran las bodegas de don Pedro Ibáñez, que ocupaban unos tres mil metros cuadrados de extensión hasta formar aglomeraciones de edificios que cubrían una ligera pendiente.

Todos los Ibáñez, a lo largo de doscientos años de tenaz posesión, le habían añadido nuevas construcciones, y aún había sitio para más. Muy cerca de la

fachada del edificio principal, se encontraban innumerables macizos de flores y plantas en grandes explanadas.

Ante el alboroto de las gallinas y el ladrido de algunos podencos, el caballo entró en el ancho portal hasta llegar al patio de blancas arcadas, donde Diego lo detuvo. Mientras esquivaba las piruetas que los perros daban a su alrededor, bajó de su cabalgadura, a la vez que Pepín lo imitaba con un ágil salto.

Diego saludó a unos niños que jugaban sobre un viejo carretón. Sin dejar de sonreír, les gritó cariñosas palabras mientras se quitaba el sombrero y luego lo colocaba, de manera mecánica, sobre la cabeza de Pepín quien, mostrándose ufano, con remarcado aire de superioridad, miró a los demás chiquillos. Diego también le entregó las riendas de su caballo.

—Por favor —le solicitó cariñoso—, conduce a Rayo al establo y pídele a tu padre que lo refresque y lo atienda hasta que yo salga; y tú cuida de mi sombrero, ¿eh?

El muchachito pareció ensancharse aún más de satisfacción y orgullo:

—¡Sí señorito! ¡Descuide, se lo cuidaré muy bien! —respondió a la vez que tiraba de las riendas, no sin antes lanzar otra mirada al grupo de niños, que lo observaban ceñudos en actitud expectante.

Cuando el caballo pasó junto a Diego, este, dándole una palmada en las ancas, le dijo cariñoso:

—Adiós, amigo. Descansa, que bien te lo mereces.

Pepín, derretido de vanidad, se dirigió hacia donde estaban sus «camaradas», sintiéndose acechado por aquellas miradas llenas de envidia. Pavoneándose con ademán jactancioso, se tocó el sombrero y los saludó despectivo. Al instante, un coro de airadas voces le gritaron:

—¡Imbécil, ¡engreído! ¡Porque el señorito Diego te ha traído en su grupa, te crees más importante que nosotros!, ¿verdad? ¡No olvides que solo eres el hijo del cochero!

Pepín, con una sonrisa condescendiente, murmuró desdeñoso:

—¡Ahhh, como dice mi bisabuela, si la envidia fuera tiña...!

Y dirigiéndoles una mirada compasiva, continuó sin volverse, mientras el grupo de chiquillos seguían gritándole imprecaciones.

Diego Ibáñez, sin dejar de repartir sonrisas y saludos entre los obreros que cumplían sus tareas por doquier, caminó en dirección al edificio principal de las bodegas. De todas partes llegaban sonidos de herramientas, tintineos de cadenas y relinchos de caballos mezclados con las voces de los trabajadores.

Al pasar por el taller de tonelería, Diego se detuvo un momento para saludar a los toneleros que, al verlo aparecer, dejaron de golpear con sus mazas los aros que aprisionarían la madera de los inmensos recipientes de vino. El joven les dirigió a todos otras palabras divertidas mientras ellos festejaban las ocurrencias del hijo del amo.

Desde allí, de manera periódica, salían centenares de barriles para ser embarcados en Cádiz, y para luego distribuir los vinos de la casa Ibáñez por gran parte del mundo.

Diego prosiguió su camino; instantes después, llegó hasta unas enormes puertas. En el momento en el que iba a entrar, le salió al encuentro un joven bien parecido que, con las manos en jarras, se plantó frente a él.

—Vaya, Diego, por fin apareces —le dijo, mientras movía la cabeza con aire reprobador.

—Hola, Gustavo.

—Te advierto que tu padre está... que trina —agregó el nombrado.

—Lo imagino.

—¿Solo lo imaginas?, le prometiste que estarías aquí antes de las nueve, y apareces casi dos horas más tarde... tan tranquilo. Tuvimos la visita de... creo que eran escoceses. Menos mal que uno de ellos entendía el español bastante bien; pero tu padre asegura que, si tú hubieras estado aquí, habrían hecho un encargo mayor. —Mirándolo burlón, agregó—: Te perdiste ver a unas mujeres que los acompañaban, muy bonitas... —concluyó guiñándole un ojo.

—Me olvidé por completo. ¡Dios, qué cabeza la mía! Tú me crees, ¿verdad?

Gustavo, alzándose de hombros, respondió:

—No es a mí a quien tienes que convencer, sino a tu padre. Lo malo es que tendrás que soportar el peor sermón de los últimos tiempos. Diego, ten más sentido común —le regañó Gustavo—; tú serás el heredero de todo esto. —Y, como si abarcara con sus manos el horizonte, añadió—: Mira..., mira todo lo que tienes enfrente, y más allá de los campos, ¿no te parece algo hermoso? Creo que tendrías que comenzar a pensar en los deseos de tu padre, y dejarte de locuras...

Diego se echó a reír burlón.

—Vamos, amigo, todas las personas, quien más, quien menos, necesitamos un poco de locura; sin locuras, la vida sería demasiado aburrida.

—¡Ufff, contigo no se puede razonar! ¿Es que... nunca piensas cambiar?

—¡Genio y figura, hasta la sepultura! —replicó Diego jocoso. Seguido a eso, poniéndose serio, con aire soñoliento, agregó—: Tú ya me conoces.

Gustavo suspiró desalentado. Tomando la iniciativa, le dijo:

—Vamos, entremos de una vez, a ver si logras apaciguar a tu padre.

—Espera —le interrumpió Diego, llevándose la mano al bolsillo del chaleco, de donde extrajo una carta—: ¿No adivinas de quién es?

Gustavo, al mirar el lacre del sobre, apuntó:

—¿Lleva un emblema... inglés?

Diego asintió.

—Carlos Temple regresó ayer de Londres —exclamó—. Él mismo me trajo esta carta de su prima Janet. Cuando me la dio, no lo podía creer...

—¿La inglesita que conociste el año pasado? —preguntó Gustavo con evidente interés.

—La misma. Luego te lo contaré.

Su amigo, mientras asentía, replicó:

—Sí, más tarde hablaremos con tranquilidad. Mi padre se ha quedado con el tuyo, con la intención de que a don Pedro se le aplacara la furia, que no era poca.

El joven Ibáñez suspiró.

—Espero que don Sancho lo haya logrado.

Gustavo, mirándolo con tono burlón, replicó:

—Aunque así fuera, del sermón no te salvarás. ¿Vamos?

Al ver que su compañero continuaba sin moverse, volvió sobre sus pasos.

—¡Qué fastidio...! —lo oyó despotricar—. Ahora tendré que soportar las interminables regañinas de mi padre. Y encima ha empezado a dolerme la cabeza.

Gustavo se echó a reír.

—La cabeza te duele por tus locuras nocturnas —le rebatió—. ¡Anda ya, entremos de una buena vez!

Al instante, ambos se adentraron por los húmedos corredores de la bodega. Por todas partes se veían alineados, en triple fila, algunos en inalcanzables alturas, los enormes toneles de vino. El vaho que transpiraba el roble de los barriles y las gotas derramadas en el suelo por el constante trasiego se sumaban al fuerte olor del mosto.

Los jóvenes cruzaron una amplia nave para entrar en otro edificio, donde se guardaban las antiguas soleras, en las que se añejaban los vinos de crianza. Sobre las bóvedas retumbaba el sonido de las voces de los obreros, ampliadas por un constante eco. De ahí atravesaron un almacén en el que reposaban las barricas más antiguas, la mayoría cubierta de telarañas y de abundante polvo. Algunas tenían la madera tan húmeda que parecían próximas a deshacerse.

Cada vez que Diego las observaba, se hacía la misma pregunta: «¿Qué pasaría si alguno de estos titanes estallara? Seguro que el salón no tardaría en inundarse y ahogar a todas las personas reunidas aquí». Aquellos inmensos toneles representaban el prestigio de las bodegas y el orgullo de su propietario. Casi todos estaban bautizados con los nombres de legendarios héroes de la historia española, y también de algunos de sus monarcas. Y, al frente de todos, estaba el tonel más antiguo construido en el siglo *xvi*, cuando España aún era dueña de casi el mundo entero. Al llegar al final de las hileras,

Diego se detuvo.

—Qué ganas tengo de salir de aquí y echarme a dormir unas horas — murmuró mientras sofocaba un bostezo.

Gustavo, a la vez que movía la cabeza con aire divertido, replicó:

—Vamos, cuanto más prisa te des, antes acabará la regañina. ¿Es que tienes miedo? ¡No lo puedo creer!

—No es miedo: es inquietud; acabo de recordar lo que hice anoche...

—Sí, algo de eso escuché; tu padre se lo contaba al mío esta mañana.

Diego, con voz apagada, añadió:

—Entonces, suma lo de ahora y lo de anoche... el sermón será doble.

En ese momento llegaron hasta ellos ecos de voces, acompañadas de risas.

El joven Ibáñez, con el cuello estirado, dirigió su mirada hacia el fondo del salón. Ahí estaban su padre y don Sancho enfrascados en una animada conversación, y don Pedro hasta sonreía, a la vez que dejaba entrever una plácida expresión. En tono alegre, Diego exclamó:

—¡Al parecer, tu padre ha logrado apaciguar al mío!

—Pues aprovecha ahora; ya sabes el dicho: «Al que le tienen que dar un garrotazo, cuanto antes se lo den, mucho mejor».

—Es verdad, mejor no retrasar el momento del «garrotazo». —Y con paso rápido se adelantó a Gustavo y se dirigió hacia donde se encontraba su padre, en compañía de su administrador y hombre de confianza.

Apenas don Pedro vio llegar a su hijo, contrajo el ceño, y todo rastro de alegría se esfumó de su semblante. Durante unos instantes lo miró con evidente crispación; después, en tono alterado, le gritó:

—¡Por todos los cielos! ¡Diego! ¿Estas son horas de venir? —Su voz retumbó en todo el salón.

La mayoría de operarios, que se encontraban cerca, dejaron sus quehaceres dispuestos a escuchar al amo una vez más reprender a su descarriado hijo. Diego observó a su padre de reojo; luego desvió la mirada hacia el administrador y, después de mirar a uno y a otro, murmuró:

—Buenos días, padre... buenos días, don Sancho.

Tras eso permaneció con expresión de absoluta calma. El administrador lo saludó sonriéndole con cortesía. Don Pedro vociferó exaltado:

—¿Buenos? ¡Buenos serán para ti! ¡Hace más de una hora que mandé al hijo de José a buscarte! ¡Me prometiste estar aquí bien temprano! —Tras haber respirado con profundidad, gritó—: ¡¿Ahora tampoco cumples tus promesas?! ¡Solo te faltaba eso!

El joven carraspeó y, con aparente tranquilidad, contestó:

—Por favor, padre, no se lo tome usted así; le pido perdón. No fue mi intención faltar a mi palabra, pero... me olvidé por completo.

El señor Ibáñez, con el ceño arrugado, inquirió de mal talante:

—¿Así... de simple?

—Es que... estuve en casa de los Temple, desayunando con Carlos y perdí la noción del tiempo. Y luego, de ahí... me fui a...

Los morunos ojos de don Pedro, iguales a los de su hijo, ardían de furia. En un gesto despectivo, agitó la mano en el aire para interrumpir la excusa de su heredero.

—Claro... y de ahí te fuiste a los viñedos, a reventar a tu caballo, como todos los días, ¿verdad?

Sin que su semblante se alterara, el joven respondió:

—Sí, padre, como todos los días, fui a ejercitar a mi caballo; Rayo necesita correr mucho para estar en buena forma. No se olvide de que me preparo para las exhibiciones de las próximas fiestas.

Don Pedro se agitó nervioso. Con la mirada fija en su primogénito, murmuró para sí: «Tan incommovible como el mismísimo Peñón de Gibraltar. Es desesperante ver cómo a este hijo mío no lo perturba nada, ni nadie».

Un poco más atrás, don Sancho y su hijo observaban la escena en completo mutismo. El administrador, con expresión solemne; por el contrario, en los ojos de Gustavo brillaba una chispa gozosa, tal como si aquella situación le resultara muy divertida.

Alrededor de aquella parte de las bodegas, la mayoría de los trabajadores seguían atentos a las protestas del amo. No era esa la primera vez que lo veían cabreado con su primogénito, pero nunca antes sus gritos ni su semblante habían contenido tanta furia, ni tanta crispación.

El gesto de apatía y desenfado, marcado en el rostro del hijo, parecía encolerizar aún más a su padre, que no paraba de despotricar:

—¡Siempre haces lo que te viene en gana! ¡Para ti no existen las responsabilidades, ni los deberes! ¡Caramba! ¡Ya no eres un niño: tienes veinticuatro años! ¡Este comportamiento tuyo es más propio de un jovencuelo que de un hombre hecho y derecho como tú! ¡No tienes...! —De pronto su mirada cobró mayor dureza, y su voz sonó como un gruñido—: ¡Ahhh!, ¡y lo que hiciste anoche... eso ya rebasó los límites de todo lo tolerable! ¡Fue una falta total de respeto y caballerosidad!

Diego se agitó en su interior. «Ahí va. Aquí te quiero ver», se dijo, a la vez que suspiraba. Miró de reojo a Gustavo mientras observaba que este se tapaba la boca con la intención de no echarse a reír. Sin pronunciar palabra, el joven reprendido volvió a fijar sus ojos en el encolerizado rostro de su progenitor.

Don Pedro, después de una pausa (en la que recobró el aliento), añadió:

—Apenas te enteraste de que... los que venían a cenar eran los Sánchez Alvear..., con su encantadora hija, ¡desapareciste! ¡Mejor dicho, escapaste de la manera más rastrera! ¡Por la tarde habías dejado en claro que no saldrías, que te quedarías con nosotros para agasajar a nuestros invitados! —En tono más calmado continuó—: Recuerda cómo se alegró tu madre al pensar que estaríamos toda la familia reunida. —Estableció otra breve pausa; luego, señalándolo con el dedo, volvió a gritar—: ¡Tu madre se puso muy mal! ¡La pobre no encontraba las palabras adecuadas para disculpar tu grosero comportamiento!, ¡y yo... me sentí por completo abochornado ante tu falta de caballerosidad! ¡Nos enteramos de tu huida justo en el momento de sentarnos a la mesa! ¡Bonita hazaña! Pero yo me pregunto: ¿Por qué nos avergüenzas de esa manera?

Diego, al sentir sobre él el peso de todas las miradas, se mostró incómodo. Durante un largo rato permaneció pensativo. Luego, en tono desganado, contestó:

—Lo siento, padre, tampoco fue mi intención comportarme de ese modo; anoche... en el último momento me... surgió un compromiso que no pude eludir, y no tuve más remedio que salir de inmediato. Como ya se lo dije, Carlos Temple acababa de regresar de Londres... y yo no sabía que María Luisa vendría con sus padres. Creí que se encontraba en Cádiz internada en su colegio de monjas...

—¡Patrañas!, ¡lo hiciste de manera deliberada! ¡Sé que anoche no estuviste en casa de Carlos!, ¡además, tú sabías muy bien que la hija de Álvaro estaba en Jerez y que vendría a cenar con su familia!

El joven, con fingida aflicción, le dijo:

—Le prometo que..., esta misma tarde presentaré mis disculpas... a la familia Sánchez Alvear y... su encantadora hija.

Gustavo, al escuchar las palabras de su amigo, se escudó detrás de un tonel; tuvo que morderse los labios para no estallar en carcajadas; la expresión mortificada de Diego le resultaba de lo más cómica. Ante la promesa que su hijo acababa de hacerle, don Pedro preguntó cauteloso:

—¿Y... qué les dirás?

—Usted quédese tranquilo: me disculparé de la mejor manera, dejándoles en claro que no fue mi intención desairarlos.

El señor Ibáñez escudriñó con inquisitiva mirada a su heredero.

—Espero que encuentres una disculpa digna; sobre todo, procura quedar bien con María Luisa. Y espero —remarcó— que cumplirás la promesa que acabas de hacerme y te presentarás ante ellos esta misma tarde; porque tú, desde un tiempo hasta aquí, empiezas a perder lo único bueno que tenías: tu palabra.

Mientras bajaba la mirada, en medio de un disimulado bufido, Diego acotó bajito:

—Siempre cumplo mis promesas; lo de esta mañana ha sido un olvido... involuntario, algo que puede pasarle a cualquiera.

Cuando volvió a clavar los ojos en la figura de su vástago, don Pedro, ya más calmado, murmuró:

—Muy bien, quedas disculpado. Pero... ¡no te marches aún!

Diego asintió con la cabeza y, cuando su padre pasó por delante, lo siguió con una mirada de alivio. El señor Ibáñez se reunió con su administrador, y ambos se dirigieron hacia el fondo del salón, donde ya lo esperaba otro grupo de hombres en ceremoniosa actitud.

Gustavo se acercó a su amigo; con sonrisa burlona, le preguntó:

—¿De verdad irás a disculparte con esa familia... y su encantadora hija?

—¿Qué remedio me queda? Al menos así he logrado apaciguar a mi padre. Vaya, no creí que este asunto llegara a afectarlo tanto.

—Anoche te escapaste a propósito, ¿verdad?

—¡Claro!, me pasé casi toda la velada en el Círculo Caballista, jugando al billar. Por la tarde Gertrudis me puso al corriente de las intenciones que tenían mis padres y los de María Luisa: ¡Fíjate!, planeaban dejarnos a solas, convencidos de que yo de inmediato saltaría sobre la «indefensa virgen» y así, de manera forzosa, tendría que pedirla en matrimonio. ¡Vaya!, quieren «cazarme» como sea! ¡Pero no lo lograrán!

—¿Don Álvaro aún sigue empeñado en entregar su bella hija a un crápula como tú?

Ante la pregunta de Gustavo, Diego levantándose de hombros, respondió:

—Sí, al parecer, el dilecto amigo de mi padre ve en mí excelentes cualidades. Y ya ves, aunque todos los demás padres de niñas casaderas me desprecian, él siempre me ha defendido. Y yo me pregunto: ¿el señor Sánchez Alvear no se da cuenta de que yo jamás haría feliz a su hija? Y mis padres, conociéndome... pretenden casarme con esa niña tan boba. Y todo esto me hace pensar en que las intenciones de don Álvaro... Tal como algunos aseguran, son las de poner sus manos sobre fortuna de los Ibáñez, y de la mía

propia.

—No olvides que él también es rico.

Diego se echó a reír burlón.

—Quizás quiera serlo aún más con la fusión de nuestra fortuna...

Gustavo, tras haber posado la mirada en su amigo, opinó:

—¿Sabes?, si dejamos de lado las ironías, a mí me parece que María Luisa sería la esposa ideal para ti.

El joven Ibáñez lo observó disgustado.

—Pero... ¿qué dices?

—Piénsalo bien; es rica, ingenua, bonita, dócil, y sobre todo está coladita por ti. Podrías moldearla a tu gusto y ya sabes... el roce hace el cariño. Así dejarías conformes a tus padres y acallarías los rumores con los que tanto se te critica.

Diego manifestó rotundo:

—Jamás me casaría en ese plan. Y mucho menos por acallar a la gente chismosa y malintencionada. Cuando decida tomar esposa, será porque estaré loco de amor, como tú lo estás de Rosario.

No pudieron seguir con la conversación; desde el fondo de la bodega les llegó la voz del señor Ibáñez, que los llamaba. Diego, tras un suspiro de agobio, murmuró:

—Vaya, por Dios. ¿Qué más querrá mi padre de mí? —luego de haber exhalado un quejumbroso suspiro, apostilló—: Qué largo y tedioso se me va a hacer el día...

—Es muy probable que quiera continuar con su regañina. ¿Vamos?, será mejor que don Pedro no vuelva a perder la calma —opinó Gustavo, mientras tomaba la delantera.

Sin hablar atravesaron la estancia en dirección adonde se encontraban el patrón y su grupo de hombres esperándolos. Algunos operarios ya habían abierto un tonel de vino. Don Pedro, volviéndose hacia su hijo, le anunció:

—Ahora cataremos un nuevo jerez —mirándolo ceñudo, añadió—: ¡Y tú

tendrás el honor de ser el primero en hacerlo! Quiero ver cómo está tu paladar... y tu olfato; espero que haya mejorado desde la última vez, al menos un poco —concluyó con ironía.

Diego asintió en silencio. En ese momento, el encargado de la bodega, mientras sostenía dos copas en una mano y en la otra una larga varilla de hierro rematada por un pequeño y estrecho cazo, se colocó al lado de don Sancho.

Instantes después, el señor Ibáñez le ordenó:

—¡Vamos, Vicente, comienza ya!

El empleado hundió la baqueta en el tonel y, después de hacer una experta maniobra, llenó las copas con el dorado líquido; a continuación se las ofreció al patrón. Don Pedro, tras haberlas recibido, fijó su mirada en estas para observar su consistencia y su color. Después de haberlas aspirado con deleite, se volvió hacia su hijo y le entregó una copa. Diego, con gesto automático, la acercó a su nariz para apreciar su fragancia, mientras su padre, con remarcada ironía, le espetaba:

—¡Huélelo, gozándolo, y cátao bien... con tranquilidad!

El joven asintió con la cabeza. Tras volverlo a olfatear, a la vez que lo removía, sorbió un generoso trago. Al cabo de unos segundos de vacilante meditación, Diego, con los ojos cerrados, empezó con los peculiares gestos que, a lo largo de muchos años, había visto realizar a su padre y a todos los demás catadores de vinos.

El encargado acabó de llenar las demás copas y las repartió entre el grupo de los presentes. Don Pedro, sin apartar los ojos de la faz de su hijo, saboreó el nuevo jerez con auténtico placer; todos los operarios lo imitaron. Diego, tomándose su tiempo, continuaba con los párpados cerrados a la vez que movía la boca en un gracioso gesto; sabía que en breves instantes tendría que dar su opinión. ¡Y aún no estaba seguro!

—Y bien, ¿qué opinas? —la vibrante voz de su padre lo sobresaltó.

Todos los ojos volvieron a posarse en la figura del hijo del amo.

Este, tras esbozar una jocosa sonrisa, se aventuró a decir:

—Es bueno, aunque... creo que aún le falta fuerza.

Don Pedro, contemplándolo doblemente ceñudo, exclamó:

—Pero... ¿qué dices?, ¿te atreves a insinuar que a este jerez aún le falta fuerza? ¡A ti... sí que te faltan fuerzas y buen paladar! Diego parpadeó vacilante, y agregó:

—Pues... a mi juicio, este vino... aún no está en su justo punto.

El señor Ibáñez pareció inflarse de indignación.

—¡Qué buen juicio tienes tú! ¡Podría asegurar que este jerez va a ser uno de los mejores! ¿Es que no percibes ese peculiar perfume de ancianidad?, ¿no has saboreado su insuperable sabor? —Colérico, se dirigió a los demás para preguntarles—: ¿Qué opináis vosotros?, ¿está o no en su punto justo?

Al instante un coro de voces aseguraron: «¡Excelente, excelente!». «¡Será el mejor de los últimos años!». Don Pedro volviéndose de nuevo hacia su vástago, mirándolo crispado, masculló:

—¡Creo que has perdido del todo tu paladar! ¡Y tú sabes bien que la cata es muy importante en este negocio! ¡Si continuas así, pronto no sabrás distinguir un buen vino de un vinagrón!

Diego, con la mandíbula apretada, se preguntó: «Diablos, ¿pero qué le pasa hoy a mi padre?». «Es como si intentara humillarme delante de todos. Sabe perfectamente que no soy un buen catador de vinos; a mi paladar lo mismo le da un jerez de diez fermentaciones que otro de apresurado envejecimiento al sol... además de un vino de Montilla, un Valdepeñas o de la Rioja; para mí todos saben igual. Hasta los adulterados que me sirven en las tabernas, ventas y posadas me parecen exquisitos; por eso siempre le digo que jamás podré ser un experto», acabó diciéndose extenuado.

Después de haber clasificado otros toneles, el señor Ibáñez se acercó a su hijo y, en medio de un resoplido, le dijo bajito:

—Qué desilusionado estoy contigo... —Tras una breve vacilación, añadió cortante—: No te marches aún; acompáñanos en este recorrido... —Y, acto

seguido, le dio la espalda abriéndose camino delante de su grupo.

Diego, aunque fastidiado, los siguió sin rechistar. Minutos después, todos entraron a un inmenso pabellón, donde se guardaban los vinos para embotellar. El joven Ibáñez, un poco rezagado, se detuvo junto a un estrecho ventanuco y desde allí miró hacia afuera. ¡Era un día tan hermoso...! Y él tenía que permanecer allí encerrado, con su dolor de cabeza cada vez más intenso, mientras escuchaba las voces de su padre y de los demás hombres como si estas vinieran desde muy lejos. Con desgano paseó los ojos por aquel salón; en el centro, sobre una gran mesa oval, se veían, dispuestas en círculos, infinidad de botellas y ánforas de Jerez; algunas con más de cien años. Todas llevaban impresas el nombre de la casa Ibáñez. También se podían ver las botellas reservadas para las fiestas de los nobles y de los ricos. Y, separados de estas, los botellones del jerez barato destinado a los festejos de los más humildes.

Mientras caminaba detrás de su padre y de los demás operarios, Diego, sin cambiar su expresión de agobio, atravesó las altas arcadas para llegar a la bodega de embarque: una inmensa nave oscura donde apenas se podía distinguir a los arrumbadores, unos mozos fuertes que, con el torso desnudo, iban de un lado a otro llevando en sus manos las vasijas de metal en las que trasegaban los vinos a los nuevos toneles para próximos envíos.

El jefe de esa bodega, con exagerada cortesía, se dirigió al patrón saludándolo; tras haber intercambiado unas palabras con don Pedro, los acompañó hacia el fondo del local. Diego se quedó cerca de la puerta de salida. Al instante, Gustavo se le unió.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Mal, mi cabeza amenaza con estallar —respondió Diego.

—Tu padre está muy cabreado.

—¿Sí?, no me había dado cuenta..., fijate —exclamó burlón.

Gustavo, sin dar importancia a la sarcástica respuesta, insistió:

—Hacía tiempo que no veía a don Pedro tan furioso; la última vez que se

puso así fue cuando aquellos piratas ingleses le robaron el cargamento de vino que iba a Méjico, ¿recuerdas?

Diego asintió con la cabeza y murmuró lacónico:

—Hay que comprenderlo; debe ser muy penoso para él tener un heredero como yo.

Gustavo, mirándolo con aire reprobador, le preguntó:

—Pero... ¿por qué no intentas cambiar?, ¿no podrías dedicar unas pocas horas al día para acercarte por aquí y trabajar con nosotros? Solo con eso, don Pedro se sentiría más feliz.

—No... no me da la gana. Yo no nací para ser un bodeguero, y eso mi padre tiene que entenderlo —replicó Diego obstinado. En ese momento vio a su progenitor despidiéndose de los operarios, y sus ojos se iluminaron—. ¡Ahhh! ¡Qué alivio! Por fin nos iremos a casa. —Miró a su camarada y, al mismo tiempo que señalaba la puerta, agregó—: ¿Vamos?, necesito tomar aire fresco de inmediato...

En el momento en que ambos comenzaban a andar, don Pedro se plantó frente a ellos. Con la mirada fija en su primogénito, señalándolo con el dedo, le ordenó:

—¡Tú!, acompáñame. Necesito hablar contigo... a solas.

Diego lo miró estupefacto. «¿Es que aún había algo más por decir?», se preguntó mientras procuraba contenerse.

—¡Padre! —exclamó molesto—. Creo que ya hemos hablado lo suficiente. Le prometí disculparme con María Luisa, y... su familia, y no veo qué otra cosa...

Don Pedro, con un firme movimiento de su mano, lo interrumpió:

—¡Hay muchas más cosas que quiero aclarar contigo!, y he decidido que sea hoy, ¡ahora! —rebatió, cortante y frío.

El señor Ibáñez se volvió hacia el hijo de su administrador y le pidió:

—¡Manda un recado a mi esposa para avisarle que Diego y yo llegaremos hoy un poco más tarde a casa!

—Así lo haré, don Pedro —respondió el joven.

El señor Ibáñez, mientras posaba de nuevo la mirada sobre su hijo, exclamó:

—¡Sígueme!

Gustavo le hizo una seña a su amigo, y le susurró:

—Ten calma; en estos casos la paciencia obra milagros.

—Y pensar que hoy amanecí tan contento, y mira ahora... —replicó Diego fastidiado, para agregar—: Menudo plan, no lo puedo creer.

Con pasos desganados empezó a caminar detrás de su padre. El hijo del administrador salió dispuesto a obedecer la orden de don Pedro. En completo mutismo, Diego y su progenitor siguieron por un largo pasadizo, hasta llegar a una puerta claveteada y entraron a un amplio gabinete con las cuatro paredes adornadas de anaqueles repletos de antiguas ánforas y frascos marcados con las etiquetas de las bodegas Ibáñez. Como con un ademán autómatas, el joven cerró la puerta y miró a su padre, que en ese momento se dirigía a un vetusto armario, de madera oscura, de donde sacó un botellón tallado con figuras de racimos y pámpanos, junto a dos copas que hacían juego.

Don Pedro, sin pronunciar palabra, se aproximó a un escritorio. Una vez allí, dejó su carga y tomó asiento en un sofá de respaldo alto. Luego elevó la mirada hacia su hijo y, tras haberle señalado un sillón que estaba frente a él, le ordenó con sequedad:

—¡Siéntate! —Sin esperar respuesta, comenzó a llenar las copas.

Diego, luego de haberse dejado caer en el asiento, permaneció muy quieto. El nerviosismo que sentía aumentaba su dolor de cabeza en dilatados espasmos. A pesar del respeto que le profesaba a su padre, de solo de pensar en otro sermón, le asaltaban deseos de salir a la carrera.

En el intento de distraer su mente, el joven paseó la mirada entre los frascos de vino cubiertos de polvo e hilos de telarañas, que les daban un aspecto de complicados bordados. Al cabo de unos segundos, sin cambiar de gesto, Diego miró de nuevo a su padre. Don Pedro, extendiéndole una copa de jerez, le dijo:

—Toma, bebe.

Diego obedeció y, de un largo trago, sorbió casi todo el líquido. Con notable parsimonia, dejó la copa sobre el escritorio y esperó a que su progenitor empezara a hablar. El señor Ibáñez, tomándose su tiempo, saboreaba el vino con evidente satisfacción. Seguido a eso, volvió a clavar los ojos en su hijo con detenimiento, tal como si lo estudiara. A Diego lo empezaba a agobiar el largo silencio. Sin dejar de sostenerle la mirada, el más joven observó cómo, poco a poco, el semblante de su padre iba relajándose. Con un tono de voz que, de manera sorprendente, sonaba cariñosa, lo oyó manifestar:

—Hace tiempo que tengo la necesidad de hablar contigo, sin tapujos... de hombre a hombre. ¿Estás dispuesto a escucharme?

Recostándose en el sofá, Diego se dijo: «¿Qué remedio?».

—Sí, padre, lo escucho —murmuró lacónico.

Don Pedro, tras carraspear su garganta, expresó:

—Diego, creo que ya es hora de que decidas sentar la cabeza; esta vida que llevas, tan frívola y desordenada, que atenta incluso contra la moral... y contra nuestra santa religión, tiene que acabar. La mayoría de tus amigos ya están casados; incluso yo, a tu edad, también lo estaba. Sí, cuando tenía tus años, ¡tú ya habías nacido! Me casé muy joven, ¡y ya ves lo felices que somos tu madre y yo!

En el semblante de Diego se marcó un gesto de incomodidad. «¡Ya empieza a disparar sus tiros. Pero no dejaré que ninguno de ellos haga diana», se dijo.

—Hijo —prosiguió don Pedro—, ya sabes que, así como las buenas viñas deben mezclarse con los mejores injertos, las buenas sangres deben hacer lo mismo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

El joven contestó despacio:

—Sí, padre. Pero, aunque ya se lo dije tiempo atrás, volveré a repetírselo: ¡aún no estoy preparado para el matrimonio!, ¡me gustan demasiado las mujeres! ¡Todas... pero todas! —remarcó, con arrebatada vehemencia.

Don Pedro, con ademán nervioso, se atusó los bigotes.

—Sí claro, de eso ya estamos todos enterados. Sabemos que siempre fuiste un joven libertino, enamorado y atolondrado, pero eso no quiere decir que no puedas casarte y formar una familia.

Diego lo miró muy serio.

—Padre... reconozca que, al ser como soy, no puedo casarme todavía porque... no podré ser fiel, ni hacer feliz a una sola mujer. Y eso usted lo sabe muy bien.

—Pero eso... —recalcó don Pedro nervioso— ...no impide que intentes formar tu propia familia. Además, hace tiempo que tu comportamiento es algo más... bueno, algo más digno; has cambiado bastante; ya no te pareces al libertino pecador y pendenciero de tus primeros años.

—¡Eso es mentira, padre! —interrumpió el hijo, a la vez que se erguía en su asiento—. ¡No he dejado de ser el mismo pecador de siempre!, solo que ahora me cuido un poco más..., sobre todo en mis desafíos con armas. Pero en lo otro... es algo superior a mí; en cuanto veo una mujer que me gusta, pierdo la cabeza y no puedo controlarme.

Don Pedro profirió exaltado:

—Pero... ¿por qué te gustan tanto las vulgares?, ¿las de más baja moral? Desde pequeño te enseñamos a que desconfiaras de esas mujeres, pero tú siempre te has empeñado en desobedecer nuestros consejos. Y yo me pregunto: ¿por qué no pierdes la cabeza con las virtuosas?

—Esas también me gustan, pero... —respondió Diego impávido.

—¡Pero siempre te enredas con las otras! —lo interrumpió su padre—. Quizás, si probaras con alguna de las que nosotros te aconsejamos... y de las que tú rehúyes, podrías hasta llegar a enamorarte.

—Padre, esas mujeres a las que usted se refiere de manera tan despectiva jamás me dan problemas. Con ellas no estoy obligado a nada, me dan placer gratuito; además de eso, son ardientes, divertidas y sin tantos cuestionamientos místicos, ni actitudes monopolizadoras, como las otras. —Tras haber puesto los ojos en blanco, agregó—: Ya sabe usted que las aldeanas, tostadas por el

sol, me enloquecen... Incluso llegan a provocarme el mismo efecto que un brutal afrodisíaco, y nunca puedo resistirme a ellas —terminó Diego, con una media sonrisa en la que iba impresa una gran dosis de malicia y falta de decoro.

Don Pedro, mientras trataba de disimular su furia, resopló:

—¡Desde luego... qué poca vergüenza tienes! —Después de haber sacudido la cabeza con prontitud, prosiguió—: Yo creo que ya es hora de que te apartes de ellas!

—Pero es que...

—¡Déjame terminar! —gritó el padre, frenético.

Diego, a la vez que sofocaba su crispación, se dijo: «De acuerdo, hable usted hasta la consumación de los siglos, sí así lo quiere». Y, con un suspiro de resignación, se acomodó en su asiento. Sin perder su habitual calma, se dispuso a dejar que su padre siguiera con su discurso que, a su modo de ver, apuntaba a ser muy largo y agobiante.

—¡Esas mujeres —continuó don Pedro—, además de que pueden pegarte alguna grave enfermedad, solo conseguirán hundirte cada vez más en la condenación eterna y terminarán por provocarte asco, hastío, aversión y cansancio!

Diego se incorporó en su asiento.

—Eso es lo peor que me sucede —terció obcecado—: nunca llego a cansarme de ellas. —Lo miró a los ojos y, mientras meneaba la cabeza con visible desaliento, añadió—: ¡Soy un pecador sin remisión! Ya lo dice la gente: ¡las mujeres serán mi ruina! Pero es algo que no puedo evitar. —Y, sin un atisbo de vergüenza, prosiguió—: Y sepa usted que he llegado a estar hasta con cuatro juntas... sin cansarme, ni sentir aversión, ni hastío, ni asco... ni mucho menos miedo a la condenación eterna con la que siempre nos amenazan los curas.

Al acabar de pronunciar aquellas soeces palabras, Diego experimentó una punzada de vergüenza, pero enseguida se repuso. Su padre, aunque respetuoso

de Dios, era, por encima de todo, un hombre mundano y consciente de las debilidades de los jóvenes. Además, él mismo había expresado el deseo de hablar sin reparos, ni tapujos.

—Perdón, padre, no quise faltarle el respeto —manifestó sonriente—, pero esta conversación es de hombre a hombre, ¿verdad?

Mientras escuchaba a su descarriado hijo expresarse de aquella manera tan desvergonzada, don Pedro había enrojecido y vuelto a palidecer repetidas veces.

—¡No tienes calificativos! —exclamó furibundo—, bueno, sí, hay uno que puede definirte: ¡Semental indecente!, ¡lo peor es que, si continuas así, llenarás de bastardos toda la comarca! Creo que necesitas de inmediato un fuego que te purifique. Ante ese comentario de su progenitor, Diego optó por el silencio.

Don Pedro tomó su copa y de un trago se bebió el resto del vino. Después, con expresión desalentada, le preguntó:

—¿Y cuándo crees tú que estarás preparado para casarte... y encarrilar tu vida como Dios manda? ¿Cuando tengas ya la edad de ser abuelo?

Diego soltó una carcajada.

—¡Padre, qué gracioso es usted a veces! Le recuerdo que hay hombres que se casan mayores, y aún tienen tiempo de ser felices.

—¡Sí, pero casi todos en segundas nupcias! Un hombre debe casarse joven para ver crecer a sus hijos, disfrutar de ellos y poder educarlos.

Diego, sin perder el aplomo, replicó:

—Lo lamento, padre, pero aún no me siento capaz de encadenarme a una sola mujer; no sería un buen esposo, ni tampoco un buen padre. Estaría siempre con amantes, y mis pecados y ofensas contra Dios y la sociedad serían mucho más grandes.

Don Pedro, con un ademán despectivo, exclamó airado:

—¡Demonios!, ya es hora de que te tomes la vida en serio, y para eso debes formar una familia cristiana y comportarte como un hombre de provecho, ¡a

pesar de tus estudios, de lo único que entiendes es de fiestas, viajes de placer... de los cuales nunca sabemos cuándo regresarás... de mujeres de vida fácil y de riñas peligrosas! Y, por si todo eso no fuera poco, ¿qué haces en tus ratos de ocio?, siempre con la nariz hundida en esos voluminosos libros que te enviaban del extranjero a espaldas del Consejo y de la Inquisición. Como ya lo ves, tu vida es para nosotros una situación muy desalentadora. —Agitado, en medio de un súbito temblor, se calló de golpe. Diego lo miró preocupado.

—Por favor, padre, ¡cálmese!

—¿Cómo quieres que me calme? Eres una calamidad, con esas aventuras, esos actos de lujuria, esos peligrosos duelos... con todo tipo de armas... —Y ya casi sin voz, agregó—: Todo eso ha ido llenándonos de miedo, desesperación y de vergüenza; es como si llevaras el vicio y el libertinaje en la sangre. Yo no sé a quién te pareces...

—Se dice que el fruto nunca cae lejos del árbol... —replicó Diego irónico.

—¡No me compares contigo! —prorrumpió don Pedro con voz ahogada—. Tu mocedad y la mía, ¡qué diferencia!

Ante el tono demoledor de su padre, Diego agachó la cabeza, dejándolo que este acabara de desahogarse. El señor Ibáñez respiró hondo, dándose cuenta de que, si se dejaba llevar por la cólera, no lograría entenderse con su descarriado vástago; además, reconocía que ya no sabía qué argumentos emplear con él. En un tono de voz más templada, alegó:

—Hijo, la vida pasa pronto, y un hombre sin una familia no es nada. Tu madre y yo hemos pensado que... María Luisa podría ser la esposa ideal para ti. Además de virtuosa, y con una gran dote, es joven, guapa, elegante... y educada en un colegio de monjas de Cádiz.

Tal como si estuviera en medio de alfileres, Diego se removió en su asiento. Con los dientes apretados, se dijo: «Estará llena de virtudes... pero carece de los defectos que a mí tanto me gusta descubrir en las mujeres. ¡Diablos, María Luisa es la joven más estúpida y pueril que jamás he visto en mi vida. Una auténtica *pavitonta*! Tengo que evitar que se forje vanas ilusiones». Al ver que

su hijo permanecía en silencio, don Pedro agregó:

—Además, no ignoras el gran cariño que hay entre su familia y la nuestra. Si vosotros os comprometierais, sería una doble alegría. Don Álvaro se atreve a asegurar que, una vez casado, te convertirás en un esposo ejemplar; mira el cariño tan grande que te tiene, para pensar así, ¿te das cuenta? Armándose de valor, Diego decidió enfrentarse a su padre.

—Por favor, le pido que no se enfade, pero... cuando decida casarme... yo mismo buscaré a la mujer que será mi esposa. Solo yo, y nadie más que yo — volvió a repetir con la mayor tranquilidad.

Ante la enconada obstinación de su hijo, don Pedro volvió a hincharse de furia. En medio de una agitada respiración, lo escudriñó unos segundos. Después, tras haber dado un puñetazo sobre la mesa del escritorio hasta provocar con ello que el botellón y las copas saltaran, exclamó colérico.

—¡Entonces... sí que estamos apañados!

Diego parpadeó atónito; el ruido del violento golpe lo había cogido por sorpresa. Cuando logró reponerse, con voz serena, razonó:

—Es que... es así, padre.

Don Pedro, fuera de sí, meneó la cabeza y siguió con su alegato:

—¡Ya sabemos la clase de mujeres que te gustan a ti! Busconas, actrices, aldeanas de la más baja moral... y gitanas, como aquella vez en Sevilla en la que casi te desposas con una...

—Eso solo fue una locura de juventud —arguyó Diego con sorna, al interrumpir a su padre. Sin cambiar de actitud, añadió—: No me dirá que usted, en la suya, no tuvo también sus pecadillos, vamos, diga la verdad.

—Sí, claro, pero nunca estimulé las venganzas de ofendidos padres, hermanos y celosos novios... ni mucho menos de maridos, atreviéndome a tirarles el guante. —Mirándolo ceñudo, añadió cortante—: Qué adolescencia pecadora tuviste, hijo mío...

Diego, mientras esbozaba una amable sonrisa, lo tranquilizó:

—Bueno, padre, olvídese de esas locuras... y ya no se altere tanto.

Tras un corto intervalo, el joven advirtió que poco a poco su progenitor volvía a calmarse.

Con alegre desenfado, se inclinó hacia él y, a bocajarro le preguntó:

—Ahora, dígame, ¿cuándo nos marcharemos a Madrid? Hace tiempo que la tía Antonia espera nuestra visita, al igual que sus otros hermanos.

El señor Ibáñez arrugó el ceño, dándose cuenta de que su heredero comenzaba a emplear subterfugios para zafarse de la conversación que tan mal habían iniciado. Con aire desganado, contestó:

—Aún no lo tengo decidido.

—A usted le vendría muy bien hacer ese viaje —continuó Diego— y volver a ver a sus hermanos y sobrinos; yo gustoso lo acompañaría. —A continuación se puso de pie y, con una sonrisa desganada, le interpeló—: ¿Regresamos ya a casa? No sé usted, pero yo tengo mucha hambre.

La actitud tranquila e indiferente de su hijo produjo en don Pedro un efecto adverso. ¡Siempre ocurría lo mismo!, después de un sermón, o de una reprimenda, su díscolo primogénito se quedaba tan tranquilo, y las cosas seguían igual. ¡Pero hoy le demostraría todo lo que hasta ahora se había guardado! «Porque, para narices... ¡las mías!», pensó con el ceño fruncido, mientras se erguía en su asiento. Pleno de contenida furia, con el pecho agitado igual al fuelle de una fragua, exclamó:

—¡Vuelve a sentarte! ¡Aún no he terminado mi conversación contigo!

Por unos instantes, Diego lo observó en silencio. Con gesto resignado se acomodó de nuevo en su sofá mientras observaba cómo en la cara de su padre se marcaba un rictus de visible desconsuelo. A continuación, don Pedro, con aire sombrío exclamó:

—Quiero que... desde mañana mismo... empieces a preocuparte por las cosas que te rodean y que tú siempre dejas de lado. ¡Trabajarás aquí como un operario más! En mi escritorio cada día hay más papeles que verificar... y Fermín, el único que sabe inglés, no escribe bien. Y tú, con tus conocimientos de tantos idiomas, me serás de mucha ayuda. Es mi deseo que cumplas un

horario fijo. —Mientras proseguía, el semblante de don Pedro fue relajándose —. También quiero que recuerdes que estas bodegas pertenecen a nuestra familia desde hace dos siglos: doscientos años... sin dejar de cultivar vides, de seleccionar, mezclar y envejecer vinos. Las bodegas Ibáñez, junto a las de José Esteves, son unas de las más antiguas de Jerez... mucho más que las de Rivero, las del Marqués del Mérito y del marqués de Villapainés... y también de algunos de nuestros competidores ingleses: como las de Domecq Gordon y Osborner. —Don Pedro se quedó unos instantes pensativo. Seguido a eso, tras haber alineado sus ojos con los de su hijo, en una mirada pesarosa, con voz pausada, continuó—: Y todos los primogénitos, generación tras generación, las fuimos heredando. Y, a mi muerte, a ti te tocará ese privilegio. Todo será tuyo... por eso tienes que pensar en la responsabilidad que tendrás en el futuro y en la de tus descendientes. El señor Ibáñez observó que su hijo lo miraba con asombro, sin casi parpadear. Un tanto esperanzado, continuó expresándose —:Yo, a los ocho años, comencé a ayudar a mi padre. Él me traía a las bodegas y me explicaba los procedimientos y secretos de la elaboración de un buen jerez y, a su vez, la de un buen Brandy. A la edad de quince años, ya era un experto enólogo... aprendí de mi padre todo lo que el dueño de unas bodegas tan importantes como las nuestras tiene la obligación de saber. — Estableció una pausa y, mirándolo lleno de tristeza, añadió—: Yo quise hacer lo mismo contigo, pero... siempre fallé. ¡Hijo, ha llegado el momento de que sepas cuáles son tus obligaciones como hombre de bien y como mi futuro heredero! —Con expresión doblemente afectada, concluyó—: Si ahora... me llegara a morir, ten presente que me iría de este mundo muy apesadumbrado...

Diego contemplaba a su progenitor, como si lo viera por primera vez. Un nudo le oprimía la garganta. Por su cabeza comenzaron a pasar un tropel de imágenes de las muchas veces que su padre tuvo que rogarle para que le prestara ayuda con la correspondencia extranjera, o para acompañar a los visitantes en su recorrido por las bodegas. ¡En ese momento comprendió cómo lo había desilusionado fallándole en todo! Tras un largo y opresor silencio, en

medio de un arrebato sentimental, exclamó apenado:

—Padre, me doy cuenta de... que nunca he sido un buen hijo, y eso me causa mucha angustia, sobre todo al ver cómo se siente. La gente tiene razón cuando aseguran que solo soy un aventurero gañán y un mal ejemplo, un libertino pecador y un bueno... para nada...

Don Pedro lo miró con sorpresa. ¡Su primogénito estaba conmovido! ¡Tenía que aprovechar! Quizás ahora lograra hacerlo reaccionar. Con voz emocionada, exclamó:

—¡Hijo mío!, aunque no te lo creas, yo siento mucho orgullo de ti. A pesar de tus tantas flaquezas, eres noble, magnánimo, respetuoso... y sé que, aun bajo tu máscara de cinismo, fluyen en ti actitudes muy dignas y loables de hombre bien nacido. Diego, créeme, de verdad... nunca llegué a avergonzarme del todo de ti; solo me sentía preocupado... y también ofendido por la indiferencia que muestras con todas las cosas que... para nuestra dinastía representan lo más importante: estas bodegas de las que yo siento tanto orgullo; casi igual al que sentía mi propio padre.

El joven alargó la mano y apretó la de su progenitor a la vez que, un tanto balbuceante, expresaba:

—Le prometo... le prometo que a partir de... de mañana vendré todos los días... y me sentaré en el escritorio... a trabajar como un operario más; con el cumplimiento de mi horario. Y pondré el mayor empeño en aprender... todo lo que usted quiera enseñarme... y, poco a poco, trataré de enderezar mi vida... —concluyó sin tener muy en claro si algún día podría llegar a cumplir las promesas que ahora salían de su boca, sin que él pudiera ponerles freno.

Los labios del señor Ibáñez se ensancharon en una jubilosa sonrisa.

—Hijo, no sabes lo feliz que me hace escuchar tus palabras. Ya verás cómo muy pronto tu vida cobrará otro sentido, otro valor. Sé que, aunque tu abuelo Ignacio te dejó al morir una fortuna en doblones de oro y reales de vellón, además del cortijo y extensas huertas en Cádiz... de las que espero que también te preocupes un poco más en cuidarlas, nada de eso es comparable a

lo que te dejaré yo. ¡No existe... bajo el cielo, otro suelo igual a este, ni viñas como las nuestras! ¡Y todo esto se cría solo en Jerez de la Frontera! Tampoco olvides nunca que la tierra es lo único que perdura a través del tiempo y de la vida. —A la vez que marcaba una pausa, en medio de un hondo suspiro, agregó emocionado—: Tienes en tus manos una vasta extensión de campos cuyos límites no alcanzan a divisar los ojos y que están cubiertos de viñedos, olivares, y toda clase de hortalizas y frutos existentes en este mundo. Recuerda siempre eso, hijo.

Diego sonrió emocionado.

—¡Lo recordaré, padre..., no lo dude! —exclamó al mismo tiempo que asentía.

—¡Eso espero! De hoy en adelante quiero que te sientas orgulloso del suelo que pisas, de esta tierra albariza en la que dos siglos atrás un antepasado nuestro, don Álvaro Beltrán de Orellana, fundó estas bodegas. No tuvo hijos varones, pero dicen que Dios le regaló cuatro hermosas hijas. Tres de ellas fueron monjas, y solo la menor se casó. El único nieto que esa hija le dio, llamado don José Antonio Ibáñez Beltrán, a la muerte de su abuelo, las heredó. —Luego de haber establecido un nuevo intervalo, con la mirada fija sobre su hijo, don Pedro continuó—: ¡Y así comenzamos los Ibáñez a manejar estas bodegas! Porque, como si Dios hubiera bendecido a esta familia, casi siempre el primer hijo de nuestros ancestros fueron varones que llevaron el apellido Ibáñez. Y, como ya sabes, cuando yo deje este mundo, ese privilegio te tocará a ti...

Los ánimos habían cambiado de manera favorable; padre e hijo mostraban en sus semblantes una expresión de feliz entendimiento. Diego se relajó en el sofá y miró por la ventana. Fuera, la luz solar bañaba la tierra; los pájaros volaban en bandadas. «La vida es hermosa», pensó sin dejar de sonreír. A continuación el joven Ibáñez llenó las copas con otra ronda de vino y, obligándose a no pensar, le extendió a su progenitor la suya, a la vez que exclamaba:

—¡Brindemos, padre!

Don Pedro levantó su copa, acercándola a la de Diego:

—¡Sí, brindemos! Hoy será un día memorable para mí... y para toda la familia. Estamos a veinte de abril... a casi un mes de tu veinticuatro aniversario; debo recordarlo siempre. ¡Salud, Diego!, y que, desde ahora, comiences a transitar por la buena senda, de forma definitiva.

Tras haber entrecocado las copas, bebieron su contenido hasta el fondo. De pronto, una puntada en el pecho le hizo recordar a Diego las promesas que acababa de hacerle a su padre, dándose cuenta de que algunas veces un hombre, aunque dueño absoluto de sus pensamientos, resulta esclavo de sus palabras.

No obstante, a pesar del caos que sentía en su cabeza, con gesto firme se prometió: «Cumpliré con la palabra que acabo de darle... de la manera que sea. Y también trataré de comportarme con mayor madurez y responsabilidad; claro que... sin dejar por eso de ser yo mismo». La alegre voz de su padre lo sobresaltó:

—Y ahora volvamos a la conversación que dejamos sin concluir. Hijo, es preciso que también te busques pronto una buena niña y te cases. Diego, este cambio de vida tiene que ser total. Necesitas una esposa que te ayude a madurar, que te acompañe en todos los momentos de la vida. Ya lo dice la Biblia: «No es bueno que el hombre esté solo»; un hombre sin una esposa está incompleto: le falta su costilla. Sería bueno que nos dejaras, a tu madre y a mí, encontrarte una. Un joven como tú tiene que casarse también con alguien de su mismo prestigio... Sin ir más lejos, ahí tienes a María Luisa... —A la vez que don Pedro continuaba hablando, la sonrisa de Diego poco a poco desaparecía —. Esa sí que es una damita encantadora, educada en un convento; tú solo tienes que cortejarla e intimar con ella; bueno, en esas cuestiones eres un experto. Ella está enamorada de ti; anoche se quedó desilusionada al ver que tú no estabas.

Diego, después de unos instantes de vacilación, optó por no llevarle la contraria y encolerizarlo de nuevo. A la vez que asentía, murmuró:

—Le prometo que... también pensaré en buscarme una esposa; no se preocupe, la seleccionaré entre todas las niñas virtuosas pertenecientes a nuestra sociedad.

Al escucharlo, don Pedro inquirió:

—Pero... ¿y qué me dices de María Luisa?

—Ya veremos, padre; por ahora solo puedo prometer lo que acabo de expresarle —replicó Diego mientras sofocaba un bostezo.

—Está bien, confío en tu palabra. Y que conste que estoy del todo esperanzado contigo; esto marcará un precedente beneficioso en nuestra familia.

Al fin, don Pedro, ante la fija mirada de su hijo, se puso de pie. Con los pulgares enganchados en la sisa del chaleco, comenzó a pasearse por el centro del gabinete; después se quedó observando por la ventana. Al borde ya de la ansiedad, Diego, sin levantar la voz, expresó:

—Padre, ¿no cree usted que ya es hora de regresar a casa? Allí todos nos deben esperar impacientes...

Estaba aburrido de permanecer allí sentado; con los labios cansados de tanto dilatarlos en sonrisas forzadas. Anhelaba el momento de poder comer algo, subir a su cuarto y cerrar los ojos. Bajo la impaciente mirada de su hijo, el señor Ibáñez regresó al sofá. Recostándose en este, continuó con la mirada fija sobre su heredero. Diego se desperezó; luego de apretarse el cráneo con las manos, estiró los brazos en señal de agobio. Don Pedro, tras exhalar el aire de sus pulmones, manifestó:

—Tienes razón, hemos tardado demasiado, pero aún hay otra cosa más... bastante delicada que, desde hace ya mucho tiempo, me tiene en ascuas. Pero no sé cómo comenzar...

A la vez que intentaba disimular su desasosiego, el joven le pidió:

—Padre, comience por el principio. ¿De qué se trata ahora? —preguntó a continuación con sonrisa irónica. Mientras contenía un nuevo bostezo, se dijo: «De todas maneras, la mañana ya está perdida».

—Quisiera saber... —comenzó don Pedro un tanto vacilante— ... de tus propios labios, qué hay de cierto en eso de que... se te vincula con algunos atracadores de caminos, como un posible cómplice... digamos, como un soplón.

Diego, con visible sorpresa ante las palabras de su padre, pestañeó repetidas veces. Sintiendo conmocionado en su interior, con voz temblorosa declaró:

—Es que... ¿también se va a creer eso de... mí?

—Hijo, de ti me espero todo —rebató don Pedro con mirada reprobadora—. El propio Corregidor en privado me dijo que entre Jerez y Cádiz muchos de los atracos a las diligencias y demás carruajes (se los obliga a pagar peaje... en especial a los que marchan a Madrid con la recaudación de impuestos) son perpetrados por la banda del Pecos. Y me dejó muy claro que sospechaban de... un señorito hidalgo, oriundo de Jerez de la Frontera (solo faltaba que dijera: «Herederero de unas bodegas... tal y tal»), quien les enviaba los mensajes en clave señalándoles el día y la hora y por el camino que han de pasar. Aunque hasta hoy no hay que lamentar ninguna muerte perpetrada por esa banda, esta situación comienza a molestar a las autoridades de Cádiz. El alcalde de Jerez sabe que muchos de los jóvenes pertenecientes a la cuadrilla del Pecos son tus dilectos amigos marginales, los mismos a los que tú siempre proteges... y, aunque no me lo dijo a las claras, sé que empieza a sospechar de ti. ¿Qué me respondes a eso?

Diego, con la respiración agitada, exclamó turbado:

—¡Que es la más... injuriosa mentira, y el mayor desatino que... escuché en mi vida! Y que si usted... cree eso de mí, me ofende mucho. ¡Ah, el pueblo!, ¡auditorio terrible, la masa anónima; ese jurado que juzga y prejuzga sin contemplaciones!, es el que siempre dictó sobre mí su veredicto arbitrario e injurioso —concluyó con la intención de darle a su defensa las fuerzas que a él le faltaban.

Don Pedro, sin mostrarse impactado por esas palabras, mientras sacaba un

grueso libro del cajón, le preguntó:

—¿Puedes jurar..., con las manos sobre la Santa Biblia, que eso no es cierto?

Diego vaciló unos instantes; y, después de dar un hondo respiro, replicó:

—¿Cómo puede creer usted esas... calumnias? Ya le dije que mi fama me traiciona, pero sería incapaz... de algo así, ¿y encima quiere usted hacerme jurar? —acabó en medio de un copioso sudor.

Por un largo rato don Pedro lo contempló sin dejar de escudriñar sus gestos. Seguido a eso, a la vez que guardaba de nuevo la Biblia, con un hondo suspiro, se dijo: «No caben dudas; se juega el prestigio por esos malvivientes: Pero, bueno, pese a todas sus graves carencias morales, además de tener un lado muy oscuro que acecha en su interior, tengo que reconocer que mi primogénito es un joven de nobles sentimientos». Y, aunque el tema de la posible vinculación de Diego en actos reñidos con la ley, en beneficio de los marginados, lo consideraba una situación, además de preocupante, muy peligrosa, no quiso seguir con más indagaciones, ya que sabía cómo pensaba y actuaba su primogénito.

Con gesto conciliador, tras guardar la Biblia, agregó:

—Procura mantenerte al margen de escándalos tan peligrosos, y sería bueno que nadie más se enterara de tus... altruistas acciones.

—¿Entonces, usted cree que... todo eso es verdad? —le cuestionó el joven, abochornado.

—Diego, soy tu padre y te conozco. Sé muy bien de qué pie cojeas... y todo eso me provoca mucha angustia. Piensa que pertenecemos a una sociedad que, como bien lo has dicho tú, siempre condena, prejuzga y denigra actos como esos. Y que, dentro de esa sociedad, hay muchas personas que de manera precisa no sienten por ti demasiada estima. Recuerda también que hasta podrías ir a prisión sin que yo ni nadie pudiéramos hacer nada por evitarlo... Unos golpes en la puerta los interrumpieron. El señor Ibáñez gritó: «¡Adelante!».

Frente a ellos apareció Gustavo sonriente. Diego, aliviado, gritó para sus adentros: «¡Enhorabuena!». El recién llegado, tras mirar al padre de su amigo, le informó:

—Don Pedro, en la bodega de embarque ha surgido un pequeño problema y necesitan su presencia.

Diego, al ver que su progenitor se ponía de pie, lo imitó.

—Enseguida voy —dijo el señor Ibáñez—. Aunque primero haremos un nuevo brindis. —Tras mirar sonriente al hijo del administrador, le pidió—: por favor, Gustavo, trae una copa para ti.

La expresión alegre y distendida de don Pedro sorprendió al recién llegado. Lleno de intriga, miró a su amigo como preguntándole: «¿Pero qué ha pasado?». Diego, con expresión de franco fastidio, pareció decirle: «Ya lo descubrirás». Cuando el señor Ibáñez acabó de llenar las copas de jerez, mientras miraba al hijo de su administrador, con una abierta sonrisa, exclamó:

—¡Tú serás el primero en enterarte de una gran noticia! Tomen cada uno sus copas.

Gustavo levantó la suya y, con gesto sorprendido, inquirió:

—Pero... ¿por quién hay que brindar? —En la pregunta había un ligero matiz de ironía.

—¡Por Diego! —respondió don Pedro, a la vez que alzaba su copa. Con un dejo de orgullo, agregó—: Mi hijo acaba de hacerme varias promesas: a partir de mañana, comenzará a cambiar su modo de vivir y marcar un antes y un después, preocupándose por todas las cosas que tenía olvidadas... —Y sin pausa comenzó a enumerar lo que este le había prometido cumplir.

Gustavo abrió los ojos y dio un silbido. A continuación, al observar la desanimada expresión de su amigo, comprendió que ninguno de aquellos compromisos lo hacían feliz. El señor Ibáñez prosiguió:

—Todos sabemos que los juramentos de Diego son sagrados. —Con disimulo, le guiñó un ojo, y añadió—: Porque, digan lo que digan, mi primogénito es un hombre de palabra, y de remarcado honor, y sé que no me

fallará. ¿No lo crees tú así? —concluyó.

Gustavo, con la copa en alto, expresó:

—¡No le quepa duda, don Pedro!, ¡así será!

Diego, en silencio, levantó su copa acercándola a las demás en un brindis. Tras beberse su vino y paladearlo con placer, el señor Ibáñez exclamó:

—Voy a reunirme con Sancho. —Miró a su hijo y, con una sonrisa, añadió—: Dentro de tres cuartos de hora nos veremos en el patio y regresaremos juntos a casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, padre, allí lo esperaré —contestó Diego.

Don Pedro salió de allí con un alegre silbido. Apenas los jóvenes se quedaron solos, Gustavo se echó a reír burlón.

—Vaya, qué mañanita más larga te ha tocado pasar, ¿eh?

—¡Ufff! ¡No me lo recuerdes! No sé cómo lo he podido soportar; jamás vi a mi padre tan cabreado; incluso llegué a preocuparme.

La voz de Diego sonaba abatida. Por unos momentos se quedó abstraído: «Demonios, tendré que tener más cuidado —pensó con desanimada expresión—. No tenía idea de que... mi padre, estuviera tan al corriente de mis andanzas, y de que... en ocasiones, presto ayuda a algunos de mis camaradas marginales actuando de soplón. Menos mal que... dentro de todo, se lo ha tomado con bastante tranquilidad».

—Y ahora, ¿en qué piensas?

La voz de Gustavo lo sacó de sus cavilaciones. No podía contarle a él nada de eso; su amigo no tenía ni la más remota sospecha de sus peligrosas hazañas, y era mejor mantenerlo al margen. Diego volvió a dejarse caer en el sofá. Luego de exhalar un desalentado suspiro, respondió:

—Bueno... como ves, mi padre pretende muchas cosas de mí, y las quiere todas juntas.

Gustavo, a la vez que tomaba asiento en el sofá de don Pedro, exclamó:

—Pero todo eso que le has prometido ahora lo cumplirás, ¿verdad?

Diego rebatió:

—¿Alguna vez escuchaste decir que Diego Ibáñez no cumplió una promesa?

—No. Que yo recuerde, nunca.

—Entonces no lo dudes; aunque me cueste un penoso sacrificio, cumpliré lo prometido. Ay, Dios, ¿en qué me he metido?, esto no estaba en mis planes.

—No exageres, lo que tu padre pretende de ti no es algo tan complicado —replicó Gustavo.

—¿Te parece poco fatigoso tener que pasarme el día sofocado entre toneles de vino y, además, permanecer horas y horas sin parar de contestar toda la correspondencia que siempre hay acumulada en el escritorio de su despacho? Yo necesito sentirme libre. A mí me gustan los viajes... las aventuras, y para eso tengo que ausentarme durante meses y ahora, con este trabajo, se me complicará todo. —Su voz sonaba angustiada.

Gustavo lo miró serio; con gesto reprobador, exclamó:

—¡Claro, tú, el audaz y frívolo aventurero, el cosmopolita trotamundos como te gusta autodefinirte; acostumbrado a llegar a su casa a la misma hora a la que los demás nos levantamos para ir a trabajar... no puede rebajarse a cumplir un trabajo rutinario y vulgar! ¿Verdad?

Diego lo miró con la ceja levantada en señal interrogativa.

—Vaya —rezongó—, lo único que me faltaba ahora era escuchar tus sermones. Recuerda que un buen amigo debe saber conllevar las flaquezas de otro amigo —concluyó, con una apagada sonrisa.

Su compañero movió la cabeza. Y, con la intención de cambiar de tema, preguntó:

—Y a todo esto... ¿qué te dice la inglesita?

Diego, después de volver a sacar la carta del bolsillo, respondió sonriente:

—Entre otras cosas, me anuncia que, entre agosto o septiembre, tiene pensado venir a España para visitar a sus tíos... y también a mí. Quizás estará aquí para tu boda. Janet es una mujer muy interesante, ya la conocerás. Ambos llegamos a coquetear un poco. —Se quedó unos instantes pensativo y, tras un hondo suspiro, continuó—: Claro que... a mí, la que me impactó de veras fue

una prima suya... llamada Brunilda; de hecho, me impresionó tanto que incluso sentí que me rendía a ella. Y hasta ahora no me la puedo quitar de la cabeza. Intenté seducirla, pero no pude llegar a su corazón.

—Vaya, eso cuesta creer. ¿Es guapa?

—Guapísima. Pero tiene algo más que belleza; algo... que la hace diferente a todas las demás mujeres. Lástima que está comprometida.

—Bueno... aunque eso para ti nunca ha sido un impedimento —replicó Gustavo burlón.

Por espacio de varios minutos más siguieron con la conversación hasta que en el rostro de Diego se reflejó una mueca de abatimiento. Mientras estiraba los brazos, se puso de pie y, acercándose al ventanal permaneció unos instantes quieto. Fuera se escuchaban risas y gritos de niños que jugaban de manera alborotada. Volviéndose hacia Gustavo, le dijo:

—Salgamos ya de aquí; los ojos me escuecen de permanecer tanto tiempo encerrado. Ha sido una mañana larga y tediosa y, al parecer, la tarde será igual.

—Intenta no olvidar que tienes que ir a casa de los Sánchez Alvear a disculparte —replicó su amigo, burlón.

—No me olvidaré; de eso puedes estar seguro. Vamos, esperaré a mi padre en el patio.

A través del ventanal de su despacho, don Pedro paseó la mirada sobre la gran extensión de gallardas palmeras, de bíblica hermosura, junto a los inmensos plátanos hasta el lejano horizonte, desde donde se perfilaban los tupidos viñedos que cubrían las blanquecinas pendientes de aquella tierra aristocrática y cara que solo unos pocos privilegiados podían cultivar.

De pronto se sintió desfallecido; la pasión y esfuerzo que acababa de poner en la larga y difícil charla con su hijo mayor lo habían dejado exánime. Diego siempre estaba dispuesto a salirse con la suya, costara lo que costase. Pero él había llegado al límite de su paciencia. Y ahora se sentía gratificado; gracias a su tesón y empeño, acababa de lograr algo impensable; nada menos que

doblegar la indómita voluntad de su primogénito.

Tras permanecer pensativo unos segundos, se dijo: «Estoy plenamente convencido de que el cambio total de mi heredero es el matrimonio. Solo así, junto a una esposa joven, bella y digna, y a algunos hijos, Diego dejará ese camino de libertinaje y también las peligrosas correrías con sus amigos marginales. Lástima que María Luisa no sea de su agrado». En medio de un hondo suspiro, se preguntó: «Pero... ¿cumplirá esa parte de la promesa?, ¿se preocupará de buscarse una esposa?». «¡Bueno, ya me encargaré yo de que así sea!», exclamó en voz alta.

En aquel instante divisó la figura de su hijo, acompañado de Gustavo, en el patio, junto a un grupo de jovencitos que los rodeaban. Diego reía a carcajadas dedicándoles divertidas ocurrencias a todos. Don Pedro sabía que para aquellos muchachos su primogénito representaba la imagen de lo que ellos mismos soñaban ser algún día, y siempre trataban de imitarlo en todo.

En ese momento uno de los chiquillos le extendía a Diego una larga vara, pidiéndole que les ofreciera una lección de esgrima. Sin hacerse rogar, el joven Ibáñez, después de empuñar el palo, adoptó una pose de aguerrido espadachín, para continuar con el ensayo de airosos pases y una sucesión de estocadas, sin dejar de mover la «espada» con la mano derecha y con la izquierda apoyada en la cintura.

Los niños miraban alucinados aquellos giros, lances y punzadas atentos, con la intención de memorizar toda esa pericia, para más tarde ponerla en práctica durante sus juegos.

Diego, tras tocar al imaginario contrincante con una certera punzada, finalizó su exhibición.

Don Pedro, ante todo aquel derroche de gracia y simpatía, de la cual su hijo era la figura principal, sonrió orgulloso. En ese momento no pudo evitar pensar en la gran diferencia que había entre los tiempos de su mocedad y en la de su primogénito. Desde muy jovencito, él tuvo que tomarse la vida en serio y velar por el porvenir de sus hermanos menores. Y, gracias a eso, pudo sentirse

digno de su existencia; porque, en aquella comarca jerezana, el dueño de las bodegas Ibáñez era querido y respetado con la misma dignidad de un gran trabajador. Y, aunque no se consideraba vanidoso, se sentía orgulloso de sus posesiones que, a pesar de haberlas heredado, él había contribuido a engrandecer.

Los destinos se ponen en marcha

Pedro Ibáñez Carmona había nacido en 1759, en Jerez de la Frontera, en los confines más meridionales de la Península Ibérica, justo donde el Mediterráneo y el Atlántico unen sus aguas. El mismo año en que moría el rey Fernando VI y le sucedía al trono de España su hermano Carlos III. Y, cuatro años después del funesto seísmo que había destruido la ciudad de Lisboa, seguido de un maremoto que incluso había llegado, de manera funesta, a Cádiz hasta provocar numerosas víctimas entre los que se contaban sus abuelos maternos, en la ciudad de Conil de la Frontera.

Criado en el seno de una familia católica y patriarcal, Pedro, desde muy niño, se sintió orgulloso de ser jerezano: «¡Señores, esta es la región más célebre del mundo entero! — prorrumpía alborozado cuando hablaba con los extranjeros que visitaban las bodegas de su padre, para agregar a viva voz—: ¡Famosa por sus bellas mujeres, sus jacas de pura sangre, sus toros bravos y... sobre todo, por el mejor vino, el jerez! ¡No existe bajo la creación de Dios, suelo ni clima que se igualen al de esta comarca fuente del delicioso néctar, conocido desde épocas muy remotas!».

En 1764, cuando el joven Pedro apenas había cumplido los seis años, murió su madre, doña Gertrudis Carmona Valencia, a las pocas horas de haber dado a luz a una niña. El golpe fue muy duro para su esposo don Alfonso Ibáñez, que se quedaba solo junto a sus cuatro pequeños hijos.

Con la ayuda de algunas vecinas y de sus fieles criadas, Casilda, la cocinera, y su hija Pastora, don Alfonso logró llevar adelante la crianza y educación de sus vástagos. Pedro enseguida se sintió atraído por la vitivinicultura y de su mano aprendió todo lo que un futuro bodeguero debía saber.

Aunque el señor Ibáñez tenía fama de ser un hombre bastante rígido, en la intimidad era un padre comprensivo y cariñoso. Y, como buen bodeguero, su lema habitual era: «Con pan y vino se hace el camino».

Cada vez que podía, se reunía con sus hijos y les hablaba sobre el honor y la lealtad, dándoles sabios consejos, a la vez que les narraba fantásticas historias sobre el vino de Jerez, remontándose a la época de los fenicios y también repitiéndoles los andanzas del pirata inglés Francis Drake cuando este había asaltado unas bodegas en Cádiz.

Hasta cuando les hablaba de Dios don Alfonso siempre se expresaba repitiéndoles hasta el cansancio: «Ya sabéis que, en las bodas de Caná, Jesucristo transformó el agua en vino.

No olvidéis nunca que el vino es algo así como la unión de Dios con el hombre. Por eso la uva es el fruto más sagrado que nuestro Señor creó para sus hijos. De ese modo, en la memoria de Pedro y en las de sus hermanos, siempre estarían presentes aquellas expresiones que él repetía de manera continua.

Desde muy joven, don Alfonso, además de experto enólogo, poseía una acentuada habilidad como jinete; dentro de sus cuadras siempre tenía los caballos más famosos de la ganadería de Jerez. En todas las fiestas populares, don Alfonso participaba en las competencias que tuvieran que ver con la doma, las carreras, y otras arriesgadas exhibiciones. Hasta que una tarde, tras la trágica caída de su caballo durante unas celebraciones locales, se rompió la espina dorsal.

Días antes de morir, don Alfonso le pidió a su primogénito, de apenas diecisiete años, que jamás olvidara sus consejos y deberes que, como su heredero, por derecho al mayorazgo, le correspondía, además de velar por sus hermanos menores. Y así, de la noche a la mañana, el joven Pedro Ibáñez se vio solo al frente de los negocios de las bodegas, los viñedos, las huertas y el cortijo, además de tener la responsabilidad de cuidar de sus hermanos. El fiel servidor de su progenitor, don Marcial Gutiérrez, pasó a ser para él como un

segundo padre. Y el cariño y respeto que ambos se profesaban se robustecieron aún más.

Al año siguiente, los hermanos de Pedro decidieron alejarse de Jerez en busca de sus destinos; José, un año menor que él, ya tenía decidido que sería militar de alta graduación. Y, tras largos papeleos y reconocimientos físicos e intelectuales, se marchó a Segovia, al obtener allí una plaza en el Real Colegio de Artillería. Ramón, que tenía un año menos que José, se trasladó a Madrid a estudiar la carrera de maestro. Por suerte, en la capital tenían a la tía Elvira, prima lejana de su padre, que se mostró complacida de recibirlo en su casa el tiempo que fuera necesario.

De ese modo, la vieja casona de los Ibáñez de Jerez de la Frontera se quedó con la sola presencia de los criados y de la pequeña Antonia, que no tardó en transformarse en la consentida de su hermano mayor.

La única instrucción que Pedro le brindó a su hermana menor, además de su inmenso cariño y de inculcarle los imprescindibles códigos de honor y moralidad, fue el de las cuatro reglas: leer, escribir, sumar y restar. Por eso Antonia, al igual que muchas de sus amigas, creció en un mundo, aunque despreocupado y feliz, de completa ignorancia.

Por aquel entonces Pedro era un joven guapo y esbelto, amante de la sencillez y de la pulcritud, con una merecida popularidad de serio y trabajador poco dispuesto a las extravagancias ni a las juergas, propias de los jóvenes de su edad. Su mirada cálida y directa, además de su fácil sonrisa, lo ayudaba a tener éxito con el sexo opuesto.

Poseía un espíritu inquieto y despejado; les sobraban astucia y talento para los negocios. Sabía leer y escribir a la perfección, pero lo que más lo apasionaba era la aritmética, lo que lo ayudó a ser rápido y sagaz con las cuentas. De la historia solo tenía constancia de que España, en un tiempo lejano, había sido maestra y dueña de casi el mundo entero. Y que, a través de los siglos, había estado en guerra con sus vecinos, en especial con los británicos y que estos, ante el paso del tiempo, no habían dejado de ser los

potenciales enemigos de su patria. Por eso Pedro desconfiaba de ellos. No entendía casi nada de derechos de Estado, ni de códigos políticos; sentía respeto por Dios y sus mandamientos y, aunque algo menos, por su rey.

Poco después de la muerte de su padre, compró más de ciento cincuenta fanegas de viñas viejas que arregló para que dieran pronto sus mejores frutos y, al tener en cuenta que era un genio para las finanzas, con ayuda de don Marcial Gutiérrez, muy pronto su capital comenzó a crecer y crecer, hasta llegar a exportar el jerez y el Brandy de sus bodegas por gran parte del mundo.

Tanto para las niñas casaderas como para los padres de estas, Pedro representaba un buen partido. Pero él, a raíz del agotador trabajo que lo mantenía ocupado casi todo el tiempo, no se daba lugar para compromisos serios. Había tenido algunos romances sin mayor trascendencia y, como era muy reservado, nadie, ni sus mejores amigos, lograban enterarse de sus intimidades.

La iniciación sexual de Pedro se había producido en vida de su padre, antes de cumplir los dieciséis años. Don Alfonso en persona fue quien lo llevó a la casa de una vieja meretriz, bastante guapa aún, la que con su experiencia, lo ayudó a descubrir el placer carnal. Y en poco tiempo el jovencito se convirtió en un avezado y, a la vez, discreto amante.

Pedro tenía varios amigos como él, divertidos y sanos de mente y cuerpo, además de ágiles jinetes, con los que se reunía en tertulias familiares y diversiones locales tales como ferias, romerías y caminatas al santuario de alguna milagrosa imagen.

El joven Pedro Ibáñez, para continuar las viejas tradiciones familiares durante la vendimia, la siega y la recolección de la aceituna, organizaba ruidosas fiestas sin escatimar esfuerzos ni dinero, deseoso de que tanto los hombres y mujeres que trabajaban para él se sintieran a gusto y pudieran gozar plenamente de aquellos populares festejos.

Durante la semana, Pedro, después del trabajo, recorría los campos sin olvidar pasar por el caserío, con la intención de no perderse nada de lo que

ocurría por allí, en especial los problemas de sus arrendatarios, ya fueran de salud o de camorras entre ellos.

Los sábados los dedicaba a sus amigos y a ponerse al corriente de los acontecimientos y chismes de la ciudad. Al llegar el domingo, y durante las fiestas religiosas, acompañaba a Antonia, su hermana menor, y a las amigas de esta a la iglesia. Luego las llevaba a pasear por diferentes plazas, entre ellas la del Arenal, para que las jovencitas pudieran presumir ante las miradas de los jóvenes que las pretendían.

Desde que sus hermanos menores estudiaban en Madrid, les enviaba el dinero suficiente para que no pasaran necesidades. Por suerte, tanto José como Ramón se comportaban de manera intachable, dedicados al estudio, deseosos de llegar a ser hombres de provecho, para que el hermano mayor se sintiera orgulloso de ellos.

A comienzos de 1778, Pedro Ibáñez Carmona estaba próximo a cumplir los diecinueve años, sin que aún se hubiera enamorado de verdad... hasta que, en febrero de ese mismo año conoció a la mujer de su vida. El flechazo ocurrió en Cádiz, durante un lunes de Carnaval.

Aquel día, las calles de la ciudad hervían de gente; Pedro, acompañado de su inseparable amigo Álvaro, había acabado de concretar un cargamento de Jerez hacia América. Esa misma tarde, mezclados con la multitud, se quedaron a observar el tropel de mascaradas.

Sobre los bordes de las aceras había infinidad de carruajes detenidos cuyos ocupantes, con la inmovilidad de las estatuas, miraban las alegres comparsas en su bullicioso desfile por las calles.

De pronto, los ojos de Pedro se quedaron fijos en una bella jovencita sentada, en compañía de otras dos mujeres, en una calesa descapotable que se hallaba detenida muy cerca de él. De una rápida mirada, el joven observó que la librea del cochero, así como los arreos del caballo y el escudo de armas, pertenecían a la nobleza.

Cuando la jovencita, como presintiéndolo, se volvió hacia él, Pedro sintió

que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo. Durante un largo rato, ambos se quedaron con los ojos fijos uno en el otro, olvidados de todo, incluso del infernal barullo de la calle. Decidido a conquistarla, Pedro se atrevió a sonreírle. Y cuando ella, con gesto tímido, le devolvió la cortesía, se quedó extasiado... y para él, aquello de que «La eternidad puede caber en un instante» fue la más pura verdad.

Poco después, apenas el cochero hizo restallar el látigo y el caballo se puso en movimiento, Pedro, olvidándose de su amigo, se fue a la carrera detrás de la calesa, dispuesto a descubrir dónde vivía aquella hermosa joven que, de forma tan inesperada, le había robado el corazón.

Durante varios días, el jerezano, a pesar de haber terminado con sus negocios vitivinícolas, en compañía de su amigo Álvaro, se quedó en Cádiz para averiguar todo sobre la bella jovencita. Así pudo descubrir que se llamaba Clemencia Cisneros de Vargas Wesley, que tenía diecisiete años y... que todas las virtudes parecían adornarla. Según le fueron contando, la jovencita hablaba varios idiomas, cantaba como los ángeles y ejecutaba el clavicordio con graciosa maestría. Además de su belleza física, era poseedora de un carácter magnánimo desprovisto de vanidades. Pedro se sentía maravillado; en esa bella jovencita parecían condensarse las más loables actitudes. ¡Deliciosa sin disputa alguna!

Era la hija menor de una encumbrada dama, mitad inglesa y mitad española, con fama de fría y orgullosa. Por el contrario, su padre, don Ignacio Cisneros de Vargas, a pesar de ser un rico terrateniente y de poseer además el título de marqués de Chipiona (que él se negaba a usar), estaba catalogado como un hombre muy benévolo y campechano.

Clemen, como la llamaban sus allegados, tenía dos hermanos mayores: Ignacio, brigadier de la Marina española, y Natalia, ambos solteros. Pero lo más doloroso para el joven enamorado fue enterarse de que «su Clemen», como él la nombraba en su interior, estaba comprometida con un aristócrata inglés. «Es su madre quien siempre deseó esas alianzas matrimoniales tan

ventajosas para sus hijas —le contaron a Pedro algunas vecinas—. Y, como con la mayor fracasó, ahora lo ha logrado con la pequeña. El año pasado estuvo aquí un joven inglés muy guapo junto a su madre y, en una grandiosa fiesta, la señorita Clemen y él se comprometieron. Ahora ambas acaban de regresar de un largo viaje por Inglaterra. Esa señorona es más altanera que una reina; solo mantiene amistad con aristócratas de cuna, entre los que se cuentan los duques de Alba».

Y Pedro, que ya sentía aversión por los británicos, en ese momento los aborreció con más fuerzas. No obstante, se juró a sí mismo que esa niña sería suya, le costara lo que le costara. Además, las veces que se encontraban, ella parecía decirle con la mirada: «Me gustas; me gustas mucho», y eso acrecentaba las esperanzas de lograr enamorarla y hacerla su esposa.

Todos los fines de semana, Pedro regresaba a Cádiz dispuesto a verla aunque fuera de lejos, y para eso se apostaba frente a su casa, oculto entre las ramas de un alto sicomoro a la espera de que ella, acompañada de su doncella, saliera al jardín. Y, cuando eso sucedía, ambos se miraban hablándose con los ojos, sin pronunciar una sola palabra.

Un sábado, al llegar a la casa de Clemen, Pedro la encontró en parte cerrada. Luego de esperar más de dos horas a que ella saliera al jardín, con el alma en vilo, se atrevió a preguntar a los jardineros: así se enteró de que toda la familia había partido a Córdoba, para visitar a una prima de la joven llamada *Amaranta*, única sobrina de doña Úrsula, que acababa de dar a luz en esa ciudad. Y, para su desesperación, tardaron tres semanas en regresar.

Pedro, al mismo tiempo, esperaba ansioso la llegada de su primo Federico de Montemayor y Carmona, también brigadier de la Marina española que esos días se encontraba en alta mar. Tenía la esperanza de que este pudiera tener amistad con el hermano de Clemencia... y no estaba equivocado. Apenas Federico regresó, Pedro se enteró de que no solo era muy amigo de Ignacio Cisneros de Vargas Wesley, sino que ambos acababan de regresar de un viaje por las Antillas.

Pedro le confesó a su primo el gran amor que sentía por Clemen y le pidió ayuda para lograr entrevistarse a solas con la jovencita. El marino, próximo a contraer matrimonio, aceptó echarle una mano. Para suerte del jerezano, la prometida de Federico, Carmen Benítez de Lera, perteneciente a la aristocracia de Cádiz, era muy amiga de Natalia Vargas Wesley, hermana mayor de Clemencia... Y fue la propia Carmen quien le prestó la mejor ayuda.

Una cálida tarde de julio, en el festejo de su santo, la novia de su primo arregló los detalles para que ambos se encontraran en su casa «de forma casual». En solo tres encuentros secretos, Pedro y Clemen se dieron cuenta de que deseaban estar juntos para siempre. La relación siguió oculta un mes entero.

Clemencia sentía terror a la reacción de su madre cuando esta se enterara de que estaba enamorada de un rústico y vulgar bodeguero, por lo que no dejaba de repetirse aturdida: «¿Cómo decirle que nunca he estado enamorada de Thomas y que ahora muero de amor por un joven campesino, sin linaje? Será como si cayera una bomba». No obstante, sabía que, llegado el momento, su padre se pondría de parte suya.

Pedro regresaba a Cádiz cada fin de semana, y Clemencia se las ingeniaba para encontrarse con él en casa de Carmen de Lera. Allí él, después de besarla, le repetía: «Clemen, es mejor que tu familia se entere de lo nuestro cuanto antes; ya no puedo más, deseo poner fecha a nuestra boda». Ella, ante la reacción de su progenitora, continuaba pidiéndole: «Por favor, Pedro, dame tiempo de prepararla; ella y la madre de Thomas son muy amigas, y ambas están muy ilusionadas con la boda. Además, durante nuestro último viaje a Inglaterra, yo me mostré allí muy natural... sin imaginar que iba a enamorarme de ti... de la manera en que lo estoy. Y temo que, cuando mi madre se entere, termine por enfermar de los nervios».

Clemencia tenía en su casa la ayuda de Maruja, su doncella personal quien, a pesar de sentir pánico de su ama, se transformó en su cómplice... aunque por dentro temblaba de miedo. Pero, como ningún secreto es eterno, una tarde

doña Úrsula se enteró de la secreta relación amorosa de su hija menor... de la peor manera; gracias al «favor» que una de sus aristócratas amigas le hizo durante una reunión.

—Mira, Úrsula, creo que ha llegado el momento de contarte algo que tú.. al parecer, aún ignoras... —comenzó a decirle la estirada dama, mientras le servía a su amiga una taza de té—. Pero, por favor, procura mantener la calma. Todas creemos que es necesario que te enteres de lo que ocurre a espaldas tuyas. Tu pequeña Clemen se ve a escondidas... con un vulgar bodeguero de Jerez de la Frontera, primo del brigadier don Federico de Montemayor, amigo de tu hijo y prometido de la hija del marqués de Lera. Y las citas son en casa de la propia Carmen de Lera.

—Por algo nunca quisiste juntarte con esa gentuza; son... como tú bien dices siempre: aristócratas de prestigio, pero no de cuna —replicó otra de las damas, con la clara intención de meter el dedo en la llaga.

Ante aquellos comentarios, doña Úrsula tardó unos instantes en reaccionar; muy despacio dejó la taza sobre la mesa. Después, cual repelida de su sillón, se levantó de golpe. Las amigas, asustadas, observaron cómo su rostro se teñía de verde. Pero al instante, con gesto majestuoso y a la vez sombrío, muy despacio volvió a sentarse quedándose callada. En su interior experimentaba la sensación de haber recibido una sentencia de muerte. ¡Su hija la engañaba!, ¡no podía creerlo! ¡Ni mucho menos soportarlo! Ese mismo anochecer de domingo, Clemen, acompañada de Maruja, se escapó para despedir a Pedro, que regresaba a Jerez de la Frontera. Ambas se dirigieron a una calle oscura donde el joven Ibáñez volvió a jurarle su amor a la vez que volvía a pedirle que hablara cuanto antes con su familia.

Antes de marcharse, volvió a besarla con apasionado ímpetu mientras Maruja, muy nerviosa, se giraba a mirar en todas direcciones, temerosa de encontrarse de golpe con el pomposo perfil de su ama, a la que las últimas horas había notado muy extraña.

Cuando regresaron, cohibidas ante el sobrecogedor silencio de la casa, sin

apenas respirar, temerosas de ser descubiertas, entraron por la puerta de atrás. De pronto, al traspasar el umbral de la inmensa sala, entre las sombras vieron emerger la «aterradora» figura de doña Úrsula, con una palmatoria en la mano, cuya luz daba a su rostro una expresión fantasmal.

Ambas dejaron escapar un grito, quedándose paralizadas.

Sí, ahí estaba ella en cuerpo presente: erguida y severa, como la imagen misma de la justicia, mirándolas ceñuda e implacable. Seguido a eso, durante varios minutos, entre todas reinó un silencio sepulcral. Hasta que Maruja, adelantándose a su niña, rompió a llorar desconsolada.

La voz de doña Úrsula, mirándola con infinito desprecio, sonó como un trueno:

—¡Infame, traidora... desleal! —Luego, volviéndose hacia Clemencia, vociferó—: ¡Y tú, mi hija, la que nació de mis entrañas!, ¿has tenido el valor de hacerme una cosa así? ¡Juro que preferiría verte muerta... y yo, detrás de ti, antes que tolerar tamaña traición y desengaño!

El escándalo fue mayúsculo. Doña Úrsula tuvo varios ataques de llanto y largos desmayos al escuchar, de boca de la propia Clemencia, que hacía semanas había enviado una carta a Londres para romper su reciente compromiso con el joven Thomas Edwyn de Lancaster. Y que también le había devuelto sus cartas y regalos, que ya iban camino a Londres en manos de un amigo que había zarpado de Cádiz hacía tres días.

Don Ignacio, al enterarse de todo aquello, se quedó perplejo, a la vez que se preguntaba: «¿Pero qué ha hecho mi pequeña Clemen? ¿Cómo ha sido capaz de desobedecer a su madre, y anular una relación de casi dos años, con su novio inglés, justo al poco tiempo del compromiso?». A pesar de todo, tal como Clemencia lo había pensado, el señor Cisneros de Vargas se puso de su parte.

Natalia, al temer por la salud de su madre, no se atrevió a abrir la boca. Por su parte, Ignacio, sorprendido del comportamiento de su hermana menor (que calificó de irreflexivo), se mantuvo distante.

Pilar, la sobrina de don Ignacio, íntima amiga de Clemencia que acababa de regresar de Sevilla, al enterarse del escándalo, se quedó boquiabierta, repitiéndose sin cesar: «¡Mi prima Clemen está loca!, va a cambiar al hijo de un *lord* inglés, que casi se tuteaba con el rey Jorge, por un... bodeguero. Pero... ¿dónde está su juicio?».

A pesar de los mudos reproches de sus hermanos, los llantos y fingidos desmayos de su madre, además de los bulliciosos aspavientos de su prima Pilar, la joven rebelde se mantuvo firme en su decisión, aliviada de que al fin la verdad se hubiera descubierto.

Apenas Pedro puso un pie en Cádiz, se enteró de lo que había pasado. Y, lleno de gozo, exclamó: «¡Enhorabuena!». Ese día Clemencia, con la venia de su padre, y acompañada de su hermana y Maruja, además de otras dos criadas, logró reunirse con Pedro. Este, después de besarla en la mejilla, cohibido ante «tanto público», le dijo al oído: «Apenas tu padre me lo permita, le pediré tu mano y, si todo sale bien, fijaremos la fecha de la boda». Ella se apretó contra su pecho mientras decía: «Sí, yo hablaré con él para saber cuándo puedes ir a verlo».

Don Ignacio, a la vez que soportaba con firmeza los ataques de nervios de su esposa, decidió entrevistarse en privado con Pedro y ver, con sus propios ojos, qué clase de persona era el pretendiente de su hija menor. La cita fue en casa de Federico de Montemayor.

El jerezano, aunque con notable nerviosismo, esperó a su futuro suegro vestido de manera sencilla, sin más adornos que el del aseo y la pulcritud, y con el pelo sujeto por una coleta en la que lucía una cinta de seda negra. El encuentro, con Federico presente, fue espontáneo y gentil.

El señor Cisneros de Vargas de inmediato congenió con el jerezano; quedó encantado con él. Cuando se despidieron, don Ignacio lo invitó a su casa al día siguiente, para comer con la familia. Doña Úrsula, negándose a recibir al bodeguero, se quedó encerrada en su cuarto.

A pesar de eso, el almuerzo transcurrió tranquilo; después, ante la silenciosa

presencia de los hermanos de Clemencia, los novios concretaron la fecha del compromiso, que se celebraría dos semanas mas tarde. Y la boda, para desesperación de doña Úrsula, que había mandado como espía a una doncella que iba trasmitiéndole todo lo que pasaba abajo, fue fijada para marzo del año siguiente.

Dos días después llegaron a Jerez los hermanos de Pedro, que iban a pasar unas cortas vacaciones. José y Ramón se encontraron de lleno con los preparativos del compromiso de Pedro; por lo que ambos jóvenes se miraron mudos de asombro. Pero José también les traía una sorprendente noticia: en Madrid, acababa de comprometerse con una jovencita llamada Elena Sánchez Rivera, hija de un capitán de artillería. La boda estaba fijada para finales del mes de mayo. Ante aquella confesión, el hermano mayor se quedó con la boca abierta. El festejo del compromiso de Pedro y Clemen, a pesar de que la dueña de casa se pasó toda la velada llorosa, con una expresión de angustia y pesadumbre, fue hermoso.

Seguido a eso, el día cuatro de septiembre, en la catedral de Cádiz, se casaron Federico de Montemayor y Carmona y Carmen Benítez de Lera. Durante la fiesta, Antonia, la hermana menor de Pedro, conoció a un caballero oriundo de Madrid, diez años mayor que ella, amigo de un primo de la novia. Después de bailar juntos lo que duró el festejo, ambos comprendieron que entre ellos había nacido el amor. Dos días más tarde, el joven madrileño se trasladó a Jerez y se hospedó en una posada, decidido a conseguir hablar con el hermano mayor de Antonia y pedir su mano antes de marcharse a Madrid.

Tras una semana de fracasadas intenciones, Benito Alvear de Salinas logró al fin ser recibido por Pedro. Tras la meditada aceptación del hermano de su novia, el pretendiente dejó en claro su deseo de que la boda, pese a que la jovencita apenas había cumplido los quince años, fuera fijada en un corto tiempo, justo a mediados de agosto del próximo año. De ese modo, tres días después se celebró el compromiso matrimonial entre Antonia y Benito.

Pedro, anonadado, se dio cuenta que de golpe casi todos los hermanos

Ibáñez iban a formar sus propias familias. El único que aún no parecía contagiado era Ramón.

Al finalizar la Fiesta de la Vendimia, Benito, en compañía de los hermanos de su prometida, se marcharon a Madrid no sin antes prometerles regresar para la boda de Pedro y Clemen.

Antonia, en medio de un llanto desconsolado, se despidió de su prometido. Pastora, acariciándole la cabeza, la consolaba:

—No llores, mi niña, ya verás cómo entre los preparativos de coser y bordar tu ajuar de novia (con gusto yo te ayudaré), el tiempo pasará tan deprisa que no lo notarás.

Cuando menos se dieron cuenta, llegó el nuevo año. El siete de marzo de 1779, a un mes de las amonestaciones, en la catedral de Cádiz se celebró la boda de Pedro y Clemencia. Allí acudieron los más distinguidos personajes de la marina española y de la aristocracia, junto a todas las amigas de la novia y de su hermana.

Por parte del novio estuvieron presentes, además de sus hermanos y del prometido de Antonia, todos los amigos y vecinos de Jerez de la Frontera, junto a su administrador y hombre de confianza, don Marcial Gutiérrez.

Durante la boda de su prima Clemen, Pilar, sobrina carnal de don Ignacio (que, al ser huérfana, vivía con dos tías solteras), aprovechó la ocasión para presentar a su prometido julio, un guapo sevillano, que enseguida congenió con Pedro.

La única ausente fue la prima Amaranta de Córdoba ya que su hijo, que era aún muy pequeño, no se hallaba muy bien de salud y prefirió no exponerlo a las peripecias de un viaje. No obstante, les envió de regalo dos hermosas ánforas de cristal azul, con asas de oro. La fiesta se prolongó hasta la tarde del día siguiente. Tras eso, en medio de una caravana de familiares y amigos, con la madre de la novia sumida en un mar de llanto, los flamantes esposos embarcaron con destino a Marsella, para seguir viaje en diligencia hacia París.

Pedro había dejado a Pastora como *carabina* de Antonia que, junto a los hermanos mayores, tendría la responsabilidad de cuidar a la joven novia y no dejarla sola hasta que su prometido se marchara a Madrid.

Benito le hizo prometer a su futuro cuñado que, al regreso del viaje a París, él y su esposa, como tenían previsto pasar por la capital, se quedarán unos días en su casa. Nada más pisar tierra francesa, Pedro, que por primera vez salía de su patria, se quedó impresionado con el país vecino... y no tuvo más remedio que reconocer que por algo se decía que Francia era la nación más interesante y astuta de toda Europa.

El viaje de novios, para Pedro y Clemen, alojados en el confortable hotel Collège de París, fue inolvidable; se amaron sin reservas mientras aprendían a conocerse en la intimidad hasta quedar convencidos que estaban hechos el uno para el otro.

Regresaron a España un mes y medio después en diligencia, tras hacer una parada, como lo ya tenían previsto, en Madrid para visitar a tía Elvira y a sus hermanos, y de paso conocer a las futuras familias de Antonia y de José. Benito volvió a ofrecerles su regia casona ubicada en el barrio de San Antón, para que los recién casados permanecieran allí todo el tiempo que estuvieran en la capital.

El futuro cuñado de Pedro, por ser hijo único, huérfano de madre desde los ocho años y de padre desde los diez, vivía con la única compañía de una legión de amables criados; aunque la mayoría de ellos eran de color llevados a España desde América y África como esclavos, ya eran libres.

Pedro y Clemencia no tardaron en descubrir que el prometido de Antonia pertenecía a la alta sociedad madrileña y se codeaba incluso con la realeza. Benito Alvear de Salinas era, además, integrante de un grupo de hombres cultos y progresistas, catalogados de «afrancesados», que intentaban cambiar el país con las ideas y planteamientos de moda en Francia, enfrascados en modificar las arcaicas costumbres de la nación española, sobre todo en lo referente a su atraso y su estancamiento cultural. Realmente, lo único que

empañaba el buen linaje del joven Benito venía por parte de su tío abuelo, que en vida había tenido conexión directa con esclavistas, tanto europeos como americanos.

Elena, la prometida de José, era preciosa y muy simpática; Clemen y Pedro de inmediato se quedaron encantados con ella. Por su parte, la familia de la joven novia les ofreció a los visitantes un magnífico recibimiento.

Ocho días después, los recién casados, sintiéndose muy contentos y animados, reiniciaron su regreso a Cádiz. Apenas llegaron, se encontraron con una sorprendente novedad: el cambio de actitud de doña Úrsula, que los recibió muy cariñosa y asequible.

Y, tras dos semanas de permanencia en la casa familiar, Clemencia y su marido, cargados de bultos y de la suculenta dote de novia que su padre le había obsequiado (entre miles de reales de vellón y ricas tierras), después de una gran fiesta de despedida en casa de Federico y Carmen, se marcharon a Jerez de la Frontera para comenzar una nueva vida juntos.

Clemencia se llevaba con ella a Maruja, su doncella personal; la joven fámula se mostraba muy contenta de seguir al lado de su niña, sobre todo porque doña Úrsula aún parecía tenerla entre ojos considerándola una traidora desleal además de una «seducehombres», ya que continuamente provocaba numerosos conflictos entre la servidumbre.

Los recién casados fueron recibidos en Jerez con festivo alboroto por las familias de huerteros, vecinos y amigos íntimos del joven Ibáñez, quienes le organizaron una gran fiesta de bienvenida.

La primera noche en el nuevo hogar, Pedro subió en brazos a su esposa hasta la habitación que había albergado la intimidad de casi todos sus antepasados. Dos semanas después, Pedro y Clemencia regresaron a Cádiz para despedir a Ignacio y a Federico quienes, ante la dolorosa angustia de las dos familias, iban a partir, junto a los más destacados marinos entre españoles y franceses, hacia tierras de Norteamérica para ayudar a los nativos a independizarse. Para Francia, todo eso representaba una magnífica oportunidad de vengarse de

Inglaterra y, como España estaba ligada a la primera por sus viejos pactos de familia, ambas naciones enviaban sus buques hacia aquellas distantes costas.

Los colonos americanos esperaban ansiosos el próximo desembarco de las fuerzas hispanofrancesas y, según los rumores que atravesaban el océano, aseguraban que, ante esa pronta ayuda, el ánimo del cabecilla Jorge Washington se hallaba más elevado.

Dos días después, los marinos, ante el desconsuelo de sus familias, zarparon con destino a Norteamérica. Sumidos en aquellos tristes acontecimientos, Pedro y su esposa regresaron a Jerez, para seguir con su diaria vida. Clemencia inauguró con éxito su nueva vida de ama y señora en el antiquísimo y honorable hogar de los Ibáñez, de Jerez de la Frontera.

Enseguida se interesó por los arrendatarios de Pedro, con innumerables niños, ancianos y mujeres, muchas de ellas encintas, y dispuso todo para que tuvieran lo necesario. Además, se comprometió a enseñarles, principalmente a los más jóvenes, el alfabeto y métodos de salubridad e higiene.

Con la llegada de la joven gaditana, las donaciones a iglesias e instituciones benéficas por parte de la familia Ibáñez se multiplicaron. De ese modo, la vida monótona y tranquila de Pedro sufrió un gran cambio. Se encontró de pronto inmerso en óperas, conciertos y actos culturales a los que tenía que acompañar a su esposa. Por su parte, Maruja, apenas puso un pie allí y, a pesar de algunas pequeñas desavenencias con sus compañeros de trabajo debido a su coquetería y afición por los hombres, no tardó en hacerse amiga de casi todos los criados de aquella casa, en especial de Pastora y su madre Casilda.

En mayo, el matrimonio Ibáñez, junto a Antonia, Maruja, Pastora y varios palafreneros, viajaron a Madrid para la boda de José y Elena. El reencuentro de Antonia con su prometido resultó tan apasionado y efusivo que incluso Pedro tuvo que llamarles la atención.

En los días siguientes, Benito, con el permiso de su futuro cuñado, acompañados de Maruja y Pastora, se dedicó a llevar de paseo a su bella

novia en largos recorridos por los lugares más emblemáticos de Madrid. Asimismo, organizó una gran fiesta en su casa para presentar a su juvenil prometida y, a la familia de esta, todas sus selectas amistades.

Esa noche, Pedro, Clemencia y Antonia conocieron a los duques de Osuna y a la jovencísima Cayetana, duquesa de Alba, entre muchos otros aristócratas y demás personalidades (entre ellos, al afamado retratista don Francisco de Goya).

La ceremonia de la boda del hermano de Pedro fue hermosa. José, de pie frente al altar, vestido de *dragón*, acompañado de su hermano Pedro, esperaba la llegada de su novia y, aunque un tanto nervioso, permanecía en una gallarda postura. Elena, vestida de azul claro, hizo su aparición en medio de un coro de armoniosas voces que entonaban cantos gregorianos. A medida que avanzaba por la larga alfombra, cogida del brazo de su padre, se escuchaban los admirados susurros de la gente que decían: «Qué hermosa está. Sí, se asemeja a una delicada muñequita de porcelana».

En la entrada de la iglesia estaban formados unos frente a otros, vestidos también de *dragones*, todos los compañeros de la escuela militar del novio. Y así, los recién casados, en medio de vítores y alabanzas, salieron del templo bajo un dosel de relucientes espadas. La fiesta, que duró hasta muy entrada la mañana del día siguiente, fue inolvidable.

La pareja de recién casados, a su regreso de un viaje por el sur de Francia iba a vivir en el barrio de Maravillas en una vieja mansión, regalo del padre de la feliz desposada. Una semana después, Pedro y su familia, junto a sus acompañantes, regresaron a Jerez de la Frontera para preparar la boda de Antonia, que se celebraría en apenas tres meses.

En pleno mes de agosto, Benito Alvear de Salinas, acompañado de una numerosa comitiva de invitados, llegaron a Jerez de la Frontera dos semanas antes de la boda. La mayoría de los hombres se alojaron en diferentes fondas y casas de amigos de Pedro y las mujeres, en el propio hogar de la novia.

Los hermanos de Antonia, Ramón y José, junto a Elena, la esposa de este

último, arribaron a Jerez una semana después. Y llegó el día de la boda. La solemne misa, con un largo sermón, fue celebrada en la catedral de Jerez, que resultó pequeña para albergar a tanta gente. La solemne ceremonia la ofreció el padre Mateo, el anciano sacerdote que había bautizado a todos los hermanos Ibáñez y dado también la extremaunción a sus padres.

Pedro le brindó a su hermana una gran fiesta, que duró casi dos días; le obsequió, además, una apreciable dote. Benito llevó a su joven esposa de viaje por Italia y Francia, con la idea de recorrer varias ciudades y visitar a numerosos amigos afincados allí.

Regresaron a España muy contentos y animados, lo que daba a entender que entre ellos, pese a la diferencia de años, todo funcionaba de maravilla. A los pocos días Antonia y su esposo se marcharon de manera definitiva a Madrid, hecho que dejó, en toda la familia Ibáñez y también en Pastora, un gran vacío.

Dos meses después, Pedro y Clemencia recibieron una carta de Antonia, donde les contaba un montón de «novedades», que dejaban entrever lo dichosa que se sentía con su nueva vida, mezclada entre la flor y nata madrileña. Entre otras cosas les explicaba: «El señor Goya que, como ya sabéis es muy amigo de Benito, se ocupa de hacernos un retrato bellísimo en el que ambos nos vemos muy guapos; don Francisco dice que ese es su regalo de bodas. Ya hemos ido a muchas fiestas, teatros y óperas, en los que he conocido a numerosas personalidades entre diplomáticos, escritores, científicos, arquitectos, cantantes, toreros de renombre, actores... y también a la famosa actriz María del Rosario Fernández, apodada «la Tirana» y a la cómica y tonadillera granadina, María Antonia «la Caramba», que aquí en Madrid es muy famosa. Ah, y lo más importante: fuimos invitados a una fiesta en palacio, y Benito me presentó a los soberanos. ¡Ay!, si supierais cuán emocionada me sentí. Ellos, tanto la reina María Luisa como el rey Carlos IV, y varias personalidades pertenecientes a su Corte (entre ellas la joven duquesa de Benavente y su esposo, el duque de Osuna), fueron muy cordiales conmigo, y todo resultó maravilloso. También me he hecho muy amiga de la duquesa de

Alba y su esposo, y de verdad, aunque ellos..., no sé por qué motivo, no visitan la Corte. Son muy amigos de Benito y, realmente, me parecieron adorables en el trato, sobre todo, ella, que está catalogada como una mujer bondadosa, sencilla y muy alegre; ¿sabíais que la casaron a los doce años con su primo, José Álvarez Toledo Osorio, marqués de Villafranca, y un montón de títulos más?».

Antonia, al referirse a toda la gente de aquella sociedad a la que su flamante esposo acababa de integrarla, dejaba traslucir una innegable emoción: «Todos ellos son encumbrados hombres y mujeres de mundo. Dotados de muchos dones que la cuna, la educación, la riqueza y las tradiciones han derramado sobre ellos. ¡Oh, Pedro y Clemen, de verdad... esas personas en su clase son... ¡perfectas! No hay un solo vestido, ni una sola peluca, en el movimiento de sus cabezas, ni un solo lunar pintado... ni una sola palabra o frase que no sean una verdadera obra maestra de la cultura mundana, y de la destilada quintaescencia de todo lo exquisito que el arte social ha elaborado».

Al acabar de leer aquellas notas, Pedro miró a su esposa y, tras dar un hondo suspiro, con visible tristeza, murmuró:

—Antonia es tan jovencita y tan inocente que aún no sabe que todo eso que ella idolatra de manera tan intensa está lleno de engaño e hipocresía. Y que, además, detrás de todo ese artificio, siempre se halla escondida la envidia y la maldad.

Seis meses más tarde, Pilar, la prima de Clemencia, en otra hermosa y festiva ceremonia, organizada también en Cádiz, se casó con Julio, su novio sevillano. Dos días más tarde, los recién casados se marcharon a Inglaterra.

En el puerto fueron despedidos por la familia y por varios amigos. Clemencia y su prima, que siempre habían estado muy unidas, se mostraban tristes ya que Pilar, al regreso del viaje, iba a fijar su residencia en Sevilla.

Muy pronto los matrimonios de los hermanos de Pedro comenzaron a dar sus primeros frutos. Justo al cumplirse diez meses de casados, Elena y José tuvieron su primer retoño, al que bautizaron con el nombre de David. Y dos

meses después Antonia, tras un largo trabajo de parto que casi le cuesta la vida, dio a luz a Aníbal, que sería su único vástago. En el transcurso de los cuatro años siguientes, Elena y José tuvieron tres hijos más: Sergio, Begoña y Micaela.

Aunque Clemencia tardó en engendrar a su primogénito, en octubre 1782 se quedó encinta.

Ese feliz acontecimiento sobrevino meses después de terminada la guerra de América del Norte e Inglaterra en la que Federico e Ignacio, junto a cientos de marinos más entre españoles y franceses, habían participado en la lucha a favor de Jorge Washington en la independencia de aquel país, que pasaría a llamarse «los Estados Unidos de América».

La preñez de Clemen transcurrió en calma entre los mimos de toda la familia. ¡Qué inolvidables fueron aquellos días para el joven Pedro! A medida que el vientre de su esposa se engrosaba, él tenía la firme certeza de que su primer hijo sería un varón y, de ser así, este llevaría el nombre de Diego Ibáñez como su bisabuelo, lo que iba a asegurar, ante la dinastía familiar, el heredero por la posesión del mayorazgo.

Además, Pastora y su madre, la vieja Casilda, ambas catalogadas como buenas herbolarias y, sobre todo, como sorprendentes adivinas, afirmaban con rotundidad que el bebé sería un niño. Y, al escuchar esos vaticinios, Pedro sonreía complacido.

Un ejército de bordadoras, lenceros y modistas colaboró en la confección del ajuar de tan insigne ciudadano: nada menos que el primer hijo del propietario de una de las más antiguas y prestigiosas bodegas de Jerez de la Frontera.

El primogénito de Pedro y de Clemencia nació el veintitrés de marzo de 1783. Fue inscrito en el sagrado libro parroquial de Jerez, junto a la sagrada Biblia de la familia, con el nombre de «Diego Ibáñez Cisneros Wesley». La pomposa ceremonia del bautizo la realizó un amigo de la infancia de su padre, el recién ordenado sacerdote Manuel Ortega.

De manera imprevista, durante el verano de ese mismo año, todo el hemisferio norte se vio afectado por una espesa niebla, que oscureció la luz del sol y alteró las temperaturas. A raíz de eso, en España la abundancia de lluvias echó a perder las cosechas. En Jerez se vieron afectados los viñedos con el resultado de un verdadero desastre para todos los vitivinicultores. La misteriosa nube se mantuvo en el aire hasta el año siguiente, lo que causó cientos de muertes, además de la destrucción de buena parte de la fauna y la flora, hasta llegar a provocar asoladoras hambrunas.

Luego se descubriría que aquella densa calima sobre los cielos de toda Europa era debido a la erupción de un volcán en la lejana Islandia, que no dejó de echar a la atmósfera, durante más de ocho meses, su letal humareda de sulfuro.

Un año después del nacimiento de Diego, Carmen de Lera y Federico de Montemayor fueron padres de gemelas, a las que bautizaron con los nombres de «María del Mar» y «María de la Luz». Y, unos meses más tarde, Clemen dio a luz a su segundo hijo, que resultó ser una niña. Le pusieron de nombre «Úrsula», como su abuela materna, de quien también heredó sus hermosos ojos azules.

Este último nacimiento coincidió con la venida al mundo de Julio, el primogénito de la prima Pilar en Sevilla y, quince meses después, le siguió su hermano Daniel.

En el transcurso de los cuatro siguientes años, Pedro y Clemencia tuvieron dos hijos más: Gertrudis y el pequeño Ignacio. Cuando la menor de las hermanas de Diego tenía un año de vida, Ramón —el único hermano soltero de Pedro—, contrajo matrimonio con una joven de origen granadino afincada en Madrid, llamada «Sol Estrada Jiménez». Luego de eso... el tiempo comenzó a pasar.

En abril de 1794, cinco semanas más tarde del octavo cumpleaños de Diego, Maruja, la doncella personal de su madre, murió de una grave infección tras sufrir un aborto provocado por ella misma con una aguja de tejer calceta.

Cuando Clemencia y Pastora se dieron cuenta de la gravedad de su estado, ya era demasiado tarde para intentar salvarla.

En agosto de ese mismo año, la familia Ibáñez sufrió otra dolorosa pérdida: don Marcial Gutiérrez, el fiel administrador, consejero y amigo de Pedro, una mañana de junio fue hallado muerto en su cama. Para su joven patrón, esa noticia resultó muy dolorosa tal como si volviera a perder a su padre.

En medio de una profunda pena, Pedro le preparó un magnífico funeral, que duró casi dos días. Por su ataúd pasaron cientos de dolientes trabajadores, además de los poco familiares que aún le quedaban, y le dieron el último adiós.

Pedro se vio obligado a buscar un nuevo regente y hombre de confianza. Pero ¿dónde encontrar otro capataz igual al difunto señor Gutiérrez?, sobre todo que fuera como este: desinteresado, leal, discreto, agradable al trato además de honesto. El joven Ibáñez siempre recordaba el sagrado lema de su viejo administrador: «Hidalgo honrado, antes roto... que mal remendado».

Luego de una exhaustiva búsqueda, por intermedio de su amigo, el padre Manuel, Pedro conoció a don Sancho Álvarez Urtubey, de origen vasco, un comerciante muy avezado en las matemáticas y también en las catas de vino, de unos treinta años de aspecto agradable. Hacía unos meses había tenido la desgracia de perder a su esposa; se quedó en la ruina, con un hijo de apenas seis años.

—Pedro, creo que este es el hombre que tú necesitas y que podrá sustituir a don Marcial. Su padre era un reconocido catador de vinos de Pamplona —dijo el sacerdote, mostrándole el aval del señor Álvarez, que certificaba su vida de trabajo y honestidad.

Pedro le ofreció el empleo de capataz y administrador, y el señor Álvarez aceptó gustoso. Sin pérdida de tiempo, padre e hijo se instalaron en las mismas dependencias que había ocupado su antecesor.

Unos días después, el nuevo hombre de confianza de Pedro manejaba de tal manera los negocios de las bodegas como si no hubiera hecho otra cosa más

en toda su vida. En los meses siguientes, don Sancho terminó de ganarse la confianza y cariño de la familia Ibáñez, así como también de la mayoría de los trabajadores del campo y de los operarios de las bodegas, a los que trataba con respeto y humildad. Su hijo Gustavo enseguida pasó a ser para don Pedro y su esposa un miembro más de la familia y para Diego, aparte de su compañero de juegos, otro hermano. Claro que, como el más pequeño no podía seguirlo en todas sus travesuras, muchas veces se quedaba rezagado en medio de fuertes llantos.

Al llegar a este punto de sus recuerdos, don Pedro permaneció muy quieto mientras observaba el vacío con nostálgica expresión. Acababa de ver pasar por el espejo del recuerdo aquella hermosa parte de su vida con el reconocimiento de que, en el transcurso de esta, él y su esposa habían tenido muchas alegrías y muchas satisfacciones... aunque también dolorosas pérdidas, entre estas la del recordado Marcial y de la vieja Casilda, madre de Pastora... sumadas a otras, como la muerte de su cuñado Ignacio, ocurrida en febrero de 1798 en la malograda batalla del Cabo de San Vicente y, unos días después, la de su suegra, doña Úrsula quien, al no haber podido soportar la trágica desaparición de su hijo, había sufrido un sorpresivo ataque del que no pudo recuperarse.

Tras exhalar un hondo suspiro, el señor Ibáñez se acercó a la ventana y miró hacia fuera: Diego y Gustavo hablaban entre ellos al parecer de algo gracioso, ya que ambos reían a carcajadas. Los niños empezaban a ser llamados por sus madres para comer. Desde las chimeneas de todas las barracas salía el delicioso aroma de los guisados, esparciéndose por el aire. En las bodegas reinaba el silencio; solo se escuchaba el sonido lejano de algunas voces, que repartían órdenes junto al canto de algunos pájaros, relinchos de caballos y el ladrido de los perros.

Don Pedro salió de su despacho y caminó hacia el salón continuo, donde encontró a su administrador que, en compañía de dos hombres, observaba el trabajo de un grupo de operarios que acababan de clasificar el vino de unas

pipas.

—¡Me voy, Sancho, hasta luego! —gritó desde la distancia.

—¡Adiós, don Pedro! —respondieron el regente y los trabajadores.

Con pasos rápidos se dirigió hacia donde estaba su cochero, que lo esperaba impaciente.

En ese momento Diego, sin dejar de mirar a Gustavo, le preguntó:

—Bueno, ¿qué...? ¿vendrás esta noche a casa de Carlos?

El aludido se quedó unos segundos pensativo:

—No sé, ya sabes que tengo que visitar a Rosario.

—Pero, después de cumplir como un novio abnegado, bien puedes hacerlo, ¿no?

—Bueno... sí, quizás cuando me echen de su casa, decida encontrarme con vosotros.

El joven Ibáñez soltó una carcajada.

—¡Ah, el amor!, ¡un sentimiento capaz de transformar a los hombres en perfectos idiotas!

—Ya te tocará algún día a ti también pasar por eso. Y recuerda que esta tarde tienes que ir a casa de María Luisa... y mañana, bien temprano, deberás estar aquí para comenzar con tu nuevo trabajo... —le recordó Gustavo mientras reía burlón.

—No te preocupes, no me olvidaré —respondió Diego mordaz. Tras eso, a la vez que dirigía la mirada hacia el establo, con un silbido llamó a Pepín.

Al instante el jovencito, que aún llevaba puesto el sombrero del hijo del amo, tomó las bridas de Rayo y exclamó:

—¡Ya voy, señorito!

Don Pedro, sentado en el vehículo junto a José, le gritó a Diego:

—¡Vamos!, tu madre y Pastora deben estar ya impacientes.

Diego saltó sobre su caballo y, extendiéndole su brazo a Pepín, le pidió:

—¡Anda, sube!

El hijo del cochero, con una sonrisa de satisfacción, de un salto volvió a

montar detrás de él.

A toda prisa, en medio de un veloz galope salieron disparados, para dejar atrás el coche de don Pedro. A los pocos minutos apareció ante ellos la estructura de una enorme casa solariega, con sus balcones floridos, que recortaba en el cielo la línea de su moruna azotea.

El jinete espoleó a su caballo, y este atravesó los portales como una exhalación, con el consiguiente alboroto de varios podencos, que lanzaron escandalosos ladridos y saltos de alegría. Segundos después, padre e hijo se dirigieron hacia el interior de la casa. Al llegar a la puerta principal, don Pedro se detuvo para mirar a su hijo, a la vez que le decía:

—Cuando tu madre se entere de las promesas que me acabas de hacer, ya verás lo contenta que se pondrá; aunque quizás también ella quiera reprocharte tu comportamiento de anoche.

—Vaya, por lo que veo... hoy será el día de los sermones; lo único que me falta es que el padre Manuel también quiera soltarme otro —manifestó Diego chancero.

—No te vendría mal; ayer nos dijo que hace tiempo que no te confiesas, ni comulgas. Mañana por la noche vendrá a cenar con nosotros. ¿Entramos?

Diego le cedió el paso, a la vez que exclamaba irónico:

—Usted primero... mi señor don Pedro Ibáñez y Carmona.

El nombrado, con una sonrisa contenida, pasó por las anchas puertas de la casa. Dentro se escuchaban voces, además de las sofocadas risas de los sirvientes mezcladas con el tintineo de la loza y de los cubiertos. Los apetitosos aromas de la comida envolvieron a los recién llegados. La señora Ibáñez, al verlos llegar, se dirigió hacia ellos.

—¡Vaya!, por fin os habéis dignado venir; Gustavo me comunicó que tardaríais, pero no imaginé que fuera tanto —exclamó con las manos en jarra. Y, mientras miraba a don Pedro, agregó—: Señor Ibáñez, ¿se da cuenta de la hora que es?

—Perdona... Clemen, pero es que... hoy ha sido un día muy especial —le

anunció con timidez don Pedro al recordar que, cuando su esposa lo trataba de usted, era porque estaba muy enfadada.

—Pastora está muy triste —continuó ella, como si no lo hubiera escuchado—; dice que la comida recalentada no tendrá el mismo sabor.

Don Pedro repitió:

—Pero, cuando os enteréis del porqué de nuestra tardanza, tú y Pastora os alegraréis mucho; Diego y yo acabamos de tener una larga y positiva charla... en la sobremesa os lo contaremos con más tranquilidad.

Doña Clemencia, que en ese momento miraba seria a su hijo mayor, expresó:

—Después del almuerzo, también deseo hablar contigo —con ademán impaciente, prosiguió—: Bueno, ahora no tardéis en poneros presentables para sentaros a la mesa...

De pronto, desde el fondo del salón, se escuchó un chillido. La señora Ibáñez, sin alterarse, añadió—: Mientras vosotros os vais a lavar, yo veré qué sucede entre estos dos, que están insoportables.

Al pasar cerca de su hijo menor, don Pedro, mirándolo serio, le advirtió:

—Ignacio, deja en paz a tu hermana.

—¡Me ha mordido! —gritó el jovencito frotándose la mano.

—Eso es por meterte con las mujeres —objetó Diego, echándose a reír.

Cuando padre e hijo subían las escaleras, una hermosa joven rubia bajaba.

—¡Hola, hermanita! —la saludó Diego cariñoso.

Úrsula les sonrió a ambos. Acercándose a su progenitor, le dio un beso en la mejilla.

—Buenas tardes, padre. ¿Cómo fue el día?

—A pesar de algunos altibajos, muy bien. Y tú, ¿ya has escogido el vestido para el próximo baile de gala?

Después de un ligero titubeo, ella exclamó:

—Aún... falta mucho para eso... y además, no creo que vaya a ese baile...

—Pues ya lo sabes; si tú no vas, tampoco iremos nosotros, así qué piénsatelo —sentenció su padre, que continuó su marcha.

Doña Clemencia, cogiéndose las faldas, fue hacia donde estaban sus hijos menores.

—A ver... ¿qué os pasa a vosotros?, desde hace unos días no hacéis otra cosa que no sea pelear y discutir.

—¡Es él, madre!, ¡no lo soporto! —se quejó Gertrudis con gesto crispado.

Ignacio le sacó la lengua. Y, acercándose más a ella, le susurró:

—Ni yo a ti... urraca. —Girándose hacia su progenitora, agregó—: Madre, está enfadada conmigo porque descubrí de quién está enamorada... y de eso hace ya casi dos años. Y cuando os enteréis del nombre...

Gertrudis, mordiéndose los labios, replicó:

—¡Madre, ordénele callar!

—¡Ignacio!, ¿no te da vergüenza? —le recriminó doña Clemencia observándolo ceñuda.

El jovencito, con aire inocente, se defendió:

—No le he dicho nada malo, pero con sus dotes escénicas ha montado un melodrama, como siempre hace. Debería dedicarse al teatro; sería una excelente actriz de sainetes.

La señora Ibáñez se contuvo para no echarse a reír.

—Eres... ¡eres una peste...! —gritó Gertrudis, mirándolo como si quisiera fulminarlo.

—¡Y tú una correveidile!, te crees una marisabidilla que presume de lista, y solo eres una boba enamorada de un descolorido inglés.

—Ignacio, ¡ya basta! —lo reprendió doña Clemencia.

El jovencito, quedándose en una fingida pose de arrepentido, murmuró cabizbajo:

—Sí, madre...

Acabado el almuerzo, don Pedro llamó a Pastora.

Cuando esta llegó, sonriéndole cariñoso, le dijo:

—Ven a sentarte con nosotros. —Tras mirar a su hijo mayor, añadió—: Ahora, vamos a contarles a todos los presentes nuestra conversación de hoy...

y las cosas que me has prometido. —Después de centrar los ojos fijos en su esposa, siguió—: ¡Prepárate! Desde mañana... nuestro primogénito empezará a ocuparse de las bodegas, ¡todos los días! dedicándose a poner en orden la correspondencia extranjera, verificar los embarques... y lo que haga falta; así me lo ha prometido.

Todas las miradas se posaron en Diego. Este, a la vez que asentía, murmuró: —Sí, lo he prometido. A partir de mañana... comenzaré a trabajar en las bodegas, como un operario más.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Pastora.

Doña Clemencia observaba a su hijo con una sonrisa de satisfacción.

—Además... —añadió don Pedro—, también me ha prometido que... pronto se buscará esposa y formará un hogar cristiano.

Ante las palabras de su padre, Diego se quedó en una pose defensiva. La señora Ibáñez, que en ese momento reía encantada, puso su mano sobre el hombro de su hijo; en el momento en que se disponía a hablar, la voz de Ignacio la interrumpió.

—¿Te casarás con María Luisa? —preguntó el jovencito.

—No —se apresuró a responder Diego—. Solo prometí que... buscaría una esposa, pero con calma, sin apuros.

Doña Clemencia, con un gesto de alegría, manifestó risueña:

—Nada me gustaría más que verte casado y...

—Diego, María Luisa es muy requeteguapa, a mí me gusta mucho —la volvió a interrumpir el más pequeño de los hermanos.

Don Pedro lo miró severo; sin cambiar de gesto, exclamó:

—Ignacio, ¿no sabes que, cuando los mayores hablan, no debes inmiscuirte?

—Perdón, padre.

El jefe de familia, dirigiéndose a su esposa, sin cambiar su tono serio, añadió:

—Diego se casará con la mujer, que... dentro de poco, él mismo escogerá.

Doña Clemencia preguntó cautelosa:

—¿Ya tienes alguna joven en mente?

A la pregunta le siguió un largo silencio. Diego exhaló un suspiro.

—Aún no, pero no se preocupe: la elegiré entre las familias respetables. —
Su voz sonó burlona y sin demasiada convicción.

—Podrás buscarla en el próximo baile de sociedad al que iremos —rebatío su madre.

El joven asintió resignado. Aquella perspectiva pareció deprimirlo aún más. Instantes después, la familia se reunió en el salón para tomar café. Úrsula tomó su labor de punto y se dispuso a trabajar en la confección de un tapiz. Gertrudis, tras coger un libro, acabó hundiéndose en el sofá y comenzó a leer. Por su parte, Ignacio, con un silbido entre los labios, se retiró al salón de estudio para seguir trabajando en la construcción de un buque de guerra. Don Pedro, tras fumar un cigarro, mientras sofocaba un bostezo, murmuró:

—Voy a echarme una siesta, ¿vienes, Clemen?

—Enseguida me reuniré contigo; antes debo hablar con nuestro hijo mayor —respondió ella.

Apenas don Pedro se marchó, doña Clemencia, acercándose a Diego, le pidió:

—¿Me acompañas a la biblioteca?

Una vez dentro, ella tomó asiento; seguido a eso, señaló una silla que se encontraba a su lado, y le dijo:

—Ven, siéntate junto a mí...

Cuando ambos estuvieron sentados, doña Clemencia levantó su mano y le acarició la mejilla.

Diego, con notable emoción, le sonrió cariñoso. Para él su madre representaba algo superior a todo... el pilar más fuerte de la casa. Desde que tenía uso de razón, siempre había sido igual; nada en ella había cambiado; su melodiosa voz siempre sonaba dulce tanto para reprochar como para elogiar. Pero él sabía que, debajo de aquella aparente mansedumbre, existía una tenacidad de acero, que a él le inspiraba siempre un gran respeto.

En ese momento doña Clemencia, con aire reprobador, le recriminó:

—No puedo negar que estoy muy disgustada contigo; anoche te comportaste de una manera muy poco digna de un caballero.

—Perdón, madre —expresó Diego con semblante avergonzado—. No fue mi intención disgustarla. Y no se preocupe... ya le prometí a mi padre que esta tarde presentaré mis disculpas a don Álvaro y su familia.

—Pero... ¿por qué lo hiciste? Un rato antes me habías asegurado que estarías con nosotros al lado de nuestros invitados, toda la velada.

—Es que... de manera imprevista, me surgió un compromiso. Ya sabe usted que Carlos regresó ayer de Londres y...

La señora Ibáñez escuchó las disculpas de su hijo, con expresión atenta. Después, para respiro del joven, la conversación derivó a temas menos agobiantes.

Cuando Diego llegó a su cuarto, se quedó unos instantes pensativo. Entre las rendijas de las persianas se filtraban los rayos del sol, que iluminaban la estancia en diversas pinceladas de luz. Con indolentes movimientos se quitó la ropa tirándola sobre el sofá y comenzó a desperezarse. Se sentía nervioso y, para qué negarlo, bastante desahuciado. Adoraba su independencia como la cosa más importante de su vida; además, sabía que él no había nacido para estar encadenado a nada ni a nadie... y menos a un trabajo rutinario.

—Estoy arrepentido de haber sido tan blando —murmuró mientras abría del todo los postigos del ventanal—. Aún no estoy preparado para ejercer ninguna responsabilidad impuesta.

Una tibia y perfumada brisa inundó la habitación. Mientras aspiraba una bocanada de aire, salió al balcón.

Sobre la techumbre de los cobertizos y sobre las barracas cercanas, revoloteaba una nube de pájaros, que piaban bulliciosos. En el patio, las gallinas, en medio de un incesante cacareo, escarbaban entre la grava; a lo lejos, bajo la sombra de un inmenso nogal, los perros de la casa dormitaban perezosos. A esa hora temprana de la tarde, todo era quietud y melancolía.

De pronto escuchó voces femeninas; al estirar el cuello, vio a dos jóvenes aldeanas que cruzaban el sendero en dirección al caserío de las huertas. Ambas iban vestidas de tosco percal rameado, a la vez que balanceaban sobre sus caderas, en airosa cadencia, las cestas llenas de hortalizas. A través de la tela de sus vestidos, se marcaban sus bien torneadas piernas y sus turgentes pechos.

Diego las conocía muy bien, sobre todo a Carmela, la mayor de ellas, con la que desde hacía tiempo mantenía frecuentes y apasionados encuentros. Cuando las jóvenes descubrieron al hijo del amo, semidesnudo, mirándolas desde el balcón, a la vez que sofocaban las sonrisas, comenzaron a hablar entre ellas. Sin dejar de observarlas, él las saludó con la mano. Carmela, luego de enviarle un íntimo gesto de provocación, le devolvió la cortesía.

Mientras se obligaba a reprimir la tentación de salir a la carrera hacia su encuentro y perderse junto a ella en un lugar de la huerta donde siempre la llevaba, Diego la siguió con la mirada.

A duras penas logró contenerse. En el afán de apaciguar la excitación de su mente, durante varios minutos se quedó aferrado a la reja del balcón. Rato después, un poco más calmado entornó la ventana y se tiró de espaldas sobre el lecho; tras cruzar los brazos detrás de la nuca, permaneció un largo rato quieto. De pronto, con una mueca de disgusto volvió a recordar las promesas hechas a su progenitor y sintió que un sudor frío le recorría la espalda. «¡Ahora sí que me veré obligado a estar en las bodegas... todas las santas mañanas, sentado detrás del escritorio, sin dejar de escribir y calcular números... y más números hasta el cansancio. Después tendré que cumplir la otra promesa: la de buscarme una “digna esposa”. Y, con solo pensar en sentirme atado a una sola mujer para siempre, me espanto. Sé que nunca llegaré a ser un buen marido».

A continuación, con gesto desanimado, volvió a decirse: «¿Por qué no habremos heredado los españoles las costumbres de los moros: de esos califas, jeques y sultanes árabes?, con lo fantástico que sería tener un harén

para mí solo... Tantas mujeres hermosas a la espera de ser amadas. Y sería tan grato satisfacerlas a todas... bueno, y siempre podría tener una favorita».

Sin dejar de mirar el dosel de la cama, poniéndose serio, expresó en voz alta:

—Hay veces que uno hace promesas que luego resultan muy penosas de cumplir. ¿Acaso no pensaba marcharme hacia la hermosa América del Sur para recorrer aquel continente, el mismo que mi primo Aníbal siempre me describe en sus cartas?

Desde que se había hecho mayor, Diego había maldecido ser el heredero de todo por derecho al mayorazgo; además él no se veía esclavo de las bodegas al igual que su padre. Él tenía otras inquietudes, otras necesidades, y estas venían desde los primeros años de su vida.

Con nostálgica expresión, tras cruzar los abismos del tiempo, surgieron ante sus ojos vívidas imágenes de su niñez... y allí se vio vagando por las huertas con todos sus amigos en medio de divertidos juegos. Sin interrupción, dejándose llevar por ese estado de agradable flojera física y mental, recordó los divertidos viajes con la familia a Madrid, Sevilla y Córdoba para visitar a los tíos y los primos.

De repente los recuerdos lo transportaron a otra época, quizás para él la más profunda y la que más había marcado su existencia: el día que conoció a su entrañable amigo, el viejo Dionisio... y también los veranos de su infancia en Cádiz mientras gozaba de excitantes aventuras que, con la complicidad de su abuelo, solía protagonizar en compañía de sus amigos marginales sin que su madre, ni su abuela, ni su tía Natalia llegaran a enterarse.

Don Ignacio sabía que esos eran los jovencuelos más granujas que existían por allí, verdaderos azotacalles, considerados la escoria de la ciudad. Pero, aun así, él sentía que dentro de cada uno de ellos se escondía un ser humano sediento de cariño y comprensión.

Durante aquellos inolvidables recorridos, acompañados de esos pilluelos, nieto y abuelo se internaban por los sitios más lejanos de las playas y las

marismas que solo esos «sabandijas» conocían, sin que en ningún momento don Ignacio los perdiera de vista.

Desde que había cumplido los nueve años, Diego, cada vez que regresaba a Cádiz, y en muchas ocasiones, tras burlar la vigilancia de la casa (y hasta la de su propio abuelo), había logrado escaparse solo junto a aquellos niños marginales. Todos juntos, formados en grandes y ruidosos grupos, se internaban por desiertos parajes para organizar luchas entre bandas rivales con salvajes combates a pedradas y puñetazos.

La mayoría de las veces terminaban sentados en los escalones de iglesias, óperas y teatros mientras se atiborraban de piñones, mazapán, torrados de avellanas y almendras, casi todas hurtadas por sus amigos y que a él le sabían a glorioso manjar.

De ese modo, el distinguido nieto de don Ignacio Cisneros de Vargas, acompañado de sus despreocupados camaradas, se entretenía en roer, masticar y escupir en medio de estruendosas carcajadas, sin reprimir palabrotas que incluso hubieran hecho enrojecer a un carretero. Diego gozaba hasta lo inimaginable mientras sentía que aquella sensación de libertad era lo más grato que existía para él... ese perderse entre la multitud junto a todos aquellos gañanes, sin que nadie lo reconociera ni le prohibiera nada, lo maravillaba.

Mientras recordaba esas épocas, Diego sonrió nostálgico, consciente de que aquellas inolvidables experiencias le habían servido para comprender muchos de los misterios de la vida, e incluso para aprender a defenderse en los momentos críticos.

A la vez que miraba indolente el dosel de su cama, casi sin proponérselo, sus recuerdos se condensaron en los tiempos de su azarosa adolescencia. Justo en los momentos de su primera experiencia sexual... que daría comienzo a su descarriada vida de precoz libertino.

Preludio de un donjuán

Aquello sucedió a principios de octubre de 1797. Diego Ibáñez, de catorce años, con la apariencia física de tres o cuatro más, mientras sus hermanas se hallaban en el salón de estudio junto a miss Alice, la institutriz inglesa que su madre había contratado hacía ya más de dos años, él se encontraba bajo la glorieta del jardín trasero de su casa, inmerso en la lectura de un libro de geografía. El lunes siguiente tenía un examen con su preceptor y, cosa rara en él, estaba costándole un gran esfuerzo concentrarse de lleno en la lectura de los mapas.

Pese a su corta edad, Diego estaba ya empapado de un grueso barniz de cultura, y también de una extensa visión de la vida. Incluso se había atrevido a leer innumerables libros prohibidos, entre estos de literatura erótica francesa, con enseñanzas muy poco dignas para un cristiano católico español.

Una de las materias que más le llamaban la atención al primogénito de don Pedro era la historia de su país: a Diego le impresionaban aquellos diecisiete siglos de aciertos y desaciertos, de largas y sangrientas batallas... de rudas tiranías y tratados de privilegio; de tantas grandezas y tantas bajezas. Y, sobre todo, de aquella exaltación religiosa que había causado a su patria innumerables desprestigios hasta desencadenar en la famosa Leyenda Negra Española.

Muchas veces Diego, en su ardorosa imaginación, se veía a sí mismo transportado a aquellos remotos tiempos como un gigante vestido de brillante armadura, mientras demolía con su larga espada las añosas torres del orgullo hispano, a la vez que abatía sin piedad los alcázares de su fanatismo religioso... incluso burlándose de la fastuosidad de las cien familias que

habían cifrado su arrogancia en la descendencia de aquel rey asesino: don Enrique II «el Fratricida» y también en la de aquella pérfida reina: doña Urraca de Castilla y de León.

Pero aquella tarde su cabeza estaba inmersa en asuntos más importantes para él: su escapada para esa misma noche, cuando conocería, en la intimidad, a una mujer cuyos tesoros ocultos solo podía intuir. Estaba seguro de que, después de saborear el amor carnal en toda su dimensión, ya nada más llegaría a importarle.

Hasta ese día le había sido imposible burlar la vigilancia a la que lo tenían confinado por su mal comportamiento. Además, tras las muertes de su tío Ignacio en febrero de ese mismo año durante la funesta batalla de San Vicente contra los ingleses y de la abuela Úrsula un poco tiempo después, sus ánimos y, sobre todo su libido, habían decaído y le habían impedido pensar en cosas agradables. Pero ahora ya toda esa penosa etapa había pasado, y al fin esa noche lograría sus ansiados objetivos.

Todo lo tenía bien planeado; incluso el suficiente dinero, que había ahorrado, de lo que su abuelo le daba, para pagar su visita al lupanar. En ese momento, Gustavo, con doce años ya cumplidos, iba a su encuentro.

—Hola, Diego —lo saludó en medio de una penosa expresión. A continuación, con voz ahogada, agregó—: Oh, estoy muy asustado... ¿qué digo asustado!, ¡estoy aterrorizado!

El estudiante, escudriñándolo con la mirada, apostilló:

—Es verdad: estás muy pálido. Cuéntame, ¿qué te ha pasado?, ¿te han agredido? Si es así, dime quién... y ahora mismo iré a darle su merecido...

Tras un gesto mortificado, el jovencito balbuceó:

—No. No es nada de eso; este mediodía... luego de acabar con mis deberes, cuando fui a hacer un recado para mi padre, al pasar por la Plaza del Arenal he visto cómo ahorcaban a un reo y me he sentido muy... pero muy mal.

Diego, mirándolo cejijunto, le reprochó:

—Pero... ¿y por qué te has quedado a mirar? Yo no podría hacerlo.

—Es que había tanta gente y, de golpe, me encontré con aquello. Lo primero que vi fue cuando el señor cura le hacía mirar al condenado, que ya tenía el lazo en el cuello, un cristo y luego...

—¡No me cuentes nada más! —lo interrumpió Diego mientras hacía con sus manos un ademán de molesto fastidio—, y, mejor, olvídate de lo que has visto; de lo contrario, por varios días tendrás pesadillas horribles.

Gustavo asintió con la cabeza y se quedó unos segundos pensativo. Tras eso, como si recordará algo, añadió:

—Ah, ¿y sabes otra cosa?, esto sí te gustará: al pasar por el taller de bordados, descubrí a unas niñas, junto a la ventana, que hablaban de ti. Y, sin que me vieran, me quedé a escuchar. ¿Quieres saber lo que decían? Las cejas del estudiante se alzaron en una muda pregunta. Seguido a eso, con ademán intrigado, respondió:

—Claro... a ver, cuéntame, no me tengas en ascuas.

—Pues decían que tú les parecías el joven más guapo, más valiente y más aguerrido de todo Jerez y alrededores.

Diego lo miró sorprendido; tras eso, con vanidosa picardía, confesó:

—A veces, al escuchar cosas como estas... me siento apabullado.

—Pero te agradan, ¿verdad? —replicó su amigo burlón.

—Sí, claro, no puedo negarlo —expresó con un cierto aire de vanidad. Luego, tras cerciorarse de que nadie los escuchaba, en voz baja, agregó—: Voy a confiarte un secreto; estoy tan nervioso que apenas puedo estudiar. Todo baila ante mis ojos y no me concentro en nada. Esta noche me escaparé de casa para reunirme con Bartolo y sus primos Andrés y Fermín, que me llevarán a una mancebía, donde una mujer... me convertirá en un hombre de verdad. Allí probaré mi capacidad amatoria... por primera vez ¡y por fin dejaré de ser casto!, ¿qué te parece? Mis camaradas lo tienen todo bien estudiado, incluso para no ser descubiertos por el sereno de turno. Mañana te contaré cómo me fue. ¡Ay, estoy que no me aguanto de la impaciencia! ¡Al fin sabré lo que es estar con una mujer en la intimidad!

Con desmedida expresión de espanto, Gustavo balbuceó:

—Tú... estás loco, te quedarás... en perpetuo pecado y arderás en el Infierno. —Mientras daba un énfasis trágico a sus palabras, agregó—: Además, tus padres te descubrirán... y te impondrán un castigo muy duro. Recuerda que a doña Clemencia no le gustan tus amigos de las huertas... ¿y si se entera el padre Manuel?

—¡Calla, exagerado! No quisiera arrepentirme de haber confiado en ti algo que ni siquiera le he contado a Carlos. Tú, punto en boca, ¿eh? Así yo tampoco me chivaré de que te has quedado a mirar cómo ahorcaban a un pobre condenado; piensa que esta noche será... mi gran noche, la de mi iniciación, y no quiero pensar en castigos, ni penitencias ni condenaciones. Además, ya no soy un niño, y no creo que me descubran, a menos que tú los pongas sobre aviso, cosa que no creo.

—No, yo jamás te traicionaría, pero por favor no te escapes de noche. ¿Acaso esas «cosas» no se pueden hacer de día? —cuestionó Gustavo.

—Para mí de día es más difícil porque los peones que mi padre ha puesto para me vigilen no me pierden de vista; en la oscuridad me podré esconder mejor; las sombras ayudan mucho más. Bueno, deséame suerte.

—Te deseo suerte... aunque me dejas muy preocupado; incluso has hecho que me olvide de lo que acabo de ver en la Plaza del Arenal. ¿Pero cómo harás para salir?

—Tú no te preocupes; lo tengo todo muy bien estudiado.

Esa noche, apenas Diego se percató de que todos en la casa dormían, después de acallar a los perros, salió por el portal que daba al jardín de atrás. Sin girarse, atravesó los patios y, una vez en la carretera, echó a correr en dirección a un callejón donde sus amigos lo esperaban.

El grupo, en silencio, a la vez que evitaban que el sereno los descubriera, se marchó hacia los suburbios hasta llegar a un vetusto caserón. Desde los ventanales, apenas abiertos y poco iluminados, se veía a algunas personas cruzándose en un incesante parloteo. Fermín, uno de sus camaradas de las

huertas, acercándose a Diego, le susurró:

—La que te transformará en hombre se llama Dulce; la hemos reservado para ti. Es como su propio nombre... muy dulce. Ella ya sabe que esta será tu primera vez.

—¿Es guapa? —preguntó el jovencito con la ansiedad pintada en su rostro.

—Muy guapa, y muy... pero muy ardiente, ¡Ah, pilluelo aristócrata, ya verás lo bien que la vas a pasar! —aseveró Andrés, otro de sus amigos, con sonrisa cómplice.

Diego, en medio de excitados ademanes, volvió a preguntar:

—¿Podré verla... desnuda por completo?, ¿acariciarla, besarla y tocarla como yo quiera?

Sus camaradas soltaron una carcajada.

—Claro que podrás —respondió Bartolo, el primo de Andrés, mientras reía comprensivo al observar el sensual aturdimiento de su joven amigo.

—Tú no tengas miedo ni te pongas nervioso —agregó Fermín palmeándole la espalda—. Solo tienes que dejarte llevar por ella. Dulce te lo enseñará todo.

Diego no tenía miedo, pero sí muchos nervios, además de una excitación que casi le impedía razonar al imaginar el momento en que tendría en sus brazos a una mujer sin ropa alguna, que le haría perder su virginidad, la misma que ya empezaba a molestarle.

—Oye, chaval, me tienes que dar el dinero a mí, que soy el mayor —le advirtió Fermín—; yo me las arreglaré con la alcahueta.

Diego le entregó una bolsita, a la vez que le indicaba:

—Ahí tienes suficiente para que vosotros también lo paséis bien...

—Gracias, Diego, de verdad eres un gran amigo —exclamó Fermín con una sonrisa a la vez que, tras coger la bolsita y sospesarla, comenzó a contar las monedas.

Minutos después, el cuarteto estaba ya dentro de la mancebía.

Dulce era una joven guapa y simpática, de grandes ojos negros y un cuerpo

de estatua. Diego le sonrió satisfecho; entonces ella, sin ningún preámbulo, lo cogió de la mano y se lo llevó arriba para enseguida entrar en una pequeña habitación iluminada por dos velas puestas en un candelabro de latón sobre una mesa. En una de las paredes, sobre un anaquel se hallaba una virgen tapada con un paño negro. Al ver que su «cliente» miraba la imagen embozada, Dulce le explicó:

—Es mejor que la pobre santa... que no sé porque la colocaron ahí, no vea lo que no tiene que ver, ¿no te parece?

Diego asintió mientras posaba sus ojos en la estrecha y destartalada cama. Cuando la joven se quitó la bata y mostró su cuerpo desnudo, el jovencito sintió como si una oleada de fuego le subiera a la cabeza dejándolo paralizado. Dulce le guiñó un ojo y, con andares gatunos, llegó hasta él. Mientras pegaba su cuerpo al suyo de manera insinuante, comenzó a desatar los cordones de la camisa de su pasional cliente, a la vez que metía las manos en su tórax, con sensual descaro. Acariciándole los labios con los suyos, Dulce inflamó aún más de pasión la sangre de Diego.

Mientras experimentaba la sensación de que su virilidad fuera a estallarle, el jovencito cerró lo ojos. Seguido a eso, entre movimientos atropellados, en un instante se despojó de la ropa y, guiado por sus precoces instintos, respondió al estímulo que Dulce le brindaba devolviéndole, con fogosa y alocada impetuosidad, beso a beso y caricia a caricia, hasta llegar a la culminación total de su primer encuentro sexual.

Estuvo con ella casi tres horas. Amándola en medio de atrevidos y ardientes manoseos mientras la exploraba y la volvía a amar; redescubriendo una y otra vez los secretos y anhelos femeninos que durante tanto tiempo habían turbando sus sentidos.

Era tanta su combustión que gustoso se hubiera quedado junto a Dulce haciéndole el amor la noche entera; pero sus amigos, aburridos de esperarlo, a cada instante llamaban a la puerta, amenazándolo con dejarlo solo. Apesadumbrado, al fin decidió abandonar los cálidos brazos de la joven

meretriz, prometiéndole que volvería todas las noches, solo para estar con ella. Antes de marcharse, Fermín se acercó a Dulce; con una maliciosa sonrisa, le preguntó:

—¿Y qué?, ¿estuvo bien el principiante?

—Vaya que sí, me ha dejado casi muerta —respondió mientras sacudía su blonda melena—. Jamás me tocó estar con un jovencito que sintiera tanta necesidad de desfogarse; además, está muy bien dotado... y no necesitaba aprender mucho; se comportó como todo un hombre experimentado. ¡Qué bríos tiene el niño!

—Es su primera vez; luego se calmará.

—Quizás, pero estoy segura de que ese joven siempre tendrá mucho que dar a las mujeres.

Esa fue la sabia respuesta de Dulce. Y no se equivocó: a partir de esa noche, Diego inició una nueva etapa de su vida que quizás jamás lograría abandonar. En un principio las nocturnas escapadas de Diego pasaron desapercibidas. Pero una noche, Pastora, que se encontraba en la tarea de destilar hierbas para la preparación de sus potingues y pomadas curativas, con inaudita sorpresa descubrió el momento cuando el jovencito, mientras lograba silenciar a los perros, se escabullía por el portal del jardín trasero. Y, decidida a desenmascararlo, lo esperó levantada.

Cerca de las tres de la mañana, y no bien el noctámbulo entró por el zaguán, sintió una ruda mano que le cogía el brazo. Al volverse sobresaltado, mientras sofocaba un grito, descubrió que era Pastora.

—¡Ay!, casi me matas del susto —expresó con voz ahogada.

—Demonio de niño ruin... ingrato y perverso; en tu cama, dormido como un angelito tendrías que estar —le reprochó ella en voz baja—. ¿Dónde has estado?, ¿cómo te atreves a escaparte de esta manera, para después regresar de madrugada? ¡Ay!, si tu madre se entera, se pondrá como una loca.

Mientras le manifestaba sus quejas, Pastora se lo llevaba asido del brazo. Diego la seguía sin atreverse a decir nada. En la casa reinaba el silencio.

Entraron en la cocina; tras cerrar la puerta, Pastora lo soltó.

—A ver, dígame usted: ¿de dónde viene a estas horas? —le exigió con voz imperativa, mirándolo con reprobación

Después de unos segundos de silencio, mientras el jovencito buscaba las palabras adecuadas para tranquilizarla, con gesto desenfadado, le dijo:

—Pastora, cálmate, no he hecho nada malo; salí con... unos amigos. —Y, sin cambiar de semblante, se llevó a la boca una lonja de carne fría, que había en una bandeja.

—Sí, con esos gañanes de las huertas, ¿verdad? Bonitos amigos y bonitas horas de salir —replicó ella con seria expresión.

—No le des tanta importancia a una inocente escapada. Olvídate y déjame ir a mi cuarto, que me muero de sueño.

—No sin antes contarme dónde has estado, y también de jurarme que no volverás a hacer esto nunca más.

Diego, mientras acababa de tragar, la observó pensativo.

—Pastora, no puedo jurar... —le reveló parsimonioso. Después, tras unos segundos de meditación, a la vez que aspiraba una bocanada de aire, acotó—: Bueno, te confesaré la verdad; pero solo como un secreto entre tú y yo. Prométeme que no te asustarás, ni que tampoco te escandalizarás, ¿de acuerdo?

Pastora, ceñuda, replicó:

—Señorito, déjese de rodeos. Le ordeno que hable ya. Y, por favor, no se le ocurra mentirme.

Diego la observó indeciso a la vez que recordaba que cuando Pastora lo trataba de usted era porque de verdad estaba muy disgustada. No obstante le confesó:

—Bueno... ahí va; espero que me comprendas y, sobre todo, guardes mi secreto. —Tras unos segundos de indecisión, armándose de valor, prosiguió —: Estoy viéndome con una mujer que... me ha transformado en hombre, y... con la cual me siento muy a gusto —acabó titubeante.

—¡Jesús, María y José! ¡No se puede creer! —se quejó la sorprendida fámula con la cara enrojecida.

—Calla, Pastora, no grites ni te escandalices tanto. Ya tengo más de catorce años y mis necesidades de hombre son muchas, por lo que me he visto obligado a escaparme.

—¿Hombre?, ¿necesidades? —barbotó Pastora indignada—. Usted aún es un niño, un niño vicioso y libertino. ¡Con razón está tan flaco! ¡Ay, si mi señora Clemencia llegara a descubrir estas pecaminosas aberraciones!

Diego la miró realmente preocupado.

—Por favor, procura que no se entere; esto es un secreto entre tú y yo. Y ambos sabemos que los secretos no se divulgan, se guardan hasta la muerte. Y tú me quieres tanto como yo a ti, ¿verdad?

Le dio un beso en la mejilla y, mientras la pobre fámula se santiguaba repetidas veces, Diego, luego de coger una manzana del frutero, le dio un bocado.

—¡Virgen Santa del parto de Belén! ¡Tú no tienes vergüenza... ni la has conocido nunca! No puedo creerlo... tan niño, y ya tan pecador; arderás en el Infierno —acabó con apenas un hilo de voz.

Desde la puerta el jovencito le sonrió cariñoso y, enviándole otro beso con la punta de los dedos, salió de la cocina. Pastora, al comprender que ya nada se podría hacer para enderezar el díscolo comportamiento de su niño, suspiró desalentada.

En menos de tres meses de sus primeros encuentros carnales, torpes y apresurados, estos poco a poco se convirtieron en prolongados éxtasis, dándoles tiempo a sus amantes para que gozaran más allá de lo imaginable.

Cuando llegó el nuevo año, a pesar de su arrebatadora vehemencia, Diego era ya un experto y fogoso amante. Por su cuenta había conocido a otras meretrices que, gustosas, accedían a sus requerimientos, algunas incluso por puro placer. Pero nunca se olvidaba de Dulce, a la que no dejó de frecuentar.

En la primavera de 1799 el primogénito de don Pedro, al que muchos

apodaban «el hermoso Diego» y también «el Adelantado», cumplió los dieciséis años. Desde hacía algunos meses, sin que su madre ni Pastora lo supieran, y ante un gran público compuesto por su padre, vecinos y amigos, aprendió a domar potros salvajes.

Pese a las repetidas caídas que había tenido en un principio, haciéndole recordar a don Pedro el triste fin de su propio padre, Diego no se desanimó. Y poco a poco se convirtió en un hábil adiestrador. De ese modo, el caballo de turno, entre saltos y jadeos, casi siempre acababa vencido sin lograr expulsar de su lomo al jinete. Al terminar, mientras acariciaba el pescuezo del animal, exclamaba:

—¡A los caballos hay que domarlos, sin quitarles la bravura y el coraje!

Por ese tiempo, Diego se encaprichó con un hermoso potro color ceniza, al que bautizó con el nombre de «Lucero». Lo amaestró enseñándole todo lo que era capaz de aprender un buen caballo jerezano de pura sangre árabe. Así reemplazó a Esquivo, al que dejó en la dehesa para que retozara en libertad. A partir de ahí todas las tardes, montado sobre el lomo de Lucero, se iba a los campos, donde lo ponía a galopar por los lugares más intrincados de las huertas. Para asombro de todos los trabajadores de su padre, pasaba como un rayo entre troncos y vallados.

En julio de ese mismo año, luego dar sus últimos exámenes de estudios junto a su preceptor, Diego se marchó con su madre y hermanos a Cádiz, donde ya lo esperaban con ansias, además de su abuelo y el viejo Dionisio, todos sus amigos, incluidos los marginales.

La tía Natalia, deseosa de que las vacaciones de ese año, a pesar del luto reinante por las muertes de su madre y su hermano mayor, resultaran para sus sobrinos alegres y divertidas, les había preparado una serie de entretenimientos que abarcaban, entre otros, obras de teatro, charadas y búsquedas del tesoro.

Por desgracia, ese verano, Diego, apenas llegado a casa de su abuelo, inició allí una serie de escándalos con mujeres, que repercutió en el buen nombre de

la familia, además de afectar la sensibilidad de su tía Nati, don Ignacio y también Dionisio, su viejo amigo y consejero. Diego había conocido a este último durante un verano en la que él, con apenas once años, tras escaparse de su casa en compañía de sus amigos marginales, fue sorprendido por un furioso vendaval. Esa tarde los jovencitos, viéndose acorralados por el furor del endemoniado viento, corrieron a resguardarse en un precario refugio. Desde allí, todos agazapados observaban los horrores del revuelto cielo junto a las olas del mar que se elevaban a alturas increíbles; incluso les pareció ver, sobre las cúspides de las gigantescas montañas de agua, restos de embarcaciones que se hundían, para enseguida volver a reaparecer unos metros más lejos. Miraban aterrados aquellas fragorosas escenas.

Por suerte, esa tarde el viejo Dionisio Buxeda, de origen catalán, que vivía muy cerca de la playa, había escuchado sus gritos y de inmediato, junto a varios de sus perros vagabundos, logró orientarse hacia ellos. Los encontró aferrados a unos postes para no ser arrastrados por la furia del viento.

Luego de rescatarlos, el exmarino los acogió en su barraca y, durante las más de dos horas que duró la tormenta, mientras intentaba que a los niños se les pasara el susto, tras darles de beber un caldo de pescado, comenzó a relatarle diversas aventuras de sus innumerables viajes por casi todos los mares, en los tiempos cuando él era marino.

A partir de ese día, cada vez que Diego regresaba a Cádiz solo, o en compañía de sus amigos y de su abuelo (quien no tardó en encariñarse con el anciano), visitaba a Dionisio para pasar a su lado muchas horas mientras escuchaba sus excitantes anécdotas.

Una tarde, en la que Diego se hallaba de visita en la barraca del viejo exmarino enfrascado en una conversación sobre distintos temas, mientras acariciaba a uno de sus perros, le dijo:

—Oye, Dionisio, ¿podría hacerte una pregunta?

El anciano lo miró con fingida sorpresa.

—Las que quieras; para eso somos amigos, ¿verdad?

El joven soltó una carcajada, para después exclamar:

—Claro que sí, tú ya sabes que para mí eres... y serás mi personaje inolvidable. Quería preguntarte: ¿qué opinas tú de las mujeres?

Dionisio se echó a reír.

—Pues... supongo que igual que tú: son lo mejor que Dios creó sobre la Tierra.

Diego, sin dejar de sonreír, exclamó complacido:

—Sí, ¿verdad?, todas son divinas, y a mí me vuelven loco. —El jovencito acabó la frase mordiéndose los labios en un gesto lujurioso.

Dionisio fijó su mirada sobre él. Tras esbozar una sutil sonrisa, le advirtió:

—Pero deberías tener mas prudencia en lo que haces cuando vienes a casa de tu abuelo, sobre todo por tu tía Natalia. Por lo que todos sabemos, te enredas con demasiada frecuencia en problemas de faldas, cosa que siempre termina en escándalos muy feos. Amiguito, aunque las mujeres son divinas, también pueden ser peligrosas. Nunca olvides una cosa: casi todas ellas conocen muy bien la clave del llanto... de la dicha, del engaño, del dolor y del placer. Y hay que temblar ante algunas de ellas porque pueden tener escondido un misal de perfidias.

Diego se quedó pensativo. Después, levantándose de hombros, expresó:

—Aunque lo intento, no puedo evitar caer entre sus redes. Apenas una mujer me sonrío, pierdo la cordura y la sensatez. Hasta cuando estoy en la iglesia me desbando en pensamientos poco dignos de un buen cristiano.

—¿Cómo es eso? —indagó Dionisio mirándolo serio.

El jovencito, tras bajar la cabeza en actitud pesarosa, confesó:

—A veces..., cuando me encuentro sentado en esos sagrados recintos, al mirar a alguna mujer que me gusta, que siempre son muchas... he tenido inapropiadas erecciones y, aunque luego me avergüenzo de eso, tampoco lo puedo evitar.

Dionisio, en un intento de no reír a carcajadas, exclamó:

—Amiguito, lo que me cuentas es muy escandaloso.

—Lo sé, soy un caso perdido; el abuelo siempre me repite lo mismo: que cuide mi comportamiento con las mujeres... y no se cansa de darme consejos.

—Pues deberías de obedecerle. Los viejos sabemos más porque ya hemos vivido mucho y cometido infinidad de errores de todo tipo —estableció una pausa. A continuación, luego de mirar con fijeza a su joven amigo, añadió—: También debes tener mucho cuidado con los hombres y nunca dejar de temerles; porque la mayoría de ellos te quieren o te odian por algún interés. Y ya lo sabes... por encima de todo, jamás debes de juzgar a nadie; muchas veces lo malo que ves en los otros puede estar en ti mismo.

Diego se había quedado mirándolo con asombro.

—¡Diablos, Dionisio!, tus palabras me producen mucha impresión, de verdad te lo digo, sabes usarlas tan bien y de manera tan apropiada... —Tras volver a mirarlo lleno de intriga, lo interpeló—: Y... volviendo al tema de las mujeres, cuéntame, ¿te enamoraste muchas veces a lo largo de tu vida?

El viejo lobo de mar dio una honda calada a su pipa; después de exhalar el humo, respondió:

—Yo, como todos los marinos, tenía un amor en cada puerto. En mis innumerables viajes conocí a muchísimas mujeres, y de todas aprendí cosas buenas y cosas malas.

—Eso es lo maravilloso de viajar por el mundo sin ataduras, ¿verdad? —susurró Diego en medio de un hondo suspiro—; solo de esa manera un hombre puede adquirir los conocimientos que, como tú bien dices, nunca se pueden aprender en las universidades. Yo ya lo tengo decidido: cuando sea mayor, me dedicaré a vagabundear por ahí mientras recorro el mundo. Quiero conocer mucho mundo... y a muchas mujeres de todas las nacionalidades. Y también quiero empaparme de las culturas de todos los países y lugares a los que mi aventura me lleve... ojalá la vida me dé esa oportunidad.

Dionisio, sin dejar de mirarlo, pensó que la existencia de su joven amigo apuntaba a ser maravillosa. Al abrir su desdentada boca en una carcajada, le dijo:

—Claro que sí, amiguito, pese a los peligros que los hombres nos enfrentamos... sobre todo cuando decidimos correr locas aventuras; nunca hay que olvidar que en la vida todo puede llegar a suceder, hasta lo más insólito e insospechado. Tú solo deséalo...

Por ese tiempo Úrsula se había transformado en una bella jovencita de cuerpo esbelto y gracioso porte. Y, aunque de carácter un tanto reservado, de toda ella se desprendía una encantadora y fascinante feminidad. Tenía muchos pretendientes, pero el más fiel de todos ellos era Carlos Temple, un guapo jovencito de padre inglés y madre española. Este, en su intento de enamorarla, valiéndose de su íntima amistad con Diego y, sin acobardarse de los continuos desplantes de Úrsula, le enviaba innumerables misivas, sonetos, poemas, flores y constantes declaraciones de amor, que una y otra vez eran rechazadas por la jovencita.

Aunque Úrsula tenía muchas amigas, a raíz de la mala reputación de su hermano mayor, a ninguna de ellas sus padres les permitían ir a su casa; de ese modo, con las únicas niñas con las que se explayaba eran sus primas, las gemelas María de la Luz y María del Mar, hijas de los tíos Federico y Carmen. Pero, como estas vivían en Cádiz, Úrsula solo podía verlas en contadas ocasiones. Cada vez que se juntaban, la tímida niña se mostraba con ellas verdaderamente encantada.

Y un buen día, Úrsula, de dieciséis años, se enamoró con la locura propia de su edad. Fue durante una calurosa tarde de julio de 1800 en Cádiz, cuando se festejaba el cumpleaños y santo de tía Carmen. Natalia, doña Clemencia y las gemelas tenían pensado presentar una obra de teatro, interpretada por todos los niños y por los jovencitos. Durante varios días ensayaron *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega.

Úrsula fue elegida para el personaje de Laurencia, y Diego tenía que interpretar al odiado comendador don Fernán Gómez. El papel de Frondoso, el novio de Laurencia, lo interpretaba Fabián, uno de los amigos gaditanos de Diego. Y la del honrado alcalde, don Esteban, estaba a cargo de Roque, otro

de sus amigos. La tía Nati y el hijo de una de sus vecinas representaban a los reyes católicos, Fernando e Isabel. Los personajes de Juan Rojo, don Gómez Manrique, Jacinta y Pascuala entre otros, estaban a cargo de varios amigos de las gemelas, ya que ellas eran las directoras de la obra.

El tío Federico, con ayuda de su primo Pedro, sus hijas y un buen número de criados, decoraron el escenario en el amplio salón principal. Antes de la cena, tras los oficios religiosos del día de la Virgen del Carmen, llevada a cabo en la capilla de la casa de la familia Montemayor, los invitados iban a presenciar la renombrada obra literaria, y realmente en el salón parecía haber mucho entusiasmo.

Mientras los demás acababan de prepararse, Úrsula, entre bastidores y vestida de aldeana, sacó la cabeza para mirar al público, que comenzaba a ocupar sus sillas. De pronto, un apuesto caballero llamó su atención. El corazón de la jovencita comenzó a latir tan fuerte que incluso pareció como si quisiera escaparse de su pecho. Y allí se dio cuenta de que, para ella, todo lo demás dejaba de tener importancia.

El hermoso hombre, sentado al lado del tío Federico y de su padre, bebía limonada mientras cambiaba palabras con los demás. De edad indefinida y expresión melancólica, tenía un semblante afable y hermoso. No usaba peluca, y sus abundantes cabellos rubios se los recogía, con cierto abandono, en una gran coleta. Mientras lo contemplaba, Úrsula pudo observar que tenía la nariz de perfecta forma, un poco alargada, lo que parecía hermosarlo aún más.

En ese instante, Úrsula notó que alguien se le acercaba por detrás, pero no se giró: no podía apartar sus ojos de aquella gallarda figura masculina.

—¿Qué miras? —exclamó unas de las gemelas asomándose de manera discreta junto a su prima.

Úrsula, con expresión embobada, volviéndose hacia ella, le preguntó:

—Marilú, ¿quién es ese caballero que conversa con nuestros padres? ¿Lo conoces?

—Claro, y tú también. Ha estado muchas veces en casa de tus abuelos; es el

brigadier don Cosme Damián Churruca y Elorza. Creo que es de origen vasco; está catalogado como un gran científico. Era muy amigo de tu difunto tío Ignacio. Según cuenta siempre mi padre, todos ellos realizaron varios viajes de trabajo científico por América del Sur y las Antillas, y también de algunas batallas contra los ingleses. Es guapo, ¿verdad?

—Sí, es el hombre más apuesto y distinguido que jamás vi —susurró con voz queda.

—Lástima que sea tan viejo... —le rebatió Marilú al tiempo que arrugaba la nariz.

Úrsula, en un gesto de negación con la cabeza, sin dejar de mirar al brigadier, balbuceó:

—A... mí no me lo parece; yo lo veo... joven y apuesto.

—Pues por lo menos ha de tener cerca de cuarenta años —aclaró Marilú mirándola seria, dándose cuenta de que su prima no pareció escucharla.

En ese momento Marimar, la otra gemela, dio la orden de que comenzara la obra. Úrsula trató de hacer su papel lo mejor que pudo. Pero sus hermosos ojos claros parecían decididos a seguir fijos en aquel caballero, que muy atento, observaba la obra. Diego estuvo magnífico en su papel de malvado.

Apenas acabó la puesta en escena, los «artistas», tras ser vitoreados en medio de una salva de aplausos, tuvieron que salir a saludar una y otra vez. El brigadier Churruca se puso en pie y, con pasos lentos, se acercó al improvisado escenario. A continuación, sin dejar de sonreír, comenzó a dar la mano a todos, felicitándolos con cálidas palabras. Cuando le llegó el turno a Úrsula, el marino retuvo entre las suyas las manos de la jovencita. Sonriéndole afable, murmuró:

—Puedo asegurar que esta ha sido, a mi modo de ver, la mejor representación de Laurencia, de *Fuenteovejuna*. Usted le ha otorgado a esa joven de la historia, además de belleza y gracia, un sinfín de otras cualidades que la hacen inolvidable; mis felicitaciones...

Mientras él hablaba, Úrsula pudo observar que el hombre de su vida era

delgado, de estatura mediana y ojos azules; le parecía más bien un hombre fino, de exquisitos modales, y no un rudo marino acostumbrado a las batallas marítimas.

Aunque él continuó hablándole unos segundos más, ella ya no pudo entender nada; solo de una cosa se dio cuenta... para bien o para mal, estaba ya completamente enamorada de aquel gentil hombre que le llevaba un montón de años.

Casi a finales de ese mismo mes de julio, don Ignacio, deseoso de menguar su tristeza ante la terrible pérdida de su esposa e hijo, invitó a su nieto mayor a realizar un largo viaje de placer en el que iban a recorrer a solas, sin escolta, parte de Francia y de Italia.

Hacía largos años que tenía en la mente darse ese capricho. A pesar de que la familia, en un principio, se oponía a semejante disparate, ambos lograron sus propósitos. El viaje fue maravilloso. Y para Diego resultó una experiencia inolvidable, sobre todo al poder vagar por aquellos países tan adelantados y progresistas, con la sola compañía de su adorado abuelo, del que incluso, en muchas ocasiones, apenas este se dormía, podía escaparse y visitar los elegantes burdeles parisinos y romanos para intimar con muchas mujeres, que lo ayudaron a obtener, en cada encuentro con ellas, más y más conocimientos sexuales.

A su regreso, ocurrido a mediados de septiembre, sin pérdida de tiempo, Diego puso en práctica sus experiencias amatorias y las «nuevas técnicas» adquiridas durante el viaje, que abarcaban incontables maneras de amar. Estas, sumadas a la lujuriosa pasión que lo dominaba, dejaban a sus amantes asombradas y haciéndose todas la misma pregunta: ¿Cómo podía ser posible que un jovencito de su edad conociera tantos secretos y pericias sobre el placer carnal?

De esa manera, el primogénito de don Pedro enseguida fue catalogado como «el amante perfecto», hecho que propició que su fama de galán afortunado y virtuoso sexual, entre cuentos y relatos, llegaran a sorprender y a escandalizar.

Por esa época ya nadie dudaba de que Diego Ibáñez era ni más ni menos la reencarnación del mismísimo don Juan de las crónicas... de aquel burlador insaciable: guapo, rico y libertino, dominado por la sensualidad junto a un oculto egoísmo, propio de los que solo tratan de gozar sin detenerse ante nada, ni ante nadie. Aunque sin el malsano propósito de causar daño de manera intencionada y, sobre todo, era capaz de los más grandes sacrificios siempre y cuando no hubiera alguna falda de por medio.

En el mes de noviembre, Diego fue declarado el mejor espadachín de Jerez de la Frontera. Por otra parte, don Antonio Pimentel, amigo dilecto de su padre y su «profesor» de tiro al blanco, también destacó su pericia y buen pulso para las armas de fuego.

A mediados de febrero del año siguiente, de forma sorpresiva llegó desde Cádiz un emisario enviado por Natalia, quien les comunicó que don Ignacio estaba muy grave y que incluso había llamado a varios notarios, con la intención de dejar dispuestas las últimas cláusulas del testamento.

Doña Clemencia se echó a llorar en brazos de su esposo. Sin pérdida de tiempo, toda la familia, incluidas Pastora y la institutriz de Úrsula y de Gertrudis, partieron hacia Cádiz, donde la tía Carmen y el tío Federico ya se habían instalado en casa del enfermo, para ayudar a Natalia en todo lo que pudieran. Apenas Diego puso un pie en la casa, se precipitó a la habitación de su abuelo. En el momento en que iba a abrir la puerta, tía Nati lo detuvo diciéndole:

—Cariño, aguarda un momento... los médicos están ahora con él. —Y, rota por el llanto, se abrazó a su sobrino—. Cuando entres a verlo... trata de no tocarlo. No estamos seguros, pero puede que haya cogido... la fiebre amarilla. Aunque desde hace más mucho tiempo ha estado sufriendo abundantes y continuas hemorragias nasales, imposibles de parar... —Mirándolo rota de pena, gritó—: ¡Se nos muere, Dieguito! ¡Tu abuelo se nos muere!, el padre Francisco ya le dio la extremaunción.

En seguida apareció el resto de la familia, y Natalia corrió a los brazos de

su hermana y de su cuñado. Úrsula, Gertrudis e Ignacio permanecían muy quietos en ceremonioso silencio. Diego nunca olvidaría el momento en el que había logrado entrar a solas al cuarto de su abuelo. Con los ojos arrasados de lágrimas, lo miró estremecido.

La piel de su rostro le pareció de cera y, cerca de sus sienes cóncavas, las cejas se perfilaban con una precisión impresionante que, junto a la recta nariz taponada de manera cruel, presentaba de frente un corte agudo, como el de una máscara.

—Abuelo —murmuró conmovido y, a pesar de las recomendaciones ante el temor del contagio, tomándole una mano, con voz temblorosa, siguió repitiendo—: Abuelo, abuelito, no nos abandones por favor. ¡Maldita muerte! ¡No te lo lloves aún!

Los ojos del enfermo se entreabrieron, y su respiración se tornó agitada.

—Dieguito... no era un sueño... estás aquí... —balbuceó, con voz entrecortada, en un intento inútil de sonreír.

—Sí, abuelo, pero por favor no te agites, trata de descansar.

—Ya... descansaré. No quería... morirme... sin antes... —comenzó a balbucear con apenas un hilo de voz—, poder hablar... contigo. Mi querido nieto... creo que... mi hora... ha llegado ya, pero no quiero que... te angusties.

Diego no pudo evitar echar a llorar.

—Tú no te morirás, no puedes hacerlo aún —replicó Diego entre sollozos.

De pronto, a la vez que retiraba su mano de la del jovencito, le previno:

—Por favor, evita... tocarme ya que... a más... de las hemorragias... puede que haya cogido esa... maldita fiebre que... está afectando... a tanta gente. Ahora... quiero... que te tranquilices —continuó el enfermo—. Te confieso que... esta pérdida de sangre... por la nariz... ya la tuve durante... nuestro viaje. Yo intenté que tú... no lo descubrieras.

Diego asintió con la cabeza y murmuró:

—Sí, recuerdo que varias veces te sorprendí con el pañuelo en la nariz, y un día lo vi manchado de sangre. —Mirándolo angustiado, prosiguió—: Pero no

creí que eso... fuera tan grave. Además, tú me dijiste que no era nada, que solo era por el rapé que aspirabas. Yo te pedía que... dejaras de hacerlo. ¿Por qué no me contaste que las pérdidas de sangre eran tan intensas?

—No quería... amargarte el viaje.

—Abuelo... abuelo, no puedo soportar verte así —sollozó Diego convulso.

—Y yo... no quiero que sufras. Estaré bien... me reuniré con tu abuela y tu tío... y con todos mis queridos muertos... que ya me esperan —tras una larga inspiración, a la vez que lo miraba con fijeza, continuó—: Tú... ya sabes que eres... mi heredero universal, ¿verdad? A ti te dejo toda... mi fortuna; cuando... seas mayor... de edad, todo pasará... a tus manos. Solo espero que... tengas la suficiente... sensatez de... organizar... bien tu vida...

—¡Abuelo! ¡Yo solo te quiero a ti! No me dejes.

—Dieguito, qué más... quisiera yo... poder seguir a tu lado... un tiempo más, y así poder ver tu... completa evolución. —El anciano hizo otra breve pausa y añadió—: Hay muchas cosas más que... quisiera decirte, pero... no sé si podré. Es menester que sepas que yo... pese a tus falencias... siempre me sentí... muy orgulloso de ti. ¿Eso lo sabes, verdad?

—Lo sé, y yo también estoy orgulloso de ser tu nieto.

—Eso... me complace. Desearía, que... a lo largo de tu vida sigas siendo... fuerte, noble, magnánimo y... justo. ¿Recuerdas las... cuatro virtudes... cardinales... las que Dionisio y yo te remarcamos... siempre...?

Diego, con voz quebrada, asintió al decir:

—Sí abuelo: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

—Intenta practicarlas... siempre, y... sé prudente en todo, incluso cuando... tengas que dar un puñetazo, hazlo con... la debida y justa... razón. Jamás peques de... soberbio, muéstrate... en todo momento sencillo; recuerda que... la humildad, la lealtad... y la dignidad... son las mejores... virtudes de un... hombre de bien. También recuerda... no humillar nunca... a nadie. Y... por nada del mundo... renuncies a tus valores. En fin... debes transitar... por la vida... sin dejar de... mantener la honestidad y... —La voz de don Ignacio se

perdió en un agónico estremecimiento.

Al verlo tan quieto, Diego comprendió que había vuelto a caer en un nuevo sopor.

—¡Abuelo! ¡Sigue!, ¡continúa hablándome... por favor! ¡Quiero seguir escuchándote! —gritó, sacudiéndole las manos.

Pero el enfermo ya no pareció oírlo. Diego bajó la cabeza abandonándose al llanto. Cuando salió de allí comenzó a correr y no paró hasta llegar a la barraca de Dionisio. Este, que parecía esperarlo, sin palabras lo abrazó con fuerzas para luego dejar que el jovencito llorara a gusto sobre su pecho. En la mañana de aquel veinte de febrero de 1801, en plenos Carnavales, don Ignacio dejó este mundo.

De forma inmediata comenzaron a llegar vecinos y amigos de la familia, junto a varios marinos, antiguos compañeros de Ignacio, el extinto hijo del difunto entre ellos: el brigadier don Cosme Damián Churruca y Elorza... lo que alteró el tierno y enamorado corazón de Úrsula.

Poco a poco la casa fue poblándose de más y más gente. Todos venían a despedir al buen vecino, al generoso amo... al amigo sincero y cortés, que había sido en vida don Ignacio Cisneros de Vargas.

Sin pérdida de tiempo se enviaron misivas de duelo a Córdoba y a Sevilla. Y el cochero de don Pedro partió veloz hacia Jerez con la triste noticia. La tarde se había tornado oscura a causa de los negros nubarrones que surcaban el cielo, y en seguida comenzó a llover. Diego, sentado al lado de su madre y de sus tías Natalia y Carmen, permanecía silencioso y cabizbajo; sentía cuando la gente lo abrazaba prodigándole palabras de consuelo y resignación, pero él no parecía escucharlas. En el calamitoso estado de ánimo en el que estaba inmerso, un tropel de recuerdos invadían su mente. ¡Cuántas remembranzas!, ¡y cuántas vivencias al lado su abuelo! ¡Quizás más que con su propio padre!

Y así comenzó a recordar las emocionantes horas que pasaban juntos en aquellas largas y reñidas partidas de ajedrez, los divertidos paseos en calesa

por las serranías. ¡Cuántos pueblos y aldeas habían visitado en esos recorridos, a la vez que gozaban de una comida o de una merienda en remotas posadas, ventas y paradores mezclados con la sencilla gente de campo! Y las excitantes escapadas a las playas en las que lo dejaba jugar con sus amigos marginales de las riberas hasta la puesta del sol... ¡Y cuánto se divertía él mismo como si fuera un niño más! Y ese último viaje juntos en el que habían visitado tantos fabulosos lugares. ¿Cómo sería ahora su vida sin él?, se preguntaba en medio de su desconsuelo.

Esa misma noche llegaron algunos jerezanos, entre ellos Carlos Temple y Gustavo, ambos acompañados de sus respectivos padres.

El funeral de don Ignacio fue solemne, con toda la pompa que exigía su rango. En el cementerio, Diego se encontró con varios de sus camaradas de los suburbios que, pulcramente vestidos y peinados y con ramos de flores en las manos, lo abrazaron expresándoles su emotivo sentir.

Al regreso Diego se negó a subir al coche familiar y le cedió el lugar a Dionisio, para continuar a pie en compañía de todos sus amigos sin distinción de clase. El camino estaba lleno de charcos que el sol convertía en espejos.

Al día siguiente por la tarde comenzaron a marcharse los visitantes y también el señor Temple y su hijo. La casa, llena aún de negros crespones, se quedó fría y silenciosa. La mirada triste de Diego se detuvo en su progenitora, a la que notó muy tensa y demacrada. Ella y tía Nati, ambas de riguroso luto, a cada instante se abrazaban para llorar mientras Úrsula, doña Carmen y sus hijas, además de Pastora y de varias vecinas, trataban de reconfortarlas.

Diego sabía que en ese momento lo que más preocupaba a su madre era el futuro de su hermana mayor; Natalia se quedaría sola en aquella inmensa casona con la única compañía de los criados y de sus recuerdos. En un rincón de la sala, don Pedro y su primo Federico hablaban en voz baja quedándose a ratos pensativos. Gertrudis, Ignacio y Gustavo, sentados muy tiesos, observaban circunspectos las actitudes de todos mientras los criados, en completo mutismo, iban y venían a la vez que ponían la casa en orden y cada

cosa en su sitio. No se escuchaba ningún murmullo; todos se manejaban por señas.

Dos días después arribaron desde Córdoba la tía Amaranta de Santillana Wesley, marquesa de Aguilar, viuda desde hacia siete años del duque de Baena, don Carlos Felipe Aldazaba de Montero, acompañada de su único hijo.

Y con solo dos días de diferencia llegaron desde Sevilla doña Pilar y sus dos vástagos Julio y Daniel. Estos últimos venían dispuestos a quedarse allí una larga temporada, alojados en la casa de sus tías abuelas.

Carlos, el único hijo de doña Amaranta, cinco años mayor que Diego, permanecía casi todo el tiempo tieso y silencioso sentado al lado de su madre. En cambio, Julio y Daniel, incluso en aquel ambiente de luto y tristeza, sin disimular sus risas, daban rienda suelta a la alegría de sus caracteres hasta casi contribuir que, por momentos, el calamitoso estado de ánimo de Diego tendiera a cambiar. La marquesa se mostraba espantada al ver a los sobrinos de su prima Clemen, tan maleducados que no respetaban el duelo, ni siquiera cuando se rezaba el rosario.

Doña Pilar y doña Amaranta, que siempre se habían aborrecido «de manera cordial», se miraban de reojo con mal disimulado desdén. La primera de ellas, por tener a sus viejas tías en Cádiz y también a sus primos Federico y Carmen, procuraba permanecer poco tiempo en la casa de su prima Clemen. Pero sus hijos, todas las tardes, horas antes de la novena, la arrastraban allí para estar junto a Diego.

Daniel, el menor de los primos sevillanos, se había hecho inseparable de Ignacio y, a pesar de la diferencia de edad, ambos correteaban por la casa a la vez que husmeaban todos los rincones y ocultos pasadizos de la vieja casona. Una tarde, mientras vagaban de manera atropellada por uno de los añosos corredores, tiraron al suelo una oxidada armadura, que había permanecido inmutable al paso del tiempo. El estrépito de la caída retumbó en toda la casa hasta producir un sonoro eco, que pareció despertar a todos los fantasmas que dormían allí su siesta de siglos.

Tras una reprimenda de sus madres y tías, los niños se marcharon a jugar a los jardines. Julio, junto a Gustavo, quien se había quedado unos días más para acompañar a Diego, en medio de una incesante charla trataban de que el pesaroso jovencito acabara sacudiéndose la tristeza y decidiera acompañarlos en alguna divertida aventura lejos de allí, sin que hasta ese día logran cumplir con sus deseos.

Apenas acabó la novena en memoria de don Ignacio, doña Amaranta y su hijo se marcharon a Córdoba... y todos allí parecieron respirar más tranquilos. Don Pedro, ante la presencia de la estirada prima cordobesa de su esposa, había llegado a sentirse muy nervioso. A pesar de lo aspaventera y cursi que le parecía doña Pilar, sentía más simpatía por ella que por la seca marquesa de Aguilar.

Dos semanas después de la muerte de don Ignacio, el notario leyó su testamento: al faltar su primogénito, el nieto mayor del difunto heredaba casi todos sus bienes que, entre miles de reales de Vellón, doblones de oro y de plata, además de propiedades y fincas, representaban una gran fortuna. Todo eso sería administrado por sus padres hasta que el joven cumpliera la mayoría de edad.

Natalia heredaba la mansión de Cádiz junto a las huertas que las circundaban, además de una pensión anual bastante abultada. A su hija menor y al esposo de esta les dejaba en Jerez de la Frontera varios acres de tierra llenas de olivares y un majuelo de viñas de unas cuatrocientas cepas, además de otros bienes. Sus restantes nietos también recibirían varias importantes posesiones que pasarían a ellos luego de su mayoría de edad. Por supuesto que había muchos otros legados más que beneficiaban a todos sus fieles criados y a varios de sus arrendatarios.

Unos días más tarde, don Pedro y su hijo mayor, junto a Pastora, Ignacio y Gustavo, se marcharon a Jerez, ya que los jovencitos debían proseguir con sus estudios. Úrsula y Gertrudis iban a seguir con sus clases allí, bajo la vigilancia de *miss* Alice, la institutriz.

Los fines de semana, Diego regresaba a Cádiz para ver a su madre y hermanas, momento que aprovechaba para pasear con sus amigos y sus primos sevillanos, acompañándolos a dar largos recorridos por la ciudad, además de visitar la barraca de Dionisio. El anciano los agasajaba con sabrosos guisados de pescado mientras les contaba emocionantes anécdotas de su vida como marino en los mares de todo el mundo.

Durante esos momentos, Dionisio no dejaba de observar a Diego que, pese a la divertida compañía de sus primos y amigos, mantenía en su semblante una tristeza que llegaba a conmovér. Pero Dionisio sabía que aquello no iba a durar mucho: «Por suerte, la juventud, olvida pronto las tragedias», se decía esperanzador.

Y tenía razón; al llegar el mes de marzo, Diego, escoltado de sus primos y amigos, comenzó a recuperar su perdido ánimo y la alegría de vivir propia de su edad. En plena Cuaresma llegó su aniversario; ya tenía dieciocho años y la vida, de pronto, se le antojó hermosa... y llena de expectativas.

Dos semanas más tarde, en Jerez de la Frontera, Diego, un mes y medio antes de lo previsto, culminó con éxito los estudios. Su preceptor, don Sebastián Aguilar, mirándolo satisfecho, le dijo:

—Te felicito, no puedo menos que sentirme orgulloso de ti.

—Muchas gracias; dicen que los buenos alumnos son el reflejo de las cualidades de sus tutores —replicó el jovencito con una sonrisa de satisfacción.

—Me complace ver que también eres agradecido —respondió el maestro—. A pesar de tus carencias morales, que espero que muy pronto abandones, debo reconocer que, además de tener buen corazón, eres muy inteligente. Te reitero mi opinión: te considero apto para la universidad, y llegar a ser alguien importante en la vida. Piénsalo bien, no desperdicies tus conocimientos y aplicación para el estudio.

Diego, muy ufano, respondió:

—De nuevo, gracias, señor Aguilar. Durante un año o dos pienso descansar

y después, si me decido por alguna carrera, usted será el primero en saberlo.

Don Sebastián le sonrió con aprobación. Ahora tenía que seguir preocupándose de que Gustavo e Ignacio continuaran sus estudios y, sobre todo, lograr que fueran dos jóvenes virtuosos.

Los primos sevillanos de Diego seguían en Cádiz alojados en la casa de sus tías abuelas.

Julio y Daniel, cada vez que Diego se trasladaba allí, lo incitaban a viajar con ellos a Sevilla.

—Anda, primo, ámate. Si te vienes con nosotros, pasarás la Semana Santa allí. Pero tendrás que decidirte pronto: mi madre tiene pensado marchar dentro de pocos días. Mi padre nos espera ansioso —proponía Julio entusiasmado.

A esto su hermano Daniel agregaba:

—Como nuestro preceptor, antes de marcharse a Inglaterra, nos dejó algunos deberes que nosotros ya casi hemos acabado... y hasta finales del mes de mayo no daremos nuestros últimos exámenes, podremos estar junto a ti todo el día. Y por las noches, acompañados de nuestros padres, saldremos a todas las fiestas que nos inviten, que siempre son muchas.

En cada conversación los dos hermanos dejaban muy claro que Cádiz no tenía nada de interesante, y solo hablaban de Sevilla mientras aseguraban que en esas fechas lucía mucho más hermosa.

Diego comenzó a pensar en la posibilidad de marcharse con sus primos una temporada, y así alejarse de aquel clima de tristeza y duelo, en el que ahora estaba inmersa toda su familia. Doña Pilar, por deseo de sus vástagos, hablaba con sus primos expresándoles sus deseos de que estos dejaran a su hijo mayor hacer aquel viaje con ellos.

—Piénsalo, Clemen, y tú también, Pedro —les dijo una tarde en la que todos se hallaban sentados bajo de la glorieta del jardín mientras tomaban limonada —, vosotros podéis ir luego a buscarlo, y así terminaríamos el verano juntos en Sevilla, como antaño. Creo que eso sería muy beneficioso para todos; incluso podríais llevar también a Natalia para que se distraiga —exclamaba

entusiasta.

Al fin doña Clemencia y esposo aceptaron la invitación sin poner ninguna traba. Días después, Diego preparó su equipaje. Julio y Daniel, a espaldas de su madre, no hacían más que programar fiestas, y toda clase de diversiones.

—Enseguida te olvidarás de las penas... eso no quiere decir que no recordarás a tu abuelo, pero en Sevilla no tendrás tiempo para muchas tristezas. Nos divertiremos a lo grande, ya lo verás. Nosotros allí tenemos muchos amigos... y también hermosas amigas —exclamaba Julio al tiempo que dibujaba curvas femeninas con las manos.

Unos días antes del viaje, doña Clemencia habló a solas con su hijo. Con gesto serio, le pidió:

—Diego, por lo que más quieras, compórtate bien en casa de los tíos, y no olvides que estás de luto. No quisiera que mi prima se arrepintiese de haberte invitado. Me daría mucha pena tener que avergonzarme de ti.

—Descuide, madre, me comportaré muy... pero muy bien, ya lo verá usted —aseguró el jovencito.

De esa manera, Diego, en compañía de su familia sevillana, junto a un grupo de escoltas, entre palafreneros y la criada personal de su tía, partieron de Cádiz. Doña Pilar les aseguró a sus primos que cuidaría de su sobrino como de sus propios hijos, sin imaginar que tiempo después se lamentaría mucho de aquella invitación.

Ante la fuerza de cuatro potentes caballos, que el cochero sevillano guiaba con mano diestra, el carruaje se puso en marcha. Durante el trayecto había veces que Diego parecía perderse entre el remolino de sus pensamientos. Al notarlo, Julio y Daniel, en voz baja, organizaban salidas y reuniones, adelantándose a gozar de las aventuras que pensaban protagonizar junto a su primo y a sus amigos sevillanos.

Doña Pilar y Eufemia, su doncella, ante las sacudidas del coche, se adormecían en graciosas posturas, para divertimento de los jovencitos, que se tapaban la boca para no estallar en carcajadas. El viaje continuó sin

problemas. Sevilla los recibió con olor a nardos, azahares y jazmines.

CAPÍTULO 2

El embrujo de sevilla

Apenas el coche traspuso las puertas de la ciudad, el jerezano, al sacar la cabeza por la ventanilla, se entretuvo en mirar las casas con sus patios morunos las plazas de floridos jardines y los palacios marmóreos, rodeados de exuberante vegetación.

Segundos después, ante sus ojos vio pasar todo el centro de la mágica metrópolis con sus calles llenas de bulliciosa muchedumbre que, a pesar de la Cuaresma, dejaba traslucir una exultante alegría.

Cuando llegaron al barrio de los tíos, Diego recordó la enorme casa de piedras blancas, con su escudo de armas y la típica cancela de hierro. Al penetrar por los anchos portales, se fijó en el enorme patio rodeado de altas palmeras, donde de niño, cada vez que él y sus hermanos iban de visita con sus padres, jugaban con sus primos sevillanos. Todo estaba igual que entonces: los caminitos de ripio, las paredes adornadas de cuadros, formados de azulejos repletos de arabescos. La enorme fuente con dos ángeles de mármol y muchos tinajones de barro cocido repletos de plantas, que alegraban los ángulos de todos los patios.

En ese momento, por la puerta del jardín apareció su tío, con un cigarro en los labios, seguido de varios criados que, entre alegres exclamaciones, se acercaron a ellos. Lo primero que hizo don Julio, luego de tirar su cigarro a medio consumir, fue abrazar y besar a su esposa. Después saludó a sus hijos apretándolos contra su pecho. Por último, palmeándole cariñoso la espalda a su sobrino, con expresión gozosa, le dijo:

—Diego, ¡bienvenido! ¡cuánto me alegro de verte! —Después de eso, tras adoptar una expresión seria, agregó solemne—: Ante todo, mi más sentido

pésame por tu pérdida, y perdona que no haya podido ir al funeral de tu abuelo. Me fue imposible viajar, pero sentí mucho su partida. Era un gran hombre...

Diego sonrió con tristeza.

—Sí, mi abuelo era único —murmuró emocionado a la vez que todos lo abrazaban, haciéndolo experimentar un cálido bienestar.

Una vez en la casa, el tío Julio volvió a darle a su sobrino otra cariñosa palmada en la espalda.

—¡Caramba!, ya eres todo un hombre, y muy guapo, además. Aquí vas a romper muchos corazones. Como si lo estuviera viendo... Es más...

Su esposa lo interrumpió:

—Diego no está para esas... cosas: la muerte de mi tío lo ha dejado muy mal.

—Pero tú sabes que aquí no podrá evitar participar de las diversiones.

Ella, con gesto horrorizado, replicó:

—¿Diversiones en medio de la Cuaresma?, ¿pero qué dices? Las únicas diversiones a las que mi sobrino podrá acceder —remarcó— serán las religiosas, algunos paseos y las tertulias familiares.

—Y a las corridas de toros, ¿verdad? —añadió su tío guiñándole un ojo a Diego.

—Eso tampoco; ¿acaso no recuerdas que a mi sobrino no le gustan las corridas de toros? —contrapuso doña Pilar, a la vez que fruncía graciosamente el ceño.

—¿Que no le gustan los toros?! —exclamó don Julio con estupor.

—¿Es una obligación que les guste a todos? —rebató ella—, a mí tampoco me gustan.

Don Julio observó a Diego con gesto chancero y, guiñándole un ojo, inquirió:

—Bueno, pero las mujeres sí que te gustarán, ¿verdad?

Doña Pilar miró con reprobación a su esposo, y exclamó indignada:

—Pero, Julio, ¿cómo le preguntas eso? ¡Diego es casi un niño aún! Solo tiene un año más que Julio.

—¿Un niño?, ¿acaso estás ciega? —replicó su marido mientras hacía un significativo movimiento de cabeza—. Mujer, a los dieciocho años ya se es un hombre.

Sin responder, doña Pilar, a la vez que hacía con la mano un molesto ademán, se marchó dejándolos solos. El jerezano, miró risueño a don Julio; en medio de un gesto pleno de sensualidad, manifestó:

—Tío, en respuesta a su pregunta, le diré que las mujeres me encantan: ellas son lo que más me gusta en la vida.

El primo Julio, acercándose a su padre, le susurró:

—Es verdad; nuestro primo es todo un donjuán. No vea usted las cosas que se dicen de él en Cádiz como en Jerez sobre su afición por las mujeres; pero de eso nuestra madre no sabe nada.

—Y mejor será que siga sin enterarse —susurró el señor Valenzuela en tono divertido.

Los cuatro primeros días, Diego participó de misas, paseos, romerías, cabalgatas y tertulias de vecinos y familiares y también en algunos juegos como el de la gallinita ciega. Y por las noches con su tío y primos en reuniones de amigos, sin que faltara el guitarreo, los bailes y el vino junto a algunas partidas de billar. Ante eso doña Pilar, mirándolos espantada, les reprochaba la falta de respeto ante el reciente luto de la familia.

Don Julio, con sonoras carcajadas, le respondía:

—¡Mujer, la vida sigue, y la juventud pasa pronto! Tus hijos han tenido este año una largas vacaciones, tu sobrino ha terminado sus estudios con notable distinción; déjalos distraerse.

—¡Pero... estamos en Cuaresma, y muy cerca del Domingo de Ramos! ¿Qué dirá mi prima si se entera de que su hijo... aun con su abuelo recién sepultado, no deja de asistir a fiestas sin respetar su duelo?

—Acaso... ¿se lo dirías tú?, ¿no ves lo contento que está?, anoche tocó la

guitarra, y hasta cortejó a la bella Coral.

—¡Jesús! —exclamó ella con mirada alarmada—. ¿No le advirtieron que Coral está próxima a casarse? ¿Y si se entera su prometido? Ya sabes cómo las gasta el hijo del marqués.

—Vamos, Pilar, no exageres las cosas.

—Mis primos dejaron a Diego venirse conmigo, seguros de que aquí estaría bien cuidado y protegido.

Su esposo, con gesto burlón, le replicó:

—Tu sobrino es ya un verdadero trotamundos; si lo miras bien... incluso aparenta muchos más años de los que tiene. Y no olvides que hace pocos meses regresó de un largo viaje, en el que visitó muchas ciudades de Europa con la única compañía de su difunto abuelo.

Tras permanecer unos instante pensativa, doña Pilar rebatió:

—De todas maneras, aquí tenemos que evitar que se vea envuelto en problemas de faldas. Es tan guapo... Las jovencitas se desviven por él; puede que alguna intente engatusarlo.

Don Julio, pese a ignorar la real fama de precoz calavera del sobrino de su esposa, sin dejar de mover la cabeza, se dijo para sí: «Por la forma tan experimentada en que Diego mira a las mujeres, creo que sabe de ellas mucho más de lo que me imagino. Y estoy seguro de que hace tiempo dejó de ser un casto inocente».

En Sevilla todo era esplendoroso. Los magníficos patios repletos de plantas y flores se engalanaban con el agua de sus fuentes, que rimaban bajo la luz del sol. La mayoría de las posadas estaban llenas de visitantes, muchos de ellos extranjeros, a los que se los podía ver recorrer iglesias, antiguas ruinas, jardines y tabernas de cante y baile.

Los poetas evocaban leyendas y tradiciones alusivas a la grandeza de esa ciudad. A cada instante sonaban los nombres de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Colón y de María de Padilla, la fiel amante de don Pedro I, El Justiciero, junto al de muchos otros más.

Diego, pese a sentirse subyugado por la atmósfera de Sevilla, seguía comportándose de una manera digna, tanto que hasta él mismo llegó a sorprenderse. Pero unos pocos días después se dio cuenta de que su imperiosa naturaleza amenazaba traicionarlo. Cada vez le costaba más esfuerzos sofocar los deseos de escaparse por el balcón de su cuarto y sumergirse en el embrujo de la noche sevillana en busca del placer que tanto anhelaba. Por suerte, tras luchar contra sus endemoniados impulsos, al fin lograba vencerlos.

Después de cumplir con las misas y procesiones, Diego y sus primos, junto al grupo de amigos, recorrían la ciudad aventurándose por típicas barriadas de los suburbios, entre un laberinto de calles repletas de contrabandistas y rameras. Otras veces se iban a la Fábrica de Tabacos, en la que trabajaban más de doce mil personas, en su mayoría jóvenes mujeres. Allí el grupo de amigos se quedaba hasta la salida de las guapas cigarreras, prodigándoles encendidos requiebros a la vez que ellas, con gestos desprovistos de vergüenza, les contestaban otras ternezas aún más osadas.

Ese martes, segundo día de Semana Santa, Diego se levantó temprano. Cuando bajó al comedor de diario, sus tíos desayunaban en animada charla:

—¡Sobrino! —gritó don Julio vestido con la típica indumentaria de los garrochistas sevillanos—. ¿Acaso te caíste de la cama?

—Buenos días —saludó Diego—. Es que... después de escuchar el canto de los gallos, algunas veces ya no puedo dormir más.

Las criadas le sirvieron un humeante tazón de leche con café, además de panecillos, rosquillas y magdalenas recién salidas del horno, junto a mermeladas y miel.

—¿Extrañas a Jerez... y a Cádiz? —le preguntó doña Pilar.

—¡Qué va! Aquí me siento de maravilla.

—¿Y qué me dices de las sevillanas? ¿Te gustan? —interrogó el tío Julio con mirada cómplice.

—Mucho, todas me parecen alucinantes —exclamó el jovencito con los ojos en blanco.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió doña Pilar curiosa.

—Que... para mí las sevillanas son deslumbrantes, hechiceras, majestuosas...

—Ya, ya... ya lo he comprendido —repuso ella. Mirándolo muy seria, añadió—: Ten cuidado con Coral, ¿eh? Ella va a casarse muy pronto, y su prometido, que ahora está en Madrid, es tremendamente celoso; dicen que maneja las armas como el mejor de los duelistas.

—No se preocupe, tía, no he vuelto a hablar con ella —la tranquilizó Diego.

Una hora después, el señor Valenzuela, sus hijos y sobrino subieron a un coche de brega, tirado por dos caballos enjaezados a la andaluza y se dirigieron hacia la Vega.

Don Julio Valenzuela Fornez estaba considerado allí como un importante terrateniente que, por aquellas épocas, representaba lo típico de la aristocracia rural que imperaba en Sevilla. Adoraba el campo no solo por el lucro, sino por las faenas de la dehesa tales como el acoso, tienta, hierre y apartado de los astados. Al señor Valenzuela le gustaba que le alabaran la fiereza de sus toros bravos, la majestuosa belleza de sus jacas y que también le recordaran sus hazañas como hábil caballista, todo lo que a él le hacía sentirse orgulloso. En aquel momento don Julio, montado en su caballo, seguido por algunos de sus peones, galopaba majestuoso. El sol, detrás de los montes entibiaba el aire y doraba las praderas con pinceladas de luz en los olivares y caseríos lejanos. El vivificante aire desprendía el suave y penetrante aroma de las olorosas hierbas del monte. Ese mediodía comieron en la vieja alquería junto a los campesinos enfrascados en amenas charlas sobre las faenas rurales. Después los jóvenes se echaron bajo las frescas arcadas de la galería a descansar, a la vez que degustaban tempranas fresas remojadas en leche de cabra. Julio y Daniel comenzaron a hablar de toros y caballos.

Diego los escuchaba atento... aunque, de manera involuntaria, de vez en cuando sus ojos se posaban en las mozas serranas que en un incesante desfile,

con sus mejillas encendidas por el abrasante sol, pasaban ante ellos, con sus canastas de hortalizas apoyadas en sus caderas a la vez que las movían con graciosa cadencia haciendo imaginar al jerezano sensuales acoplamientos.

Por fin llegó la procesión del Jueves y Viernes Santo. Diego, junto a la tía Pilar y su familia (que pertenecían a La Hermandad de Los Servitas de Nuestra Señora de los Dolores), tuvo que participar de todos los ritos religiosos de la Semana Santa y del Domingo de Ramos en solemnes procesiones siguiendo a los encapuchados nazarenos, como el más devoto de los penitentes, sin mostrar cansancio ni aburrimiento, al son de tamboriles, detrás de las imágenes adoradas repletas de perlas, oro y pedrería, mientras cortaban caminos por estrechas callejuelas entre los bordoneos de líricas voces que partían el aire en prolongados lamentos que, poco a poco, se descomponían en sollozos rematados de arpegios y trinos.

Como ese año una de las mejores amigas de doña Pilar, la duquesa de Medinaceli (que pertenecía a misma Hermandad), era Camarera de la Virgen, durante la procesión del Sábado Santo ella tuvo que acompañarla en su largo recorrido. Y obligó a toda su familia, incluido Diego, a seguirlos sin rechistar.

Después vino la Pascua, con sus tradicionales ritos. La primera que Diego pasaba sin la cálida y entrañable compañía de su querido abuelo... lejos de toda la familia. El lunes siguiente amaneció espléndido. Ya la tristeza de la Semana Santa había pasado, y ahora llegaban las verdaderas diversiones: enormes zocos, fiestas municipales, romerías y corridas de toros.

Dos días después, Diego y sus primos se dirigieron a la Plaza de Pilatos para reencontrarse con los amigos y programar las recreaciones de esa jornada. Luego de los saludos, Julio les preguntó:

—¿Qué tenéis en mente? ¿Adónde iremos hoy?

Uno de ellos, tras mirar a Diego con una alegre sonrisa, propuso:

—Que decida tu primo.

El jerezano, con un guiño picaresco, replicó:

—Podrías sorprenderme; a mí me gustan mucho las sorpresas, sobre todo si

son buenas.

—¡Hecho! ¡Sorprendamos a tu primo! —gritó otro de los jóvenes.

—Pero... ¿y cómo? —preguntaron los demás

—Oye, Juan, ¿qué clase de sorpresa podría ser? —inquirió Daniel, dirigiéndose al mayor de ellos quien, mirándolos a todos con voluptuosa expresión, exclamó:

—Propongo algo fuerte..., ¿qué tal si vamos todos al barrio de Triana, y nos metemos en la taberna del Gitano? ¿Ya sabéis que la bella Soledad ha vuelto a bailar allí, verdad?

—Sí... hace unos días se lo escuché decir a uno de los capataces de mi padre —prorrumpió Julio. Con los ojos en blanco añadió—: Sería estupendo verla contonearse como solo ella sabe hacerlo... según dicen los que la conocen...

—Creo que aún estamos a tiempo de llegar allí —siguió Juan—. En el reloj de la catedral, acaban de sonar las cinco campanadas. —Tras mirar a los demás, les consultó—: Y vosotros, ¿qué opináis?

—Que estamos de acuerdo —manifestaron la mayoría de ellos.

—¡Ver bailar a Soledad, la Trianera, será para nosotros algo maravilloso, y para Diego una agradable sorpresa! —vociferó otro.

Julio, tras comenzar a poner en orden su ropa, exclamó:

—No se hable más... ¡Todos al barrio de Triana!

Otro de los jóvenes, aproximándose al mayor de ellos, reflexionó:

—Juan... ya sabes la fama que tiene esa taberna; allí va gente de la peor ralea.

—Mario, a la taberna del Gitano concurre gente de toda clase—rebató el nombrado—. Mi padre y mis tíos... incluso mi hermano mayor, van allí muchas veces a reunirse con sus amigos y siempre en santa paz.

—Mi padre asegura que en ningún otro sitio sirven una manzanilla tan buena como en la del Gitano —remató otro joven llamado Luis.

—Y, con el regreso de la Trianera, aquello va a estar de locura —murmuró

Julio excitado.

—¡Propongo que si vamos a ir nos pongamos ya en marcha! —vociferó Juan.
—. Y que, si nos topamos con algún conocido, actuemos con naturalidad.
¡Deprisa, ojalá tengamos suerte en conseguir una buena ubicación junto al tablado!

—¡Pues, en marcha todos! —gritó Daniel al tomar la delantera.

Entre saltos y risas, poniéndose en orden la ropa, a la vez que se alisaban el pelo con las manos, el grupo emprendió la caminata.

Juan se acercó a Diego y le dijo:

—Disfrutarás mucho cuando veas bailar a Soledad de Triana; los hombres enloquecen nada más mirarla.

—¿Tan guapa es?

—¡Es hermosa, una mujer de gran tronío... y con mucho duende! Estuvo fuera de Sevilla dos años, y hace poco regresó más bella que nunca. Unos días atrás me la crucé por la calle, y te puedo asegurar que sus pasos provocan tempestades; la gente, presurosa, salía a mirarla. Todos los hombres están locos por Soledad, pero ella solo le es fiel a su prometido.

—¿Y quién es el afortunado? —quiso saber Diego.

—La Trianera le pertenece a un torero que en la actualidad triunfa en el norte, llamado «Juan José», apodado «el Faraón» —puntualizó Juan—, pero el muy imbécil la deja sola demasiado tiempo. Se puede decir que la tiene abandonada.

—Vaya... con lo poco que me simpatizan los toreros... —reflexionó Diego en voz alta.

Ante esas palabras, el grupo entero, tras detenerse, lo miró asombrado.

—¿Lo dices... de verdad? —inquirió Juan con notable impacto.

—Bueno... a mi primo no le atraen mucho las corridas de toros —confesó Julio.

Diego, a la vez que hacía con su mano un molesto ademán, replicó:

—Sí, no sé por qué... pero nunca me han gustado; mi padre me llevó una

vez, pero a partir de allí me juré no volver. Sé que es una... honorable profesión. Una herencia que, según dicen, nos dejaron los romanos, pero que a mí me provoca disgusto. Lamento defraudaros...

Juan, palmeándole la espalda, exclamó:

—¿Pero qué dices? No... ninguno de nosotros nos sentimos defraudados. Cada uno es dueño de pensar y sentir como quiera. Y ahora... si no queremos llegar tarde, sigamos nuestro camino.

Rato después, el alegre grupo llegó hasta el paseo que se extendía hacia la Torre del Oro, oscurecido por frondosos álamos y plátanos de Oriente. Seguido a eso, atravesaron el puente que cruzaba el río Guadalquivir y daba acceso hacia la derecha desde el centro de la ciudad, al barrio de Triana. Aquella era la orilla «marinera» de Sevilla. Allí, a través de los siglos habían llamado «trianeros» a los barqueros, a los pontoneros y también a los marineros de Colon, de Magallanes, y a los de las flotas de Indias. Ese gigantesco brazo de mar había sido también escenario de las tropas reconquistadoras de Fernando II y de los frustrados intentos de los normandos por atravesarlo; el mismo camino de evasión de los vándalos y de la ocupación musulmana, que a su vez había servido de entrada a toda la cultura helenística traída por los invasores.

Al llegar a la orilla opuesta, empezaron a verse las primeras casas con sus balcones y patios adornados de flores que perfumaban el aire. Tras unos minutos de marcha, el grupo de amigos se detuvo en la puerta de una enorme casona, muy antigua. En la acera descansaban varias mulas y jacas atadas a un palenque, que dormitaban con las riendas flojas sobre sus cuellos; algunas tenían, dobladas sobre los lomos, vistosas mantas de flecos y borlas. Antes de entrar, Juan los detuvo. Después de mirarlos muy serio, les dijo:

—Ahora escuchadme bien: como soy el mayor y, por consiguiente el responsable del grupo, os voy a pedir que sobre todo... no provoquéis ningún jaleo. Solo tomaremos uno... o dos vasos de manzanilla, miraremos bailar a la Trianera, y nos marcharemos tal como vinimos, sin escándalos y sin meternos

con nadie; también evitaremos llamar la atención. ¿Estáis de acuerdo?

—¡Sí! ¡Estamos de acuerdo! —respondieron al unísono.

El grupo de jovencitos, en forzado silencio, penetró en el local. Adentro, la atmósfera, que olía a tabaco, frituras de pescado, mosto y transpiración, era sofocante. Los parroquianos ocupaban mesas y sillas entre un continuo rumor de voces. Sobre un pequeño escenario, algunos bailarines de ambos sexos acababan de terminar su función. Los músicos daban los últimos rasgueos a sus guitarras, acompañados de los palmeros.

Julio, encontró un lugar cerca del tablao, que acaparó presuroso. Y de inmediato el grupo tomó asiento alrededor de la mesa, aún llena de vasos con restos de vino en su fondo y de platos con sobras de pan, fiambres y huesos de aceitunas. Un camarero sudoroso, en mangas de camisa, después de limpiar la mesa con aire de sorna, les preguntó:

—¿Qué van a tomar los «señores»?

—¡Manzanilla para todos! —pidió Daniel.

—Sí, una ronda de manzanilla, y algo para picar —pidió Julio y, sin dejar de mirar al camarero, preguntó—: ¿Falta mucho para ver bailar a la Trianera?

—Dentro de unos minutos hará su segunda y última actuación de la tarde —contestó el hombre sonriente al ver la excitación pintada en los rostros de los jovencitos.

—¡Bravo! ¡Qué a punto hemos llegado! —exclamó Juan con alegre sonrisa.

Los ojos de Diego recorrieron el local con curiosidad; allí había personajes de todo tipo: toreros, comerciantes, labradores, tratantes de bestias, gitanos, contrabandistas, chulos y señoritos, además de algunos forasteros, entre ellos varios ingleses. Jóvenes y viejos, ricos y pobres y hasta los de la más baja calaña, mezclados sin distinciones. También había algunas mujeres que, en medio de un juego de seducción, intentaban engatusar a los extranjeros. Y, mientras la manzanilla y el aguardiente corrían a mares, se hablaba de toros, de caballos, de famosos toreros, de caza, de amoríos... y de la belleza de Soledad, la Trianera. A intervalos se escuchaban disputas mezcladas con ruido

de sillas y juramentos... pero nadie parecía alarmarse.

De pronto, en medio del bullicio, las guitarras volvieron a sonar, y el salón quedó en silencio pendiente de una voz que se alzó mientras recitaba una copla:

*Una mujer fue la causa
de mi perdición primera.
No hay perdición en el mundo...
que... por mujeres no venga...*

Cuando el cantaor acabó su repertorio, el vocerío de los parroquianos se reinició.

—¡Que baile Soledad! —se escuchó gritar a alguien.

Enseguida un coro de voces, en medio de un batir de palmas, ensordeció el lugar, mientras repetía al unísono:

—¡Sí! ¡Que baile! ¡Que baile ya!

Ante aquel clamor del público, los rasgueos de las guitarras anunciaron los bordoneos de una lánguida copla. Y, al instante, las conversaciones se interrumpieron; en todo el salón reinó el silencio. Cual una aparición, en el tablado se irguió la figura de una impactante mujer. Y docenas de ojos se clavaron en ella.

La bailarina, envuelta en un mantón negro bordado de flores rojas, y con la cara cubierta a medias, miró de soslayo al público. A cada rasgueo de las guitarras, avanzaba un paso y se detenía, para volver la cabeza a un lado y a otro. Hasta que, en un airoso giro, se desprendió del rebozo, dejando al descubierto un bello rostro enmarcado por una abundante cabellera caoba, de brillantes rizos.

Su esbelto cuerpo estaba enfundado en una blusa verde con los hombros desnudos, y una falda negra rajada en varios lados dejaba ver, al son de sus gráciles movimientos, unas esculturales piernas. Con gesto altivo, al repique de las castañuelas, dio dos vueltas y arrojó lejos el mantón. Era bellísima y,

por único adorno, llevaba un clavel rojo prendido en su pelo.

Muy despacio, empezó a taconear al compás de la sensual música; la cabeza echada hacia atrás, la boca roja y húmeda, abierta en una sutil sonrisa, tal como si brindara amores.

Después volvió a pararse frente al público mirándolos provocativa, y al instante estallaron los aplausos. La Trianera levantó los brazos y onduló sus caderas al compás de la música, mientras sus manos dibujaban en el aire graciosos arabescos. Cada nota era un golpe de tacón y una actitud, que se unían para rematar en gráciles cadencias a la vez que traducía, de manera plástica, los versos de la sensual copla. A Diego la danzarina le pareció lo más hermoso que había visto en su vida. Una mujer cuyas miradas y sonrisas podían enloquecer a cualquier hombre.

—Aunque no lo parezca, es gitana —le susurró Julio cerca del oído—. ¡Ay!, pero qué requeteguapa es, ¿verdad? —A Diego la voz de su primo le llegó como desde muy lejos. El jerezano permanecía confuso con los ojos fijos en la bailaora, recorriéndola desde su voluptuosa boca hasta los graciosos movimientos de sus pies. Mientras, su libidinoso cerebro no paraba de transmitirle, a todo su cuerpo, una oleada de sensual aturdimiento.

—Para mí... es la más bella entre las bellas por donde se la mire —añadió Juan—. Con unos ojos verdes que quitan el sueño. —A la vez que miraba a Diego, agregó susurrante—: Como ya lo ves, jerezano, Soledad de Triana es una mujer con mucho duende.

Mientras sus compañeros murmuraban a su lado, en la calenturienta mente de Diego los brazos de la Trianera se asemejaban a dos eróticas serpientes. Y al imaginárselos enrollados a su cuello, sintió una oleada de fuego subirle a la cabeza hasta nublar su cerebro. Sin dejar de mirarla, se preguntaba: «¿Qué secretos tendrá escondidos esta bella mujer? ¿Acaso... esos desplantes provocativos, ese querer... y no querer serán suyos, o solo fingimiento de artista?». Diego trataba sin éxito de analizar las emociones que en esos momentos experimentaba. Y de pronto tuvo la sensación de que, si no lograba

conseguir los «favores» de aquella impactante danzarina, jamás volvería a ser él mismo.

En medio de gritos y aplausos, la Trianera ejecutó sus últimos rítmicos movimientos. Tras ejecutar un garboso giro, adelantándose al público, se quedó con los brazos sobre la cabeza. Al compás de las castañuelas y del bordoneo de las guitarras, la bailaora arqueó su pecho y, luego de curvar el cuerpo hacia atrás, permaneció unos instantes inmóvil en una adorable y seductora pose, lo que provocó el mutismo total entre los parroquianos que la miraban subyugados. Seguido a eso, recogió su rebozo y se esfumó por el mismo lugar por el que había aparecido. Juan, en medio del vocerío y de los aplausos de la gente, se acercó a Diego y le preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Obnubilado, así es como... me ha dejado. No tengo palabras —susurró el jerezano, girándose hacia ellos con lentitud.

Esa noche Diego tuvo que asistir con sus tíos y primos a una velada familiar; pero, por más que lo intentó, no pudo concentrarse en nada, sintiéndose lejos de la divertida tertulia. Su cabeza seguía poblada por las imágenes de la bella danzarina. Después de la cena, tía Pilar los llamó, obligándolos a participar en el juego de las charadas, junto a los demás jovencitos de ambos sexos.

Las madres de muchas niñas reunidas allí miraban con muy buenos ojos al guapo y distinguido sobrino de doña Pilar, mostrándose llamativamente ansiosas de que este se fijara en alguna de sus hijas. Pero Diego, esa noche, se mantenía por completo abstraído, sin prestar atención a nada. Y prácticamente las ignoró a todas. En sus pensamientos solo estaba la bailaora.

«Necesito ver a esa mujer a solas cara a cara... hablar con ella mirándola a los ojos, ¿pero cómo lograrlo?», se dijo sintiéndose enfermo de amor y deseo. De pronto una idea descabellada se instaló en su cabeza. «¡Ya estoy decidido, me presentaré ante ella y la abordaré de la manera que sea!», se prometió con gesto resuelto.

Esa noche, cuando logró dormirse, sus sueños se poblaron de la Trianera...

de esa bella y enigmática mujer que de golpe se había transformado para él en una obsesión. Al día siguiente, Diego volvió a levantarse temprano. Cuando bajó al comedor de diario, sus tíos se disponían a desayunar. Tras los saludos el señor Valenzuela, sonriéndole cariñoso, alegó:

—Sobrino, pero... qué madrugador eres.

—Sí, madrugas mucho para tu edad; se dice que la sangre joven necesita un tiempo de reposo más largo —replicó la tía Pilar afectuosa.

—El aire de Sevilla ejerce sobre mí un efecto vigorizante; apenas escucho cantar a los gallos, abro los ojos y, no puedo seguir en la cama.

—Ojalá tus primos fueran la mitad de madrugadores que tú —apuntó doña Pilar.

—Hace rato di órdenes de que los despierten de inmediato —acotó don Julio—. Espero que no tarden en presentarse aquí.

En ese momento entraban los dos hermanos, con gestos soñolientos en medio de bostezos.

Don Julio, tras posar los ojos en Diego, con semblante risueño, expresó:

—Y ahora, apenas tus primos logren despertar del todo y desayunen, nos marcharemos de nuevo a la dehesa. Pero regresaremos a comer aquí —concluyó, mientras miraba sonriente a su esposa.

Doña Pilar, con ademán ansioso, apostilló:

—¡Ah!, eso ante todo; recordad que tendremos visitas; comeremos a la una y media en punto. Doña Magdalena, a las cinco de la tarde, tiene que viajar a Carmona. —A la vez que fijaba la mirada en Diego, agregó—: Las que vendrán a comer son una amiga mía y su hermosa hija Matilde... la pecosilla de los ojos azules que conociste anoche. Su madre no hacía otra cosa más que decirme: «Pero qué guapo y distinguido es tu sobrino. Haría muy buena pareja con mi Matildita». Y... creo que no estaría mal que tú y ella... os conocierais bien. Ambos podríais terminar por ser novios formales. Tu tío y yo nos enamoramos de esa manera; él se fue a Cádiz de paseo y ahí me conoció. Bueno, solo espero que a ti Matildita también te haya gustado.

Pese a sus esfuerzos por recordar, la memoria de Diego no registraba a la tal Matildita; sabía que la noche anterior había estado rodeado de niñas, y ni siquiera recordaba sus rostros.

—Pero... Pilar, ¿es que ahora vas a interpretar el papel de Celestina? —irrumpió el señor Valenzuela con notable mofa—. Deja en paz a tu sobrino. ¿No decías que aún es muy joven? ¿Y lo quieres ver enredado con la hija de la pesada de doña Magdalena? —y, al mirar con gesto alarmado a Diego, añadió—: Sobrino, no te dejes pescar tan pronto.

—¡Ay!, ¡pero qué tío más indiscreto eres! —se quejó ella. Después de posar de nuevo los ojos en Diego, agregó—: El caso es que... Matilde, además de bonita, resulta también un buen partido, ya que heredará una gran dote.

—Sí, mucho dinero, un poco de gracia y nada de sesos —remató su esposo, a la vez que lanzaba una carcajada.

—¿Te quieres callar? —replicó doña Pilar mientras lo miraba tal como si deseara fulminarlo.

Diego solo atinó a sonreír y, en silencio, acabó su desayuno. A un lado de la mesa, Julio y Daniel, ambos sentados en cómicas posturas, permanecían adormecidos.

En el momento en que todos se preparaban para salir hacia el campo, Diego, tras mirar cauteloso a su tío, le comunicó:

—La verdad es que... si a usted no le parece mal, preferiría dar un paseo a solas... por los alrededores.

Don Julio, sonriéndole comprensivo, exclamó:

—Como tú quieras, sobrino; tienes mi permiso para hacer lo que te plazca. Dile a Melecio, el mozo de las cuadras, que te ensille a Centella, la jaca castaña; es briosa y muy veloz.

—Gracias, tío.

—¿Cómo? ¿No vendrás con nosotros? —preguntó Daniel desencantado.

—¿Y adónde irás? —la pregunta de Julio lo sobresaltó.

—No lo sé, daré un paseo por ahí —manifestó Diego con la clara intención

de dar más explicaciones.

Minutos después, el señor Valenzuela y sus hijos, acompañados de dos capataces y varios peones todos a caballo, ya estaban listos para marcharse. Don Julio, tras levantar el brazo, a modo de saludo, gritó:

—¡Sobrino! ¡Si te cansas de aburrirte, ya sabes dónde encontrarnos! ¡Ten cuidado con Centella: es demasiado briosa!

Diego, de inmediato se dirigió a las cuadras y, ante la mirada sorprendida de los sirvientes, él mismo ensilló a Centella. A continuación, con mano segura la guió hacia el Guadalquivir.

Sobre las aguas del río el reflejo del sol brillaba majestuoso. Luego de cruzar el puente, Diego se internó por las calles de Triana atestadas de gente en un ininterrumpido ir y venir.

El jerezano paseaba atento la mirada por las casas, con sus balcones floridos, a la vez que se fijaba en los rostros de todas las mujeres con las que se cruzaba. Cuando llegó a la taberna del Gitano, comenzó a dar vueltas hasta llegar a un descampado; allí descubrió a un grupo de niños que, divididos en dos bandos, jugaban a las pedradas. Sin apearse de su cabalgadura, se acercó a ellos y, tras meter la mano en el bolsillo de su casaca, les gritó:

—¡Hey! ¡Hola a todos! ¿Puedo interrumpir un momento la «batalla» en la que estáis tan inmersos? ¿Quién de vosotros podrá darme una información?

Al instante los chiquillos, mientras dejaban caer las piedras de sus manos, lo rodearon. «¡Yo, señorito!», «¡No, yo!, ¡yo!», exclamaron al unísono.

El mayor de todos, mirándolo serio, le aseguró:

—¡Pregunte usted lo que quiera!

El jinete inquirió divertido:

—¿Cómo te llamas?

—Cayetano, señorito, para servirle a usted.

—Muchas gracias, ¿sabéis dónde vive... Soledad, la Trianera?

Los niños se miraron sorprendidos.

—Claro que lo sabemos; vive a dos calles de aquí. Su casa es la que tiene

los balcones repletos de flores blancas —explicó el mayor con mirada suspicaz.

—¿Vive sola? —se animó a preguntar Diego.

Uno de ellos, limpiándose la sangre que manaba por una herida de su pierna, le informó:

—No, señorito, ella vive con Lola, su tía.

—¿Sabéis si la visita... algún hombre?

Tras unos segundos de silencio, Cayetano respondió:

—¡Nosotros no hemos visto a ningún hombre entrar en su casa, aunque... mi madre dice que la Soledad es una golfa y que en Madrid tuvo muchos amoríos!

—Ella ahora está a la espera de su prometido el Faraón, con el que se va a casar. Es un torero muy famoso; mi padre, que es banderillero, pertenece a su cuadrilla; se fue con él en una gira hace ya mucho tiempo, y aún estamos esperándolo —añadió otro de ellos.

En ese momento, uno de los niños que aún no había dicho nada, acercándose a Diego con sonrisa picaresca, le anunció:

—Señorito, yo sé algo que ni mis hermanos, ni mis primos saben: Soledad está ahora en el templo de Santa Ana. Si se da prisa, la podrá ver salir de misa. La iglesia está al cruzar aquella calle, y solo la acompaña la vieja Lola —concluyó guiñándole uno de sus ojos.

Diego, al tiempo que soltaba una carcajada, sacó las monedas del bolsillo y, mirándolos a todos, exclamó:

—Muchas gracias. ¿Cómo os vais a repartir este botín?

—¡Yo lo repartiré, señorito! —gritó Cayetano.

—Pero en partes iguales, ¿eh? —razonó Diego con una sonrisa de complicidad. Añadió a continuación—: ¡Tened cuidado de no haceros más daño con esas piedras! ¡Y de nuevo, gracias a todos!

Dándole un toque de talones a su jaca, esta salió al galope. Al llegar cerca de la vieja iglesia, el jerezano vio que la gente comenzaba a salir de misa. Allí se quedó atento mientras observaba los rostros de cada mujer que aparecía en

los portales. Al instante el corazón le dio un vuelco: «Es ella», se dijo con notable excitación. Rápido espoleó a la jaca dirigiéndola hacia una calle transversal con el propósito de seguirla desde allí e intentar llamar su atención. Ella caminaba al lado de una mujer entrada en años, la cual llevaba en la mano un vistoso quitasol. De pronto la Trianera cruzó una calle, para internarse por otra más estrecha.

Diego azuzó a su cabalgadura y, raudo, se metió por el otro extremo del callejón. Su única idea, aun sabiéndola descabellada, fue la de cortarles el paso... porque para él lo más importante en ese momento era llamar la atención de esa mujer de la manera que fuera.

Cuando llegó a la esquina, detuvo su cabalgadura para mirar extasiado el ondulante andar de la bella danzarina. Tal como lo había asegurado Juan, el incitador contoneo de la Trianera y la manera tan osada con que ella recogía su falda al caminar alborotaban a toda la calle. La gente detenía su paso para mirarla; los hombres, con ojos codiciosos; y la mujeres, entre señalamientos despectivos.

Antes de que la bailaora y su acompañante llegaran a la esquina, Diego, cegado por el apasionamiento que en esos instantes lo dominaba, puso a su jaca delante de ellas cerrándoles el paso. Las mujeres, con visible sobresalto, al quedar apesadas entre los muros y el animal, se detuvieron de golpe. La más vieja dejó escapar una maldición, a la vez que mascullaba otras palabras ininteligibles.

El jerezano, que solo tenía ojos para Soledad, la vio levantar la cara enviándole una enigmática mirada mezcla de enfado e intriga. Sonriéndole descarado, a la vez que adoptaba una pose de majó galante, sin apartar la mirada de la bella gitana, se quedó contemplándola con apasionada fijeza. Los verdes ojos de ella, orlados de negras y espesas pestañas, lo observaron retadores. Con un tono de voz, levemente contrariada, la oyó exclamar:

—¡Oye!, ¿estás loco? ¿Pero... qué pretendes? ¡Vamos, niño! ¡Quita de inmediato tu caballo de en medio! ¡Déjanos pasar! —seguido a eso, tras un

elegante ademán de su mano, apartó la negra blonda de su mantón y, mientras levantaba más la cabeza, expresó:

—¿Acaso estás sordo? ¡Vamos!, ¡sal del medio... que tenemos prisa!

Luego de eso, a la vez que alineaba sus ojos a los del jerezano, lo contempló con extremada fijeza. Diego, sin inmutarse, le sostuvo la mirada; satisfecho al ver que ella, a pesar de su aparente fastidio, lo observaba con visible coquetería. De pronto la Trianera, dándose cuenta de que era el blanco de todas las miradas y cuchicheos de la calle, con clara inquietud se mordió los labios.

—¡Anda, niño... por última vez, quita ya tu caballo de nuestro camino! ¡No me hagas enfadar! —demandó nerviosa.

—¡Pero qué mocito más atrevido! ¿No le da vergüenza portarse de esta manera, tan poco caballerosa con dos mujeres indefensas? —vociferó la vieja, a la vez que esgrimía amenazante el quitasol hasta provocar que Centella agitara nerviosa su cabeza—. ¡Fuera!, ¡fuera del paso *peal*..., o pediremos ayuda!

Al fin Diego, con expresión graciosamente desganada, se quitó el sombrero y, en cortés reverencia, inclinó la cabeza.

—Me disculpo ante las dos —musitó con suave entonación en la voz. Tras un ademán galante, volvió a alinear sus ojos con los de Soledad, en una mirada intensa e insinuante. Seguido a eso, mientras apartaba del paso a su jaca, agregó—: Perdón por esta osadía, pero su belleza y su encanto me han hecho perder la cabeza y la sensatez. ¡Vaya usted con Dios... hermosa señora!

La Trianera, con los ojos entornados, y sin moverse de su sitio, lo recorrió con la mirada. Diego, desde su postura, la vio levantar una ceja a la vez que, sonriéndole con evidente agrado, le preguntó:

—¿Y tú quién eres? Yo no creo conocerte.

Él, agachándose un poco más hacia ella, le susurró:

—Soy Diego Ibáñez, de Jerez de la Frontera... para servirle a usted... en lo que sea.

A la vez que asentía con la cabeza, la Trianera respondió enigmática:

—Gracias. Eso lo tendré muy en cuenta... jerezano.

Después de brindarle otra seductora mirada, se recogió la falda y, seguida de la anciana, reanudó su camino. Sin atreverse a seguirlas, Diego se quedó allí muy quieto mientras observaba alucinado el insinuante y provocador andar de la bailarina, hasta que esta desapareció de su vista. «Esta tarde —se prometió—, esta tarde, después de su baile, me las arreglaré para abordarla de nuevo... de la manera que sea. Esa mujer será mía como que me llamo Diego», concluyó al exhalar un suspiro.

De pronto, al mirar hacia los balcones, observó a un grupo de jóvenes mujeres que reían alborozadas; sin un atisbo de vergüenza, con atrevido ademán, les envió un sensual beso. A continuación se escucharon exclamaciones y más risas. Centella se removía inquieta y su jinete, que la estaba espoleando, la obligó a salir al galope.

Ese mediodía, antes del almuerzo y durante este momento, Diego tuvo que soportar la tediosa charla de las invitadas de su tía Pilar y aguantar, además, los halagos que esta decía de él, lo que le causaba una gran incomodidad. Doña Magdalena hacía lo mismo con su hija, por lo que la jovencita a cada instante tenía que bajar los ojos sonrojada.

Don Julio y sus hijos, con expresión burlona, miraban la escena sin intervenir. Por fortuna, como ya estaba previsto, las invitadas, sin gozar de una sobremesa, se marcharon apuradas. Cerca de las cuatro, el grupo de amigos se reunió junto a la orilla del río. A continuación casi corriendo, en bulliciosa caravana, llegaron a la taberna del Gitano, decididos a gozar de las dos funciones de la bella trianera.

Diego, mostrándose por demás ansioso, permanecía llamativamente callado; su fugaz encuentro con la bailaora lo tenía muy perturbado. Estaba decidido a presentarse ante ella, ¿cómo?, aún no lo sabía, pero de alguna manera iba a lograrlo.

Igual que en la jornada anterior, el local estaba a tope. Tuvieron que

disputarse una de las pocas mesas libres cercanas al escenario. En menos de un minuto ya no hubo ningún sitio vacío. El bullicio era agobiante; las voces y el tintineo de vasos y botellas, junto a las estruendosas carcajadas, se mezclaban con el bordoneo de guitarras y el repique de castañuelas en un dispar alboroto. Desde una mesa vecina, Diego escuchó que alguien nombraba al Faraón, mientras alegaba que, cuando este regresara, toda Sevilla vibraría de entusiasmo. Enseguida otra sonora voz rebatió al manifestar:

—¡Y también Soledad vibrará de gozo! ¡Lleva ya largo tiempo esperándolo! ¡Dicen que, cuando se encontraron en Madrid, él volvió a prometerle matrimonio! ¡Pero de eso ya han pasado muchos meses!

—¡Yo no creo que Juan José aún tenga deseos de hacerla su esposa! —opinó otro, para agregar—: ¡Estoy seguro de que, en su largo recorrido, el Faraón debe de haber encontrado una más joven, incluso una bonita heredera!

—Pero ¿qué dices? ¡Ninguna mujer se puede comparar con Soledad! —refutó el segundo de ellos. A continuación añadió tajante—: ¡Y si Juanjo la cambia por otra, será porque tiene menos sesos que un ratón!

Minutos después, apenas la Trianera se plantó en el redondel, todo el salón estalló en aplausos. La danzarina llevaba un vestido granate a lunares negros abierto a los lados y el pelo suelto adornado por un clavel blanco. Entre un bordoneo de guitarras, el repique de castañuelas y el batir de palmas, comenzó a ejecutar una sensual danza.

Diego, con los codos apoyados en la mesa y con la cara entre las manos, la miraba extasiado. Aunque lo intentaba, no podía controlar su ansiedad. «Si esto no es amor a primera vista, entonces... ¿qué es...?», se preguntó mientras su corazón galopaba enloquecido.

Cuando el baile acabó, de nuevo los aplausos hicieron vibrar el local. Una voz les anunció que en una hora Soledad, la Trianera, volvería a deleitarlos con otro hechicero baile. El licor comenzó a correr por las reseca gargantas de los presentes mientras un cantaor, acompañado

de las guitarras y castañuelas, recitaba las estrofas de otra copla. El grupo

de jóvenes amigos bebía manzanilla paladeándola como si fuera néctar de dioses.

Mientras Diego procuraba aplacar la ansiedad que lo dominaba, se dijo: «Es ahora o nunca». En un brusco ademán se bebió de un trago lo que quedaba en su vaso. Luego se puso de pie, al tiempo que exclamaba:

—Ahora vuelvo... —Y rápido, antes de que los demás reaccionaran, sorteando las mesas y sillas, se escabulló entre el gentío.

Con afán de despistar a sus compañeros, se dirigió hacia la salida, para luego cruzar hacia el lado opuesto del tablao a la vez que se preguntaba: «¿Tendrá la Trianera un lugar privado para vestirse? Y de ser así, ¿dónde estará?».

Guiado por su incontrolable decisión, empezó a caminar hacia el interior. La macilenta luz de una candela alumbraba el angosto corredor formado por toneles de vino mal distribuidos. Con la nariz arrugada, Diego aspiró el fuerte aroma del mosto, mezclado con frituras. Al llegar al final, descubrió una pequeña puerta que dejaba entrever por debajo un fino haz de luz. De pronto esta se abrió, y la figura de un hombre emergió de allí. Diego logró esconderse detrás de un tonel de vino. Seguido a eso, con cuidado, estiró lo justo la cabeza para contemplar al sujeto; este llevaba un pañuelo en la cabeza a la usanza gitana y, tras cerrar la puerta, el hombre se dirigió hacia el otro extremo, perdiéndose detrás de un cortinado. Sin moverse de su sitio, el jerezano escuchó una voz que decía:

—¡Oye, Gitano, te felicito por tu sobrina: cada día baila mejor!

Otras voces se sumaron al expresar:

—¡Es una perla! Seguro que volverá a levantar tu negocio hasta la cima.

—Está guapísima; el viaje a Madrid le ha sentado... pero que muy bien; lástima que apenas llegue Juan José se la llevará con él...

El jerezano salió de su escondite y, sin dudar, se encaminó directo hacia la puerta por la que acababa de salir el tío de la bailaora. Con mano nerviosa tocó dos veces. La hoja se abrió muy despacio; tras esta apareció el rostro de

la vieja Lola.

Al cabo de unos instantes, los que tardó en reconocerlo, la anciana chilló indignada:

—¡Pero! ¿qué quiere usted? ¿Cómo se atreve a presentarse aquí? ¡Mocito descarado!

Diego, con gesto rápido, puso la mano en la puerta para evitar que la anciana se la cerrara en las narices. Tras dar una amplia ojeada hacia el interior, vio a la bailarina sentada frente a un ruinoso espejo, rodeada de flores y vistosos trajes colgados sobre un destartalado biombo.

—Quiero hablar con Soledad; me urge hacerlo —confesó Diego sin ocultar en su faz un gesto intrépido.

Lola, con voz cortante, insistió:

—Ella no quiere hablar con usted. Apártese de la puerta, y márchese de aquí, ¡señorito desvergonzado!

Diego iba decir algo más, pero no tuvo tiempo; sus ojos se quedaron fijos en la bella trianera quien, ya de pie, lo miraba confusa y sorprendida. Con paso lento, ella avanzó hacia él y exclamó:

—¡Jerezano!, ¡de verdad... eres muy osado! ¿Y de qué quieres hablar conmigo?

—De muchas cosas, con tu permiso —replicó Diego, al pasar por delante de la malhumorada Lola, que a toda costa intentaba detenerlo.

La Trianera, con seductora extrañeza, seguía observándolo con fijeza. Diego contempló admirado aquellos ojos verdes, grandes e intrigantes como los de Circe, que poco a poco parecían ir llenándose de agradable aceptación. Sin cambiar de actitud, ella, dirigiéndose a la anciana, le dijo:

—Tía, déjanos a solas, y no te preocupes. Ya ves..., pese a su mal comportamiento de esta mañana, el señorito parece ser todo un caballero. Tú ve a merendar algo, y de paso descansa un poco sentada en una silla. Regresa antes de mi próxima actuación.

El corazón de Diego dio un brinco de gozo. Lola asintió. Antes de salir, tras

señalar ceñuda al joven visitante, demandó:

—Ten mucho cuidado. Si se pone pesado, o se propasa, tú pega el grito.

Cuando se quedaron a solas, Soledad, con una sonrisa burlona, murmuró:

—Te ofrecería una silla... pero, como ves, aquí no hay sitio para dos.

Sin agregar nada más, ella volvió a tomar asiento frente al espejo del pequeño camerino iluminado por una claraboya abierta que daba a la calle y dos candelabros con velas encendidas sobre el mal improvisado tocador.

—Así es como soñaba verte: tú y yo solos... —repuso Diego con una sonrisa.

La Trianera se volvió a medias hacia él y, con un dejo irónico reiteró la pregunta:

—¿Y qué quiere de mí... el señorito jerezano?

—Acabo de decírtelo; estar a solas contigo —murmuró Diego abarcándola con una intensa mirada.

—Pues, ya estamos solos. Vamos, despáchate a gusto; dime lo que deseas, no tengo mucho tiempo para dedicarte —replicó observándolo a través del espejo, sin parpadear.

Por unos instantes Diego permaneció indeciso. El modo de mirar de aquella mujer, arrogante a la vez que apasionado, le produjo un hormigueo en todo el cuerpo. De forma repentina, por su mente comenzaron a pasar imágenes llenas de extravío e irreflexión.

—Yo... solo... te deseo... a ti —balbuceó sin dejar de mirarla.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Ante esa respuesta, la Trianera, con la clara impresión de no saber qué interpretación darle a lo expresado por el joven desconocido, lo miró sorprendida. En silencio se puso de pie y, a la vez que echaba la cabeza hacia atrás, lanzó una carcajada.

—Vaya con el señorito, cuánta audacia tienes, creo que incluso rebasa los límites. —Mirándolo de arriba abajo, apostilló—: Pero bueno... al menos eres sincero. —Lo miró a los ojos y, poniéndose muy seria, agregó—: Aunque también un desvergonzado. ¿No sabes acaso que yo... le pertenezco a otro

hombre?

El jerezano, sosteniéndole la mirada, con fingida humildad, respondió:

—Sí, me lo han dicho. Pero por otro lado creo que ese hombre, al que guardas fidelidad, no te merece.

La bailarina, acercándose más a él, replicó rotunda:

—¿Y tú... qué sabrás? Mira, chiquillo, por si no lo sabes, mi prometido es muy celoso, y también muy violento. Si llegara a enterarse de lo que te has atrevido a decirme, sería capaz de matarte.

Diego, al sentirla tan cerca, se estremeció. Con voz ronca, musitó:

—Entonces... procuraremos que no se entere aún; no quisiera morir sin antes conocerte un poco más. Pero te aseguro que yo no le tengo miedo a ese hombre; además, soy muy terco, y nunca dejo que se me escape lo que me gusta... y tú me gustas mucho... pero mucho. Tienes que saber que, desde que te vi, me traes por la calle de la amargura —concluyó con las ventanillas de su nariz dilatadas, mientras miraba codicioso los turgentes labios de la Trianera.

Ella, firme en su propósito de mantener una postura indiferente, por unos segundos lo observó con extremada fijeza. En medio de un sentimiento de pesar, reconoció que todo lo que veía era de su real agrado. Pero en ese momento, de manera imprevista una densa sombra pasó por sus ojos tornándolos oscuros, casi tormentosos. Y, dirigiéndose a la puerta, Soledad la abrió de golpe.

—Bueno... anda, niño, vete ya. Fuera de aquí —manifestó en un tono seco.

Sin hacer caso, Diego caminó un paso hacia ella.

—Por favor, no me echés de tu lado de este modo —le rogó—. ¿No ves que muero de amor por ti?

La Trianera, apartándose de él con semblante burlón, replicó:

—No temas, eso se te curará con el tiempo. Además, de esa enfermedad nadie se muere.

—Por favor, no seas tan cruel. Al menos permíteme seguir hablando contigo —insistió él muy serio a la vez que la tomaba de la mano.

Soledad, con aire despectivo, expresó:

—¡Suelta! A mí... nadie me toma. Yo me entrego... si quiero; de modo que tú y yo... no tenemos nada de que hablar; así que ya... niño, lárgate de aquí.

Él no se movió.

—No soy un niño, soy un hombre. —Su voz había sonado con un dejo de graciosa petulancia.

Pese a su repentino nerviosismo, Soledad volvió a reír:

—¿Hombre? Tú, de hombre, solo llevas los pantalones —opinó burlona.

Diego, cegado por la audacia, la misma que le impedía pensar con claridad y sensatez, acercó su boca a la de ella y, estremecido de pasión, musitó:

—Trianera... no me dejas otro camino. Tendré que demostrarte que no soy un niño; que ante tu presencia hay un hombre... con mayúscula. Y de eso no quiero que te queden dudas —culminó mientras, con ademán posesivo, la cogía por la cintura.

A continuación Diego, a la vez que intensificaba la fuerza de su abrazo, empujó la puerta con el pie, cerrándola de golpe. La bailarina, tomada de sorpresa ante el atrevimiento del jerezano, se quedó paralizada. Extrañada por su falta de voluntad para rechazarlo, Soledad permaneció muy quieta. La fuerte atracción que ese bello mancebo ejercía sobre ella comenzaba a dejarla estupefacta. Comprendió que, si no hacía algo pronto, él, de manera irremediable, iba a besarla.

—No te atrevas, no quisiera tener... que gritar y provocar un escándalo. ¡Márchate!, largo de aquí —alcanzó a decir vacilante, sin dejar de observar aquellos labios tan cerca de los suyos.

—Por favor, apiádate de mí. No me echés de tu lado..., ahora que... —La voz temblorosa de Diego delataba la intensa pasión que lo dominaba.

Soledad, sintiéndose vulnerable, con rabiosa ansiedad reconoció que ya estaba por completo a su merced. ¿Cuánto hacía que un hombre no le hablaba de amor, ni la besaba... ni la poseía?

Desde que se había transformado en mujer, ella había necesitado los brazos

de «su hombre», para sentirse viva. Y la proximidad de ese guapo joven que le suplicaba amor excitaba sus sentidos y hacía que su mente se negara a razonar. No obstante, con un estremecimiento, mezcla de miedo y ansiedad, le rogó:

—No lo hagas, piensa que en esto... se te va la vida. Suéltame.

El jerezano, consciente de que la resistencia de ella era muy débil, le susurró:

—Trianera, si he de morir... que sea después de besarte. —Y, loco de pasión, exploró ansioso aquellos labios que, aun resistiéndose, se entreabrieron a los suyos.

Soledad se aferró a él, y también se aferró con desesperación a su propia cordura. Y, mientras Diego se daba el festín besándola y paladeándola con su lengua, comprendió que su propia pasión, tanto tiempo sofocada, alimentaba el deseo que ya se había encendido en su interior.

El jerezano, entre movimientos y manoseos experimentados, acariciaba el escultural cuerpo de la danzarina, que ya sentía a su merced. A pesar de que ella intentaba desasirse de sus brazos, él continuó explorándola con ardor, dándole a entender que aún no estaba dispuesto a soltarla a la vez que, dejándose arrastrar por su indomable atrevimiento, con ademanes descarados apretó estremecido los turgentes senos de la Trianera que asomaban por el escote de su blusa. Cuando aquel beso aplacó su furia, ella lo empujó con fuerza.

—¡Suéltame! ¡No... no te atrevas a... a nada más! —protestó en un intento de zafarse de una vez por todas de aquellos fuertes brazos que la rodeaban y en los que, a su pesar, tan bien se sentía.

—¿Quieres de verdad que me detenga? —inquirió él sin aflojar el cerco de sus extremidades, aprisionándole el talle.

—Es menester que lo hagas... pueden sorprendernos —balbuceó ella.

—Echa el pestillo a la puerta —sugirió agitado.

—No, suéltame. ¡Yo no soy una cualquiera! —aseveró Soledad a punto de llorar.

Diego, sonriéndole seductor, musitó:

—Lo sé... lo sé, para mí eres una reina, una diosa. Trianera, te me has metido en la piel, en la sangre, en la mente... y ya no hay retroceso. — Mirándola a los ojos, con voz suave agregó bajito—: Estoy loco por tenerte; por favor no me rechaces. Si lo haces, seré capaz de sentarme en tu portal... y desde allí ver pasar las horas, los días... y, si es preciso, las estaciones. ¿No te das cuenta?, esto estaba escrito... sí, en algún lugar del universo, está escrito que ambos nos amaremos con locura.

Ella, con el sentimiento de que su resistencia cedía del todo, lo miró alucinada.

—Estás loco. ¡No digas más... tonterías! Soy una mujer... mucho mayor que tú, y le pertenezco a otro hombre.

—No, tú serás mía, solo mía —contestó Diego, cerrándole la boca con otro beso.

Soledad, exhausta, se entregó por entero a la caricia. No lo entendía; ella no era una mujer fácil. Jamás lo había sido ni aun en sus peores momentos. Pero el deseo de volver a sentirse amada la abrumó. Pese a eso, tras un resquicio de cordura, comprendió que no debía arruinar su vida entregándose a un joven desconocido. Con firme actitud logró reunir sus últimas fuerzas, y apartó sus labios de los de él.

—¡Suéltame...! Esto no puede ser —le dijo—. ¡Eres casi un niño!

—Tú sabes que no lo soy: acabas de comprobarlo.

—Aunque beses de... de esa manera tan experimentada, lo eres... —rebatía agitada—. ¡Por tu bien... y por el mío, ¡Márchate!... y así yo, haré de cuenta... que nada de esto ha pasado —concluyó la frase, casi sin voz.

Diego la apretó más contra él.

—¿Podrás hacer de cuenta que no has devuelto mis besos con apasionada vehemencia? ¿Podrás fingirlo?, ¿no crees que eso sería hipocresía? No, no me iré —susurró él junto al oído con delirante frenesí. Y, sin cambiar de actitud, imploró—: Déjate querer por mí, Soledad. Quiero que seas mía.

—Estás desquiciado, no vuelvas a decir eso —replicó ella agitada.

El jerezano ladeó la cabeza para poder mirarla a los ojos. Con un ademán chispeante de malicia, murmuró:

—Tú también lo deseas... no te atrevas a negarlo, Soledad; te he sentido vibrar entre mis bazos. —Seguido a eso, cerró los ojos y volvió a besarla con delirante ansiedad en la boca y en el cuello.

Ante aquellas fogosas caricias, el jerezano la sintió estremecerse voluptuosa, lo que dejaba en claro que la Trianera era una mujer necesitada de amor, pasión y ternura. Todo lo que él estaba dispuesto a darle a manos llenas. Segundos después, mientras Soledad intentaba zafarse del cerco de los brazos del jerezano, con visible ansiedad, expresó:

—¡Virgen Santa! Detente ya. ¿Pero... es que... no ves que soy mucho mayor que tú? Tengo casi... veintiocho años.

Diego tragó saliva. «Vaya, con la edad hemos topado», pensó mientras ideaba una respuesta contundente. A la vez que mostraba en su rostro una expresión burlona, apartándose un poco de ella, la miró de arriba abajo y exclamó:

—¡Caramba! Pues te ves muy bien para ser tan vieja. Ni siquiera los aparentas. Soledad, no importa que seas mayor que yo: en el amor los años no cuentan. Eres la mujer de mis sueños, la más hermosa que han visto mis ojos.

—Eres tan joven... tan joven... —repitió ella, como si hablara consigo misma.

—Pero... ¿cuántos años crees que tengo? —preguntó con una pose de seductora hombría.

Por unos instantes, Soledad lo contempló fijamente.

—Muy pocos, quizás... no más de... veintidós.

Diego se quedó unos instantes silencioso: «No más de veintidós», repitió en su interior dándole gracias a la madre naturaleza por su cuerpo vigoroso y fuerte que le daba la apariencia de hombre maduro. «Tengo que aprovechar la situación», acabó diciéndose.

—Aunque te cueste creerlo... hace meses que cumplí los veinticuatro —se oyó mentir. Y, sin el menor asomo de turbación, agregó—: Y, como también poseo fortuna propia, no dependo de nadie. Trianera, déjame quererte... déjame enamorarte, por favor.

Ella, tras un gesto parco, contestó:

—Aun así, eres muy joven para mí: te llevo cuatro años; además ya he sido de otro hombre, sin estar casada.

—¿Qué son cuatro años?, acabo de decirte que, para el amor, la edad no tiene importancia. Te haré tan feliz que no lo podrás creer. Y no me importa no ser el primer hombre en tu vida.

—Ah... sería tan fácil para una mujer como yo, cerrar los ojos y dejarse amar por alguien como tú... pero ¿y mañana?

—¿Mañana?, ¡pues mañana también volveré a amarte!, ¡y pasado... y todos los días de mi vida! —aseveró con pasional encanto.

Aunque ya casi vencida, la Trianera pareció vacilar. Aquello por lo que se sentía tan tentada era una locura en la que se jugaba su futuro, su honra y, quizás hasta la vida. De un momento a otro su antiguo prometido podría regresar. Pero... ¿regresaría a ella? Se preguntó con clara tristeza. Y, al observar el hermoso rostro de aquel bello mancebo que con tanta ansiedad la miraba implorándole amor, sintió unas ganas tremendas de cerrar los ojos y gozar de la impetuosa pasión que la vida le ponía por delante.

—No, no me atrevo a tanto —razonó con un dejo de temor.

Él, volviéndola a coger con fuerza entre sus brazos, la miró a los ojos y musitó:

—Por favor, no me obligues a cometer locuras; recíbeme esta noche en tu casa. Tú bien sabes que amarnos será inevitable. Acepta ser mía, por favor.

Al fin ella cerró los ojos y, completamente vencida, no pudo negarse.

—Está bien —dijo con apenas un hilo de voz—, aunque sé que lloraré lagrimas de sangre y que me arrepentiré mil veces el haber cedido a esta locura; tú ganas. Te recibiré en mi casa, después de medianoche... para que...

hablemos con más tranquilidad.

Diego ya tenía asegurado su triunfo.

—Y para amarnos también. Trianera, te prometo que jamás lo lamentarás ni tendrás que llorar; yo me encargaré de que nada de eso ocurra. Prometo hacerte la mujer más feliz de la Tierra —le aseguró mientras la cogía por la cintura atrayéndola hacia él, besándola de nuevo. Luego, sobre sus labios, le susurró—: Ahhh, después de tenerte, ya no me importará morir, lo juro —concluyó al tiempo que de un suave tirón le arrancaba el clavel del pelo, dejando que un largo mechón cayera hasta rozar la mejilla de la bailarina.

—¡Qué hermosa eres! —exclamó admirado—, jamás vi un rostro tan hechicero como el tuyo.

Ella, mirándolo a los ojos, le pidió:

—Júrame que esto no se lo contarás a nadie.

—A nadie, lo juro. De mi boca jamás saldrá nada; será un secreto entre tú y yo —prometió él con la mano en alto.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron.

—¡Soledad, niña... que ya es la hora! —se escuchó decir a Lola desde afuera.

—¡Aguarda tía, por favor! —respondió la bailarina acalorada, a la vez que ponía en orden su ropa. Mientras miraba ansiosa al jerezano, le pidió—: Te lo ruego..., vete ya, tengo que prepararme para mi próximo baile.

Por toda respuesta, Diego volvió a besarla en los labios mientras abarcaba con las manos sus senos tal como si sospesara su forma y su peso. Seguido a eso, agachándose hacia ella, comenzó a succionar los erectos pezones, poniendo en ese acto todo el potencial de su experimentada sabiduría en materia de mujeres. La Trianera se debatió entre sus brazos.

—¡No! No, por Dios, márchate... márchate ya —suplicó, en medio de un hondo estremecimiento.

Aunque lo intentaba, Soledad no encontraba la manera de negar su propia excitación a todo lo que experimentaba. El intenso calor de su propio cuerpo,

ante la impetuosa sensualidad que emanaba de ese guapo joven, le provocó un delirante temblor. Y entonces, con los ojos entrecerrados, sus labios dejaron escapar un prolongado gemido de placer.

—Esto es solo el prelude del goce que te haré sentir —murmuró él, soltándola al fin.

Sin apartar los ojos de ella, el jerezano se agachó para recoger el clavel que se le había caído al suelo. Con ademán embelesado, se lo llevó a la nariz y aspiró con deleite su perfume.

Luego, tras entrelazar la flor entre los cordones de su camisa, recorriéndola con una mirada cargada de deseos, le dijo:

—Una a una contaré las horas que me separan de ti. No sé si sobreviviré a esa espera, pero estoy seguro de que valdrá la pena.

—¿Conoces la casa donde vivo? —interrogó ella con voz agitada.

—Sí, yo conozco todo... todo sobre ti. Ahora, te veré bailar con el placer de pensar que, dentro de unas horas, seré el dueño absoluto de la bella mujer que todos codician.

Sin dejar de mirarla, tras enviarle un beso con la mano, abrió la puerta y salió.

Al quedarse sola, la bailaora se desplomó en su asiento. Mientras sentía el descompasado palpitar de su corazón, mirándose al espejo, se preguntó: «¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he podido dejar que algo así me ocurriera, justo ahora? ¡Quizás solo ha sido un sueño!». Se tocó los labios... aún le parecía sentir el resuello de aquella boca exigente y apasionada, quitándole el razonamiento. Pero ¿y mañana?, mañana con seguridad se arrepentiría de todo. No obstante, ya estaba decidida: esa noche se entregaría al guapo e impetuoso joven que la había enamorado con su delirante y apasionada declaración de amor, sin importarle nada... con el único deseo de experimentar el placer.

Cuando en la puerta apareció su tía, Soledad bajó la cabeza, sintiéndose avergonzada. Al salir del camarín de la bella trianera, Diego se había topado con Lola, a la que saludó ofreciéndole una gentil inclinación de cabeza. Ella,

tras mirarlo unos segundos, cejijunta, con malos aires le increpó:

—Permita Dios que si tú..., señorito impertinente y descarado, de algún modo le haces daño a mi niña, caigan sobre ti las peores y las más terribles desgracias de este mundo.

Diego movió la cabeza con graciosa pesadumbre, y expresó :

—¡Ay!, por favor, señora mía, no eche usted sobre mi pobre persona esas malignas maldiciones. Yo no la dañaré; al contrario: solo pienso amarla y protegerla.

Lola lo miró sorprendida.

—Pero entonces... ¡ay, Dios mío, mi niña está loca! Cuando regrese Juan José, no quiero ni pensarlo —se lamentó.

—Tranquilícese, y no tenga miedo; yo cuidaré que nada ni nadie dañe a Soledad.

Por unos segundos ella lo envolvió con una triste y desosegada mirada. Sin responderle, abrió la puerta, escabulléndose dentro.

Diego, con la intención de recuperar el dominio de sí mismo, permaneció unos instantes sin moverse. Aún sentía la sensación de incredulidad. ¡Había logrado conquistar a la inaccesible trianera! ¡Incluso la había sentido vibrar entre sus brazos, sedienta de amor! Ahora solo tendría que mantenerse callado; así se lo había prometido a ella. Su romance con Soledad tendría que ser por ahora un gran secreto.

Ya más calmado, salió de allí. Mezclándose entre las demás personas, se dirigió hacia el centro del abarrotado salón, donde los parroquianos esperaban el próximo baile de Soledad, entre un batir de palmas en medio de una gran ansiedad. Cuando el jerezano llegó donde estaban sus primos y amigos, se encontró con un gran alboroto. Todos parecían alterados y muy nerviosos.

—Pero... ¿qué pasa aquí? —preguntó con gesto curioso.

Julio, mirándolo ceñudo, replicó:

—¿Cómo? A ver... dínoslo tú, ¿qué te ha pasado a ti?, ¿dónde demonios estabas? Daniel y Rafael salieron a buscarte.

Juan, intrigado, añadió:

—Al ver que no regresabas, pensamos que podía haberte ocurrido algo malo.

—Salí a la calle... a tomar un poco de aire —repuso Diego con total serenidad.

—¿Vienes de la calle? —inquirió su primo—. ¿Y cómo es que no te topaste con mi hermano, ni con Rafael...?

Diego, levantándose de hombros, rebatió:

—No lo sé, ¡con la cantidad de gente que hay, es muy fácil despistarse!

Mario, poniéndose de pie, exclamó:

—Voy a decirles que Diego ya está aquí.

—¡No te molestes, que allí vienen! —gritó Juan.

Los jóvenes llegaron agitados. Al ver a Diego, sentado allí tan tranquilo, Daniel, a la vez que movía molesto la cabeza, prorrumpió airado:

—¡Diablos!, ¡menudo susto nos has dado! ¿Pero dónde te habías metido?

—Salí a dar una vuelta.

—Nosotros hemos dado un rodeo para tratar de encontrarte, pero... —Los sagaces ojos del jovencito se quedaron fijos en el pecho de su primo y, con ademán perplejo, añadió—: Oye, ¿y ese clavel?, ¡es igual al que la Trianera llevaba prendido en su pelo! Todos miraron la flor en la que ninguno, hasta ese momento, había reparado.

—¿De verdad estuviste en la calle? ¿Y por qué tienes en tu poder el clavel de la bailaora? —volvió a preguntar Daniel.

Diego, en un intento de disimular sus nervios, tomó la flor y, tras olerla con deleite a la vez que mostraba en su semblante una expresión desenfadada, explicó:

—¿Qué estáis pensando?, ¿acaso los claveles no son todos iguales? No, esta flor... no es de la bella Soledad; este clavel lo encontré... en el suelo. Con seguridad se le debe de haber caído a alguna dama.

Daniel, señalándolo con el dedo, acató mordaz:

—Aquí no se ven muchas damas, y las pocas que hay, con excepción de la Trianera, no llevaban ningún clavel blanco prendido en su pelo. Y eso puedo asegurarlo porque yo me fijo muy bien en todo, y muy pocas cosas se me escapan.

Juan le arrebató la flor a Diego. Tras examinarla unos segundos, exclamó:

—¡Y al parecer este clavelito no se cayó solito!, ¡fue arrancado de alguna cabellera, y miren, aún tiene una hebra de pelo enredado en su tallo! ¿Y de qué color es...?

Todos miraron a Diego.

—Joder, primo, dinos la verdad —exigió Julio, observándolo expectante—. ¿Pudiste estar a solas con ella? ¿Te has atrevido a...?

Juan, incrédulo, añadió:

—Anda... habla ya, no nos ocultes nada; las evidencias te traicionan.

Diego, al sentir que su compostura flaqueaba, se mordió los labios. Luego de exhalar el aire de sus pulmones, lanzó una sonora carcajada.

—Qué imaginación tenéis, ¿cómo pueden pensar en una cosa así?, lo crean o no, este clavel lo recogí del suelo. Y pienso guardármelo; haré de cuenta que la hermosa Trianera en persona me lo ha regalado —manifestó en tono chancero a la vez que le arrebataba la flor a Juan.

De pronto, hacia el fondo del local se escuchó un gran alboroto; dos hombres se citaban para un duelo a navajazos. Sin pérdida de tiempo, la concurrencia comenzó a hacer apuestas. En la mesa de Diego, todos se habían quedado callados, atentos a la cercana disputa.

Julio, aproximándose a su primo en voz baja, le cuestionó:

—Espero que... con respecto al clavel, hayas dicho la verdad. Recuerda que esa mujer tiene dueño y que los hombres... a pesar de desearla, la respetan. Quizás no tanto por ella, pero sí por el Faraón, al que todos temen. Tú, ten cuidado.

—Julio, quédate tranquilo, que no van las aguas por ese cauce, te lo aseguro. El clavel me lo encontré... créeme —mintió Diego a la vez que tragaba saliva.

Mientras el jaleo del fondo seguía, otras voces gritaban que la bailarina tardaba más de la cuenta en hacer su segunda actuación. Cuando las guitarras volvieron a sonar, el público, sin importarles dejar las cuestiones personales para más tarde, corrió a ocupar sus sitios. En el instante en que la Trianera se plantó en el redondel, en todo el abarrotado salón se formó un gran silencio, solo roto por el sonido de la música, los hondos suspiros de los parroquianos y el batir de palmas.

Ella, con un pandero entre las manos, llevaba un vestido negro a lunares verdes y lazos en los hombros. El pelo suelto, adornado con una flor.

—¡Miren! —exclamó Daniel con evidente excitación—. ¡Ahora lleva un clavel rojo!

—¡Caramba!, no caben dudas; el que se encontró Diego era el mismo que ella llevaba antes, pero, ¿cómo... y dónde se le caería? —expresó Rafael sorprendido.

Mientras daba la impresión de que no había escuchado nada, las pupilas de Diego se quedaron fijas en la danzarina, que en ese momento comenzaba con los quiebros de cintura, el excitante movimiento de caderas, los golpes de tacones y al suave repique del pandero.

De pronto, los verdes ojos de la Trianera se quedaron fijos en el público observándolos de soslayo, con mal disimulada ansiedad. Diego se dio cuenta de que Soledad lo buscaba a él, hasta que al fin lo descubrió. Sus ojos se encontraron en un íntimo cruce de miradas que duró un largo instante... hasta que ella volvió la cabeza, dándole la espalda. Diego permaneció inmóvil, sin atreverse ni siquiera a respirar.

Soledad Heredia Montes era hija de una gitana y un payo, que habían desaparecido de manera misteriosa cuando ella apenas tenía tres años. Sus tíos Lola y Rafael, apodado «el Gitano», nunca hablaban de su familia y mantenían esa cuestión en el más completo mutismo.

Unos meses después de que la pequeña Soledad había quedado huérfana, su tía Lola la entregó a un matrimonio sin hijos, que adoraban a la niña, para que

la criaran. A los dieciséis años Soledad era la joven más bonita en varias leguas a la redonda; como muchas trianeras, tenía el pelo caoba y los ojos verdes... y la mayoría de los jóvenes enloquecían por ella. Dos años después, sus padres adoptivos, con muy poca diferencia de tiempo, murieron. Le dejaron a Soledad la casa y unas pocas cosas más.

Al cumplir los veintidós, la Trianera que hasta ese día, de forma inexplicable, había permanecido casta sin aceptar a ningún hombre, se enamoró de un joven calé de su misma edad. Un atractivo y humilde novillero de nombre Juan José, con garantías de llegar a ser un gran «matador». Juntos vivieron un largo noviazgo en el que, dos años después, Soledad acabó entregándole su virginidad y Juan José le prometió matrimonio. Pero su fama de gran torero se interpuso entre ellos.

Una calurosa tarde de agosto Juan José, ya transformado en el Faraón, se despidió de Soledad, jurándole volver en unos meses para casarse con ella. La bella trianera, con casi veinticinco años, esperó y esperó. Al verla tan sola y desesperada, a punto de tener que vender la casa que le habían dejado sus padres adoptivos, su tío el Gitano, que regenteaba una vieja taberna, le ofreció bailar para su público, cosa que ella aceptó gustosa. Bailar era lo único que sabía hacer muy bien. Y el tiempo comenzó a pasar.

Un poco antes de cumplir los veintiséis años, Soledad, presa del dolor y el desaliento, ante la falta de noticias de su prometido, se marchó a Madrid en compañía de Lola, hecho que dejó a su tío muy enfadado, pronosticándole mil desventuras. En la capital, Soledad consiguió ser contratada como bailarina en un salón repleto de hombres que no la respetaban, algo que la hacía sufrir mucho. Cuatro meses después, al ver el anuncio de que el Faraón de nuevo estaba en Madrid, sintió que su corazón se detenía. Enseguida supo que no podría resistirse verlo torear. Esa tarde, en la abarrotada plaza de toros, la gente gritaba llena de exaltación.

Soledad, acompañada de Lola, llegó dispuesta a que alguien, perteneciente a la cuadrilla de Juan José, la descubriera y se lo dijeran a él. Y tuvo suerte: uno

de los banderilleros la reconoció en el acto y enseguida corrió a contárselo al matador.

Cuando Juan José terminó su faena, sin quitarse el traje de luces, le pidió a su apoderado que buscara a Soledad. El reencuentro entre ambos fue apasionado; esa noche volvieron a ser amantes. Pocos días después Juan José, tras alegar que Madrid era muy peligroso para una mujer tan bella, la obligó a regresar a Sevilla. Le prometió que, en unos pocos meses, cuando terminara con sus contratos, iría a buscarla y se casarían. Soledad regresó... y de nuevo esperó... y esperó. Llevaba ya más de un año aguardando el regreso de su amante. Pero las únicas noticias que tenía de Juan José eran solo los rumores de sus triunfos e infidelidades.

¿Pensaba volver? y, de hacerlo, ¿sería para cumplir sus promesas?

Luego de su regreso de Madrid, Soledad decidió volver a bailar en el local de su tío, quien la recibió muy contento. La gente la veía distinta, como si hubiera sido pasado por un fino tamiz, actuando con el señorío y distinción de una reina. No obstante, todos coincidían en expresar que la vida de Soledad Montes parecía estar envuelta en el más completo misterio. Un misterio que nadie se atrevía a descubrir; solo esperaban que el torero regresara, para así ver lo que sucedía entre ambos.

En medio de un clamor de voces y palmas, a la vez que los músicos cesaban el rasgueo de sus guitarras, la Trianera acabó su danza. Diego miró aturdido las raídas cortinas por donde ella había desaparecido.

—Bueno... pongámonos ya en marcha —expresó Juan, levantándose de su silla.

Desde el fondo del local volvieron a escucharse las airadas voces de los dos rivales, retándose a duelo. En medio del ensordecedor barullo de gritos y juramentos, además de sillas y botellas que caían al suelo, el Gitano, con furiosa voz, les ordenó:

—¡Fuera! ¡Fuera!, ¡aquí no quiero jaleos! ¡A la calle todos!

Juan, con el semblante serio, miró a sus camaradas, para después exclamar:

—Vámonos rápido; esto enseguida se pondrá muy feo.

—¡No, quedémonos a mirar la pelea! —replicó Julio excitado al ver que la gente, entre empujones y codazos, trasponea la puerta de salida.

—Creo que lo más sensato sería irnos ahora; la mayoría de esos hombres están borrachos —volvió a advertir el primero. A continuación señaló—: ¡Además, recordad que esta noche tenemos fiesta en mi casa!

—Solo nos quedaremos a mirar un rato —propuso Julio obstinado—. Si tú quieres marcharte, hazlo; luego nos veremos en tu casa.

Juan, aunque muy molesto, permaneció junto al grupo de amigos. En ese momento en la calle los contrincantes recogieron las mantas, que reposaban sobre los lomos de sus cabalgaduras, y se las enrollaron alrededor de un brazo. La gente los rodeaba incitándolos en medio de estruendosos gritos, mientras los rivales, obnubilados por el alcohol, levantaban sus filosas navajas observándose con odio. Seguido a eso, tras dar algunos pasos en círculo, comenzó la lucha. Diego contemplaba la escena sin perder detalle, atento a sus pases, sus ataques, sus arremetidas y sus constantes retiradas. La contienda acabó enseguida, con los dos duelistas heridos; uno de gravedad y el otro con un corte en el brazo.

El grupo de amigos se alejó en dirección al puente. El resplandor del sol iba esfumándose en brillantes coloraciones rojizas. Mientras caminaban, Diego empezó a sentirse de nuevo intranquilo; en su cabeza solo había una pregunta: ¿qué excusa podría dar esa noche para escaparse sin que nadie recelara algo raro? Se festejaba el cumpleaños del hermano mayor de Juan, y tendría que buscarse una buena razón para ausentarse sin levantar sospechas. Por suerte, sus tíos, al tener otro compromiso, no estarían presentes.

—Démonos prisa. Recuerden que todos tendréis que estar en mi casa antes de las nueve de la noche —alertó Juan.

—Tú espéranos tranquilo, y no olvides preparar la limonada como... ya sabes —replicó Julio. Mientras miraba a su primo con picardía, añadió—: Las reuniones en casa de Juan son estupendas; él siempre logra echar

aguardiente en nuestras jarras de limonada.

—Mis amigos y yo también hacemos lo mismo —apostilló el jerezano esforzándose por sonreír.

—Habrá muchas niñas guapas que tú aún no conoces, con las que podremos intimar —indicó Rafael, al tiempo que hacía un gesto alusivo.

Daniel, tras codear a Diego, añadió:

—Y al fin podremos presentarte a Elena y a Valentina. A mí me gusta la primera, y mi hermano se bebe los vientos por Valentina. Solo esperamos que tú... no intentes conquistártelas.

Diego se dedicó con esmero a su arreglo personal. A pesar de que las manos le temblaban, terminó de peinarse atándose el pelo en la nuca con una cinta de seda negra. Su gallarda figura se reflejó espléndida en la luna del espejo. Trató de sonreír, pero no pudo; era como si los músculos de su cara estuvieran rígidos. «Espero que todo me salga bien», rogó en su interior. Antes de partir, doña Pilar, dirigiéndose a su sobrino, le recomendó:

—Dieguito, no olvides que estás de luto; no prolongues demasiado la velada, mañana tienes que estar despejado para irnos de ferias.

—Sí, tía... quédese tranquila —murmuró el joven con una engañosa expresión apacible.

En el momento en que los jovencitos iban a salir, don Julio les salió al paso. Haciéndoles un gesto serio, les indicó que lo siguieran a la biblioteca. Una vez allí, mientras terminaba de darle unas chupadas a su cigarro, mirándolos ceñudo, les expuso:

—Me acabo de enterar de que habéis estado visitando la taberna del Gitano... y que, hace apenas dos horas, los tres se han quedado a presenciar una pelea de borrachos. —Señalándolos con el dedo, añadió cortante—: No quiero volver a enterarme de que regresáis por allí hasta que seáis mayores de edad. ¿Me lo prometéis?

A la vez que agachaba la cabeza, Julio, con gesto de pesar, murmuró:

—Se lo prometemos, padre. Vaya... me imaginé que usted se enteraría, pero

no a esta velocidad de rayo.

—Solo fuimos a ver bailar a la Soledad de Triana y, de paso, darle a nuestro primo una sorpresa bien fuerte —agregó Daniel.

—Y yo os comprendo —repuso don Julio—, pero aún sois muy jóvenes para eso. Y además, no quiero que le deis disgustos a vuestra madre. Marchaos a la fiesta y portaos bien.

Al salir Julio, con la mirada puesta sobre su primo, murmuró fastidiado:

—Estaba seguro de que algún amigo de mi padre nos delataría.

—Qué lástima, ya no podremos volver a ver bailar a la Soledad —añadió Daniel con semblante desencantado.

Diego, mientras se mordía los labios con gesto ansioso, se dijo: «Vosotros no la veréis, pero yo, a partir de esta noche, la tendré para mí solo». A la hora fijada llegaron a casa de Juan, donde se encontraron con la mayoría de los demás amigos y con algunas jovencitas acompañadas de sus carabinas y otras, de sus madres.

Después de felicitar al hermano de Juan Diego, esforzándose por contener sus nervios, empezó a dar vueltas por todos los ángulos del salón, entreteniéndose en admirar el mobiliario de aquella antiquísima casona. En un momento dado escuchó a sus espaldas una voz:

—Hola, jerezano...

Al volverse se encontró de frente con Coral, hermana de una de las amigas de sus primos.

—Hola, qué sorpresa —respondió besándole la mano con ademán gentil, mientras recordaba la advertencia de su tía de que no debía coquetear con ella por estar ya comprometida.

—¿Cómo estás? —inquirió la joven a la vez que esbozaba una sonrisa.

—De maravilla, ¿y tú?

—Muy bien; he venido con mi hermana menor, que muy pronto se comprometerá con Cayetano, el hermano mayor de Juan, que hoy cumple su mayoría de edad. Y tengo que hacer de carabina. ¿Y tú qué cuentas?, ¿te

diviertes en casa de tus primos?, ¿te agrada nuestra ciudad?

—Sí, mucho. Sevilla es hermosa... y sus mujeres lo son más aún; todas me...

—Y por lo que oigo decir —lo interrumpió ella riendo—, tú tienes mucho éxito con ellas. Has provocado un gran alboroto en nuestra sociedad, sobre todo entre las damas.

Diego sonrió nervioso. Con la intención de llevar la conversación hacia otro tema, preguntó:

—¿Y para cuándo es la boda?

—Para dentro de dos meses —respondió ella a la vez que le sonreía—. Aunque mi prometido aún tardará quince días en regresar de Madrid; a partir de la semana que viene comenzarán las amonestaciones. Espero que estés presente para la fiesta.

—Presumo que sí. Me gustaría mucho —murmuró Diego devolviéndole la sonrisa.

En ese momento Julio y Daniel, acompañados de un grupo de jóvenes de ambos sexos, se acercaron a ellos. En medio de risas y bromas, le presentaron a otros amigos y amigas y, por último, a Elena y a Valentina; el jerezano las saludó con su mejor sonrisa besándoles las manos, a la vez que les expresaba a sus primos el buen gusto que ambos habían tenido.

Para tranquilidad de Julio y Daniel, pese a que las dos jovencitas eran bellísimas y encantadoras, al jerezano ni se le pasó por la cabeza intentar seducirlas.

A las nueve y media en punto comenzaron a servir la cena. Después de disfrutar de los apetitosos manjares (que Diego casi ni probó), todos los jóvenes se concentraron en el salón contiguo. Sin que pudiera apaciguar sus nervios, el jerezano a cada instante miraba el enorme reloj de pie, que descansaba a un lado de la chimenea. Le daba la impresión de que este marcaba los minutos con pasmosa lentitud.

Los jóvenes invitados bebían su limonada con alcohol, y los rostros de la mayoría de ellos comenzaban a dejar traslucir sus traidores efectos, a la vez

que las niñas reían con escandalosas carcajadas, lo que provocó las amonestaciones de varias madres y carabinas.

Diego, cada vez más ansioso y un tanto ausente, rogaba que todo saliera bien y que pudiera escabullirse de la reunión sin dificultad. Coral, que aún seguía cerca de él, lo miraba de hito en hito, dándose cuenta de que su acompañante parecía encontrarse muy lejos de allí.

Antes de las once y media Diego se puso en pie y, mirándola con gesto serio, le comunicó:

—Discúlpame, Coral, voy a retirarme. Me... duele mucho la cabeza.

La joven lo observó extrañada.

—Vaya, lo siento. Tenía la sospecha de que algo raro te pasaba. Espero que no sea nada de cuidado.

—Con seguridad, mañana ya estaré bien —respondió él con forzada sonrisa, mientras besaba su mano.

Minutos después, se fue en busca de Juan. Apenas le manifestó las razones por las que se marchaba, este, observándolo contrariado, le reprochó:

—¿Qué dices? ¿Que nos abandonas en lo mejor de la fiesta por una insignificante indisposición? Ven, vamos a la cocina; haré que te preparen una tisana, que seguro te aliviará.

—No, de verdad... tengo el estómago demasiado revuelto; estoy seguro de que... un paseo en la fresca me ayudará a estar bien del todo —contestó el jerezano.

Sin dejar que el otro lo retuviera, se dirigió hacia donde sus primos conversaban con Elena y con Valentina.

Deteniéndose frente ellos, a boca de jarro, les comunicó:

—Me voy... no me encuentro bien...

—¿Qué... que te vas? Pero... ¿y qué dirá mi madre si te ve regresar a ti solo?, ¿cómo nos haces esto? —replicó Julio mirándolo ceñudo.

—No te preocupes; no iré directamente a casa, caminaré un rato... por ahí, hasta que se me pase el malestar. Y quizás... si me repongo, decida regresar.

—Primo, ¿es que te aburres con nosotros? —inquirió Daniel, esforzándose para que su lengua no se trabara.

Julio, tras dar un disimulado traspié, a la vez que lo miraba fastidiado, balbuceó:

—Es verdad, tú... últimamente no te sientes bien en ningún sitio junto a nosotros. Bueno, haz lo que quieras, pero que mi madre no se entere. Porque, de ser así, juro que no te dirigiré la palabra en mucho... mucho tiempo.

—No te preocupes, te prometo que mi tía no se enterará de que abandoné la fiesta antes que vosotros —alegó Diego. Seguido a eso, mirándolos serio, ironizó—: Y ya no bebáis más de esa limonada. Creo que el que la preparó se equivocó en la dosis de alcohol.

—Sí, es verdad... pero está muy buena —respondió Julio con beoda expresión. Seguido a eso, levantó el brazo y, en actitud intimidatoria, balbuceó —: Tú, ten cuidado con lo que haces, ¿eh?

Sin responder, Diego se encaminó hacia la puerta. Una vez en la calle, sintiéndose libre echó a correr en dirección al Guadalquivir. La noche se veía hermosa, con el cielo cuajado de estrellas. A lo lejos la campiña yacía en completa calma. El jerezano cruzó el puente mientras observaba los barcos iluminados por bujías que centellaban en las oscuras y profundas aguas del río.

Cuando llegó al barrio de Triana, se internó por una angosta callejuela y apuró más el paso. Pronto sería medianoche, y Soledad estaría esperándolo. No tardó en encontrar la casa-esquina. Sigiloso, se acercó a una de las ventanas repletas de lirios y, tras dar la vuelta, llegó hasta el portal.

El amante inolvidable

La vivienda de la Trianera permanecía a oscuras. Pero, al fijarse mejor, Diego pudo distinguir un tenue haz de luz filtrarse a través de las persianas. Decidido, cogió el aldabón y, con suavidad, tocó dos veces. Segundos después, la hoja se abrió muy despacio. A continuación asomó el bello rostro de Soledad, con su pelo aún adornado por el rojo clavel. Diego, en silencio, entró en la casa.

—Hola —musitó ella tras cerrar la puerta, no sin antes mirar la calle en todas direcciones.

El jerezano, sin responder, la tomó del talle y, de manera voraz, la besó en la boca.

Soledad se agitó inquieta. Seguido a eso, mirándolo de arriba abajo, le expuso:

—Qué guapo... y elegante estás...

—Vengo de una fiesta, de la que me he escapado para venir a verte.

Ella, llevándose las manos a la cabeza, a la vez que se mordía los labios, repuso:

—Sé que voy a arrepentirme de esto.

—Yo no dejaré que lo hagas —rebatió él, volviéndola a besar.

Después, sin soltar su cintura, caminaron hacia el centro de la pequeña sala iluminada por un candelabro de peltre con cuatro velas, apoyado sobre una mesita al lado de un antiguo sofá.

El jerezano miró alrededor: sobre la mesa del comedor descansaba un frutero repleto de membrillos ya bastante amarillentos. Por todas partes se veían arreglos de flores. En el reborde de la chimenea había varios ramos de

olivo, y dos palmas entrecruzadas debido, quizás, al reciente Domingo de Ramos. Las blancas paredes estaban adornadas con pinturas muy viejas; la mayoría representaba pasajes de los tiempos de la reconquista. A lo lejos, Diego observó una enorme jaula tapada con un lienzo.

—Son canarios... de mi tía —repuso ella, al seguir su mirada.

—¿Y dónde está ella ahora? —inquirió curioso.

—Duerme; se ha dado cuenta de que vendrías a visitarme, y la idea no le ha gustado nada.

—Me parece que no le simpatizo mucho. Pero tú ya eres una mujer que sabe lo que hace, ¿verdad?

Con expresión pensativa, ella respondió:

—No estoy muy segura de eso; en estos momentos me siento como una tonta niña desvalida.

Diego, sonriéndole seductor, cogió entre sus manos las de ella y las besó.

—Están ardiendo —musitó. Sus ansias de amarla eran tan fuertes que estas comenzaban a dejarlo fuera de control. En un intento por controlarse, la abrazó con fuerzas y sobre su oído le susurró—: Soledad, las horas me han parecido siglos.

—Esto es una locura..., una auténtica locura —repitió ella.

—Una dulce locura; no luches más contra lo que tiene que pasar.

—Todo el tiempo he deseado que no vinieras —musitó ella.

El jerezano, a la vez que movía la cabeza con prontitud, exclamó:

—¿Que yo no viniera? Eso... solo la muerte lo hubiera impedido.

Ella fijó su mirada en él. Enseguida, llena de sarcasmo, le dijo:

—Qué cosas dices, jerezano; eres muy melodramático —estableció una breve pausa y, con gesto fatalista, prosiguió—: Escucha lo que voy a decirte: yo... de verdad, puedo causarte mucho daño, y tú también a mí. Ambos podemos provocarnos dolorosos estropicios que acabarían por arruinar nuestras vidas.

La voz de Diego sonó ronca al decir:

—Calla, no pienses ahora en nada malo, solo piensa en nuestro amor.

—¿Amor? —le rebatió ella con aire burlón—, esto que ambos sentimos solo es atracción; vil deseo de la carne. Creo que ni tú ni yo deberíamos estar aquí juntos.

Diego, tomándola de la cintura, le dijo bajito:

—No quiero que pienses de esa manera, Trianera; esta es ahora nuestra realidad. Aunque en esta noche solo sea el deseo que nos une, estoy seguro de que tú y yo terminaremos amándonos con locura.

Las últimas palabras del jerezano quedaron suspendidas en el aire.

—¿Deseas beber... algo? —preguntó la Trianera.

—Solo... de tu boca —murmuró envolviéndola entre sus brazos a la vez que la besaba con apasionado ímpetu.

Soledad, al sentir la dura fortaleza del sexo de Diego, apretándose contra ella de manera avasallante, cerró los ojos decidida a fingir que el tiempo no existía y que ese guapo y apasionado joven podría llegar a ser el hombre de su vida. Cuando él aflojó sus brazos, la Trianera, temblorosa, se desprendió de él y, tras coger el candelabro, le susurró:

—Sígueme... pero no hagas ruido.

Silenciosos, subieron las escaleras; al llegar a una puerta, ella la empujó y, al instante, la luz de las velas se tragaron las sombras del cuarto. En el centro de aquel recinto había una cama de cuatro columnas. Los descoloridos cortinajes de los balcones que daban a la calle se hallaban cerrados. Solo estaba abierta la ventana del patio interior, desde donde entraba una fresca brisa. Soledad depositó el candelabro sobre la mesita de noche. Luego apagó dos de las velas, y dejó las otras dos encendidas. Diego, sin apartar los ojos de ella, con gestos apresurados se quitó la camisa.

A pesar de sus deseos de comenzar a amarla con locura mientras dejaba aflorar sus instintos más primarios, de nuevo logró controlarse. Sabía, por propia experiencia, que en esos mágicos instantes lo más importante era dominar sus impulsos y prolongar el prelude de la pasión. Cuando ella lo vio

caminar hacia su encuentro, cerró los ojos. Con delicados movimientos, el jerezano le arrebató la flor a la vez que le quitaba las horquillas. Después le desabrochó los ganchos del corpiño de su vestido y dejó que este resbalara al suelo; por último le quitó la restante ropa interior. Al mirar su cuerpo desnudo, Diego contuvo el aliento. La tenue luz de las velas, que iluminaba por detrás, delineaba el bello contorno de la Trianera en una adorable visión.

—¡Dios! Eres... eres tan hermosa... —balbuceó estremecido de pasión.

Anhelante de anticipado gozo, él le dio otro beso en la boca a la vez que, con movimientos lujuriosos, le pasaba las manos por la espalda, las caderas y los muslos. Segundos después, de manera atropellada, el jerezano acabó de quitarse toda su ropa. Embelesada, la Trianera contempló admirada aquel cuerpo joven y fuerte. ¡Qué hermoso era! Todo en él transmitía un poderoso hechizo animal que la dejó fascinada. La mano de Diego, dura y caliente, se cerró sobre uno de sus senos a la vez que entre un delirante placer los besaba para después mordisquear sus pezones. Llena de ansias, ella paladeó el sabor embriagador del deseo de él, deleitándose con cada una de sus caricias. En medio de un entrecortado y sensual jadeo, la danzarina echó hacia atrás la cabeza para proporcionarle un mejor acceso, al tiempo que se aferraba con más fuerzas contra él. Sin dejar de acariciarla, Diego la tumbó sobre la cama.

Como en un juego erótico de endiablada seducción, a la vez que ponía de relieve toda su experiencia adquirida y, sin dejar de apelar a su fuerza de voluntad para controlarse, el jerezano le prodigó a la Trianera exaltadas muestras de su poderosa masculinidad.

A continuación la llenó de otras ardorosas caricias mientras posaba los labios en las partes más sensibles de su cuerpo. Después volvió a jugar con sus senos a la vez que dejaba una larga hilera de besos, para luego bajar por su plano vientre hasta llegar al templo de su feminidad.

Soledad, transida de pasión en medio de un vehemente gemido, arqueó su espalda acoplándose a él, a la vez que pasaba sus manos por el pecho de Diego para luego bajarlas hacia su vientre... hasta que, sin turbarse, sus dedos

llegaron hacia la erecta virilidad, que acarició en prolongados manoseos que provocaron en el jerezano una sucesión de incontrolados gemidos de enajenada pasión.

Y entonces, en un arranque frenético, semejante al ímpetu de dos fieras, sus cuerpos se fundieron en la eterna entrega de amor pareciéndoles, que en el mundo solo estaban ellos, desnudos prisioneros de un éxtasis arrollador. Ninguno de los dos se dio cuenta del tiempo que pasaron entregados al placer de sus cuerpos, negándose regresar a la realidad. A Soledad le parecía mentira experimentar tanta lujuria en los brazos de aquel apasionado mancebo al que dos días antes ni siquiera conocía... y de la manera tan natural y excitante en la que había pasado todo. ¡Lástima que fuera tan joven...! Un jovencito solo en busca de placeres y de más experiencias.

De pronto, en la mente de la bailaora apareció la recia figura de su antiguo amante: y por unos instantes se sintió mortificada. Pero... ¿qué le había dado el torero a lo largo de todo el tiempo que había vivido a su lado? ¡Nada! ¡Solo sinsabores y promesas sin cumplir! Y ahora, ese guapo y ardiente jerezano la despertaba como mujer haciéndola sentir tan dichosa, colmada por completo.

En ese momento, Diego, estrechándola entre sus brazos, le susurró voluptuosas palabras de amor. A continuación le tomó con sus manos uno de los senos para comenzar de nuevo a besarlos succionándolos. De manera súbita, mirándola arrobado, le confesó:

—Estoy loco por ti... Soledad, ¿tú también lo estás por mí?, por favor... dímelo, necesito saberlo.

Ella, después de cerrar los ojos, exclamó:

—Sí, jerezano... yo también creo estar loca por ti. De otra manera no podría haberme entregado a tu pasión, como lo he hecho. Esta noche ha sido mágica.

—Eres tú quien crea ese embrujo tan mágico.

En ese momento ella, con voz agorera, manifestó:

—Lo peor de todo es que... no puedo pensar en las consecuencias que esto me traerá.

—Por favor, no pienses en nada malo, no rompas este hechizo. A partir de ahora ya no nos separaremos más. ¡Ah, Trianera!, de verdad te lo digo: te has metido en mi corazón y en mis sentidos; ya eres parte de mí. —Mientras le besaba el cuello, le pidió—: Por favor, cuéntame algo de ti, ¿de verdad eres de raza calé?

Ella asintió:

—Sí, aunque mi padre era un payo, yo me considero una calé.

—Entonces, ¿sabes hablar la lengua romaní, y también la *chipén cañí*? —le preguntó a la vez que jugueteaba con sus senos.

—Claro, ¿y sabes otra cosa?, cuentan que mi madre era una bruja.

Diego la miró sorprendido. Mientras reía embelesado, expresó:

—Entonces, ¿tú también lo eres? Dicen que las hijas de las brujas también son brujas.

—Sí, quizás lo sea... aunque hasta ahora no lo he descubierto.

Durante un largo rato él se entretuvo en volver a besarla. Al cabo de un rato, mirándola arrobado, le susurró:

—Ya estoy decidido, Trianera, me casaré contigo... y así no tendrás que vivir de tu baile. Solo bailarás para mí en la intimidad. ¿Qué dices a eso?, ¿aceptas ser mi esposa ante Dios y ante los hombres?

Esas palabras, dichas con tanta espontaneidad, estremecieron a Soledad. Un pesado silencio se abatió sobre ellos. Diego, buscándole los ojos, le demandó una respuesta:

—Te he hecho una pregunta, ¿no dices nada?, ¿qué me contestas?

La Trianera, con expresión mortificada, alegó:

—Que estás loco, eso nunca podrá ser.

—¿Por qué?, ¿quién lo impedirá?

—La sociedad, tu familia... todos. No tengo linaje ni distinción; además... soy cuatro años mayor que tú —repuso ella con amarga voz.

Él, tomándola de los hombros, prorrumpió contrariado:

—Al diablo con la dichosa edad. Ya no la nombres más.

—Hay que ser realistas, jerezano, tengo casi veintiocho años, tú sólo veinticuatro; soy una mujer que ya ha vivido demasiado. Durante años... fui de otro hombre. Un hombre que me propuso matrimonio dos veces... y las dos veces me falló; me prometió una vida feliz junto a él, pero me dejó sola. Después, me fui a Madrid y allí...

Con voz quebrada, comenzó a relatarle parte de su pasado. Él la escuchó sin interrumpirla.

—... Y al reencontrarnos, Juanjo volvió a jurarme que se casaría conmigo, y me obligó a regresar para esperarlo aquí. De eso ya ha pasado más de un año, un largo año sin tener noticias tuyas —concluyó con los ojos abnegados de lágrimas.

—Soledad, no me importa lo que has vivido antes. No vuelvas a recordar el pasado, ni a ese arrogante... hombre que tan apesadumbrada te pone, sepúltalo. Solo piensa en mí y en nuestro amor.

La espontaneidad de esas palabras subyugó a la bailarina. Él siguió diciéndole:

—Quiero dejarte claro una cosa; nadie gobierna mi vida; siempre he hecho lo que he querido, y, si decido casarme contigo, no habrá fuerza humana que pueda impedirlo; además...

Soledad, al tiempo que ponía su dedo en la boca de Diego, lo interrumpió:

—Calla, jerezano. Piensa un poco antes de hablar..., como acabo de decirte, solo soy una bailarina de taberna, carezco de abolengo, y tú eres un señorito de familia rica y distinguida. Tus padres querrán para ti una joven digna y pura, con una gran dote. ¿No piensas en eso? Acabamos de conocernos y he caído en tus brazos como una cualquiera. Lo peor es que no puedo comprender... qué me ha pasado contigo. Y pensar en eso me da mucho miedo; lástima que seas tan joven aún, si al menos... Él le tapó la boca con un beso. Después, dominándola con la fuerza de sus brazos, le dijo:

—Grábatelo en la cabeza: en el amor la edad no importa. Hay muchos libros que cuentan historias de amores desiguales. Por ejemplo: se dice que el rey

Enrique II de Francia tuvo por amante a Diana de Poitiers, una mujer casada que le llevaba más de veinte años. —Al ver que ella lo observaba incrédula, prosiguió—: Sí... sí, no me mires de ese modo, eso está escrito en la historia; a pesar de esa abismal diferencia de años, fueron amantes desde que él era solo el jovencísimo *delfin*. Y, aunque lo obligaron luego a casarse con Catalina de Medicis, una italiana de su misma edad, Enrique jamás dejó de amar a la madura Diana hasta el día en que murió... según dicen, asesinado. En su delirio de muerte, él no dejó de pronunciar, una y otra vez, su nombre... y, con este en sus labios, se fue al otro mundo; llamándola...

—¿Esa historia es real?, ¿ella le llevaba a su amante... veinte años? —inquirió Soledad mirándolo perpleja.

—Claro que es real, créelo. —La abrazó con fuerza, y añadió susurrante—: Trianera, bésame con todas tus fuerzas y entrégame de nuevo tu pasión; porque ahora solo siento deseos de seguir amándote hasta caer rendido... ya que, al igual que en los pasajes de *Romeo y Julieta*, el ruiseñor muy pronto dejará de cantar y comenzará a hacerlo la alondra, y no me quedará más remedio que marcharme... y dejar tus brazos.

Ella, mirándolo sorprendida, con gesto encandilado, murmuró:

—Eres... increíble, yo...

El jerezano volvió a cerrar los labios de la bailarina con un apasionado beso a la vez que, dentro de él surgía una pregunta: «¿Qué dirá Soledad cuando se entere de que le he mentado, de que en realidad soy mucho más joven de lo que ella imagina?». Pero en esos instantes, sintiéndose extraviado, lo único que le importaba era amarla sin pensar en nada. Y así, dominado por el avasallante delirio que sentía, la levantó por las caderas y, en medio de un loco desenfreno, volvió a unirse a ella. Diego abandonó los cálidos brazos de la Trianera cuando ya los tintes de la aurora diluían las estrellas. Las velas del candelabro se habían consumido por completo. Al ver la luz indecisa del alba, Soledad saltó del lecho. Mostrándose muy nerviosa, manifestó:

—Tienes que marcharte ya... ahora.

—¿Ya canta la alondra? —preguntó él soñoliento mientras, con un gesto de fastidio, comenzaba a vestirse.

Ella, mordiéndose los labios en medio de una visible ansiedad, volvió a pedirle:

—Por favor, date prisa. Márchate rápido; no quiero que los vecinos te vean salir de aquí.

Observándola entre perezoso y burlón, al tiempo que trataba de besarle los labios, Diego musitó:

—Soledad, ahora ya no importa que nos vean juntos. ¿Acaso no vamos a casarnos?

Después de unos segundos de silencio, la Trianera expresó:

—Pues, si vamos a casarnos, deberemos guardar mucho más las apariencias... para no dar lugar a los crueles rumores. —Mirándolo de frente, con aire pesaroso, añadió—: Tú no querrás que la gente me calumnie, ni que se escriban coplas difamatorias alusivas a nuestro amor, ¿verdad?, las cuales puede que lleguen a cantarse con burla y oprobio en todos los caminos de Andalucía.

—No, claro que no quiero eso. Soy capaz de matar al que diga una sola palabra mala sobre ti, ni siquiera una insinuación —sentenció mirándola muy serio.

—Entonces debemos tener mucho cuidado y guardar muy bien las apariencias. Te confieso que las vecinas no me tienen demasiado aprecio; además... no tengo amigas. Las jóvenes de mi edad ya están todas casadas.

—Te creo; he visto cómo te miran todas por la calle, con evidente envidia —repuso Diego abrazándola.

Ella, tras mirarlo acongojada, adicionó:

—Y hay otra cosa más: quiero que tengas presente, jerezano, que esta es la primera vez que me entrego a un completo desconocido.

Diego enredó sus dedos en el pelo de ella y musitó:

—¡Soledad, soy tan feliz al oírte decir eso...! Pero piensa que ahora yo...

para ti, ya no soy un desconocido.

—Jerezano, hasta ayer yo no te conocía —replicó ella. Sin esperar respuesta, mirándolo pensativa, añadió—: Por favor... vete. Vete ya, y cuida que nadie te vea salir de aquí. Mañana ven a la misma hora.

—No sufras por eso; te prometo que tendré mucho cuidado de no dejarme ver por nadie. ¡Ah, Trianera!, el día se me hará eterno. Hubiera querido que esta noche no pasara nunca, ni que la magia se acabara.

—Ya lo ves, cariño, todo acaba en la vida —murmuró Soledad.

De pronto, al mirar hacia la ventana, ella se puso más nerviosa; las tonalidades del amanecer iban iluminándolo todo con mayor claridad.

Con voz implorante repitió:

—Date prisa, por favor... Me moriría de vergüenza si los vecinos te vieran salir de aquí. Además, pronto se levantará mi tía Lola... y tampoco deseo que te descubra aquí.

—No te angusties; saltaré por los tejados del fondo igual que Romeo... o como aquel Don Juan de las crónicas —replicó Diego, en tono burlón

Soledad tomó el rojo clavel entre sus mano y, luego de besarlo, se lo entregó.

—Toma, para ti —le dijo con sonrisa triste—, es lo único que puedo darte; así me tendrás más presente durante todas las horas del día.

Diego, mirándola arrobado, tomó la flor y la metió dentro de su camisa.

—Gracias, yo tampoco tengo ahora nada para darte ahora —rebató mirándola sonriente—. A no ser volver a amarte con delirio... pero tú, ahora no quieres eso, ¿verdad?

—No, márchate. Mañana a la noche... volveremos a vernos aquí. Y cuando vengas... ten mucho cuidado, que los vecinos no se enteren. —Mirándolo muy seria, agregó—: Y no olvides la promesa que me has hecho: lo nuestro tiene que ser un secreto. No le cuentes a nadie... pero a nadie, que he sido tuya... ni que hemos pasado la noche juntos.

El jerezano, acercándose al quicio de la ventana, antes de salir, le dijo:

—Confía en mi palabra; de mi boca nadie sabrá nada. Las horas que me separan de ti se me harán eternas. Adiós, amada mía, piensa en mí como yo pensaré en ti.

—Lo haré, de eso no tengas dudas. Adiós, ten cuidado de no caerte por los tejados.

Apenas Diego desapareció, Soledad se dejó caer sobre la cama. Mientras apretaba el almohadón en su regazo, se preguntó estremecida: «¿Cómo he dejado que algo así me sucediera?, estoy loca... loca. Siento que me he comportado como una ramera». Unas ardientes lágrimas se escaparon de sus ojos. «He unido mi cuerpo al de un desconocido, el mismo que me ha brindado tanto placer que aún siento en mí el fuego de sus besos y sus caricias. Pero... ¿cómo terminará toda esta locura?». Tras cerrar los ojos, se quedó muy quieta, dándose cuenta de que en ese momento ya no tenía fuerzas para seguir pensando en su casquivano comportamiento.

Cuando Diego llegó al palacete de sus tíos, ya era de día. Sigiloso, en el intento de evitar que los madrugadores criados lo descubrieran, trepó por la gruesa enredadera que daba al balcón de su habitación, y a toda prisa entró. De pronto percibió que no estaba solo. Con desagradable sorpresa descubrió que Julio dormía en su cama.

En un primer momento, al pensar que quizás se había equivocado de balcón, recorrió la estancia. Pero no, aquel era su dormitorio. A la vez que sofocaba un bostezo, se acercó a su primo y lo sacudió. Julio entreabrió los párpados y, como impulsado por un resorte, se sentó en la cama.

—¡Ay! La cabeza me estalla —chilló llevándose las manos a la cara. Seguido a eso, mirándolo atontado, inquirió—: ¿Qué ha pasado? ¡Demonios, Diego! ¿Recién regresas?, ¡ya ha salido el sol! ¿De dónde vienes a estas horas?

—Deja de hacer tantas preguntas, y responde a la mía. ¿Qué haces tú aquí?

—¿Y tú qué crees? Aguardar tu llegada. ¡Ay!, la cabeza va a estallarme — volvió a decir Julio tomándosela con las manos. Tras remojarse los labios con

la lengua, añadió—: Anoche, luego de marcharte tú... los padres de Juan... no sé cómo, descubrieron que en la limonada había más alcohol que agua, y no veas la que se armó. —Sin dejar de quejarse, prosiguió—: Cuando llegamos, pese a mi estado de ebriedad, al comprobar que aún no habías regresado, me asusté y decidí esperarte. Sin darme cuenta, me quedé dormido. Ahora respóndeme: ¿dónde has estado?

—Me entretuve... por ahí.

—Pero... ¿por dónde? Ay, ojalá mi madre no descubra esta nocturna escapada tuya.

—Claro, procuremos que no se entere —contestó el recién llegado entre otro descomunal bostezo.

Con ademanes de autómatas, el jerezano comenzó a desanudar los cordones de su camisa... sin advertir que el clavel se le había caído al suelo. Cuando Julio vio la flor, la miró pensativo. Al instante sus labios formaron una O mayúscula.

—¡Oh!, ¡a mí no me engañas! Has... estado con la Trianera, ¿verdad? ¡Dios! ¡No... no lo puedo creer! —balbuceó atónito mientras recogía el clavel.

Diego lo miró sobresaltado.

—Pero ¿qué dices? Esta... flor la... la corté de un jardín —chapurreó con un hilo de voz.

—¿Es que me crees idiota? —prorrumpió Julio a la vez que sacudía la cabeza—. ¡Su tallo dice a las claras que también fue aplastado por las horquillas que las damas usan en su cabellera!

Tras permanecer unos segundos, indeciso, Diego respondió:

—De acuerdo... te diré la verdad; me lo regaló una mujer con... la que estuve hasta hace unos minutos en una mancebía a la que anoche entré en busca de placer.

—¡No sigas tomándome el pelo! —chilló Julio—. Este clavel lo tenía Soledad prendido en el pelo; primero era uno blanco... y tú, después de estar ausente más de una hora, apareces con otro igual. Y ahora, tras pasar la noche

fuera, tienes este otro que es rojo, igual al de su último baile. —Señalándolo con el dedo, siguió—: Además, ayer ella, en su última actuación, mientras bailaba... cuando te vio allí sentado, te miró de una manera que... enseguida me hizo sospechar cosas... que me negaba a entender. Mira, primo, a los demás podrás engañarlos, pero a mí no. Estoy seguro de que entre tú y la Trianera hay algo. Ante aquella aplastante evidencia, Diego empezó a sudar de manera copiosa.

¿No sería mejor contárselo todo a su primo?, se cuestionó. «¡No puedo! ¡He prometido no decir nada!, aunque... claro, ahora ya no podré disimular ante Julio», acabo confesándose resignado.

—¡Joder! ¿Es que no vas a contestarme? Pero ya se sabe: el que calla otorga —masculló Julio al tiempo que le señalaba con el dedo. A continuación, mirándolo ansioso, añadió—: Vamos, confiésate conmigo... no me ocultes tu aventura, porque yo estoy seguro de que has estado con ella. Y así, la firme voluntad de Diego de guardar el secreto comenzó a dar sus últimos coletazos. Al final, con gesto apesadumbrado y con la frente perlada de sudor, murmuró:

—Por favor, mantén mi secreto. Le juré a Soledad que... no se lo contaría a nadie.

Al escuchar la real confesión de su primo, Julio abrió tanto sus ojos que estos parecían salirse de las órbitas.

—¡Oh! Entonces... ¿mis sospechas son ciertas? ¡Madre de Dios! ¡No lo puedo creer! —masculló, quedándose con una cómica expresión.

—Calla, no levantes tanto la voz —le pidió Diego impaciente.

Anonadado, llevándose las manos a la cabeza, Julio replicó:

—Ay, primo, déjame decirte que... ¡qué estás loco! ¡No lo puedo creer! Tu audacia rebasa los límites de lo imaginable. —Mirándolo con evidente temor, agregó—: Estás jugando con fuego y te quemarás: ella le pertenece a otro hombre...

—Nada ni nadie me detendrá —aseveró el jerezano, firme en su actitud.

El sevillano, tras observar a su primo con notable admiración, le interrogó:

—Por favor, explícame... ¿cómo te las has arreglado para estar a solas con ella? Esto es algo que, aunque me lo suponía, al escuchar tu confesión, me ha causado mucha impresión. Y dime, ¿ya te ha dado su... otra flor?

Diego, entre ademanes impacientes, arguyó:

—Luego hablaremos Julio, estoy muy cansado. Solo te pido que respetes mi secreto. Y ahora por favor, sal de mi cama ya... que me muero de sueño.

El sevillano, mostrándose obstinado, replicó:

—No. Antes quiero que me lo cuentes todo, ¿la has hecho tuya? ¡Ay!, solo de pensarlo siento que... ya sabes, que se me pone duro como un garrote. —La voz del jovencito sonaba excitada.

—Será mejor que te tranquilices. Te aseguro que no hay más... para contar. Solo hablamos mucho: ella es muy tierna. Me explicó parte de su vida.

—¿Te contó de cuando estuvo sola en Madrid?

Diego asintió y, tras descomponer su cara en un gesto impetuoso, susurró:

—Sí, me lo contó todo. ¡Ah!, pero lo más sorprendente es que... me he enamorado de ella, de manera total. Y le he propuesto matrimonio.

—¿Matrimonio? —inquirió Julio alucinado—. ¿Has perdido la cabeza?, por favor ten cuidado; no te precipites en tus locuras. Dicen que su prometido, el Faraón, está próximo a regresar. Diego, ese torero es de lo peor... y sabe usar muy bien las navajas; te podría matar si quisiera.

—Te ruego que no me hables de ese sujeto; ahora está muy lejos de aquí. Cuando llegue el momento, me enfrentaré a él.

—¿Enfrentarte a él? Ay, no caben dudas; estás loco... ¡loco de remate! Primo, por favor, piensa en mis padres y en los tuyos.

El jerezano palmeó el hombro de Julio y, con voz cariñosa, lo tranquilizó:

—No te preocupes, sé cuidarme muy bien, solo te pido discreción. Y sobre todo; que... esto que te he confiado no se lo chives a nadie. ¡Mejor será que me lo jures!

—¡Lo juro! —exclamó Julio a la vez que levantaba su mano—. Descuida, no diré nada, puedes confiar plenamente en mí. Pero, por favor, cuéntame algo

más, ¿te dejó que la besaras...?

Diego cerró los ojos extenuado. Seguido a eso, con actitud un tanto indecisa, acabó por confesar:

—Sí..., fue mía. Le hice el amor toda la noche; con todas sus horas... y haciendo todas las locuras que puedas imaginar.

Cuando acabó de decir eso, su rostro se cubrió con una expresión de auténtico deleite.

Al escuchar la confesión de su primo, Julio sintió que una oleada de rubor subía a su cara.

—¡Oh! ¿Me lo dices de... de verdad? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, ¡y qué maravilloso fue! —contestó el jerezano con la mirada extraviada.

—¡Dios mío! —exclamó Julio en medio de un descontrolado gesto de sorpresa—; de solo pensarlo, siento que me ahogo.

De pronto, a la vez que experimentaba una honda punzada de remordimientos que le atenazaba el corazón, Diego agregó:

—La verdad es que... no me siento muy hombre al confesártelo, pero sí muy feliz. Y esta noche tú tendrás que ayudarme a verla de nuevo.

Julio, mirándolo atónito, exclamó:

—Anda, y ahora me pides que sea tu cómplice en esta locura.

—Sé que tú me ayudarás. A cambio, esta tarde, cuando vengan tus amigos, tal como les prometí, os daré a todos muchos consejos sobre mujeres. Y también os revelaré infinidad de sus secretos sobre ellas. Y luego a ti, en privado, te daré otras muchas lecciones extras, tal como me lo pediste el otro día.

—¡Joder! pero, si te secundo en este desvarío sentimental tuyo, tendré que mentir, y mi madre siempre dice que antes se pilla a un embustero que a un cojo.

—Solo serán mentiras piadosas, y así contribuirás a que dos amantes cumplan con su destino, hasta que ambos podamos gritarlo a los cuatro

vientos.

Al tiempo que daba un hondo suspiro, Julio asintió con la cabeza.

—De acuerdo, lo haré... pero tú cumple con lo que has prometido.

—De eso no tengas dudas. Ahora déjame dormir un rato, por favor.

Con sonrisa burlona, el sevillano rebatió:

—Amar a una mujer... toda la noche produce cansancio, ¿verdad?

—Sí, un poco. ¡Ah!, pero qué maravilloso es... —susurró el calavera, casi sin voz.

—¡Qué cabrón eres! De verdad, es que... a más de admirarte, no sabes cómo te envidio —exclamó Julio mientras abría la puerta.

Apenas su primo salió del cuarto, el cansado amante se tiró sobre el lecho y en el acto se quedó dormido. Diego sintió que lo sacudían con violencia. Muy despacio entreabrió los párpados; se encontró con la cara de Daniel.

—¡Arriba, gandul! ¡Ya tienes el desayuno servido! —le gritó.

Diego miró a su primo más pequeño como si pretendiera fulminarlo.

Tras volver a cerrar los ojos, susurró soñoliento:

—Voy a matarte. Déjame dormir un rato más. Siento como si tuviera los párpados cocidos; me cuesta abrirlos.

El jovencito volvió a sacudirlo a la vez que decía:

—A mí también me ha costado despertarme; anoche casi todos nos pescamos una buena borrachera. Y cuando los padres de Juan descubrieron que estábamos bebiendo más alcohol que limonada, casi se arma la de San Quintín. —Al ver que su primo seguía con los ojos cerrados, sacudiéndolo con más energía, añadió—: ¡Vamos, espábilate! Ya es muy tarde, mi madre está muy sorprendida de ver que aún estás en la cama. Tenemos que ir a la plaza de la Alfalfa, en el Barrio de Santa Cruz a visitar el mercado. Julio ya está en pie y...

Los sagaces ojos de Daniel se quedaron fijos en el clavel que reposaba en la mesa de noche.

Mostrándose sorprendido, lo cogió; observándolo con detenimiento,

prorrumpió.

—¡Que me ahorquen!, ¿puede ser este... el mismo que la Trianera llevaba en el pelo ayer en su segunda actuación? Primero era uno blanco igual al que tú te encontraste, luego uno rojo como este... ¡Joder, no lo entiendo...!

Diego, tras maldecir por haber dejado la delatora flor a la vista de todos, abrió los ojos de golpe y se sentó en el lecho. Dirigiéndole a su primo una mirada ceñuda, exclamó:

—¡Deja de decir tonterías! ¡Este clavel me lo regaló una... una mujer que conocí anoche! El color es... otra maldita casualidad.

El jovencito, contemplándolo con asombro, barbotó:

—¿Me quieres decir que... anoche estuviste con una de esas mujeres... que se pagan en los lupanares?

—Chissst, cállate. Sí, estuve con una de esas mujeres.

—Ah, qué suerte tienes; eres un adelantado en todo. ¿Sabes las ganas que tengo de poder ir a esos sitios para iniciarme? Ya casi tengo los dieciséis años y aún no he podido ver a una mujer desnuda. Y creo que a mi hermano le pasa lo mismo. Bueno, ya sabes... nuestra madre todavía nos trata como a dos niños de teta.

La voz de doña Pilar, que los llamaba desde la puerta, interrumpió la charla. Rato después, todos se marcharon en dirección al barrio de Santa Cruz para hacer compras en las ferias. El origen de aquel gran zoco sevillano se perdía en la noche de los tiempos; quizás en los primeros mercados ganaderos y agrarios del *al-Ándalus*. Luego, según las antiguas crónicas, al llegar el siglo *xiii* el rey Alfonso X, «el Sabio», deseoso de promover la compra y venta de los productos de la comarca, determinó que en la ciudad funcionaran dos ferias anuales: una en primavera y otra en otoño.

En ese día estival, el sol ponía resplandores en las mercancías exhibidas en los quioscos y tenderetes de aquel pintoresco mercado. Por todas partes se veía gente apiñada que compraba y regateaba precios. En un predio aparte, los titiriteros, con manos expertas, manejaban sus marionetas para cautivar a los

niños, y también a muchos mayores, con sus puestas en escena. A lo lejos estaba el enorme prado exclusivo para el ganado, y el señor Valenzuela, junto a sus hijos y sobrino, se dirigió allí de inmediato.

Doña Pilar, custodiada por Eufemia, su doncella personal, junto a muchas de sus amigas, luego de pasar por los curtidores y talladores, se detuvo al lado de los comerciantes de telas y bordados y allí se quedaron para elegir puntillas y encajes, y demás bagatelas. Diego, ante el discordante bullicio de voces humanas, mezcladas con la de las bestias, caminaba detrás de sus primos, ensimismado en propios pensamientos. Mientras los demás observaban expectantes y fascinados la exposición de monturas, arneses, espuelas, mantas y todo lo que tenía que ver con la caballería, Diego miraba hacia el puente que llevaba al barrio de Triana, como si quisiera apresarlos con los garfios de su espíritu a la vez que revivía el dulce limbo de su pasada noche de amor y de locura, junto a la Trianera.

Al llegar el atardecer, la casa de los primos se llenó de amigos. Con la excusa de hojear libros sobre famosos piratas caribeños, se refugiaron en la biblioteca. Todos estaban ansiosos de que el jerezano les relatara sus sorprendentes aventuras amorosas y les diera, además, sus consejos y trucos de cómo llegar a ser perfectos donjuanes. En ese momento Juan tomó asiento junto a Diego y, mirándolo burlón, le dijo:

—Bueno, vamos... empieza ya a darnos tus sabias exhortaciones de experimentado amante, para que las mujeres se prendan de nosotros y nos sigan como a ti.

Daniel, con una sonora carcajada en tono guasón, exclamó:

—¡Pero eso... es lo más fácil del mundo! Si deseáis que las mujeres os sigan, cuando vayáis por la calle, poneos delante de ellas, ¡y ya está!

La mayoría de los jóvenes se echaron a reír. Julio, sin quitar los ojos de su primo, le exigió ansioso:

—Anda, responde ya a la pregunta de Juan.

Diego, con tranquilo acento, comenzó a decir:

—Ya sabéis el dicho: «Se cogen más moscas con el azúcar que con el vinagre», ¿verdad?, pues con las mujeres es casi lo mismo. Unas palabras dulces, unas caricias en el lugar que correspondan ponen a cualquier de ellas dispuesta a todas las locuras. En realidad, son las damas quienes toman la iniciativa de todo; las mujeres saben utilizar muy bien sus encantos, y también conocen muchos trucos... que seguro vosotros ya habréis visto, como por ejemplo: sonreírnos con encantador embeleso diciéndonos, en un lenguaje mudo, lo mucho que les gustamos. Otras se tapan a medias el rostro con el abanico, mirándonos a través de sus blondas, con ojos seductores, llenos de misteriosos anhelos, y con un sinfín más de gestos significativos. También, al dejar caer al suelo, de manera disimulada, delante de nosotros, pañuelos perfumados, o fingiendo desmayada debilidad; en una palabra, todo lo que represente feminidad y gracia. Y un hombre experimentado debe estar atento a todas esas fascinantes finuras y saber actuar con sutil desvergüenza, sin dejar de tomar siempre la iniciativa del cortejo. Los jóvenes se miraron entre sí.

—¿Eso cómo funciona? —inquirió Juan.

—Que cuando te guste una mujer, y veas que ella también gusta de ti, entonces, sin pérdida de tiempo tienes que comenzar con el ronroneo de la seducción... prodigándole atrevidos requiebros, mostrándote insistente y audaz.

Juan, mientras interrumpía de nuevo a Diego, con cara seria, agregó:

—Una vez intenté besar a una amiga de mi prima, de la que creí que también le gustaba yo... ya que siempre me sonreía melosa pero, cuando se dio cuenta de mis intenciones, muy ofendida me detuvo y por poco casi me pega un tortazo.

—Esa es la cuestión —replicó el jerezano—; ahí tú tendrías que haber insistido con mucha delicadeza, hablándole con dulces palabras y miradas seductoras. Porque muchas veces cuando ellas os dicen: «¡Soltadme!», es que en realidad quieren decir: «¡Insiste, insiste, no te detengas!». La mayoría de las mujeres sueñan con un hombre diabólicamente experto y atrevido que las

conquiste con audacia y finura. Creedme, eso es lo que casi todas desean.

—Entonces, aunque ellas traten de apartarte, mostrándose ofendidas, ¿hay que insistir, aun con el riesgo de que te peguen un tortazo? —preguntó Daniel.

—Claro, pero con discreción y finura y, si te dan un bofetón, tendrás que aguantártelo con una complaciente sonrisa... y otro si fuera necesario. Y, cuando ya al fin consigáis que una mujer acepte ser vuestra, de manera total... hay que ir muy despacio, lentamente porque, aunque suene a tontería, en esos sublimes momentos el control de todos tus sentidos es el mejor afrodisíaco. Y algo que nunca debéis olvidar: a ninguna mujer le gustan los hombres vulgares; a todas ellas las atraen los personajes enigmáticos, con buenos modales, bonitas palabras y mucho encanto, y también mucho misterio. Una mujer... por difícil que sea, siempre se doblega ante un hombre fuerte, apasionado, fino y cortés. Y eso os lo puedo asegurar porque, en mi larga experiencia, he conocido a muchas mujeres, incluso de otras nacionalidades durante un largo viaje que hice al extranjero con... mi adorado abuelo.

—Esto se pone cada vez más interesante —se escuchó decir a uno de los jóvenes con notable entusiasmo.

Las explicaciones y consejos del jerezano siguieron hasta casi la hora de la cena, mientras él mismo sentía que, a medida que el tiempo pasaba, sus nervios iban tensándose.

Esa noche Diego volvió a gozar del ardiente amor en los brazos de Soledad, y se quedó de nuevo junto a ella hasta que llegó el alba. En los días siguientes, con la complicidad de su primo mayor, continuó ingeniárselas para salir por las noches. Y, en algunas madrugadas, al verlo regresar exhausto, Julio suspiraba lleno de admiración ante el valor de su intrépido primo, a la vez que se preguntaba cómo sería amar a una mujer como ella. La Trianera representaba para todos las fantasías y deseos más anhelados, además de... lo imposible.

¡Y Diego, en tan solo unos días, había logrado enamorarla y poseerla!

Jugando con fuego

Una semana y media más tarde, la gente comenzó a murmurar. Los vecinos de Soledad habían descubierto que todos los días, después de medianoche, la visitaba un hombre que salía de allí muy de madrugada. Y ya habían hecho secretas vigilancias para descubrir quién era el misterioso burlador. Enseguida, los rumores sobre el supuesto amante de la Trianera traspusieron los límites del barrio de Triana. Incluso ya comenzaban a escribirse algunas coplas difamatorias alusivas al escándalo de la hasta ese momento inaccesible Soledad.

En todas las tertulias, reuniones y tabernas de Triana, la gente se hacía la misma pregunta: «Pero... ¿quién será el que se ha atrevido a enamorar a la mujer de Juanjo?». Y pensaba: «Eso quisiéramos saberlo todos, y la vieja Lola hasta se atreve a negarlo. Pero, cuando llegue el Faraón, seguro que los mata a los dos».

Diego, ajeno a todas las murmuraciones, continuaba dispuesto a casarse con la Trianera.

—Soledad, no me gusta que sigas bailando en esa taberna. Vente conmigo a Jerez de la Frontera; allí nos casaremos con todos los sacramentos de la Iglesia. Y yo juro hacerte la mujer más feliz de la Tierra —le pedía una y otra vez.

Ella seguía resistiéndose a esa poco probable posibilidad. Diego incluso había escrito una carta a sus padres en la que les confesaba: «Quizás me quede un largo tiempo más aquí. Sevilla me ha atrapado, y lo más grandioso es que ¡estoy locamente enamorado! Y quiero que sepan que ella es hermosa y que, como mujer, vale un imperio».

Días después, al fin se descubrió la identidad del misterioso cortejador. Y todos exclamaron con asombro: «¡Vaya con el gallito! Casi un niño aún y ha logrado tamaña proeza. ¡Pero esperen a que Juan José ponga un pie en Sevilla, y ya verá lo que es bueno!».

Soledad continuaba bailando, mostrándose indiferente a las murmuraciones de la gente y a las ofensivas coplas que ya comenzaban a cantarse. Aunque... dentro de ella se sentía morir; no obstante, ante esa delicada situación, la Trianera también tenía defensores que, llenos de ímpetu, exclamaban: «Ese engreído torero lo tiene merecido; siempre la ha dejado sola y traicionado cuantas veces quiso», a lo que sus detractores respondían: «Pero el amante que tiene ahora es solo un crío, ¿qué puede esperar de él? Ambos juegan con fuego, y no tardarán en quemarse. Si tan necesitada estaba, se hubiera buscado un hombre que le ofreciera matrimonio». «Pues, según lo que se rumorea, eso es justo lo que ese señorito jerezano, del que tan mal habláis le ha pedido. ¡Matrimonio!», alegaban sus defensores mientras añadían con entera seguridad: «Y eso lo sabemos porque el día que Baldomero agredió al jerezano, con la intención de darle una golpiza... en medio de la disputa, ese señorito, antes de tumbarlo, se lo dejó bien en claro. ¡Además, ¿cómo podéis asegurar que en realidad son amantes?».

Por su parte Diego, con evidente malestar, había comenzado a notar fijas en él significativas miradas; unas amenazantes, otras burlonas... y muchas otras de admiración. Hasta tuvo que soportar la sorpresiva embestida de un supuesto «amigo» del Faraón de la que, gracias a su habilidad en peleas callejeras, pudo salir bien parado al conseguir tumbar a su agresor de un solo puñetazo. De esa manera, apenas Diego, amparado por las sombras, llegaba a la casa de su amante, veía que entre los cortinados y visillos de las puertas y ventanas vecinas se agolpaban las cabezas de sus ocupantes, a la vez que un apagado murmullo llegaba hasta sus oídos, poniéndolo en alerta.

Y llegó un día en que Soledad empezó a sentirse mal. Las miradas sin respeto de muchos parroquianos y las coplas difamatorias que ya recorrían los

caminos de Sevilla empezaban a hacerle daño. Y por, si eso fuera poco, alguien acababa de asegurarle que el jerezano solo tenía dieciocho años. Esa noche, al verla tan angustiada, Diego la interrogó:

—Soledad, ¿qué te ocurre?

Ella se echó a llorar. Con visible preocupación, él la tomó entre sus brazos.

—Por favor, dime, ¿qué te pasa? —volvió a preguntar.

—Todos, todos saben lo nuestro —murmuró desfallecida.

Diego asintió, para después añadir:

—Sí, ya lo sé; todos, menos mi tía Pilar. Aunque, seguro que apenas llegue su esposo, que ahora está de viaje, también se enterará. Pero yo creo que es mejor así.

—¡Cállate!, tú no lo entiendes —exclamó ella soltándose de sus brazos—. ¡Dios mío! Ya comienzan a decir cosas, incluso a cantarse...

—Pues, si dicen, que digan —prorrumpió él con aire despreocupado—. Que a nosotros no nos importe. Soledad, vámonos a Jerez; mi familia ya sabe que estoy enamorado de una bella y adorable mujer. Se lo comuniqué en una carta; seguro querrán conocerte —acabó, besándola en los labios.

Ella, volviéndose a apartar de él, lo miró enigmática. Con un rictus de amargura, le increpó:

—Jerezano, deja ya de soñar. Y ahora tengo que preguntarte una cosa: y quiero la verdad. Solo la verdad... no sigas diciéndome más mentiras: ¿cuántos años tienes... en realidad?

Diego tragó saliva; tras observarla vacilante, contestó:

—Ya hablamos de eso, y no creo que ahora... la edad, tenga real importancia, además...

—¿Cuántos años tienes? —le cortó ella tajante.

Luego de un tenso silencio, Diego, a la vez que exhalaba el aire de sus pulmones, respondió:

—Al parecer, ya lo sabes; sí, solo tengo... dieciocho años, los cumplí en marzo. Y vuelvo a repetirte que, en el amor, la edad no tiene nada que ver —

concluyó con su habitual desparpajo.

Soledad lo miró con horror.

—¡Entonces... no te llevo solo cuatro años!, ¡te llevo diez! ¡Me has engañado, ¡y yo, tonta de mí, me lo creí!

Diego, contemplándola anhelante, murmuró:

—Tenía miedo; sabía que, si te lo decía, tú no me hubieras amado, no te hubieras entregado a mí. Pero, aparte de eso... todo lo que te conté después, es verdad. Te quiero y tengo fortuna propia que me dejó mi abuelo al morir... y todo lo pongo a tus pies.

Durante unos instantes, ella lo observó muy seria. Tras eso, mientras dejaba correr las lágrimas, le recriminó:

—Me has mentido. Y siempre, detrás de una mentira, viene otra.

—Pero... ¿acaso tú nunca mentiste por amor? —preguntó él, ansioso—. Además, ¿no te he demostrado que puedo ser mucho más hombre que cualquier otro con más edad?

Soledad, secándose los ojos, murmuró:

—A pesar de tu aspecto tan maduro y... de todo lo demás, eres solo un niño. Un niño rico consentido y vanidoso. —Había un evidente desprecio en el tono de su voz.

Diego la miró compungido.

—Eso no es verdad, y tú lo sabes muy bien. Soy un hombre hecho y derecho... y eso te lo he demostrado de mil maneras.

—Calla, jerezano —le pidió ella al tiempo que hacía con las manos un gesto despectivo—. Tú, lo único que me has demostrado es tu ardor juvenil, además de tu vigor e impetuosidad, pero eso no significa que ya seas un hombre maduro. Aún te falta recorrer un largo trecho para llegar a serlo —aseveró, con los ojos cuajados de lágrimas.

Al verla tan abatida, en un impulso incontrolado, él la abrazó con fuerza.

—¿Tanta importancia tiene para ti... la maldita edad?

A sus palabras siguió un largo instante de silencio, que pareció durar una

eternidad.

Al fin ella, casi desfallecida, balbuceó:

—Diego, ahora ya... da igual. He estado sin saberlo, jugando con fuego... y acabo de quemarme. Desearía que te fueras... y que ya no regresaras nunca. Pero que yo no te extrañara, ni que me muriera de dolor, ante tu ausencia. Ante esas palabras Diego rio enternecido.

—Ya lo ves, eso quiere decir que tampoco tú puedes vivir sin mí —exclamó abrazándola.

—Aunque así sea, sé muy bien que un día u otro tendremos que separarnos para siempre —replicó ella desprendiéndose de sus brazos.

—¡Eso nunca! —gritó él con voz desgarrada.

—No soy la mujer adecuada para ti. Tú mereces otra más digna. Yo no puedo aprovecharme de la loca pasión de un jovencito... de apenas dieciocho años. —Soledad acabó la frase en medio de un convulso estremecimiento.

Diego apretó la mandíbula. Tras volver a rodearla con sus brazos, musitó:

—No quiero que sigas nombrando mi edad. Ya no lo hagas nunca más... tú y yo envejeceremos juntos; uno al lado del otro, hasta que la muerte nos separe y...

—Por favor, no digas nada más —lo interrumpió ella apartándose de él. Tras intentar serenarse, agregó—: Ahora, será mejor que te marches, ¡márchate... por favor, necesito estar a solas!

Sin hacer caso a sus palabras, Diego la atrajo contra su pecho.

—Tú no quieres eso, tú solo quieres que yo te ame... que te ame hasta dejarte exhausta. Reconócelo... —le susurró.

Con posesivo gesto la estrechó con más fuerza. A continuación hundió el rostro en el hueco de su cuello. Ella lanzó un hondo suspiro. Seguido a eso, ambos, en un estallido de fuego, volvieron a hundirse en el éxtasis de la pasión.

Tres días después, la Trianera, abrumada por la sorpresa, recibió una carta de Juan José. El torero se hallaba en la ciudad de Córdoba, en su camino de

regreso a Sevilla. En la misiva le pedía que empezara a preparar su vestido de novia:

Sí, mi preciosa e inolvidable gachí, al fin voy a cortarme la coleta y lo haré por el amor que siento por ti. Me retiraré en plena gloria; ya tengo reunido el suficiente dinero para poder hacerlo, y también para tener yo mismo un gran cortijo donde criar mis propios toros de lidia. El Faraón terminará su carrera en Sevilla. Te quiero, Soledad, y aunque no me lo creas, tú fuiste la única que entró en mi corazón para quedarse definitivamente en él. Te pido perdón por la tardanza, el silencio y abandono al que te condené en los últimos años, y también por todo lo que te hice sufrir. Pero ya verás lo feliz que te haré a partir de ahora. Te tendré como una reina, porque eso es lo que tú eres para mí: la reina de mi corazón. Dentro de muy poco tiempo, apenas termine con mis compromisos de Córdoba, correré para estar por fin a tu lado. Te quiere, tu Juanjo.

Soledad miró confusa aquella misiva, que venía con mucho retraso, a la vez que reconocía en esta la prolija caligrafía de don Salvador Urquijo, el apoderado de Juan José, ya que el torero no sabía leer ni escribir. «¿Qué haré ahora?», se preguntó abatida.

Esa noche, le mostró la carta a Diego. Él, después de leerla, la tiró sobre la mesa. Con el gesto contrariado, expresó:

—Le haremos frente, y él tendrá que entender que... te ha perdido para siempre. Aunque... lo más sensato sería marcharnos a Cádiz.

—No, lo más sensato sería que dejáramos de vernos; al menos por un tiempo, así yo podré poner las cosas en claro y...

—¡Eso nunca! —la interrumpió él—. Si no quieres venirte conmigo a mi casa, ese engreído torero y yo tendremos que vernos cara a cara.

De pronto Soledad se plantó frente a él y, señalándolo con el dedo, exclamó frenética:

—Esto se hará a mi manera, o tú y yo terminamos para siempre. ¡Yo!, ¡solo

yo me enfrentaré a Juanjo!, o no volverás a saber nada de mí.

Diego, ante la inesperada reacción de su amante, con las cejas enarcadas, replicó:

—No puedes obligarme a eso, ni amenazarme de este modo. Soledad, si nos quedamos aquí... él y yo, de manera irremediable tendremos que enfrentarnos de hombre a hombre.

Ella se echó a reír con amargura.

Recorriéndolo de arriba abajo con la mirada, le dijo:

—¿De hombre a hombre? Qué gracioso eres, jerezano; Juan José podría matarte, y yo me moriría detrás de ti. Júrame que no intentarás enfrentarte a él. ¡Júralo!

—Soledad, no puedo jurarte eso.

—Estoy a la espera de tu juramento —replicó ella impaciente.

—Solo te lo prometo. Trataré de no enfrentarme a él; ahora tú júrame que no me dejarás.

—Tampoco puedo jurarte algo que no sé si podré cumplir, pero te prometo que... trataré de no hacerlo —musitó a la vez que su voz se perdía en un gemido.

Al día siguiente por la tarde, en la casa de los primos de Diego estalló la bomba. Apenas el señor Valenzuela, que acababa de regresar de un viaje de negocios, puso un pie en Sevilla, se enteró de todo. Aunque antes de marcharse ya había oído hablar de aquel sorprendente romance del que su sobrino era el protagonista, al tener pleno conocimiento y todos los detalles a la vista, don Julio se quedó anonadado.

Pero la más afectada fue doña Pilar, que se había enterado, por boca de una de sus amigas, en la misma puerta de la iglesia. Se quedó de piedra. Llegó a su casa enloquecida, hablando y dándose ella misma las respuestas, con la pobre Eufemia, que la seguía asustada.

Cuando estuvo frente a su esposo, entre ademanes histéricos, prorrumpió:

—¡Virgen Santísima del Parto Belén! Ya lo sabes, ¿verdad? ¡Somos la

comidilla de Sevilla! ¡Todas nuestras amistades y vecinos se han enterado ya de este escándalo! ¡Madre de Dios, que vergüenza! Diego es solo un niño... y esa mujerzuela indecente lo está pervirtiendo, ¡una gitana! ¡Jesús, María y José! ¡Una bailarina de taberna! ¡Dios nos ampare! Don Julio la dejó que descargara su espíritu.

—¿No dices nada? —replicó ella al verlo tan calmado—, ¿no te das cuenta de lo que ocurre frente a nuestras mismas narices?, estamos en boca de toda la ciudad, ¡hasta los duques de Medinaceli y su familia se han enterado ya de toda esta denigrante historia...! ¡Dios mío, mi sobrino se ha vuelto loco! ¡Lo que nos ha hecho no tiene perdón! ¡Oh, no se puede creer en la insensatez de los jóvenes! —concluyó doña Pilar con ademán exhausto. Enseguida, tras levantar sus manos en una graciosa pose de pitonisa, cayó con pesadez en el sofá.

—Cálmese, mi señora —repuso la doncella, acercándole las sales a la nariz.

—¡Ay, Eufemia!, ¿qué me calme? ¡Jesús bendito! ¡Cómo voy a calmarme al tener, sobre mi cabeza, el peso de tamaña vergüenza? —Al ver que su esposo seguía sin abrir la boca, con ademán indignado añadió—: ¿Pero es que no vas a decir nada? ¡Habla con él, dile que tendrá que marcharse a su casa, mañana mismo!

—Pilar, acabo de regresar de un largo viaje. Que ha durado casi dos días —replicó don Julio con un resoplido—. Lo que más deseaba era llegar a casa para darme un baño y descansar, y en mitad del camino me encuentro con todo esto. Al menos dame tiempo a reaccionar.

En ese mismo momento, sentados en el jardín, Daniel, acompañado de todos los amigos, escuchaba pasmado a Julio quien, viéndose liberado de su promesa de silencio, iba relatándoles a todos, con morbosos detalles, aquella clandestina pasión entre su primo y la bella trianera.

Al día siguiente, después de un tenso almuerzo don Julio, decidido a hablar con Diego a solas; se lo llevó a la biblioteca. Una vez sentados, tras encender un cigarro, comenzó a decir:

—Tú y yo tenemos una charla pendiente, y ya te imaginarás de lo que se trata, ¿verdad?

Diego, luego de afirmar con un movimiento de cabeza, respondió:

—Sí, tío, es más... la esperaba.

En el intento de abordarlo con cautela, don Julio carraspeó la garganta.

—Ejem... bueno, como ya te darás cuenta —comenzó a decir—, esta aventura tuya con esa... bailaora nos parece a todos una verdadera locura. Tu tía piensa que... bueno, que sería mejor que regresaras a Jerez. Y yo, aunque lo lamento, en eso estoy de acuerdo con ella; creo que allí recuperarás la cordura. No voy a mentirte: estoy asombrado de tu audacia, pero al mismo tiempo temeroso. Eres muy joven y muy vulnerable, y esa mujer puede ser tu ruina; además le pertenece a otro hombre.

Cuando su tío acabó de hablar Diego, al tiempo mostraba una actitud serena, respondió:

—No, ahora me pertenece a mí; además, lo nuestro no es una aventura, es más serio que eso. Soledad y yo vamos a casarnos.

Don Julio, atragantándose con el humo de su cigarro, prorrumpió:

—¡Por Júpiter! ¡No lo puedo creer! ¿Pero qué locura se te ha metido en la cabeza? ¿Te has puesto a pensar en lo que dirán tus padres?

—Por eso no se preocupe, tío: ellos solo quieren verme feliz. Y estoy seguro de que me ayudarán a cumplir con mis deseos; además, yo tengo fortuna propia.

—Hasta tu mayoría de edad no eres dueño de un solo real; tus padres se negarán a aceptar una boda tan disparatada.

—¿Disparatada? Soledad es una mujer digna en todo sentido. Y yo por ella sería capaz de cualquier barbaridad —agregó con expresión embobada.

Ante las palabras de su sobrino, don Julio, a la vez que medía sus palabras, manifestó:

—Eres un chiquillo... que no sabe pensar con la cabeza.

—¡No! ¡Yo no soy ningún chiquillo! —rebatía Diego obstinado—. Ya me

considero un hombre... con toda la palabra. Y, en cuanto mi padre se entere de mi relación amorosa, además de que he decidido interesarme por las bodegas de la familia, saltará de alegría, e incluso bendecirá mi boda. —Luego de una pausa, en la que el jovencito se quedó unos instantes meditabundo, tras dar un hondo suspiro, agregó—: Tío, yo aún no puedo dejar Sevilla. Cuando lo haga, será con ella. Pero no quisiera ser la causa de problemas en la familia; si desea que me marche de su casa, puedo irme a la de Soledad... o a la de cualquier amigo; usted no se preocupe.

El tono humilde con el que Diego acabó la última frase confundió a don Julio.

—Claro que puedes quedarte, pero debes comprender que tu tía y yo estamos muy preocupados por ti. Aunque tengas la apariencia de un hombre, aún no lo eres. A tu edad las pasiones se adelantan a los hechos y se cometen muchos errores, que luego son muy difíciles de redimir —concluyó el señor Valenzuela, dándole una honda calada a su cigarro.

Tras eso, al comprender lo inútil que resultaba hacer recapacitar a un joven del temperamento de Diego, de los problemas que su enamoramiento podría ocasionar a toda la familia, se dijo: «Es verdad eso que dicen de que los consejos, sobre todo durante la juventud: rara vez son bien recibidos porque, como siempre ocurre, quien más los necesita es quien menos los escucha».

Diego, mirándolo a los ojos con gesto serio, expresó:

—Gracias, tío, intentaré no ser un estorbo. Desearía que usted y la tía Pilar se quedaran tranquilos con mi proceder; porque yo sé muy bien lo que hago.

—Sobrino... tú no puedes saber bien lo que haces, porque aún eres un chiquillo. Y creo que ni siquiera tienes idea de lo que intentas llevar a cabo. Y esa mujer debió pensar en tu edad antes de enamorarte.

—Como acabo de decírselo, aunque usted me ve como un chiquillo, me considero un hombre que ya sabe lo que hace. En cuanto a Soledad, ella... se ha enterado de que solo tengo dieciocho hace muy poco. El día que nos conocimos le mentí diciéndole que ya tenía veinticuatro años, y se lo creyó. Y

de todas las mujeres con las que he estado, que son muchas... pero muchas, la Trianera ha sido la única que me preguntó los años que tenía. —Mirándolo directo a los ojos, agregó—: Y, por último, aunque le cueste creerlo, puedo asegurarle que todas esas mujeres con las que mantuve relaciones carnales siempre se quedaron muy satisfechas conmigo sin que tuviera que explicarles lo de mi edad.

Ante esa sorprendente confesión, don Julio se quedó boquiabierto. Con gesto desalentado, se dijo: «Vaya con el niño este, qué espécimen de sobrino... es un adelantado en todo» y, muy a su pesar, admiró su temple y su coraje.

Rato después, en el momento en que doña Pilar escuchó de boca de su esposo lo que Diego pensaba hacer, casi se murió del susto.

—¡Ay, Virgen Santa! ¿Te das cuenta? —prorrumpió con los brazos en alto—. ¡Esa mujer lo ha embrujado! ¡Y tú, prohíbele salir de casa! ¡Debemos avisar a mis primos de inmediato! Hoy mismo enviaré un mensajero a Jerez de la Frontera. Clemen y Pedro sabrán que hacer.

—¡Mujer, siempre éstas exagerándolo todo! —exclamó don Julio mostrándose agobiado.

Ella, sin contestarle, se quedó en una teatral pose de martirio hablándose ella misma en voz baja. Esa misma tarde doña Pilar mandó un emisario a casa de sus primos.

Con el correr de los días, las murmuraciones de aquel romance entre el señorito jerezano y la hasta ahora prometida del Faraón no dejaron de crecer y crecer, y ya no había manera de pararlos.

Cuando doña Clemencia y su esposo recibieron la carta de Diego en la que les anunciaba que se había enamorado, ambos habían creído que se trataba de una jovencita hija de las tantas amigas de la prima Pilar.

—Ojalá esto sea beneficioso para él; un noviazgo en serio, con una niña de buena familia, puede ayudar a cambiar la manera de comportarse de nuestro hijo —había manifestado ella con notable agrado.

A esto, don Pedro, meditabundo, había agregado:

—Estoy de acuerdo contigo. A mí también me gustaría; aunque... no nos hagamos demasiadas ilusiones. Una novia que vive en otra ciudad... Seguro que, a los pocos días de regresar, Diego se olvidará de ella.

Y apenas unos días después les llegaba otra misiva... pero esta vez de parte de la prima Pilar, en manos de un mensajero. Al leerla, se miraron asustados. ¿Qué locura estaba a punto de cometer Diego?

—¡Ay, Pedro, tendrás que ir a Sevilla de inmediato... y traer a nuestro hijo! —exclamó doña Clemencia con las manos en la cabeza y el susto pintado en su rostro—. ¡Pretender casarse con una bailarina de taberna... que le dobla la edad! —Con los ojos fijos en la carta, prosiguió—: Aquí dice que, sin respetar el luto... por el reciente funeral de su abuelo, pasa todas las noches amancebado con esa mujer, que además está comprometida con otro..., ¡Virgen Santa; nada menos que con un torero de mal genio, y peores hábitos! —concluyó doña Clemencia, angustiada.

El señor Ibáñez la miró aturdido: estaba seguro de que parte de toda aquella historia, descrita en la carta, no era más que la manía de doña Pilar de agrandar las cosas.

—Cálmate, Clemen, sabes muy bien que tu prima Pilar es una mitómana y siempre lo exagera todo. Seguro que solo la mitad de eso debe ser verdad.

Ella, hipando llorosa, replicó:

—Aun así, tendrás que ir en su busca.

—De acuerdo, dentro de unos días saldré para allí.

—¿Unos días?, pero... ¿qué dices? ¿No te das cuenta?, tendrá que ser hoy mismo. Me imagino cómo estarán mis primos. ¡Por favor, trae a nuestro hijo de regreso a casa de inmediato!

Don Pedro, al ver que doña Clemencia se echaba a llorar con desesperación, agregó:

—Está bien, mañana temprano saldré para allí, y ahora tranquilízate, por favor.

Mientras preparaba su viaje, el señor Ibáñez se decía a sí mismo: «Lo traeré

a casa, aunque sea arrastrado de una oreja».

Pero, a la vez que don Pedro emprendía la marcha hacia la casa de sus primos, el Faraón trasponía también los límites de la ciudad de Sevilla. Soledad Montes se hallaba en el peor momento sentimental de su vida. Juan José estaba a punto de regresar dispuesto a casarse con ella: ¿qué pasaría ahora?, ¿cómo reaccionaría el torero cuando se enterara de que ella le había sido infiel?

Por desgracia, para esas preguntas no tenía respuestas. En los instantes en que lograba reflexionar, ella misma se decía: «Tengo que armarme de valor y apartar a Diego de mi vida para siempre»; «Con él no tengo futuro», concluía obnubilada por las lágrimas. Esa era la cuestión: ¿cómo confiar en las promesas de un niño al que, aunque sabía amarla como el más experimentado de los hombres, aún le faltaba adquirir madurez y la suficiente cordura que solo los años podrían otorgarle?

«Si sigo con él, solo me llenaré de sobresaltos y amarguras. Incluso podría llegar el día en que se cansará de mí. En unos años más, yo seré demasiado mayor, y Diego aún será un bello joven perseguido por las mujeres, y así me estrellaré contra el suelo. Es mejor sufrir ahora y decirle adiós que llorar toda una vida. ¿Pero tendré el suficiente valor para hacer eso? ¡Claro que sí! Lo mejor para mí ahora es lograr que Juan José perdone mi equivocación y aún quiera casarse conmigo. Yo le sería fiel hasta la muerte... porque, para bien o para mal, ese torero es mi destino; lo del jerezano... solo ha sido un sueño, una hermosa fantasía», concluyó con amargura mientras las lágrimas bañaban sus mejillas.

Cuando esa noche Diego estuvo frente a ella, solo pudo mirarlo en silencio. Él la besó en la boca y, con aire resuelto, le dijo:

—Al fin ya no tendremos que ocultarnos de nadie; mis tíos acaban de saber que voy a casarme contigo.

Soledad palideció; a punto de perder su fingido aplomo, dijo:

—No, Diego, será mejor que lo nuestro termine ahora... aquí mismo, antes

de que sea demasiado tarde.

Él la miró con sorpresa.

—¿He oído bien?, ¿quieres que lo nuestro se termine... para siempre? —
inquirió compungido.

—¡Sí, jerezano, has oído bien!, no me lo pongas más difícil. Juan José se
presentará aquí de un momento a otro, y tengo miedo.

—Si tanto miedo tienes, vente conmigo a Jerez; allí estaremos a salvo.

—No puedo hacer eso —rebatió ella—. Pero... ¿sabes lo que se me acaba
de ocurrir?, deberías marcharte tú primero y hablar con tus padres... y luego
mándame a buscar.

—¡No! ¡No te dejaré aquí sola! —le increpó molesto. Luego, tras besarla en
los labios con estremecido ardor, agregó bajito—: ¿Y sabes lo que a mí se me
acaba de ocurrir? Casémonos esta misma noche. Conozco a un sacerdote que
no pondrá ningún impedimento en unirnos y,

cuando seas mi legítima esposa, no tendrás que temer a ese torero.

La Trianera, apenas con un hilo de voz, murmuró:

—Eso sería la peor de las locuras; tú eres menor de edad.

—Aseguraré que tengo veinticuatro años. Si tú te lo creíste, el padre
Eusebio también lo creerá. Y, llegado el momento, podríamos sobornarlo.

Ella, mirándolo con grave expresión, profirió:

—¡Calla, jerezano!, no sabes lo que dices, la vida no es como tú la ves... tan
fácil. ¡Venga, todo a pedir de boca! Además, yo no me atrevería jamás a dar
ese paso.

A la vez que daba una honda inspiración, él la abrazó por detrás apretándola
contra sí.

Soledad sintió en la nuca la respiración abrasadora de Diego, mientras sus
ojos se quedaban fijos en las manos de él, que en ese momento apretaban sus
senos. Aquellas manos de palmas anchas con dedos largos y diestros dotadas
de una gran habilidad en los combates del amor: las mismas que en ese
momento bajaban muy despacio hasta su entrepierna dispuestas a colmarla de

placer... el mismo intenso placer que siempre acababa por nublar sus sentidos, hasta terminar rendida a él.

—¿Entonces... no me quieres?, ¿todo lo tuyo... solo ha sido una mentira? — le susurró Diego junto a su oído, en medio de un convulso gemido, a la vez que besaba el hueco de su cuello.

—No... no pienses eso —comenzó a decir ella en medio de un estremecimiento, incapacitada para soportar la sensual tortura a la que él la sometía. En medio de un lánguido balbuceo, prosiguió—: Lo que... sucede... es que...

Diego no la dejó continuar; en una retahíla de hipnóticas palabras, la giró hacia él y, a la vez que le quitaba la ropa, comenzó a devorarla entre voluptuosos besos y caricias. Y la firme voluntad de ella de proceder con prudencia ante su complicada realidad se extravió entre aquella vorágine de loco frenesí, que duró horas. Ninguno de los dos imaginó que esa sería su última noche juntos.

Al día siguiente, el inesperado regreso del Faraón sacudió a toda Sevilla. Apenas la gente se enteró de que el célebre torero estaba a menos de tres kilómetros de allí, hombres, mujeres y niños se desbandaron hacia los caminos para verlo entrar y recibirlo en las puertas mismas de la ciudad que lo había visto nacer. Soledad, encerrada en su cuarto, escuchaba lo que tía Lola le contaba:

—¡Dicen que hace rato salió de la Rinconada y creen que ya no tardarán en llegar aquí! Por favor, mi niña... piensa bien en lo que le dirás y, sobre todo, en lo que tienes pensado hacer.

La Trianera, sin responder, la miraba angustiada a la vez que se preguntaba qué pasaría cuando Juan José se enterara de su clandestino romance. Estaba segura de que, nada más poner un pie en la ciudad, se lo contarían. Pero, aun en medio de su angustia, mientras apretaba los dientes con rabia contenida, comenzó a decirse: «No me dejaré humillar, demasiadas amarguras he pasado por su culpa. Ahora él no tiene derecho a reprocharme nada... nada en

absoluto».

Su tía la observaba con tristeza sin saber a qué santo encomendarse, a la vez que también se preguntaba: «¿Cómo reaccionará Juanjo cuando se enteré de que mi niña ha caído rendida en los brazos de ese chiquillo?». La ciudad entera recibió al hijo pródigo en alborozada alegría.

El torero, emocionado, se dejaba adorar. Sin permitirle descansar, entre sus escoltas y el gentío, lo llevaron en volandas hasta el barrio de Triana, donde ya lo esperaba un numeroso grupo de antiguos amigos, vecinos y familiares, quienes lo acompañaron a la taberna del Gitano. El tío de la Trianera acababa de colgar, en la entrada de su local, varios cartelones de bienvenida para aquel torero que se había ido pobre e ignorado, y regresaba rico y poderoso. Dentro de la cantina, los músicos ensayaban las coplas de las que sabían eran del agrado del matador.

El licor no tardó en correr por sus reseca gargantas. El torero ya había preguntado por Soledad un sinfín de veces, pero nadie le daba una respuesta clara. Algunos de sus amigos solo se atrevieron a decirle: «Tranquilo, no tardarás en verla». Otros, con maliciosas sonrisas, agregaban: «Sí, pronto sabrás todo sobre tu gachí».

Uno de sus amigos, abrazándolo con fuerzas, lo felicitó emocionado:

—¡Eres la gloria de España! Casi has opacado al mismísimo Pepe-Hillo.

—Y también a Costillares... y a Pedro Romero —replicó otro de ellos.

El torero soltó una carcajada.

—Gracias, sois muy generosos —respondió visiblemente emocionado. Después, mientras miraba a uno de ellos a los ojos, le pidió—: Anda, Paco, cuéntame ya algo de Soledad. ¡Tengo tantos deseos de verla...!

—Tu faraona cada... vez está más hermosa. Tiene mucha popularidad como bailaora, pero seguro que a partir de hoy... ya no volverá a bailar en público, ¿verdad? —concluyó echándose a reír con evidente nerviosismo.

El torero, ceñudo, replicó:

—Claro que no. Desde ahora solo bailará para mí. ¿Ninguno de vosotros

sabe si recibió mi carta?

Los presentes se miraron confusos.

—No. No lo sabemos; pregúntale a su tío —repuso Paco.

—Se lo he preguntado y tampoco lo sabe; bueno... ya me lo dirá ella misma.

Un hombre de mediana edad y aspecto distinguido, sentado a su lado, le dijo:

—Juanjo, ahora lo mejor que podrías hacer es dormir unas horas. Hace tiempo que no descansas bien. Dentro de tres días harás tus últimas presentaciones ante el público de Sevilla, que tanto te ha esperado, y tienes que estar en buena forma.

El torero, respondió:

—¿Pero... qué me pide, don Salvador? No podría descansar sin antes ir a casa de Soledad; necesito verla.

—Llevas varias noches sin dormir —insistió su apoderado.

—Ya dormiré y, si no me equivoco, en muy buena compañía —contestó Juan José, echándose a reír mientras levantaba su vaso de manzanilla.

Después de varias rondas del claro vino andaluz, Juanjo se relajó. El cansancio empezaba a notarse en su rostro. De pronto, uno de sus primos, llamado Carmelo, que ya parecía estar bajo los efectos del alcohol, dándole una palmada en la espalda con voz pastosa, prorrumpió: —¡Ay Faraón! ¡Cuando... te enteres de lo... que pasa! —Juan José, con semblante fiero, lo miró sin responder—. ¡Que te han robado... a tu mujer, primo de mi alma! —continuó Carmelo—. ¡Tu gachí... ya no es más tuya!, ¡ahora tiene... otro dueño!, ¡otro querer!

La última frase quedó vibrando en el aire a la vez que el torero palidecía. Al instante su cara se tiñó de rojo hasta que, con furia contenida, preguntó:

—¿Qué has dicho?

Los ojos del señor Urquijo quedaron fijos en el rostro de Juan José. Enseguida, con notable preocupación, los paseó por la concurrencia, al tiempo que intuía que algo grave pasaba. Con un hondo suspiró rogó que ese algo no afectara demasiado a su protegido.

Juan José, al ver que su primo no respondía, aferrándolo del cuello, gritó furioso:

—¡Habla, Carmelo! ¿Qué ha pasado con... Soledad?

El nombrado, mientras trataba de zafarse de aquel garfio que apretaba su garganta, masculló:

—Suéltame, que... así no... puedo hablar.

El matador soltó su cuello. Carmelo respiró anhelante.

—¡Habla, maldita sea! —volvió a gritar el torero furioso.

Ante aquella tensa situación, las guitarras y el cantaor enmudecieron.

Carmelo, tras beber un largo trago de su vaso, comenzó a decir balbuceante:

—Primo... un jovenzuelo extranjero ha conquistado el corazón de... tu faraona, todos lo saben, y yo... yo soy aquí... el único con cojones que tiene el valor de decírtelo... a la cara. —¿Un jovenzuelo extranjero? —repitió el torero con los ojos achicados a la vez que, lleno de fiereza los paseaba, de manera insistente, entre la concurrencia.

La mayoría de los hombres, sintiéndose incómodos, evitaban mirarse entre sí ante el temor de provocar aún más la furia del torero, quien ahora tenía las pupilas fijas en otro de sus amigos.

—Vicente... a ver, dime tú: ¿qué ha pasado con mi Soledad? —La voz del Faraón sonó imperativa.

El nombrado movió la cabeza, carraspeó la garganta y, con un hilo de voz, murmuró:

—Lo único que sé... es que se la relaciona con un joven... de apenas dieciocho años. Y no es extranjero: es oriundo de Cádiz; pero no sé mucho más que eso.

—¿Y quién es ese mocito que se ha atrevido a cruzarse en mi camino? ¿Cómo se llama...? —preguntó el torero.

El llamado «Vicente», con el afán de aplacar la tirante situación, explicó:

—Se trata de un señorito muy distinguido, llamado «Diego Ibáñez Cisneros»... con otro apellido muy difícil de pronunciar, sobrino de don Julio

Valenzuela Fornéz, el criador de caballos y toros de lidia.

—Hay que reconocer que es un mocito muy templado —irrumpió otro, llamado «Antonio»—con bastante audacia y que aparenta más edad de la que tiene. Mi hermano Baldomero lo increpó una noche con la intención de darle una paliza y... cuesta creer, pero ese chiquillo lo tumbó de un solo puñetazo.

—¡Y le sobran agallas para todo! ¡Baldomero nos aseguró que escuchó cuando él le gritó que iba a casarse con ella! —aseguró el llamado «Paco», para agregar a continuación—: Y al parecer, eso es verdad; aseguran que le ha propuesto matrimonio a la Soledad y quiere llevársela con él a su casa de Jerez de la Frontera, donde creo que es el heredero de unas bodegas muy importantes. Buenas intenciones con ella no le faltan.

Al escuchar esas palabras, el torero tuvo que hacer un esfuerzo para no salir disparado de allí. Los celos lo hacían temblar de pies a cabeza. Pasados unos minutos de lucha interior, miró al grupo que lo rodeaba y gritó:

—¡Contádmelo todo! ¡Todo!, ¡y sin omitir un solo detalle! ¡Quiero enterarme de toda esa historia entre Soledad... y ese niñato, antes de ir a verla!

Dominados por el morbo y la excitación, todos comenzaron a hablar de manera atropellada en medio de contradicciones. De pronto una voz seca y fría los paralizó:

—¡Callad ya, maldita sea! ¿No os dais cuenta de que con vuestras venenosas lenguas podéis ocasionar una gran tragedia? ¿Quién de vosotros sabe con exactitud lo que pasa entre Soledad y... ese supuesto amante del que habláis? ¿Alguno de vosotros le ha servido de almohada a ella y a su, repito, supuesto amante?

Juan José miró a su apoderado con expresión torva, y le pidió:

—¡Usted, don Salvador, no intervenga en esto, por favor!, debo enterarme de todo; no quiero ser el hazmerreír de la ciudad.

—¡Estás en tu derecho! —replicó el apoderado—. ¡Pero que hable solo uno y que no ponga tanto énfasis en sus morbosas palabras!, y tú recuerda los años de abandono que le diste a ella. No olvides que Soledad te quiso toda su

vida... manteniéndose siempre a tu vera siéndote fiel, a la vez que rechazaba ventajosas ofertas de matrimonio, incluso la mía... y todo por amor a ti.

Las últimas palabras pronunciadas por don Salvador permanecieron en el aire durante largos instantes. La mayoría de los hombres bajaron sus ojos avergonzados. En ese momento, el llamado «Paco» levantó la mano y reconoció:

—El señor Urquijo tiene razón; ninguno de nosotros puede asegurar que Soledad... y ese joven sean amantes; ni su mismo tío lo sabe. ¡Gitano! —llamó al dueño del local. Cuando este se acercó, mirándolo con fijeza, le pidió—: ¡Dinos la verdad!, ¿has visto alguna actitud de tu sobrina que te haga sospechar algo de su relación con el jerezano?

—Pues no, en absoluto —contestó el aludido, un tanto nervioso—. Si... eso fuera cierto, mi hermana Lola me lo hubiera contado. Todas esas murmuraciones no son más que calumnias sin fundamento.

—No olvidemos que Soledad nunca está sola; vive con su tía Lola —volvió a decir Paco en defensa de la bailarina.

Otra voz rebatió:

—¿Y tú crees que la vieja Lola le puede prohibir algo a Soledad? La tía es su cómplice, y por eso se calla.

—¡Vosotros sois los menos indicados para hablar mal de ella! —demandó Paco, con visible agitación—. Soledad siempre fue una gachí muy fiel y muy digna. Y, como bien ha dicho el señor Urquijo, nadie le ha servido de almohadón para asegurar una cosa así.

—Solo sabemos que ese joven la visita en su casa... muy entrada la noche, pero lo que pasa dentro solo lo saben ellos —expresó Vicente categórico.

Juanjo se mantenía silencioso, observándolos con mirada torva.

—¡Pues con eso es suficiente! —prorrumpió Antonio—. ¡Una mujer y un hombre que se encuentran a altas horas de la noche en casa de ella, ya me diréis para lo que es! Además, ese señorito es un desvergonzado. Dicen que en su pueblo se dedica a cortejar mujeres de toda talla... solteras, viudas o

casadas, y tiene bien ganada su fama de casanova. Aquí ha estado dándoles lecciones inmorales a sus primos y amigos. Y a no dudarlo: Soledad ha caído en sus redes. Ah, y otra cosa... en todas las conversaciones en las que ese señorito... interviene, siempre deja claro que aborrece a todos los toreros. Y debe de ser verdad... porque, desde que está en casa de sus tíos, jamás se lo ha visto acompañarlo a ninguna corrida...

Carmelo, que seguía bebiendo sin control, volvió a palmearle la espalda.

—Pri... primo... ¿vas a... permanecer de... brazos cruzados? —balbuceó con expresión alcoholizada en gracioso siseo—. ¡Se han burlado... de tu hombría y... de tu honorable profesión... piensa que el honor, está... ante todo!

Tras un prolongado silencio, el Faraón exclamó:

—Iré a ver a Soledad, y ella me lo explicará todo, mirándome a los ojos. Y yo sé leer muy bien en estos, ¡jamás me pudo mentir! Si eso llega a ser cierto, mataré a ese ladrón de mujeres, ¡lo prometo! —concluyó con su brazo en alto, a la vez que soltaba un juramento. Don Salvador, ceñudo, luego de pasear la mirada entre Carmelo y Antonio, con voz afilada barbotó:

—¿Ya estáis satisfechos? Vosotros, y los demás deslenguados, estaréis muy contentos, ¿no? Habéis echado un buen manojo de leña al fuego de las calumnias.

Uno de los banderilleros, acercándose al torero, añadió:

—Juan José... no dejes que la ira te domine. Recuerda las veces que tú la humillaste a ella. —Pero... ahora Soledad... lo ha humillado a él. Y eso... un hombre del temple de... mi primo... no puede perdonarlo —balbuceó Carmelo mientras arrastraba las palabras.

—¡Tú cállate ya, y duerme la borrachera! —saltó Paco, dándole un pescozón en la cabeza.

El torero los miró a todos con seriedad. Acto seguido bebió de un solo trago el contenido de su copa. Luego de pasear sus ojos por la concurrencia, apostilló:

—Voy a casa de Soledad. Allí me enteraré de toda la verdad.

Apenas se incorporó, todos lo imitaron.

Los músicos, al no poder ofrecerle el repertorio de sus coplas preferidas, comenzaron a guardar sus instrumentos.

El apoderado, acercándose al torero, le advirtió:

—Ten cuidado, Juan José, no te dejes llevar por la rabia; ya sabes que esta es ciega y sorda. Piensa que algunas veces la gente habla de más. Procura que tu gloria no se empañe de una manera trágica.

—Usted ya me conoce, don Salvador, y sabe muy bien que no soy una bestia; pero si es verdad... lo que me acaban de contar, no me quedaré de brazos cruzados. Quiero que Soledad sea mi esposa y no podría soportar saber haber sido vilmente engañado. —Sin agregar nada más, echó a andar.

A pesar de su cansancio y del vino ingerido, Juan José caminaba erguido delante del numeroso grupo de hombres que lo acompañaban. Don Salvador iba junto a él codo a codo.

Las calles estaban llenas de gente, y el torero, con aire majestuoso, se detenía para saludar a unos y a otros. Cuando llegaron a la casa de Soledad, el torero respiró muy hondo. Los balcones se veían repletos de curiosos. El señor Urquijo, girándose hacia su protegido, volvió a recomendarle:

—Ten cuidado, Faraón. Y, por favor, escucha bien lo que ella tenga que decirte.

—No sufra, don Salvador, procuraré comportarme como todo un caballero. Pero... desde ya le digo que, si la encuentro con ese jovenzuelo, no sé cómo reaccionaré. —Sin esperar que su apoderado le contestara, se acercó a la puerta, cogió el aldabón y dio dos enérgicos golpes.

La gente, deseosa de saber lo que pasaba en casa de la bailarina, seguía agolpándose en la calle y en los balcones. Al fin la hoja se abrió, y en el umbral apareció la vieja Lola.

—¡Juan José!, después... de tanto tiempo —lo saludó sin entusiasmo, mientras mostraba en su rostro un rictus de angustia.

—Hola, tía Lola. ¿Cómo estás?, ¿y Soledad? ¿Está en casa? —preguntó impaciente.

—Sí, sí.

—¿Puedo pasar? —Se acercó más a ella e inquirió—: ¿Se encuentra sola... contigo?

—Claro. Pasa... pasa —contestó Lola mientras daba una fría ojeada a las personas de la calle.

El Faraón, dirigiéndose a su apoderado, le comunicó:

—No se preocupe usted: al parecer todo está bien. —Y, sin agregar nada más, a la vez que saludaba a todos sus acompañantes con la mano, traspuso el umbral y cerró la puerta.

Con notable ansiedad, los ojos del torero recorrieron la sala.

La voz de Lola lo sobresaltó:

—Mi sobrina... está en su cuarto.

Por unos segundos Juan José detuvo su mirada en ella: ¡Tenía tantas cosas que preguntarle! No obstante, sin hacer ningún comentario empezó a subir los escalones de dos en dos.

En esos momentos, en casa de la familia Valenzuela Fornez, Daniel entraba de manera precipitada en el cuarto donde su primo dormía una plácida siesta, ajeno a todo lo que pasaba en la ciudad. Lo comenzó a sacudir.

—¡Oye tú! ¡Despierta!, ¡espábilate ya! Te ordeno que me mires, porque tengo que decirte algo muy importante —gritó el jovencito zarandeándolo.

Diego entreabrió los ojos y, mirándolo ceñudo, protestó:

—Daniel... voy a matarte; siempre haces lo mismo. Déjame dormir...

—Por favor, mírame —volvió a pedirle el jovencito.

—¿Y por qué tengo que mirarte?

—Porque quiero ver cómo te espantas, cuando te diga... lo que tengo que decirte.

—¿Qué ha ocurrido para que tenga que espantarme? —quiso saber Diego, girándose hacia su primo.

— Pues... que, mientras tú duermes como un angelito tu larga y placentera siesta, el Faraón ha hecho su entrada triunfal en Sevilla. Ya hace más de una hora que cruzó en andas el puente rumbo al barrio de Triana y, seguramente, enseguida irá a ver a tu Soledad, si es que no lo ha hecho ya.

El jerezano, sobresaltado, se sentó en la cama.

—¡Joder! ¿Es verdad eso? —preguntó con notable asombro.

—Tan verdad como que me llamo Daniel. Acabo de venir de casa de Mario, y él mismo me dijo que presencié parte de la caravana. ¡Dicen que su entrada a Sevilla ha sido apoteótica! —¡Diablos! Pero... ¿por qué no me lo dijiste antes? ¡Tengo que ir allí de inmediato! ¡Debo estar al lado de Soledad! —prorrumpió a la vez que saltaba del lecho. El sevillano, mirándolo espantado, exclamó:

—¿Acaso estás loco? el Faraón puede matarte: la Trianera aún es su prometida.

—¡Cállate, Daniel! ¡Ella es solo mía! —masculló Diego mientras se ponía las botas.

Luego de calarse su sombrero, salió a la carrera de la habitación seguido de su primo, quien a toda costa intentaba detenerlo. Julio, que en ese momento abría la puerta de su habitación, preguntó intrigado:

—Pero ¿qué pasa?

Daniel, con el susto pintado en su rostro, le gritó:

—¡Detén a Diego! ¡Dice que se va a casa de Soledad!

A la vez que miraba ceñudo a su hermano, Julio exclamó:

—Seguro que tú fuiste quien le vino con el cuento, ¿verdad? Eres un lelo imbécil; tenías que haberte quedado callado —concluyó Julio a la vez que corría detrás de Diego, llamándolo: —¡Primo, vuelve aquí!, ¡deja que Soledad arregle sus cosas con el torero; tú puedes arruinarlo todo!

Diego, sin escuchar razones, acabó de bajar las escaleras. En su loca carrera tropezó con una criada que sostenía en sus brazos un alto de ropa recién planchada. Ante el violento empujón, la pobre fámula, tras dar un traspié,

dejó caer al suelo su carga. Mirándolo sorprendida, exclamó irónica:

—¡Jesús! Pero... ¿qué le pasa al señorito Diego? ¡Parece que lo persiguiera el mismísimo Satanás en persona!

Soledad notaba que sus nervios estaban a punto de colapsar traicionándola. Era tanta su ansiedad que ni siquiera había sido capaz de probar bocado en toda la mañana. Llena de incertidumbre, esperaba ansiosa la llegada del torero. Y ahora, al escuchar la recia y potente voz de Juan José mientras hablaba con su tía, sintió cómo un violento sobresalto le atenazaba el corazón. Pero al instante, decidida a enfrentarse a él, irguió altiva la cabeza. «No debo dejarme avasallar. Pase lo que pase, mantendré la serenidad y el aplomo... y también mi dignidad», se dijo a la vez que exhalaba aire de sus pulmones. No obstante esa valiente decisión, sentía un miedo terrible de que Diego, llevado por su habitual impetuosidad e imprudencia, pudiera presentarse allí de improviso y provocar un problema mucho mayor. «Eso sería terrible; ojalá mis temores no se cumplan, al menos en las primeras horas... hasta que Juan José y yo logremos entendernos», se dijo mientras apelaba al sentido común de su joven amante.

Cuando la puerta se abrió, la Trianera se encontraba sentada frente al espejo de su tocador vestida con una bata de tafetán escarlata. Llevaba el pelo suelto, lo que le daba un perfecto marco al óvalo de su cara. A través del espejo contempló la arrogante figura del torero, y por un momento se sintió flaquear. De inmediato, en aparente serenidad se volvió hacia él y exclamó:

—¡Hola, Faraón!, ¡dichosos los ojos que te ven! Por lo que veo en tu largo recorrido, aunque has ganado mucha fama, has perdido educación. ¿No recuerdas llamar a la puerta de una dama? ¿O... es que ya no me consideras como tal? —Su voz había sonado tranquila, casi burlona. En el mismo tono, tras volver a mirarlo a través del espejo, añadió—: ¿Cómo estás? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿verdad?

Él, sin responder, muy despacio se le acercó por detrás. ¡Qué hermosa estaba! En silencio, con mano temblorosa le acarició el pelo.

—Sí, al parecer ha sido demasiado tiempo —murmuró al fin con voz ronca— y, por lo que he descubierto... eso ha hecho que te olvidaras de mí. Acabo de llegar, lleno de ilusiones y proyectos y, ¿de qué me entero?, de que me has traicionado; de verdad... me cuesta creer eso de ti. Por eso quiero que tú me lo aclares todo... mirándome a la cara. —Poniéndose de rodillas delante de ella, continuó bajito—: Mirame a los ojos y dime la verdad. ¿Es eso cierto?

Había formulado la pregunta con voz fría. Pero Soledad, que lo conocía tanto, se dio cuenta de que estaba conmocionado y apenas podía ocultar el temblor de sus labios. Ella misma se sorprendió al comprobar que podía sostener el peso de su fuerte mirada sin bajar los ojos. Con suave e impensado ademán, Soledad le retiró un mechón de pelo de la frente. A continuación, sintiéndose dueña de la situación, extendió la caricia hasta la cara del torero y lo sintió estremecerse. Con expresión altiva, sin bajar los ojos, ella manifestó:

—No sé lo que te habrán contado; solo sé que hay mucha gente que va por ahí... con la única intención de malmeter y hacer daño. De modo que... si vas a creer todo lo malo que se dice de mí, puedes marcharte por donde has venido. No he de ser yo quien te detenga.

El torero le cogió la mano y, besándosela impetuoso, murmuró:

—No puedo hacer eso; ambos tenemos mucho de que hablar. Siempre pude leer en tus ojos, pero ahora no alcanzo a ver nada que confirme o desmienta esos rumores. Responde: ¿es verdad que estás viéndote... por las noches, aquí mismo en tu casa, bajo la complicidad de tía Lola, con... un jovenzuelo?

Soledad seguía sosteniendo su mirada.

—Eso... no es del todo cierto —musitó, mientras notaba su corazón golpeándole el pecho a la vez que volvía a preguntarse: «¿Y si Diego se presenta ahora de improviso? Ay, Dios mío, no quiero ni pensarlo». Ante esa posibilidad, su aplomo se desmoronó.

Sabía que, si Juan José llegara a enterarse de toda la verdad, en un arrebato de celos, podría matarlo. La grave voz del torero la sacó de sus agoreros pensamientos.

—Sigo a la espera de tu respuesta; quiero escuchar de tus labios qué hay de cierto en eso. Sé que algo pasó... de lo contrario, las murmuraciones no habrían surgido con tanto ímpetu por toda la ciudad. Y tú acabas de dejarme aún más en la duda, al decir: «Eso, no es del todo cierto». Explícame lo que pasó, no me ocultes nada, y yo creeré en ti. ¡Solo en ti! —La Trianera permanecía muda. Juan José, poniéndose de pie, le puso la mano sobre el hombro—. ¿Te has enamorado de... ese mequetrefe imberbe? —Al ver que ella no respondía, la cogió del brazo—. ¡Te he hecho una pregunta! ¿Cómo debo tomar tu silencio? Se dice que el que calla otorga, ¿no? ¡Responde...! —gritó sacudiéndola.

Soledad, al tiempo que recuperaba su aplomo, lo miró a los ojos despectiva y exclamó:

—¡Suéltame!

Aunque de mala gana, el torero obedeció. La bailarina bajó la cabeza y, con voz serena, comenzó a decir:

—No sé... lo que siento por... ese joven. Pero solo yo, y nadie más que yo... tiene la culpa de todo. Fui yo quien le dio esperanzas... dejándolo entrar a mi casa. Me sentía muy sola, y debo reconocer que su compañía me hacía... mucho bien.

—¡Te dije que regresaría! —rugió él.

Soledad, mirándolo de arriba abajo, le rebatió:

—¿Cuántos meses pasaron? ¿No los contaste, Faraón? ¡Más de doce largos meses!, mucho tiempo sin saber nada de ti... solo de tus triunfos y tus conquistas de mujeres, sin recordar que aquí estaba tu novia... la que te amaba con toda su alma, marchitándose en espera de tu regreso... y ya sabes: las mujeres soportamos muy mal los abandonos. —Mirándolo con fría expresión, replicó—: ¡Nada te debo, matador! ¡Te entregué mi virginidad, mi amor y mis mejores años! Durante mucho tiempo te esperé sumisa, alimentada de vanas ilusiones, mientras tú me pagabas con traiciones y mentiras, haciéndome promesas que nunca se cumplían; después te fuiste por esos mundos...

—¡Buscaba fama, prestigio y dinero! ¡Todo lo que ahora tengo! —gritó él, exaltado—. A lo largo de estos años he sufrido varias heridas de gravedad... tanto que en muchas de esas cogidas pensaron que no sobreviviría. Ya te enseñaré las cicatrices de todas las cornadas que tengo en el cuerpo.

Soledad, mirándolo entre compasiva y molesta, manifestó:

—Lo siento; todos los toreros estáis expuestos a eso.

—Ya lo sé... pero ansiaba contártelo para que de alguna manera, me comprendieras —rebatíó el Faraón, a la vez que agregaba—: Hace dos años, en la ciudad de Victoria, al norte de España, un toro me empitonó el muslo, dejándome una herida muy profunda. Estuve más de cinco meses inactivo, en medio de intensos dolores. Y, además de eso, he sufrido muchos otros tormentos que... para mí, se quedan. —Mirándola con aire fatídico, agregó—: ¡Como ya ves, me he pasado los últimos años desafiando a la muerte y...!

—¡Y traicionándome con cuanta mujer se te cruzaba en el camino!, no lo niegues, Faraón —lo interrumpió ella, para añadir a continuación—: Me engañaste en cuerpo y alma.

Cuando acabó la frase, se dijo: «Igual que yo te engañé a ti; ahora estamos a mano, matador», y al instante experimentó una agradable sensación de revancha.

—Solo fueron aventuras sin importancia —replicó él—; en mi corazón siempre estabas tú. En la carta que te envíe, te lo explicaba todo.

—Porque sabías que tu gachí seguía muerta de amor por ti, siempre a tu vera... esperándote en vano.

—Soledad, recuerda que tú te marchaste a Madrid y durante dos años deambulaste sola por esa ciudad.

—Me fui cansada de no recibir noticias tuyas. Y no estuve sola; me acompañaba mi tía Lola...

El torero, mirándola ceñudo, prorrumpió:

—¡Como si ella te impidiera hacer lo que tú quieres! Soledad levantó la cabeza y, por unos segundos, lo miró en silencio. Después, haciéndole un gesto

altanero, a la vez que lo señalaba con el dedo, profirió:

—¡Basta, Juanjo! ¡Tú ya no tienes derechos sobre mí!, búscate otra mujer más digna que yo, pero recuerda que jamás... me vendí a nadie, ni siquiera a ti. Nunca acepté tu dinero, siempre me mantuve sola bailando honradamente. En cuanto... a ese joven del cual te han hablado, a pesar de su juventud... él sí ha sabido darse cuenta de lo que... en realidad valgo. Y quizás ahora... hasta me decida a aceptar el ofrecimiento de matrimonio que me hizo. De esa manera podré marcharme de aquí con la cabeza alta.

El torero la miraba impresionado. Los verdes ojos de ella despedían chispas. Ante esa expresión retadora, Juan José sintió el deseo de olvidarse de todo, tomarla entre sus brazos y besarla hasta morir. Seguido a eso, en medio de un atormentado gesto, levantó la mano y, a la vez que ella contenía la respiración, deslizó el dedo bajo la barbilla de Soledad; extasiado, clavó su mirada en la boca de ella... esa boca tan deseable que a él siempre le había parecido hecha de sangre y de nieve. En un impulso incontrolado, el Faraón la besó con vehemencia.

Aquella inesperada reacción de su antiguo amante dejó a Soledad desfallecida.

El torero, con la voz sofocada por la ansiedad, le susurró al oído:

—Júrame... júrame que no te entregaste a... otro. Por favor, júralo, y yo creeré en ti. Te quiero con toda mi alma y deseo pasar el resto de mi vida contigo. Soledad, por ti soy capaz de todo... hasta de matar. Júrame que ese... jovencito no te poseyó. Ante las palabras de Juanjo, Soledad se estremeció.

En ese momento recordó el día en que ella le había reprochado a Diego la mentira sobre su edad. Él le había preguntado: «¿Acaso tú nunca mentiste por amor?». «Ahora yo... ¿tendré qué hacer lo mismo? No... no debo jurar en falso», reflexionó en su interior. Mientras cerraba los ojos volvió a decirse: «Pero si no lo hago... entonces Juanjo no me creerá, y así condenaré a Diego a un peligro inminente». ¡Tenía que proteger a su joven amante como fuera! Con una plegaria en su interior, murmuró extenuada:

—Lo juro... no te traicioné. Él... solo me declaró su amor, pidiéndome matrimonio. Y... todas las noches... venía a reiterar su proposición.

Y, para corroborar lo que decía, lo abrazó mientras metía su mano entre los cordones de su camisa, acariciándole el pecho. Luego alzó la cabeza hacia él y lo besó en la boca. Al sentir aquellas caricias, Juan José la apretó con más fuerza e intensificó el beso. Seguido a eso, Soledad escuchó que él, sobre sus labios, volvía a preguntarle:

—¿Y para ti... ese jovencuelo qué significa? ¿De verdad no intentó poseerte?

—No... siempre... me respetó —balbuceó ella sacudida por un contenido sollozo.

«Si supieras lo que ese joven me ha hecho sentir», pensó mientras de un discreto manotazo se quitaba las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. «Por el bien de los tres, es mejor que jamás llegues a enterarte, Faraón... ese será mi secreto, un secreto que siempre guardaré dentro de mí». Y, al recordar al jerezano, sintió una sacudida eléctrica recorrerle el cuerpo. «¡Oh, querido mío!, ahora sí... tendrás que olvidarte de mí... y yo a ti, aunque sé que eso a mí me llevará mucho más tiempo que a ti. Un amante como tú es muy difícil de desterrar de la mente; lo que ambos vivimos juntos fue algo maravilloso, pero estaba escrito que no podía durar. Solo espero que, apenas yo hable contigo, no intentes ninguna locura, ninguna torpeza. Ojalá reacciones con templanza y serenidad y, sobre todo, sin causar ningún problema».

—¿Así que... ese «niñito de buena cuna» te pidió que te casaras con él? — La risueña voz de Juanjo la trajo a la realidad.

—Sí, puedes preguntárselo a... mi tía Lola; ella ha sido testigo de todo. De haber sido por Diego, ya estaríamos casados.

—Pero se quedará con las ganas. La boda será entre tú y yo. Eres mía, siempre lo fuiste y siempre lo serás —rebatió el Faraón con una sonora carcajada.

Soledad, con un nudo en la garganta, lo miró a los ojos. Con apenas un hilo

de voz, se atrevió a decir:

—Aunque... como ya te imaginarás, cuando él venga esta noche, tendré que hablar con él, y contarle... que me caso contigo.

Juan José, a la vez que levantaba el brazo en alto, replicó tajante:

—Pero... será delante de mí.

—No, esto se hará a mi manera —le contradijo ella mirándolo seria—. Yo hablaré en privado con él... se lo debo; esto le... dolerá mucho y no quiero ser demasiado cruel. Diego se ha portado... muy bien conmigo; a la vez se ha hecho demasiadas ilusiones con nuestra boda. Cuando esta noche venga... tú me dejarás a solas con él —acabó temblándole la voz.

El torero, tras dar un resoplido, exclamó:

—Eso ya lo veremos; aún faltan muchas horas para la noche. —Luego de una corta pausa, mirándola codicioso, agregó—: Y ahora, a pesar de mi cansancio, voy a amarte hasta que me quede sin fuerzas; ¿te lo he dicho ya?, te he traído anillo y pulsera de novia, y joyas de gran valor; todo me parecía poco para ti —terminó mientras la besaba con arrebatada pasión.

En ese preciso instante se escucharon voces discrepantes que procedían de abajo. A la Trianera un frío paralizante le recorrió la espalda.

Juan José la miró extrañado. A continuación, con el rostro crispado, sin pronunciar palabra, se apartó de ella y, dirigiéndose a la puerta, la abrió de golpe. El jerezano había llegado al barrio de Triana corriendo sin parar. Deseoso de no perder tiempo, ni siquiera pensó salir montado en Centella. Aunque aún no eran las cuatro de la tarde, las calles se veían abarrotadas de gente.

Al llegar a la casa de su amante, observó que todos los balcones estaban llenos de curiosos que, al verlo llegar, comenzaron a gritarle groserías e improperios. Jadeante, con manos temblorosas, tomó el aldabón del portal de Soledad y dio varios golpes. De pronto sintió el temor de que no quisieran abrirle. Esperó unos segundos y volvió a tocar con más fuerzas. Al fin la puerta se abrió apenas para aparecer el desencajado rostro de Lola quien, al

verlo, en voz baja, le pidió:

—Por lo que más quiera, señorito... márchese.

—¡No! ¡no me marcharé! ¡Le ruego que se aparte, porque de una manera u otra, voy a entrar! —voceó Diego agitado, sin importarle que la gente oyera sus gritos.

La vieja lo miró implorante.

—Aléjese de aquí; ellos... ahora están hablando y, si Juanjo lo ve a usted, se pondrá furioso. Por favor, no dañe más a mi niña; si él descubre la verdad, lo matará... y la matará a ella —rogó la vieja en voz baja.

—¡Cálmese, Lola! Nada de eso ocurrirá, se lo prometo. ¡Déjeme pasar!, tengo que ver a Soledad... protegerla de ese despreciable hombre —insistió Diego mientras la apartaba a un lado. De solo pensar que Soledad podía estar en brazos de su antiguo amor, sentía que la sangre le borbotaba en las venas.

—¡No intente hacer eso! —rogó la anciana a punto de derrumbarse. Con un hilo de voz agregó—: Si tanto quiere a mi niña... márchese, y así evitará una tragedia.

Lola, pálida y aterrada, acabó de cerrar la puerta para evitar que la gente mirara.

—¿Cómo me pide eso ,señora? ¿Tan cobarde me cree? —inquirió él, mientras se quitaba el sombrero—. ¡Soledad será mi esposa, y ese torero tendrá que aceptarlo!

Las últimas palabras del jerezano habían llegado nítidos a los oídos del Faraón, que se había quedado de pie en mitad de la escalera.

Dos hombres y una mujer

Apenas logró zafarse de las manos de tía Lola, Diego llegó hasta el enjalbegado arco de la puerta, que daba acceso al rellano de la escalera... y de pronto se detuvo en seco. Allí, tal como si lo esperara, estaba el torero con los ojos fijos en él. Los dos se midieron con la mirada.

—¿De modo... que ya estás aquí? —preguntó el Faraón riendo—, no te esperábamos hasta la noche. ¡Vaya con el mocito! ¡Sí que tienes agallas! —concluyó mientras bajaba los últimos escalones.

Diego, mirándolo con desprecio, dio unos pasos hacia el torero y, señalándolo con el dedo, prorrumpió airado:

—¡Caballero, creo que usted sobra aquí! ¡Soledad va a ser mi esposa! ¡y nada... ni nadie lo podrá impedir! Ambos nos queremos y, si yo fuera usted, dejaría esta casa de inmediato sin provocar escándalos.

Ante tamaña insolencia del jerezano, Lola cerró los ojos y comenzó a rezar una plegaria. Por su parte, el torero, al escuchar esas palabras, pronunciadas con tanta pasión por aquel arrogante «niño bien», que se declaraba enamorado de su novia, se quedó mirándolo boquiabierto. Después lanzó una carcajada.

—Debes saber, muchachito entrometido, que yo llegué a ella mucho antes que tú.

El jerezano, como si quisiera pulverizarlo, lo observó ceñudo.

—Y usted debería saber que lo importante no es quien llega primero, sino saber cómo llegar, sobre todo... al corazón de una mujer.

Juan José, con perfecto autocontrol, replicó:

—Reconozco que eres muy valiente, pero te diré que, para pretender casarte con mi prometida y plantarme cara de esta manera, demuestras tener más

agallas que cerebro.

El jerezano iba a responder, pero en ese instante, en lo alto de la escalera, vio emerger la figura de la Trianera, y se quedó paralizado. Sin pronunciar palabra, ella acabó de bajar y se detuvo en el rellano. Al ver la actitud sumisa de su amante, Diego sintió que los celos nublaban del todo su mente. Loco de rabia, apretó los puños con furia y gritó:

—¡Soledad!, ¿aún no le has dicho a este... hombre que tú y yo nos amamos y que planeamos casarnos? —Achicando los ojos, añadió—: ¿Es que no le has contado nada de lo nuestro?

Juanjo volvió la cabeza hacia ella y la miró fijamente. La Trianera, con aire desolado tras juntar sus manos sobre el regazo, bajó la cabeza. Lola, a la vez que apretaba el rosario entre las manos, cerró los ojos y continuó sumida en sus plegarias.

El torero, con notable irritación, apretó las mandíbulas y se aproximó al jerezano. A continuación, tal como si lo estudiara, paseó la mirada en cada centímetro de su anatomía. En esos cruciales instantes el único afán de Diego, al sentirse examinado por su rival, fue concentrar en la mirada toda la fiereza de la que era capaz.

La Trianera, pálida y desencajada, los miraba comparándolos, dándose cuenta de la diferencia que había entre ambos: aunque de igual estatura, Juanjo era mucho más fuerte y más experimentado en las luchas de la vida. Le llevaba a Diego ventaja en todo.

—¿Así que... conquese esas tenemos? —masculló el torero sarcástico. Con visible condescendencia, agregó—: Muchachito imberbe, ¿quieres casarte con ella aun a sabiendas de que es mi prometida? El jerezano se puso rojo de furia.

—Soledad ya no es su prometida —rebatió furioso—.Y no me llame «muchachito imberbe» en ese tono despectivo. Quizás soy mucho más hombre que usted.

Juan José, tras un gesto de agobio y francamente furioso, replicó:

—¡Lo que tú eres es un crío estúpido, que aún tienes las narices sucias!

—¡No le permito! —gritó Diego con el rostro lívido—. No aceptaré que usted me insulte, ni me humille delante de la mujer que amo... o me verá obligado a...

El torero lo miró retador.

—Obligado, ¿a qué?

—¡A defender a mi futura esposa... y también mi honor!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? —cuestionó Juanjo observándolo curioso, casi divertido.

—¡Como lo hacen los caballeros! —replicó iracundo el jerezano.

El Faraón volvió a reír con estrépito.

—¿Me estás desafiando a un duelo? —demandó señalándolo con el dedo.

Diego, a la vez que apretaba la mandíbula, asintió:

—Si usted no se retracta, no me deja otra salida.

—¿Y por qué quieres morir tan joven? Aún eres un pollito dentro del cascarón. Vamos, hijo, deja esos alardes de bravura, coge tu sombrero y, ¡echa ya a correr! ¿Qué esperas?

Ante las burlonas palabras del torero, Diego sintió un agobiante sofoco subirle a la garganta. No podía soportar tamaña afrenta, y menos delante de Soledad. ¿Huir de ese engreído patán?, ¡nunca! ¡Aunque en ello se le fuera la vida! Rabioso, mirándolo con desprecio, rebatió:

—¡El que se tiene que marchar corriendo de aquí es usted! Cuando hay dos hombres y una mujer... uno de ellos sobra; Soledad va a ser mi esposa. La bailarina parecía una estatua. Por más que lo intentaba, no podía moverse.

De pronto Juan José se puso serio; volviéndose hacia ella, le ordenó:

—¡Soledad!, ¡ven aquí!

Diego iba a decir algo pero, al ver que su amante obedecía el mandato del torero, las palabras murieron en su garganta. Mientras contenía la furia que bullía dentro de él, la vio descender los últimos escalones.

Ella llevaba la bata entreabierta por donde asomaban sus bien torneadas

piernas. Le pareció más bella y majestuosa que nunca, y al mismo tiempo más lejana, más fría... y más distante.

Al llegar abajo, los ojos verdes de la Trianera se encontraron con los de Diego mirándolo oblicuamente por debajo de las pestañas, y enseguida los desvió hacia el torero.

Este, con voz seca, le preguntó:

—Soledad, ¿tú deseas casarte... con este chicuelo?

—¡Le ordeno que no me llame así! —gritó el jerezano colérico mientras que, conforme pasaba el tiempo, su irritación subía de punto sin que pudiera hallar el modo de serenarse.

Los oscuros ojos del Faraón se encendieron furiosos.

—¡Mira, pequeño, ya me estoy hartando de ti! Da gracias a Dios que solo eres un niño; de lo contrario, en este momento ya tendrías la garganta cercenada.

—¿Cree que yo no sé defenderme? —le rebatió Diego con visible alteración—. ¡Sé muy bien de qué manera hay que tratar a los bellacos como usted!

Soledad, tras dar un paso adelante, se plantó ante ellos y exclamó:

—¡Basta! —El grito de la Trianera sobresaltó a los contrincantes—. ¡Diego, por favor, no digas una sola palabra más... y márchate de aquí!

El jerezano, mirándola con los ojos muy abiertos, le rebatió sorprendido:

—¿Qué? ¿Me estas pidiendo que sea yo... el que se marche?

—Sí, esta noche... o, cuando estés... más calmado, hablaremos —balbuceó ella.

Mirándola cejijunto, el jerezano exclamó:

—No, me niego a eso. Esto se arreglará ahora mismo. —A la vez que fijaba la mirada en el rostro de la Trianera, con gesto alterado, añadió—: ¡Soledad, dile a este engreído que tú eres solo mía! ¡Qué vamos a casarnos!

La bailarina, con el rabillo del ojo, miró a Juan José y le dio miedo. El torero parecía ya haber llegado al final de su paciencia y ya estaba dispuesto a echarse sobre su joven rival. Rápida, se interpuso entre los dos.

—Jerezano, por favor —le rogó ella sin mirarlo—, márchate ya. Me honra tu petición, pero eso... no puede ser. Eres demasiado joven... y yo he descubierto que... aún quiero a Juan José —acabó balbuceante.

Diego la observó con estupor.

—¿Qué dices? ¡Mientes! —gritó—. Es él quien, bajo amenazas, te obliga a hacerlo, ¿verdad? —No, nadie me obliga... ni tampoco me han amenazado. Es la verdad —dijo ella sintiéndose desfallecer.

Diego exteriorizó su asombro y, mientras movía la cabeza, miró fijamente a Soledad con una expresión en la que se mezclaban la incredulidad y el orgullo herido.

El torero, observándolo sarcástico, le gritó:

—¡Ya la escuchaste! ¡Como ves, niño, el que sobra aquí eres tú! ¡De modo que... lo mejor sería que te largaras de aquí por las buenas!

Diego se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar. ¡Su amor propio no podía soportar tantas humillaciones! Sin mirar a Soledad, el jerezano se aproximó a su rival; con evidente desprecio, sin siquiera pensar muy bien en lo que decía, exclamó:

—¡No me deja usted otra salida; para limpiar mi honor, y defender a mi futura esposa de la nefasta prepotencia que usted ejerce sobre ella... lo desafío a un duelo!

Soledad lo miró horrorizada.

—¡Diego! ¡Voy... a pensar que no eres más que... un niño irreflexivo y tonto! —refutó mientras escondía su miedo—. Cometerás una locura por nada. Yo no quiero casarme contigo —negó sacudida por un temblor.

—No mientas más, Trianera; sé que estás coaccionada por él... le tienes miedo. Lo puedo ver con claridad en tu mirada y en tu actitud —dijo él con extremada seriedad. El torero los observaba pensativo; una arruga le cruzaba la frente. Diego, volviéndose hacia él, expresó:—Busque usted a sus padrinos. Elija las armas, la hora, el lugar y...

La carcajada del torero lo interrumpió.

—¿Padrinos? Oye tú, niño bonito, déjate de pamplinas; vamos afuera y comencemos ya. Yo no necesito padrinos para matarte. Si quieres batirte conmigo, será a mi manera sin reglas ni protocolos de ninguna clase.

La bailarina había temido tanto que llegara ese momento que ahora este, como un castigo divino, se le presentaba ante sus ojos... con todo su horror. Las pocas fuerzas que le quedaban empezaban a abandonarla.

—¡Juanjo, por favor! Al menos tú... ten un poco más de sentido común — suplicó mientras miraba al torero con ojos angustiados.

Ninguno de los dos pareció escucharla.

—No puedo hacer eso —confesó Diego con los ojos fijos en el torero—. Antes de enfrentarnos, debo ordenarlo todo muy bien. Si llego a morir, tengo que dejar mis cosas perfectamente organizadas. Y también escribir una carta a mi familia. Esta tarde... estaré listo; lo esperaré a las ocho y media... donde a usted le parezca.

El torero, mirándolo de manera condescendiente, aceptó:

—¡De acuerdo! Nos batiremos a las ocho y media de la tarde en la Plaza del Triunfo.

—Muy bien, allí estaré. Elija usted las armas, ¿pistolas... o espadas?

—¡Navajas!

El jerezano tragó saliva. Aunque tampoco tenía experiencias en duelos con armas de fuego, al menos tenía muy buena puntería... ¡pero con las dagas su destreza era nula!

No obstante, replicó sereno:

—De acuerdo, será con navajas.

Ante la valentía de aquel jovencito, Juan José no pudo evitar sentir admiración. En ese momento, Diego se giró hacia su amante; envolviéndola en una mirada cargada de amor, le dijo:

—Soledad... te quiero, nunca lo olvides. Si quedo vivo, vendré a buscarte para casarme contigo.

Ella no pudo responderle, con un nudo en la garganta; con los ojos llenos de

lágrimas, se mordió los labios. Ante aquella escena, Lola, en medio de otra plegaria, se santiguó. El jerezano, girándose hacia el torero, con un dejo de altanería, le preguntó:

—¿Piensa usted quedarse mucho tiempo... en esta casa?

—Me quedaré el tiempo que me dé la real gana —contestó el Faraón como sacado de quicio.

De pronto la Trianera, volviéndose a plantar en medio de la sala, gritó colérica:

—¡No! ¡Él también se marchará de inmediato! Es mi deseo que ambos os vayáis juntos al mismo Infierno. ¡Exijo que me dejéis en paz! ¡Quiero estar sola! ¡Marchaos los dos... y mataos si así lo deseáis!, ¡Os prometo que al que muera le llevaré flores a su tumba y al otro lo visitaré en presidio! Diego, impresionado ante la sorpresiva reacción de su amante, en silencio cogió su sombrero y, a la vez que inclinaba la cabeza en señal de saludo, salió de allí.

Cuando la puerta se cerró, Soledad se desplomó en una silla; llena de furia, miró al torero y exclamó:

—¡Eres un... patán engreído!, ¡y un imbécil!

—Soledad, aunque me insultes, no me moveré de aquí hasta la hora del duelo.

—¡Tú no puedes batirte con él! ¡Es solo un niño! —gritó ella fuera de sí.

El torero, a la vez que daba un resoplido, profirió:

—¡Pues, a mi modo de ver... si cree que ya tiene la edad de quitarle la mujer a un hombre, la tiene también para morir por ella!

—No puedes hacer algo así, y menos en la Plaza del Triunfo —continuó ella con gesto furioso—, delante de todo el mundo. Si le haces daño, jamás podré perdonártelo. Además, irás a presidio y te pudrirás allí.

—Mujer... pero tú misma has visto que fue él quien me desafió —se defendió Juan José, mirándola ceñudo.

—Pero tú también has visto que solo es un jovencito irreflexivo, que se siente enamorado. En cambio, tú eres un hombre experimentado que se ha

equivocado mucho y ahora se supone... que sabe pensar con la cabeza. —Tras un corta pausa, Soledad, al cambiar el tono brusco de su voz, con un dejo de dulzura, añadió—: Por favor... no acudas a la plaza esta tarde, quedémonos aquí o, vayámonos a Carmona. ¿Recuerdas la posada donde fui tuya por primera vez?

El Faraón, mirándola suplicante, rebatió:

—¡Soledad!, no me pidas eso... aunque sea un niño se ha atrevido a quitarme la mujer, y no pienso quedar ante él, ni tampoco ante los demás, como un cobarde. Ella, a la vez que movía nerviosa la cabeza con gesto obstinado, contradijo:

—Ese joven... es de familia muy rica e influyente; si lo matas... o lo dejas mal herido, la justicia caerá implacable sobre ti.

El torero rio benévolo. Acercándose a ella, la tranquilizó:

—No temas, en ningún momento se me pasó por la cabeza matarlo... tampoco me considero un vulgar homicida. Solo le daré un escarmiento que no olvidará jamás. ¡Vaya niño... y parece muy enamorado de ti!

—¿Me prometes que no le harás daño? —inquirió ella con voz ansiosa.

—Te lo prometo, solo jugaré un rato con él; a un hombre como yo le resulta divertido cortarle las crestas a gallitos como ese.

Seguido a eso, dirigiéndose hacia la puerta, la abrió para llamar a voces a sus amigos. Tras unos segundos de bromas y risas, volvió a entrar.

—A las ocho estarán todos en la plaza. Nos divertiremos a lo grande —exclamó risueño.

Ella, observándolo con seria expresión, le reprochó:

—Claro...ver a ese jovencito vencido y humillado delante de tanta gente será para ti... y para todo tu selecto grupo... una diversión muy grata, ¿verdad?

—No lo dudes, pero solo será una inocente diversión —respondió él mientras la abrazaba por el talle. Después de besarla en los labios, sin importarle la presencia de su tía Lola que seguía con sus rezos, le susurró—: ¿Vamos arriba?, quiero amarte hasta quedarme rendido. Ambos tenemos que

recuperar el tiempo perdido. ¿Ya te lo dije, verdad?, te he traído infinidad de regalos. Soledad, no volveré a dejarte sola nunca más, lo juro por la memoria de mi santa madre.

La Trianera, sosteniéndole la mirada, le preguntó:

—¿Me sacarás de Sevilla?

—Lo que tú me pidas —respondió él—. Apenas termine mi contrato en la Plaza de la Maestranza, nos marcharemos de aquí. ¿Adónde quieres ir a vivir?

—Podríamos irnos a Córdoba.

—¡Perfecto! Allí venden un cortijo grande, del que me quedé prendado.

—¿Dejarás que mi tía Lola se venga a vivir con nosotros?

—Claro que sí, de mil amores.

Juan José se sentía feliz; de nuevo Soledad confiaba en él. Por su parte trataría de olvidarse de sus celos y de todo lo que le habían contado sobre ella. No haría más preguntas; se conformaría con pensar que su gachí siempre le había sido fiel. Además, tenía motivos para sentirse halagado; si ese jovencito, con aspecto de hombre experimentado que además parecía tan culto y distinguido, había perdido la cabeza por su Soledad hasta el punto de proponerle matrimonio, no cabía duda de que ella era digna, y valía la pena.

El jerezano salió de la casa de su amante, con una furia apenas contenida, sintiéndose humillado y herido en su amor propio. La calle le pareció un infierno; apenas traspuso la puerta, todas las personas apiñadas allí parecieron sorprendidas al verlo salir sin ningún rasguño. Enseguida un rumor de voces se esparció por el aire. Diego oyó que le gritaban: «¡Gallito petulante!», y otros adjetivos más. Sin hacer caso a nadie, siguió su camino.

En su cabeza aún le parecía ver la mirada de Soledad observándolo con gesto de disgusto, y visible menosprecio. ¡Y ahora ella estaba a solas con ese energúmeno! ¡Ahhh, ojala que ese patán no se atreviera a ponerle un dedo encima!

Pero, después de haberla escuchado hablarle con tanto desprecio, ¿podía tener confianza? ¡Claro que sí!, ella solo estaba temerosa. Ya le demostraría él

que podía ser más hombre que ese arrogante torero. «Tengo que darme prisa y ordenar mis cosas lo mejor que pueda», se dijo mientras apuraba el paso.

De pronto recordó a su abuelo y los consejos que este le había dado en su lecho de muerte: «Dieguito, nunca olvides las cuatro virtudes cardinales que un hombre bien nacido siempre debe practicar: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza».

—Lo siento, abuelo... sigo fallándote —murmuró con la garganta seca.

Para peor, al no haber podido comer nada en todo el día, la sensación de hambre le agarrotaba el estómago. Al darse cuenta del caos siniestro en que se hallaba, y sin casi tiempo de solucionar nada, un sudor frío le recorrió la espalda. Pero ya era tarde para lamentarse; su honor y su hombría estaban por encima de todo. En ese momento recordó que no tenía navaja, y de nuevo sintió un escalofrío. «Tendré que conseguir una lo antes posible. Pero... ¿dónde?, ¿quién podrá ayudarme en esto?, con seguridad, mis primos se negarán, y tampoco yo podré confesarles que estoy a punto de enfrentarme a un duelo a navajazos... aunque, claro... ellos no tardarán en enterarse; ¡diablos!, no tenía que haberme apresurado tanto en tirarle el guante a ese engreído torero. Ni siquiera pensé en los tíos... ni en mis padres. Debo confesar que los celos me han cegado jugándome una mala pasada. Tampoco tendría que haber aceptado citarnos en esa plaza siempre repleta de gente. Bueno, de todas maneras, si tengo que morir, ¿qué importa dónde sea?», acabó de decirse decidido a resolver sus problemas, con la mayor discreción posible. Cuando llegó a casa de sus tíos, se quedó paralizado. En el patio de entrada se hallaba uno de los carruajes de su padre. ¡Sí!, de eso no había duda. Ahí, con letras en relieve estaba escrito el nombre de la familia Ibáñez, de Jerez de la Frontera.

Don Pedro, acompañado de José, el cochero y de Gustavo, quien le había rogado que lo llevara con él, custodiado además por dos palafreneros, había llegado a Sevilla casi una hora después de que Diego había salido en dirección al barrio de Triana.

Don Julio y su esposa los recibieron nerviosos, con grandes muestras de

preocupación. Antes de que José terminara de quitarle los arneses a los caballos, don Pedro ya estaba al corriente de todo lo que sucedía en torno a los escándalos de su hijo.

—Hay que decir que los primeros días se comportó muy bien —prorrumpió doña Pilar en ese momento mientras se abanicaba el rostro con ademanes nerviosos. Sin cambiar de gesto, prosiguió—: Se levantaba temprano... y salía con su tío y sus primos a todas partes. Pero, desde que conoció a esa mujerzuela, comenzó a pasar las noches con ella... mientras que aquí dormía casi el día entero, de modo que ni siquiera comía con nosotros, ya que lo hacía a deshora, en la cocina, ante la complicidad de las sirvientas.

Don Pedro, con ademán agobiado, replicó:

—De verdad; Clemen y yo sentimos mucho que ambos hayáis tenido que soportar el mal comportamiento de nuestro hijo.

Rato después, el señor Ibáñez y don Julio se reunieron a solas en la biblioteca para hablar a solas del problema.

—Sí, Pedro, estamos muy preocupados —reiteró el dueño de casa, para añadir—: Diego está metido de bruces con esa mujer; él mismo me lo ha confesado: quiere casarse con ella. Este mediodía tampoco almorzó con nosotros... se quedó durmiendo en su cuarto. Y, cuando se marchó, era la hora de la siesta, por lo que Pilar y yo descansábamos. Julio nos despertó para contarnos que el Faraón, justamente hoy acababa de regresar... y que Diego, al enterarse, se había marchado a toda prisa a casa de la bailaora.

—¡Dios mío! Este hijo nuestro va a matarnos a disgustos. Oye, Julio, ¿no crees que deberíamos ir en su busca?

—Creo que... es mejor esperar un poco —reflexionó el dueño de la casa—, tu hijo querrá resolver sus problemas él solo. No te extrañe que, de un momento a otro, se presente aquí de la mano de esa mujer.

—Diego no cambiará nunca. ¿Y dices que ella es una bailarina gitana? —inquirió don Pedro, con expresión preocupada.

—Sí, y muy hermosa, pero tiene casi treinta años. Está comprometida con

ese famoso torero, desde hace ya muchos años.

Don Pedro, afligido, reiteró:

—Creo que sería mejor salir en su busca de él de inmediato.

—De acuerdo, nos tomamos algo, y luego saldremos hacia el barrio de Triana —expresó don Julio con la intención de no precipitar las cosas.

Tras una media hora, el sevillano, consciente del nerviosismo de su primo, mientras se ponía de pie, exclamó:

—¡En marcha, vamos a buscar a tu hijo! ¡Y que sea lo que Dios quiera!

Sentados en la galería, Daniel y Julio charlaban con Gustavo, poniéndolo al corriente de lo que ocurría en torno a Diego y a la bailarina. El recién llegado no salía de su asombro.

—Nuestro primo asegura que nadie podrá impedir su boda con ella —explicaba en ese momento Julio.

—Diego está loco; ya lo dicen todos: las mujeres serán su ruina —expresó Gustavo con remarcado dramatismo.

—No hemos querido asustar al tío Pedro, pero creemos que en estos momentos su hijo puede estar en peligro —volvió a decir el mayor de los hermanos sevillanos—. Si se topa con ese hombre... será fatal para él. Y no sabemos qué habrá pasado en el barrio de Triana, sin olvidar que ese es el territorio del torero. En ese momento se escuchó la voz de su padre advertirles:

—¡El tío Pedro y yo iremos en busca de vuestro primo!

Antes de que ambos llegaran a la puerta de calle, Daniel, asomado por el ventanal, exclamó:

—¡No hace falta! Diego acaba de entrar por el jardín, sano y salvo! ¡Ahora está observando el carruaje del tío! El señor Ibáñez suspiró aliviado.

Diego entró en la sala de manera precipitada. Al ver frente a él a su progenitor, se quedó perplejo, y solo pudo expresar:

—¡Padre, pero...!, ¿qué... hace usted aquí?

—¿Esa es la bienvenida que me das? —resopló don Pedro.

—Perdón, es que... estoy muy sorprendido, no imaginaba... verlo aquí.
¿Vino solo? —inquirió Diego conmocionado, mientras lo abrazaba.

En ese instante vio a su amigo y, con visible estupor, se acercó a él.

—¡Gustavo!, vaya... ¡qué sorpresa! —su desconcierto iba en aumento.

—Hola, Diego —respondió el nombrado, mientras le daba un abrazo.

Diego, a la vez que miraba intrigado a los recién llegados, replicó:

—No entiendo, ¿por qué estáis en Sevilla?, ¿ha pasado algo?

Doña Pilar se adelantó a su sobrino. Mirándolo severa, le confesó:

—Yo mandé llamar a tus padres.

Diego la miró ceñudo.

—Pero... ¿por qué?

—¿Y aún lo preguntas? —contestó ella, exaltada.

Don Pedro, mientras contemplaba a su hijo con ademán serio, le ordenó:

—Sube a tu cuarto y prepara tu equipaje de inmediato; he venido a llevarte a casa. Partiremos esta misma tarde.

Diego se quedó paralizado. ¿Qué había dicho su padre? ¿Que venía a llevárselo? ¿Justo ahora?

El señor Ibáñez, al ver que su hijo seguía sin moverse, en tono más enérgico, insistió:

—¿No me has escuchado? Ve a preparar tu equipaje; nos vamos a casa ahora mismo. ¡Empieza a moverte!

Las miradas de todos seguían fijas en Diego. Al fin este, tomándose su tiempo, caminó hacia su padre. Con gesto firme, le dijo:

—Perdóneme, pero... ahora no puedo irme con usted. Aún me quedan por hacer aquí muchas cosas.

—¿Qué cosas?, ¿los preparativos de tu precipitada boda... con esa bailarina de taberna? —preguntó don Pedro, entre sarcástico y furioso.

Diego, ceñudo replicó:

—Bueno, al parecer, usted ya está enterado de mi situación sentimental; aunque no era necesario decir eso de «bailarina de taberna» de manera tan

despectiva. Sí, pienso casarme con ella; por eso quiero que mi prometida se venga con nosotros a Cádiz.

—¡Jesús, María y José! —gritó la tía santiguándose visiblemente escandalizada, sin dar crédito a lo que escuchaba. Ante aquella rotunda confesión, don Pedro se quedó sin habla.

Sus primos, a la vez que sonreían maravillados, se miraron entre sí. Gustavo permanecía con la boca y ojos muy abiertos.

El señor Valenzuela, con un poco más de calma se acercó a su sobrino.

—Diego, en cosas como estas no hay que apresurarse —comenzó a decirle, en un intento de sondear la situación desde la sensatez. Con ademán reflexivo, continuó—: Ante todo, tienes que estar seguro, muy seguro de que de verdad... quieres a esa mujer por esposa. Y para eso nada mejor que una corta separación. Ahora hazle caso a tu padre y ve a preparar el equipaje.

Diego, mirándolo serio, volvió a replicar:

—Con todo respeto, tío, ahora no puedo irme a casa.

—Pero esa sería la decisión más acertada —repuso don Pedro, con evidente nerviosismo.

Diego insistió obstinado:

—No. Para mí esa solución no es la más acertada, y menos ahora.

Doña Pilar, entre nerviosos ademanes, se abanicaba el rostro, al tiempo que susurraba por lo bajo: «Virgen de los Desamparados. Pobre de mi prima Clemen, qué espanto de primogénito le ha tocado en suerte».

El dueño de casa miró a Diego. A continuación, dándole una cariñosa palmada en el hombro, preguntó:

—¿Podemos saber cuáles son tus proyectos? ¿Qué piensas hacer?

—Sacar de aquí a Soledad, llevarla a Jerez y allí... convertirla en mi esposa.

—Y... ¿ella está de acuerdo? —inquirió su tío.

—Pues... sí, claro.

—¿Y el torero? —volvió a insistir don Julio—. ¿La dejará partir así... por

la buenas, sin luchar por ella?

Diego, al mostrar en su rostro una mueca de furia, expresó:

—Lo que ese hombre piense hacer no me importa en absoluto. Soledad será mi esposa, y nada ni nadie lo va a impedir... «Bueno, a no ser que yo... caiga muerto durante el duelo», acabó diciéndose en medio de un violento escalofrío.

Doña Pilar, al tiempo que elevaba sus ojos al techo, volvió a santiguarse. Con la boca abierta los primos de Diego observaban admirados aquella escena en la que él era el principal protagonista. Por su parte los criados, a la vez que servían refrescos y bebidas, con disimulada complacencia no se perdían detalle de todo cuanto pasaba en el salón principal.

En ese momento don Pedro, desalentado, seguía con la mirada fija en su primogénito, mientras se decía abatido: «Está encaprichado y, conociéndolo como lo conozco, sé que de nada serviría ponerse en su contra». En un titánico esfuerzo, mientras intentaba esbozar una sonrisa, se propuso cambiar de táctica y aparentar acceder a lo que su hijo le pedía:

—Bueno, Diego... si deseas casarte con esa mujer... yo no me opondré.

Al escuchar las palabras de su primo, pronunciadas con tanta tranquilidad, doña Pilar, estupefacta, abrió tanto la boca que su mandíbula pareció descolgarse del todo. ¡Abismos de horror pasaban ante sus ojos! Con un hilo de voz, alcanzó a musitar:

—No... no puedo creer lo que escucho.

Gustavo y don Julio miraban a don Pedro asombrados.

—Gracias, padre —exclamó Diego mientras abrazaba jocosamente a su progenitor—. Sabía que usted al fin me comprendería, brindándome su ayuda. Le prometo que... después de mi boda me dedicaré a aprender de lleno el oficio de bodeguero, como usted siempre me lo pide.

—Me alegra escuchar eso —repuso don Pedro casi sin voz.

El reloj de la sala daba las seis y media de la tarde.

—Ahora el caso es que... —murmuró Diego con gesto preocupado.

«¡Debo darme prisa!, por desgracia no puedo confesar que dentro de dos horas tengo que batirme con el Faraón», pensó al notar que de nuevo un sudor frío corría por su cuerpo. Esa era ahora la cuestión: ¿qué dirían todos si se enteraran de que pensaba enfrentarse a muerte con un hombre mayor que él quien, además de su destreza para lidiar toros bravos, era muy diestro con las dagas? «Pero, incluso a riesgo de morir, no me echaré atrás ni dejaré que nadie se inmiscuya en esto», se prometió mientras trataba de recomponer su rostro.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó su padre.

—Solo que... estoy muy enamorado de Soledad, y que ella lo es todo para mí. Mañana, se vendrá con nosotros. Y en Jerez... o en Cádiz, donde mi madre y usted lo dispongan, organizaremos la boda... que será apoteótica, llena de esplendor.

Don Pedro, a la vez que intentaba contener la impaciencia, miró a su vástago.

—Diego, no me has entendido bien —murmuró en medio de un hondo suspiro—. Mi plan es que esta misma tarde nos marchemos a casa... y, una vez allí, lo organizaremos todo en familia. Una boda así no se arma de un día para el otro. Puedes enviarle ahora mismo un mensaje a ella, advirtiéndole que te marchas conmigo a Jerez para comenzar con los preparativos del banquete nupcial. Después, tu madre y yo te acompañaremos a buscarla. Me imagino que estarás de acuerdo con mi plan, ¿verdad? —concluyó con una cansada sonrisa.

Diego parpadeó varias veces, dándose cuenta de que ni siquiera había escuchado las últimas palabras de su padre. Su mente se hallaba en el dilema de cómo se escaparía de allí y dónde podría conseguir una navaja... y casi no le quedaba tiempo.

—¿Qué me contestas?

La voz de su progenitor lo sacó de sus atribulados pensamientos.

Con la preocupación marcada en su rostro, replicó:

—Mañana, padre, mañana nos iremos llevándonos también a Soledad. Ahora solo deseo pedirles perdón a todos por hacerles pasar estos malos momentos. Me gustaría que trataran de comprenderme: soy un hombre locamente enamorado y necesito tener a mi lado a la mujer a la que amo con toda mi alma, y con todos mis sentidos.

Doña Pilar, llevándose las manos a la cabeza, barbotó:

—¡Ay!, ¡que Dios nos coja confesados! ¡El «hombre» está locamente enamorado! ¡Enamorado de una gitana bailarina de taberna, que le dobla la edad! —Se giró hacia su primo y añadió convulsa—: Pedro, fijate la forma en que se expresa tu hijo, ¡es como si fuera el mismísimo Satanás hablando por su boca!

Sin hacer caso de su prima, el señor Ibáñez se dijo: «Tendré que ir a hablar con esa mujer, ofrecerle dinero... incluso rogarle para que se aparte de Diego». Don Julio, con la intención de suavizar aquel tenso momento, le ofreció a su primo otra copa de Brandy.

—Toma, Pedro, bébete esto... seguro que te reconfortará.

Diego miró la hora. ¡Tenía que darse prisa!, y con su padre, y toda la familia reunida allí pendientes de él, se le empezaban a complicar demasiado las cosas. En ese momento, desde fuera, se escucharon ruidos de cascos de caballos, y algunas voces de jóvenes que llamaban a gritos a Diego y a sus primos. Julio y Daniel corrieron hacia el ventanal.

—¡Es Juan! —gritó el mayor de ellos—. Viene acompañado de Mario, Rafael y..., ¡vaya, tenemos aquí a la pandilla entera!

Los dos hermanos se dirigieron a la puerta.

—¡Pasad!, ¡pasad! —gritaron entusiastas.

El grupo desmontó en el patio y, presurosos, se acercaron a los dos hermanos que, sonrientes, los aguardaban en la puerta. A los pocos instantes, mientras el grupo se dirigía hacia la entrada del salón, se escuchó la sonora voz de Juan, que preguntaba:

—¿Ya estáis listos para ir a la plaza? Porque vosotros también iréis,

¿verdad?

Julio, a la vez que detenía sus pasos, se volvió a mirarlo.

—¿A qué plaza? ¿A cual? —inquirió con sorpresa.

—¡A la Plaza del Triunfo! ¿Es que no... estáis enterados? —demandó Juan mirándolo extrañado.

—¿Enterados?, ¿de qué? —preguntó Daniel con gesto de intriga.

Juan, tras una estruendosa carcajada, prorrumpió agitado:

—¡Pues... todo el mundo lo sabe ya! ¡Demonios con tu primo! ¡Sí que tiene agallas!

—¿Qué pasa... con Diego...? —La voz de Julio apenas se escuchó.

—Pero... ¿de verdad, no lo sabéis? ¡Pues... que esta tarde, a las ocho y media en la Plaza del Triunfo vuestro primo va a batirse en un duelo a navajazos!, ¡nada menos que con el Faraón! ¡En la calle hay una gran animación; incluso ya hay muchos haciendo apuestas!

Si en ese momento en el salón de los tíos de Diego hubiera caído un rayo o explotado una bomba, eso no habría causado el mismo impacto que aquel comentario que había llegado nítido a los oídos de todos. Durante unos instantes, sobre los presentes se abatió un sepulcral silencio a la vez que las últimas palabras de Juan aún flotaban en el aire. De pronto doña Pilar miró horrorizada a su sobrino y al instante, a la vez que profería un largo: «¡Aaaahhh!», su cabeza cayó hacia atrás, presa de un inoportuno desmayo.

Don Julio y Gustavo observaban a Diego con remarcado estupor mientras este, mordiéndose los labios, apretaba puños y dientes sin saber qué decir, ni qué hacer. Tras recobrase del impacto, don Pedro, con voz quebrada le preguntó:

—¿Es... eso cierto?

Diego, mientras asentía cabizbajo, respondió:

—Sí, padre, no quería que os enterarais... y menos así. El antiguo prometido de Soledad, ultrajó mi honor de una manera muy... pero muy deshonrosa, y no tuve más remedio que... retarlo a un duelo; ahora no puedo volverme atrás.

Doña Pilar, que gracias a las sales que Eufemia le había hecho aspirar ya había recobrado la conciencia, miró horrorizada a su primo y, en medio de un sollozo, gritó:

—¡Ay, Pedro! ¡por favor... detén a tu hijo de la manera que sea!, ¡y llévatelo de aquí cuanto antes! ¡No permitas esa locura: aún es un niño! —fijó los ojos en su esposo y, con angustiosa voz, añadió—: Y tú, Julio, haz algo también.

—¡Claro que no permitiré esa locura! —replicó el señor Ibáñez. Con gesto amenazante se acercó a su hijo y barbotó indignado—: ¿Cómo puedes pensar en batirte a duelo?, ¡eres un chiquillo! ¡Además, esas practicas van contra la ley de los hombres y la ley de Dios!, ¡quítate de la cabeza esa atrocidad!

Diego, tras mover la cabeza repetidas veces, rebatió obcecado:

—Lo siento, padre... ahora no puedo volverme atrás; no soportaría quedar ante Soledad como un cobarde; si debo morir, que sea como un valiente.

Don Pedro, señalándolo con el dedo, le espetó furioso:

—¿Como un valiente? ¡Di mejor como un imbécil! Tú siempre actúas por impulso, sin dejar hablar a la razón.

Mientras Daniel y su hermano permanecían aún con la boca abierta, los amigos observaban asombrados aquel singular suceso.

—Vaya. Creo que metimos la pata —murmuró Juan un tanto incómodo.

—Pues sí, y al parecer aquí nadie sabía nada —susurró otro de ellos.

—Tampoco imaginábamos que el padre de Diego estaba en Sevilla, ni que toda la familia estuviera reunida en el salón —añadió Juan. Acercándose a su grupo, murmuró—: Bueno, nosotros punto en boca. Solo miraremos... escucharemos y nada más; como dice el dicho: «Que cada palo aguante su vela» —concluyó dispuesto a mirar todo sin intervenir.

En ese mismo instante, con semblante alarmado, don Pedro miró a su hijo y masculló:

—Diego, por favor, reflexiona, actúa con sensatez; regresemos a casa. Después, decidiremos lo de tu boda... te lo prometo.

—¿Cómo me pide eso, padre? Usted siempre me enseñó que un verdadero

hombre debe de enfrentarse al peligro cara a cara. Es mi vida y mi voluntad, y nadie me hará desistir de eso —terminó de decir Diego con gesto decidido.

El menor de sus primos, a la vez que hacía gestos un tanto espeluznantes, le previno al decir:

—¡El Faraón te mandará al otro mundo en un abrir y cerrar de ojos! En la primera arremetida te abrirá el vientre de lado a lado y te quedarás...

—¡Ay! ¡Daniel, cállate! —gritó doña Pilar reprendiéndolo.

El jerezano, ante el desalentador comentario de su primo, expresó:

—Yo también sé defenderme.

—¡Pero jamás te has batido en un duelo, ni siquiera sabes bien cómo usar una navaja! —replicó su padre—. ¡Ignoras el peligro al que te enfrentas!

—Y recuerda que ese hombre te lleva ventaja en todo —añadió don Julio.

—Siempre hay una primera vez para todo —retrucó Diego levantándose de hombros.

Don Pedro, a la vez que daba unos pasos hacia él, tomándolo del brazo, exclamó:

—Hijo, no puedo permitir esta locura; yo hablaré con ese hombre y...

—¡Ni lo intente! —prorrumpió Diego observándolo ceñudo a la vez que lo señalaba con el dedo—. ¡Le ruego que razone... y no intervenga en esto! A las ocho estaré en la Plaza del Triunfo dispuesto a cumplir con mi palabra. Ahora... con las disculpas de todos, tengo que ocuparme de algo importante.

Don Pedro se quedó desarmado. Era desesperante ver cómo su primogénito hacía que todas sus descabelladas acciones sonaran razonables para él. Diego, mientras evitaba mirar a Gustavo, se dirigió hacia donde estaba su primo Julio.

—Debo hablar contigo —le dijo y, acercándose a los recién llegados, agregó—: Con vosotros también, vamos fuera.

Todos se miraron sorprendidos; a continuación, sin hacer preguntas, salieron detrás de él.

Daniel le hizo una seña a Gustavo, y ambos siguieron al grupo. Don Pedro,

de pie en medio del salón, con los puños apretados se volvió hacia sus primos. En medio de un gesto de visible agobio, confesó:

—No sé qué hacer.

Doña Pilar replicó acongojada:

—Tienes que impedir que Diego... cometa este desatino.

—Lo sé —contestó el afligido padre—, ¿pero cómo puedo impedirlo?

—Pues, dándole una soberana paliza, que bien se la merece —respondió ella abanicándose el rostro con ademanes nerviosos—. Vosotros le habéis dado muchas alas, y ya se cree un hombre con derecho a todo. Sin comprender que es solo un niño caprichoso y cruel.

El señor Valenzuela, mientras negaba con la cabeza, aseveró:

—Mujer, esto no se arregla con una paliza. —Dirigiéndose a su primo, añadió—: Pero algo debemos hacer sin pérdida de tiempo. Pedro, ese hombre puede matar a tu hijo.

Doña Pilar, sin cambiar de actitud, exclamó:

—Denuncia a ese torero a las autoridades, o habla con él y pídele que renuncie a esta locura. Quizás él tenga más conocimiento que tu hijo.

—Sí, tendríamos que hablar con el torero y con la bailarina —expuso don Julio dándole la razón a su esposa—, ofrecerles dinero o intentar obligarlo bajo amenaza, si fuera necesario, a desistir de esta locura.

El señor Ibáñez seguía cavilando. De pronto, con inusitada ansiedad, les preguntó:

—¿Tenéis láudano?, aunque... claro, eso no surtirá el efecto que deseo —mientras miraba a su primo con ansiedad, agregó—: ¿Sabes dónde puedo conseguir... algún narcótico fuerte?

Los esposos se miraron. Tras unos segundos de confusión, don Julio, con semblante afirmativo respondió:

—Cerca de aquí vive un químico amigo mío. Con seguridad él podrá ayudarnos.

—Pues no perdamos más tiempo; consígueme una buena dosis de... algo

fuerte para dormirlo como un tronco. Si es posible, que su efecto dure varias horas... hasta que lleguemos a Jerez de la Frontera —irrumpió nervioso.

El dueño de casa tomó su sombrero y salió de allí de manera precipitada. En ese momento el grupo de jóvenes regresaba al salón.

—¿Adónde va mi padre? —preguntó Daniel intrigado.

Don Pedro, un tanto evasivo, contestó:

—Va... en busca de un médico amigo suyo... —Con forzada sonrisa miró a su hijo y, un tanto balbuceante, agregó—: Bueno... en fin, tu tío y yo... te acompañaremos a la plaza, y luego te dejaremos cerca de la plaza, allí, y el médico se... quedará con nosotros. Podemos necesitarlo... y que sea lo que Dios quiera.

Ante esas palabras, los jóvenes se miraron atónitos. Por su parte, Diego, luego de unos instantes de indecisión, dándole otro apretado abrazo a su progenitor, exclamó:

—Gracias, padre. Gracias de nuevo por su generosa comprensión.

—Pero recuerda que comprender no es aprobar... Solo espero que esta locura no nos cause una tragedia a la familia. ¿No has pensado en tu madre y hermanos? —agregó el señor Ibáñez con expresión dramática.

Diego se había quedado pensativo. Una arruga partía su frente. El preocupado padre, al advertir en su heredero un gesto de pesar, aprovechó para decir:

—Reconócelo, estás arrepentido de esta locura, ¿verdad hijo?

—No, tío —saltó Julio—, la aflicción de Diego es porque no tiene navaja, y ningún peón de mi padre quiere prestársela.

Don Pedro, tras pensar unos instantes, murmuró:

—Pídesela a José; ya sabes que nuestro cochero jamás se despega de la suya. —Su voz había sonado extrañamente calmada.

Diego lo miró con asombro. Dándose un toque en la cabeza con la mano, exclamó:

—¡Claro!, ¿cómo no lo pensé antes? —miró a los demás jóvenes y,

sonriéndoles a todos, agregó—: Vamos, se la pediré a José.

Su progenitor lo detuvo.

—Déjame antes hablar primero con él; de otra manera podría negarse.

Sin esperar respuesta, el señor Ibáñez se dirigió a las caballerizas. Gustavo no salía de su asombro; le parecía inconcebible que don Pedro de pronto estuviera de acuerdo en todo lo que su atolondrado hijo le decía. Incluso aceptaba un duelo a navajazos con un rival más avezado: «Joder, no entiendo nada. Hasta doña Pilar se ha quedado de pronto llamativamente callada sin montar sus característicos aspavientos; es como si todos los adultos se hubieran vuelto locos... pero bien locos», concluyó desconcertado.

El señor Ibáñez habló con su cochero. Minutos después José, acercándose a Diego con una sonrisa de complicidad, exclamó:

—Tome, señorito, aquí tiene usted mi navaja, y que esta le sea de gran ayuda.

—Gracias, José... mi padre ya te explicó, ¿verdad? Escucha, ¿podrías darme además unas rápidas lecciones? así las podré recordar para... ponerlas en práctica cuando llegue la hora; hace unas semanas estuve presente en un duelo a navajazos y me fijé bien... pero, claro, de ser espectador a protagonista hay diferencia, ¿verdad?

—Sí, señorito, mucha diferencia. Pero yo con gusto le daré algunas lecciones. Vamos al patio y podremos hacer unas prácticas.

Una vez allí, José le tiró a Diego una manta, mientras le decía:

—Tome, envuélvase con esta el brazo. —Mientras se ponía en actitud de ataque, le recomendó—: No olvide que siempre tiene que intentar anticiparse a las intenciones de su adversario. Todo depende de sus reflejos y de su astucia; como usted bien lo ha dicho, en un duelo se requiere sobre todo experiencia. Aunque yo he presenciado muchas victorias protagonizadas por novatos.

Don Pedro volvió a entrar a la casa encontrándose con doña Pilar, que rezaba a la vez que daba vueltas, entre las manos, las cuentas de su rosario.

Mirándola afligido, le dijo:

—Espero estar haciendo lo correcto.

Ella, tras detener sus movimientos, con ademán fatalista, le dijo:

—Claro que sí. Un padre siempre debe velar por la seguridad de sus hijos, sobre todo cuando estos carecen de sensatez y obediencia.

—Ojalá Julio consiga esa droga; tengo miedo de que... después de haber armado esta comedia venga con la manos vacías. Ahí sí que no sabré que hacer... Sin dejar de dar tocar las cuentas del rosario, ella asintió:

—No te preocupes: ese químico amigo suyo siempre tiene drogas de toda clase.

Don Pedro, retorciéndose ansioso las manos, repuso:

—Por favor, Pilar, ordena que tengan listo el equipaje de Diego.

—Acabo de hacerlo; también he ordenado que os preparen bocadillos para el viaje.

En ese momento llegó don Julio. Acercándose a ellos, asintió con la cabeza.

—Ya está —dijo guiñándole un ojo a su primo.

—¡Gracias a Dios! —apostilló el señor Ibáñez aliviado—, ¿te dio una dosis alta?

—Sí, es una nueva fórmula de diversas drogas, algunas traídas desde las Indias, creo que del Alto Perú; me aseguró que lo dormirá varias horas... al menos hasta que lleguéis a Jerez de la Frontera. El químico también me ha dicho que es inocua... salvo que al despertar sentirá mareos y alucinaciones y quizás, por uno o dos días estará muy confuso —acabó don Julio. Al ver que no había rastros de los jóvenes, preguntó—: ¿Adónde fueron todos?

—Al patio de atrás; José está dándole a Diego... lecciones de cómo usar la navaja en un duelo. Ya hablé con él; apenas Diego se duerma, saldremos a todo correr hacia Cádiz.

—Elige los caballos que precisas para el recambio; los tuyos deben estar cansados.

—Gracias, Julio, y perdonad los problemas que mi hijo os causó.

El dueño de casa le palmeó la espalda y, con una tenue sonrisa, le dijo:

—No te preocupes; lo importante es que todo salga bien.

—¿Cómo haremos para que tu hijo... se trague esto? —preguntó doña Pilar con el pequeño frasco en la mano.

—En un brindis con vino; el químico me aseguró que no cambiará el sabor —expresó don Pedro—: Tú ponlo todo en una copa y tenla apartada de las demás.

—¿Y si no se lo quiere beber? Como es tan contradictorio y testarudo... —se cuestionó ella.

—Se lo pediré yo; conmigo no se negará —replicó el señor Valenzuela.

Doña Pilar obedeció y, sin dudar, vació el contenido del frasco en una copa.

—No será una dosis demasiado elevada, ¿verdad? —preguntó don Pedro.

—No te preocupes, mi amigo está acostumbrado a preparar toda clase de drogas con mucho tino. Silencio... allí vienen todos —concluyó don Julio mientras disimulaba su excitación.

Diego, con una sonrisa entre los labios, seguido de la pandilla entraba al salón. A la vez que empuñaba la afilada navaja, digiriéndose a su padre, le dijo:

—He practicado algunos lances y aprendido varios secretos que espero me ayuden. José me ha facilitado también su manta. —Y, tras cambiar de gesto, poniéndose muy serió, agregó—: Padre, lo siento, pero... se acerca el momento de marcharnos. Y por favor... no se quede a mirar... si lo hace, me sentiré muy nervioso, y me costará desenvolverme en este mi primer duelo.

—No te preocupes... yo tampoco podría quedarme a verte... —repuso don Pedro con evidente nerviosismo.

El primo Julio, dirigiéndose a Diego, le dijo:

—Nosotros nos adelantaremos; os esperamos en la plaza.

—¡Tú no te mueves de aquí! —le ordenó su madre.

—Pilar, déjalos marchar... allí nos encontraremos todos —terció don Julio a la vez que le hacía un cómplice gesto.

Después de unos segundos, esta acabó por ceder:

—De acuerdo, puedes irte con ellos. —Girándose hacia su otro hijo, le ordenó tajante—: Pero tú esperarás a irte con tu padre... pero no quiero que te quedes a mirar...

—¡Vamos, camaradas! —gritó Julio. Y, mientras le dirigía a su primo un gesto de conchabanza, añadió—: ¡Hasta luego... y suerte!

—¡Adiós!, ¡nos veremos en la plaza! —repitió el coro de voces de los demás amigos mientras tomaban la salida.

—¡Allí nos encontraremos! —respondió el joven duelista.

Gustavo, con expresión meditabunda, no apartaba los ojos de Diego. En ese momento el señor Valenzuela abrió un botellón de vino y, después de llenar algunas copas, entre ellas la indicada, extendiéndosela a Diego, comenzó a decir:

—Sobrino, ya lo ves... como ni tu padre ni yo hemos logrado hacer que renuncies a esta locura, ambos seremos tus padrinos. Ahora, antes de marchar a la plaza... vamos a hacer un gran brindis para desearte mucha suerte, que seguro la necesitarás.

Diego, mirándolo serio, a la vez que negaba con la cabeza, murmuró:

—Tío, será mejor hacerlo a mi regreso. Bueno, eso... si regreso vivo. Ahora no creo que pueda ingerir nada. Tengo el estómago vacío y muy revuelto...

Daniel, haciéndole un gesto burlón, señaló:

—¿Estás asustado, verdad? Reconócelo; dicen que la antelación de la muerte es peor que la misma muerte.

—Eso es normal, cualquiera en mi lugar estaría igual —apostilló Diego con visible malestar.

En ese momento Gustavo, se acercó a su amigo; mirándolo ceñudo, alegó:

—Eres un loco irreflexivo; no tenías que desafiar a ese hombre a un duelo —y en voz baja, añadió—: Lo que no entiendo es cómo tu padre... y tus tíos, de repente...

—Gustavo, ya no hay tiempo para interpretar nada, ni tampoco para un

retroceso —le respondió Diego. Acercándose más a él, con gesto compungido, agregó—: Por favor, amigo, si llego a morir, dile a mi madre que... la quiero con toda mi alma, pero que el honor está ante todo. Y cuida de Lucero; no permitas que nadie lo monte. Déjalo pastar con libertad en la dehesa junto a Esquivo, y... cuida también de mis perros —estableció una breve pausa y, con una honda inspiración, añadió—: Ojalá que hoy la suerte esté de mi parte porque la voy a necesitar. Gustavo, con los ojos húmedos de lágrimas, se abrazó a su amigo.

—No hables así, ¡diablos! No puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad... —y para sus adentros, se dijo: «Aquí hay algo raro. Incluso doña Pilar ha empezado a actuar de manera muy extraña».

En ese momento don Julio se acercó de nuevo a Diego y, tras volver a ofrecerle la copa de vino, le pidió:

—Vamos, sobrino, no nos niegues un brindis... antes de marchar. Te hará bien beber de este jerez amontillado, tan añejo y vivificante. Con seguridad, al beberlo te sentirás lleno de bravura, casi como un Hércules —exclamó al tiempo que soltaba una nerviosa carcajada.

El señor Ibáñez le extendió otra copa a Gustavo.

—Ven a brindar tú también.

—Creo que no —comenzó a decir el joven; pero, al ver que don Pedro le ponía la copa en la mano, agregó—: Bueno, gracias.

Lo que más deseaba Gustavo en esos instantes era preguntarle al padre de su amigo: «¿Cómo es posible que usted esté de acuerdo en esta descabellada locura?, ¿es que no le importa la vida de su hijo?». Pero no pudo decir nada; don Pedro se apartó de él con rapidez.

Diego, con mirada vacilante, observaba la copa de vino que don Julio sostenía en su mano; estaba seguro de que, si ingería algo, terminaría descompuesto. De improviso, doña Pilar se acercó a él; entre una sucesión de ademanes nerviosos, le ordenó:

—No desprecies este brindis, vamos... coge ya la copa y bebe... con tu

padre y tu tío.

A Diego aquella situación también le parecía por demás extraña. Pero ya no quedaba tiempo para desentrañar nada de lo que sucedía a su alrededor. Y, una vez que tomó la copa, alzándola en alto, exclamó:

—De acuerdo... acepto ese brindis que será... por mi victoria y por Soledad.

—Muy bien —repitió don Pedro con un hilo de voz.

—Cuando la conozca, ya verá lo hermosa que es —siguió Diego embelesado a la vez que miraba a su progenitor. Seguido a eso, con la copa aún en alto, agregó—: Padre, voy a pedirle un último favor: si yo muero... no deje a Soledad en manos de ese hombre; convénzala para llevarla a Cádiz... y haga que allí ella... pueda tener un hogar y una familia.

Mientras hablaba, iba balanceando la copa de un sitio a otro, lo que provocaba en don Julio el temor de que pudiera volcarla. A la vez, don Pedro, con el alma en vilo, movía los ojos al vaivén de la mano de su hijo. Con la intención de acortar el tiempo, expresó ansioso:

—De acuerdo... de acuerdo. Lo que tú quieras, hijo mío, quédate tranquilo... y ahora, ¡a brindar se ha dicho!

Daniel, en una cómica expresión, dirigiéndose a su padre, preguntó:

—¿Y yo ? ¿Por qué no puedo brindar con vosotros?

—¡Tú, cállate! —lo reprendió su madre, mirándolo con dureza.

—¡Salud! ¡Hasta el fondo! —animó ansioso el tío Julio a la vez que bebía de su copa.

—Salud —replicó don Pedro mientras observaba complacido cómo su vástago se bebía de una sola vez todo el vino.

Diego dejó su copa vacía en la mesa; tras chasquear la lengua, murmuró:

—Tenía un sabor extraño.

—Como ya te dije, es un amontillado muy añejo —contestó el señor Valenzuela con una sonrisa de alivio.

El duelista acarició la navaja que llevaba en la cintura. Tras eso, tomó la

manta y, con esta sobre el hombro, se giró hacia su padre.

—¿Vamos?, quiero ser el primero en estar allí presente —expresó a la vez que esbozaba una nerviosa sonrisa.

—En marcha, entonces —propuso Daniel mientras tomaba la delantera. Seguido a eso, tras tirar de Gustavo, lo obligó a seguirlo—. ¡Vamos, con seguridad, la Plaza del Triunfo estará llena de gente haciendo sus apuestas!

Diego caminaba erguido entre su padre y su tío, que lo observaban con insistencia. Pero, antes de llegar al portalón de la calle, se tambaleó y, al instante, llevándose una mano a la cabeza, cayó al suelo desplomado.

Doña Pilar dejó escapar un chillido y, recogiendo las faldas, rápida, se acercó a ellos.

Al escuchar el ruido de la caída, y el grito de su madre, Daniel, que ya había traspuesto la salida seguido de Gustavo, volvieron sobre sus pasos. Con expresión alucinada, ambos permanecieron unos segundos atónitos mientras, sin dar crédito a lo que veían, observaban a Diego... que yacía inmóvil en el suelo cuan largo era.

Seguido a eso, los jovencitos corrieron hacia allí. Gustavo se acercó a don Pedro y, al notar en su rostro un gesto casi de alivio, no logró hacer ninguna pregunta, y quedó aún más confuso.

—¡Diablos!, seguro que el miedo lo ha tumbado. No estará muerto, ¿verdad? —preguntó Daniel en una mezcla de asombro y preocupación.

—No, solo está narcotizado. Ahora, sal del medio y no molestes —respondió su padre que, ayudado por unos criados, levantaban al desvanecido Diego.

—Rápido, hay que llevarlo al coche —barbotó don Pedro—. Gustavo, llama a José y a los peones; diablos, por un momento pensé que esas drogas no harían su efecto.

—Pero... ¿qué le han dado? —preguntó Gustavo, a la vez que miraba pasmado a don Pedro.

—Le hemos puesto en el vino algunos mejunjes para dormirlo; cuando

despierte, si todo sale bien... ya estaremos en Jerez. Prepárate a partir de inmediato.

Gustavo se echó a reír. «¡Ufff, que alivio! —se dijo al tiempo que recobraba la calma—. Ya me parecía a mí que don Pedro no podía permitir, ni mucho menos aceptar, una locura como la que intentaba hacer Diego».

Doña Pilar comenzó a dar órdenes a los criados para que bajaran el equipaje de su sobrino. De inmediato todos los habitantes de la casa entraron en una gran actividad. Daniel, sin que su madre se diera cuenta, salió a toda prisa en dirección a la Plaza del Triunfo. Después de buscar a su hermano y al grupo de amigos, apenas los divisó en medio de la muchedumbre, corrió hacia ellos. Mientras agitaba los brazos, les gritó:

—¡Hey! ¡Aquí todo el mundo!, ¡escuchad! ¡Nuestro primo no podrá venir...!

Los que lo habían oído enseguida lo rodearon expectantes.

—¿Qué ha pasado? Se ha echado atrás en el último momento? —preguntó Juan.

—¡Nada de eso! —replicó Daniel jadeante—. Todos estábamos ya en camino pero, antes de llegar a la cancela Diego, de pronto, cayó desplomado al suelo. Nos sabéis el susto tan grande que Gustavo y yo nos llevamos al verlo en el suelo, quieto como un muerto. Según mi padre, antes de salir lo obligaron a hacer un brindis, le dieron a beber un vino con drogas y enseguida se lo llevarán a Cádiz, así como está, ¡dormido como un tronco!

Julio miraba a su hermano como si no le creyera.

—¿Lo dices de verdad?

—Tan de verdad como que me llamo Daniel y que soy tu hermano.

—Ahora comprendo por qué de pronto todos aparentaban estar tan conformes —expresó echándose a reír.

El rumor de lo ocurrido al jerezano de inmediato se extendió por toda la plaza y alrededores.

En el barrio de Triana, el Faraón, que ya se preparaba para salir, escuchó que desde fuera lo llamaban a gritos. Apenas se asomó al balcón, sus amigos,

entre risas y burlas, le contaron que el señorito jerezano no acudiría a la cita porque su padre, que había llegado esa misma tarde desde Cádiz, acababa de narcotizarlo para llevárselo con él a su pueblo.

—¡Eso solo son patrañas del niño para evitar enfrentarse a mí! —exclamó el torero con una carcajada. Y volviéndose hacia Soledad, añadió—: Ahí tienes a tu *señorítin*, mira qué pronto se ha acobardado y ahora huye como una niña asustada.

El señor Urquijo, que se hallaba en la sala junto a Soledad, con voz aliviada, expresó:

—Mejor así... quizás de este modo te has salvado del presidio.

Juan José, mirándolo muy serio, manifestó:

—Don Salvador, yo no pensaba matarlo; solo iba a jugar con él y darle un susto.

—Ah, ¿y si ese muchachito, que al parecer es muy diestro en peleas... y por lo que he oído también con todo tipo de armas, hubiera intentado acabar contigo? —reflexionó su apoderado—. Y ahí tú, con toda seguridad te habrías visto obligado a defenderte... y quién sabe cómo hubiera acabado todo.

Soledad, al oír aquella noticia, recobró el color de su rostro a la vez que una intensa calma se extendió por todo su cuerpo. «¡Gracias, Dios mío! —se dijo con los ojos cerrados—. Adiós, Diego... siempre estarás en mi corazón; mi hermoso niño hombre, mi amante inolvidable. Agradezco tu discreto y varonil comportamiento y que, en ningún momento hayas hecho alardes en torno a la pasión tan grande que ambos hemos vivido. Ni siquiera un grosero comentario, ni una insinuación alabanciosa. Te deseo la mejor de las suertes; ojalá nunca cambies en tu manera de ser de persona íntegra... de hombre bien nacido. Estoy segura de que algún día encontrarás a la mujer de tu vida, y de que esta será muy feliz a tu lado».

Esa noche Soledad ya no bailó en la taberna de su tío. Y Juan José, dispuesto a tejer junto a ella un hermoso futuro, le juró de rodillas no volver a separarse jamás de su lado. Y, aunque las maliciosas murmuraciones contra Soledad, la

de Triana, poco a poco fueron cesando, los versos de las coplas que hablaban de aquel «escandaloso y desigual romance» entre un joven aristócrata y una bailaora gitana, muchos años mayor que él, prometida a otro hombre, seguirían cantándose por muchos años más, hasta llegar incluso a formar parte del folklore andaluz.

Ese mismo atardecer, don Pedro y Gustavo, junto a su comitiva, salieron de Sevilla, llevándose a Diego completamente dormido. Al verlos partir, doña Pilar respiró aliviada; por el contrario, sus hijos se quedaron muy tristes y apesadumbrados. Durante el viaje, de vez en cuando, don Pedro, al observar el estado de su hijo de absoluta inconsciencia, un tanto preocupado procedía a verificar sus signos vitales. Seguido a eso, tras comprobar que su respiración era normal, se tranquilizaba. Cuando llegaron a Jerez, Diego aún dormía sin interrupción.

Doña Clemencia, al ver el estado en que llevaban a su hijo echado sobre el suelo del coche en completa inconciencia, comenzó a llorar. Realmente, en esos momentos el joven durmiente presentaba un aspecto lamentable.

—¡Cielo santo!, ¿qué le pasa a nuestro hijo? —exclamó con notable angustia.

Pastora también se echó a llorar asustada. Don Pedro se apresuró a calmarlas.

—¡Tranquilas! Solo está dormido —corroboró—. Tuvimos que narcotizarlo para poder traerlo de vuelta a casa. Apenas os cuente lo que intentaba hacer, lo comprenderéis todo.

El señor Ibáñez, ayudado por José, y dos criados más sacaron del coche a Diego, que ni siquiera se movió. A duras penas, lograron subirlo a su cuarto.

Cuando todos se tranquilizaron, don Pedro, después de refrescarse, les contó toda la odisea hasta el momento de tomar la drástica decisión de hacerle ingerir una fuerte dosis de drogas hasta dejarlo inconsciente.

Dos horas después, Diego, con el estómago revuelto, la garganta seca y la mente extraviada, comenzó a volver en sí. Lentamente abrió los ojos. Todo

parecía estar fuera de foco. Durante unos instantes fue presa de violentas arcadas hasta que poco a poco los espasmos comenzaron a calmarse.

Tras un gran esfuerzo, trató de poner en orden las ideas. Con expresión desorientada, paseó la mirada por la habitación, donde su familia lo rodeaba observándolo llenos de ansiedad mientras él, a la vez que mostraba en su rostro una actitud bobalicona, les sonrió a todos.

De pronto pareció darse cuenta de que no estaba donde debería estar. Sucesivos estremecimientos se adueñaron de él hasta erizarle el vello. Quiso sentarse pero, al intentarlo, sintió vértigos y la visión más desenfocada: todo daba vueltas a su alrededor. Aturdido, volvió a dejar caer la cabeza sobre el cojín. De repente, tras una agónica exclamación, se sentó en la cama. Mirándolos a todos extrañado, con voz gangosa preguntó:

—¿Qué... ha pasado?, ¿estamos... en Jerez? Pero... ¿cómo llegué aquí? No me... acuerdo de nada. ¿Acaso... caí herido en el duelo?, ¿dónde... está Soledad?

Don Pedro, con el rostro extremadamente serio y la voz vacilante, le confesó;

—No... no caíste herido... ni tampoco participaste en ese duelo. Yo... te traje a casa; no me quedó otra opción que hacerlo.

El joven, a la vez que abría muy grande los ojos, prorrumpió:

—¡No puede ser!, ¿cómo? ¿Cómo he venido a parar aquí? ¡No logro recordar nada!

—Te traje de la única manera que se me ocurrió —replicó don Pedro, para enseguida agregar—: Narcotizándote; preferí traerte así, y no en un ataúd.

Diego, tomándose la cabeza con las manos, empezó a gritar:

—¡Ahora comprendo!, ¡ese brindis... tan insistente fue una encerrona que me tendieron todos! ¡Dios, no puede ser! ¡El duelo!, ¡Soledad!, ¿cuánto hace que estamos aquí? ¿Cómo pudo ser capaz de hacerme esto? —acabó extenuado.

—Tuve que hacerlo, hijo, tendrás que asimilarlo; piensa que quizás te salvé la vida —respondió don Pedro con notable ansiedad.

—¿Pero de qué me sirve ahora la vida, si estoy cubierto de vergüenza?! ¡He perdido el honor y mi hombría!, ¡y la he perdido a ella! ¡Íbamos a casarnos! ¡Usted ha destrozado mi vida! —vociferó a la vez que miraba a su padre con rencor.

Sus hermanos, junto a Pastora, observaban la escena en silencio. A continuación doña Clemencia, muy seria, se acercó a él y, tras mirarlo con expresión entre dolida y reprobadora, le recriminó:

—Calla, hijo... por favor, no le hables así a tu padre; ibas a batirte con un rival que te llevaba ventaja en todo.

—Yo no le tenía miedo...

—¿Pero yo sí! —voceó don Pedro.

—¡Me siento humillado y ultrajado! —se lamentó el joven con visible alteración. Dirigiéndose a su progenitora, agregó—: ¡Estoy locamente enamorado de Soledad y la he perdido para siempre! ¡Ahora... ella estará a merced... de ese... maldito torero! —acabó la frase con un entrecortado sollozo.

Doña Clemencia, tras cambiar de expresión, a la vez que le acariciaba cariñosa la mejilla, le dijo bajito:

—Diego, tú no sabes la cantidad de veces que te sentirás locamente enamorado, hasta que termines de madurar.

—¡No, nunca más volveré a sentir lo mismo! La he perdido para siempre. Soy un incomprendido... lo que me han hecho es algo imperdonable —se quejó mientras sepultaba la cara en la almohada. Luego, mirándolos con rencor, persistiendo en su irritación, añadió—: ¡Marchaos todos... todos! Quiero estar solo. Su madre, dándole un beso en la mejilla, volvió a decirle:

—Llegará un día en que te darás cuenta de que tu padre hizo lo correcto. Diego, no quiero que vuelvas a desafiar a nadie a un duelo; va contra Dios y contra la Iglesia. Más tarde vendrá el padre Manuel para hablar contigo.

El joven no respondió, quedándose muy quieto, con los ojos cerrados. Durante un largo tiempo, Diego permaneció hosco, sumido en un llamativo

ostracismo. Gustavo y algunos de sus amigos, entre ellos Carlos Temple, iban a verlo todos los días para tratar de hacerle olvidar su «dolorosa pena de amor». El primero de ellos se pasaba el rato dándole consejos, asegurándole que muy pronto ese enamoramiento se le pasaría y que la visión de aquella mujer acabaría por esfumarse perdiéndose en el olvido.

—Ya lo dice el dicho: «Fuera de la vista... fuera del corazón» —repetía Gustavo palmeándole la espalda.

A esto Diego exclamaba molesto:

—¿Tú qué sabes?! ¡Yo sufro con mi corazón, no con el tuyo!

Con el paso del tiempo, Diego empezó a relajarse y, aunque aún permanecía dolido, poco a poco volvió a retomar su vida. En el mes de julio se marchó a Cádiz, pero la estancia allí enseguida le resultó demasiado penosa; aquella lúgubre casona era un desapacible refugio en el que ni siquiera la cariñosa presencia de tía Nati lograba reanimarlo.

Extrañaba a su abuelo más de lo pensado y sabía que, sin él ahí, nada volvería a ser igual.

Durante esos días decidió escribir a sus primos de Sevilla rogándoles que le contestaran de inmediato, poniéndolo al corriente de lo que sabían sobre Soledad.

Con el deseo de distraerse, comenzó a vagar por las playas en compañía de sus amigos marginales y también junto a Dionisio, que reemplazaba, en parte, la falta de don Ignacio. El viejo marino escuchó la historia de amor de su joven amigo en silencio, mientras dejaba que este se desahogara.

—Todos se unieron en esa maldita confabulación, que mi padre urdió, para separarme de la mujer que amaba —acabó de relatar lleno de pesar.

—Tu padre hizo lo que creyó correcto.

—No tenía derecho —replicó Diego obstinado.

El anciano, tras negar con la cabeza, aseveró:

—Tu padre tenía el derecho y obligación de salvarte.

Diego, mirándolo dolido, lo contradijo:

—Pero... ¿no te das cuenta? Me trató como a un niño; yo podría haber vencido a ese torero.

—Diego, aún eres un joven vulnerable e inexperto —comenzó a decir el anciano, con voz suave—. Todavía te falta adquirir mucha más experiencia. Cuando logres eso, la sensatez y el dominio estarán anteponiéndose a tus actos, que hoy son tan irreflexivos.

—Dionisio, yo estaba enamorado... muy enamorado —confesó el jerezano a la vez que miraba a su viejo amigo con tristeza.

—«Estabas», lo has dicho bien. Estoy seguro de que su recuerdo ya no te duele tanto.

—Claro que me duele —replicó Diego con gesto pertinaz—, me duele mucho y nunca la podré olvidar, jamás... —repitió, con una expresión mezcla de rabia y angustia.

Un tiempo después, quizás ayudado por la misteriosa alquimia de la que estaba formada su esencia, poco a poco las penas y el dolor de Diego, tal como lo había asegurado Dionisio, se transformaron en indiferencia... a la vez que sus impetuosos anhelos sexuales enseguida lo obligaron a buscar alivio en los brazos de cuanta mujer se le ofrecía.

Cuando llegó la carta de su primo Julio en la que le confesaba que Soledad y el torero se habían casado y se habían marchado a vivir a Córdoba, no pareció afectarle demasiado. Su primo también le hacía mención de lo mucho que lo extrañaban: «Siempre terminamos por recordar aquel caluroso atardecer en el que tu padre, en complicidad con el mío, te narcotizaron para sacarte de Sevilla. Muchas veces nos pasamos las noches hablando de ti. Eres nuestro ídolo; nuestro personaje inolvidable».

Tiempo después, el resentimiento que Diego sentía por su progenitor desapareció del todo.

Al término de las cosechas, y mientras Gustavo e Ignacio comenzaban su nuevo año escolar junto al tedioso don Sebastián, Diego y su padre se marcharon a Madrid para visitar a los tíos y a los primos. El reencuentro de

don Pedro con sus hermanos fue emocionante.

Por su parte Diego también disfrutó de volver a ver a sus primos madrileños, sobre todo a Aníbal, al que acompañaba en largas y divertidas reuniones con su extenso grupo de amigos mientras disfrutaba junto a ellos de largas partidas de billar y también en reuniones de ocio y cultura. Y como Aníbal, a pesar de su fama de serio y estudioso, junto a muchos de sus camaradas pertenecían a la *Tuna*, Diego, mostrándose entusiasta y divertido, los acompañaba durante todos esos pasacalles, a la vez que tañían guitarras y bandurrias en medio de alegres cánticos. Cuando menos se dieron cuenta, don Pedro y su hijo ya estaban de regreso en Jerez.

CAPÍTULO 3

Réquiem para un duelista

Si siguiendo con los recuerdos de Diego Ibáñez, a este, de manera irremediable, apenas cumplidos los veinte años, también le llegó el día de su primer enfrentamiento con navajas. Esto ocurrió a las afueras de Cádiz; nada más llegar, Diego se enredó con una joven de su misma edad, hija de un herrero que a su vez tenía un hermano mayor llamado «Julián», con fama de pependenciero y borrachín.

Tristana, a la que apodaban «Tana», era una bonita trigueña de ojos azules, muy seductora y coqueta. La joven, que trabajaba en una fábrica de hilados, tenía a todos los jóvenes de cabeza suspirando por ella. En el momento de conocer a Diego, se quedó prendada del apuesto jerezano. Y, como era de esperarse, a él le sucedió lo mismo. La relación entre ambos enseguida se tornó volcánica y demasiado pública.

Dos semanas le bastaron a Diego para darse cuenta de que Tana era demasiado controladora y vulgar, lo que motivó que enseguida se cansara de ella. Una tarde, armándose de valor, le confesó que ya no le apetecía estar con ella. Por esos días el jerezano tenía echado el ojo en otra mujer, a la que encontraba encantadora y muy discreta. Pero la hilandera despechada comenzó a perseguirlo por todas partes mientras profería juramentos, además de peligrosas amenazas.

Una noche, mientras Diego se hallaba reunido en una taberna junto a varios de sus camaradas de las riberas, Julián, el hermano mayor de Tana, se presentó allí. Plantándose en medio del atiborrado local, tras mirar a toda la concurrencia, comenzó a gritar:

—¡Vengo en busca del burlador de mi hermana! ¡Quiero ver si tiene cojones

para enfrentarse conmigo! —Al descubrir a Diego, señalándolo con el dedo, replicó—: ¡Eh, tú... señorito almibarado! ¡Te hablo a ti! —acabó vociferante a la vez que lo señalaba con el dedo.

Las últimas palabras de Julián se mezclaron con el quejumbroso sonido de las guitarras.

El jerezano, consciente de que era el blanco de todas las miradas, observó que, en la cintura del furioso hermano de Tristana, brillaba la empuñadura de una enorme navaja. Con ademanes cautelosos, tras pedir disculpas a la guapa bailarina que tenía sentada sobre sus rodillas, Diego se puso de pie. Sin demostrar alteración, se acercó a su retador.

—¿Y... qué quieres de mí? —inquirió suspicaz.

—¡Hundirte mi navaja en el cuello! ¡Canalla! ¡Te arrepentirás de haberte burlado de Tana! ¡Estoy aquí, dispuesto a limpiar su honor! —gritó el joven ofuscado, mientras añadía colérico—: ¡Te mataré! ¡Y luego de matarte, te cortaré la lengua... para que en tu camino al Infierno no puedas pedir clemencia a Dios!

La expresión del rostro de Diego poco a poco pasó del estupor indignado a la serenidad incommovible. Sin aparentar miedo, a pesar de que lo tenía, le rebatió:

—Estás en un error; yo no me he burlado de tu hermana. A decir verdad, jamás haría una cosa así.

Julián entrecerró los ojos, y furibundo, volvió a gritar.

—¿Y aún te atreves a negarlo...? ¡Señorito sinvergüenza! ¡Vamos... vamos afuera! ¡Allí hablaremos mejor! ¡Me muero de ganas de darte tu merecido!

En ese instante Diego sintió que alguien le tocaba el hombro. Al girarse vio a uno de sus amigos marginales que, con disimulo, le entregaba una navaja al tiempo que decía:

—Como veo que no llevas una, toma la mía y pónstela en la cintura, así no estarás en desventaja. Ya sabes cómo usarla, y ten cuidado que ese no juega limpio. Nosotros vigilarémos.

—No te preocupes, Ramón... y gracias —respondió el jerezano mientras cogía el arma colocándosela entre los pliegues de su faja.

Con los ojos fijos en su retador, exclamó:

—¡De verdad te lo digo... yo no me burlé de tu hermana!

—¿Y sigues negándolo? Me tienes miedo, ¿verdad? ¡Aparte de burlador resulta que también eres un cobarde! ¡Vamos... defiéndete como un hombre!

Diego, mirándolo muy serio, replicó:

—Bueno... si eso es lo que quieres... ¡te daré el gusto!

Un ensordecedor murmullo se alzó en todo el abarrotado local.

A continuación el jerezano, en completo silencio, se encaminó a la salida seguido de los demás parroquianos; ninguno de ellos estaba dispuesto a perderse tan emocionante combate.

En menos de un momento, la taberna quedó vacía.

Dirigiéndose hacia la titilante luz de una farola, Diego esperó a que su contrincante se le acercara. En su interior experimentaba una desagradable sensación de aturdimiento que le impedía pensar con claridad en lo que estaba a punto de hacer. Julián se detuvo muy cerca de él. Seguido a eso, entre los curiosos se abrió un gran redondel.

—¡Canalla! ¡Has deshonrado a mi pobre hermana! —masculló el hermano de Tristana, mientras lo miraba amenazante—. ¡Le prometí a ella hacértelo pagar bien caro... y es lo que pienso hacer...!

Diego, sin inmutarse, negó con la cabeza, y exclamó:

—¡Vuelvo a repetirte que yo no la deshonré!

—¡Al menos demuestra que tienes hombría! ¡Reconoce el daño causado y repáralo! ¡Ella me contó, llorando a mares que... tú le arrebataste su honra!

—¡Para que te enteres... mi hombría está intacta! ¡Y eso último que dices es mentira!

—¿Pero... es que vas a continuar sin reconocer que te aprovechaste de ella, quitándole su virtud? ¡Maldito petulante y engreído, burlador de mujeres indefensas!

El jerezano, señalándolo con el dedo, con aire furioso, recalcó:

—¡Repito!, ¡a tu hermana yo no le quité nada... que otros no le hayan quitado antes! ¡Y menos la honra! ¡Yo me doy cuenta enseguida cuando desvirgo a una mujer!

Ante las palabras de Diego, se formó un largo y opresor silencio.

—¡Te mataré, maldito embustero... difamador! —prorrumpió Julián encolerizado.

Con mirada intimidatoria, Julián desenvainó su navaja y, luego de tomar la manta que colgaba de su hombro, se la envolvió en el brazo.

Diego, tras quitarse la casaca, hizo lo mismo. Después, con la mirada fija en la afilada navaja que su rival blandía en la mano para intimidarlo, el jerezano sacó la suya. Tras exhalar una honda bocanada de aire, en medio de un ligero estremecimiento, se dijo: «Tengo que tener mucho cuidado. Este, como sea, querrá acabar conmigo y, si me descuido, puede dejarme herido de muerte». A la vez que esbozaba una desenfadada sonrisa, en su afán de esconder el temor que comenzaba a invadirlo, Diego se enfrentó a su rival.

Los dos contrincantes, al tiempo que daban algunos círculos, comenzaron a mirarse a corta distancia con franco desprecio. Los amigos del jerezano, que eran mayoría, le gritaban a este cómo debía manejar su brazo en una y otra arremetida... y así comenzó el temible duelo.

A cada estocada de los rivales, el sordo murmullo de los espectadores se alzaba estruendoso.

El grupo que alentaba al más joven se mostraba entusiasta de ver cómo este, pese a su poca pericia, se desenvolvía con destreza y habilidad, hecho que ponía a su adversario en constante alerta, obligándolo a ejecutar graciosas retiradas.

No obstante, Julián, en dos oportunidades estuvo a punto de clavarle el puñal en el pecho; alcanzó solo a rasgarle la camisa.

Tras más de veinte minutos de peligrosas arremetidas, Diego, luego de dar una certera embestida, acabó por hundir su navaja en el lateral del pecho de su

contrincante. El hermano de Tana, al sentir el impacto de la hoja en su carne, soltó la daga. Llevándose las manos a la herida, cayó de rodillas al suelo... y allí terminó todo. El primogénito de don Pedro Ibáñez protagonizó su primer duelo de manera victoriosa. Y, mientras todos lo ensalzaban, Diego comenzó a pensar en sus padres, en su abuelo y también en Dionisio... a los que enseguida intentó apartar de la mente a la vez que se dejaba adular por sus amigos que, en medio de alabanzas, lo levantaban en vilo mientras el otro grupo se llevaba al herido vencido y humillado.

Al día siguiente, cuando Natalia se enteró de la última «hazaña» de su sobrino, sufrió un prolongado desmayo. A su vez Dionisio, con visible desencanto, en cuanto tuvo la ocasión de tener frente a él a Diego, le reprochó su insensatez, tachándolo de temerario e irreflexivo.

Paradójicamente, tampoco el jerezano se sentía del todo feliz con su victoria. El estremecedor impacto de su navaja, al penetrar en la carne del hermano de Tana, martillaba sin cesar su cerebro, lo que le producía un agobiante malestar. Por eso durante varios días deambuló nervioso y pensativo.

Pero dos semanas más tarde, encontrándose aún en Cádiz, el jerezano se vio forzado a participar de una nueva pelea esta vez con espadas... y también a causa de otra mujer. Contra todo pronóstico, ya que su rival era un señorito perteneciente a la alta sociedad gaditana, mucho mayor que él y con una notoria fama de buen espadachín, Diego volvió a salir vencedor.

De ese modo, tras protagonizar otros victoriosos duelos, y sin que el jerezano se diera casi cuenta, su fama siguió en aumento, lo que motivó a muchos otros camorristas, y demás pendencieros a desear medirse con él en nuevos desafíos a navajas y espadas... Uno a uno, fue dejándolos, la mayoría de las veces, vencidos y humillados. Por fortuna, tal como si los hados lo protegieran, la suerte siempre parecía estar de su lado, por lo que su popularidad de invencible fue haciéndose cada vez más notoria.

No obstante, en varias ocasiones Diego también acabó siendo herido. Cada

vez que eso le ocurría, sus camaradas de inmediato lo transportaban a la casa de alguna de sus tantas «amigas» para que estas lo curaran prodigándole las debidas atenciones, y así evitar que su familia llegara a enterarse. Dionisio, ante la nueva condición de duelista y «camorrero» de su joven amigo, señalándolo con el dedo con notable disgusto, le repetía:

—Ahora ya es tu fama quien te precede. Pero ten cuidado: no olvides que las armas son manejadas por el miedo y por la cobardía.

Por su parte don Pedro, desde que había tenido constancia de todas las bravuconadas de Diego, ante la peligrosidad de esos enfrentamientos, comenzó a sentirse temeroso... ya que junto a eso también fue enterándose de que muchos padres, novios y también maridos temían enfrentarse a su primogénito en defensa del honor de sus hijas, prometidas o esposas por el miedo a las dimensiones del escándalo. Y todo aquello a don Pedro comenzaba a llenarlo de miedo y también de vergüenza. Al hablar con Diego de esa lamentable situación, el joven lo tranquilizó:

—Padre, no se preocupe; todo eso solo... es fama.

—¿Pero qué fama... ni qué narices? —le rebatió don Pedro mirándolo ceñudo—. ¡Para ti exponer la vida es como un juego! Incluso ahora tienes una especie de testamento en caso de tu muerte; el mismo notario me lo ha confesado...

—Usted bien sabe que en ocasiones un hombre se ve obligado a enfrentarse a un duelo de honor. Y lo del testamento... nadie tiene la vida comprada.

—¡Dios mío! —exclamó el afligido padre, a la vez que agregaba—: ¡No puedo creer que hables con tanta tranquilidad e indiferencia... de un asunto tan peligroso! ¡Deberías ir más a menudo a la iglesia y hablar con el padre Manuel!

—Por favor, quédese tranquilo —le pidió el joven palmeándole la espalda.

¿Que se quedara tranquilo?, reflexionó don Pedro; pero, con un vástago igual a Diego, con esa constante fascinación por el descontrol y la imprudencia, dominado por el insano placer de vivir siempre al límite, ¿cómo iba a estar

tranquilo?

Estremecido por un violento escalofrío, don Pedro acabó diciéndose: «¡Virgen Santa! Si esto sigue así, el día menos pensado pueden traerme el cadáver de mi hijo... y eso sería, para toda la familia, algo muy difícil de soportar».

Por su parte, doña Clemencia, pese a sus diarias súplicas para que Diego cambiara su manera de comportarse, al tener la firme y dolorosa certeza del constante peligro en el que vivía, cada noche se quedaba en vela en medio de plegarias hasta que lo escuchaba regresar.

Cada vez que viajaba a Cádiz, ella, junto a su hermana, programaban continuas misas pidiéndole a Dios protección para Diego y... también para que este se diera cuenta del daño que les causaba su díscolo comportamiento.

Pero al heredero de don Pedro aún le faltaba protagonizar su mayor desafío: un duelo a pistolas. A finales de enero del año siguiente, Diego se fue a pasar una nueva temporada en casa de su tía Nati y, de paso, interesarse por las tierras que su abuelo le había dejado al morir.

Nada más llegar, se enredó con una joven viuda, sin hijos, a la que había conocido un año atrás durante un incendio ocurrido en un exclusivo salón gaditano en el que el jerezano, junto a varias personas más, habían ayudado a extinguir el fuego y salvado a todos los que se habían quedado atrapados luego de bloquearse la puerta de salida. Ese día fue Diego quien sacó en brazos a doña Juana Hidalgo medio asfixiada y también el que la reanimó prestándole los primeros auxilios.

Cuando ella abrió los ojos y se encontró con el hermoso rostro de su salvador sucio de hollín, le dio las gracias muy conmovida. A partir de ese día, Diego, cada vez que iba a Cádiz, la visitaba en su palacete ubicado a las afueras de la ciudad... hasta que en una de esas continuas citas ambos acabaron transformándose en amantes.

Un tiempo después, aquella clandestina aventura se convirtió en un secreto a voces. Enterada la ciudad de aquel escandaloso romance, la situación de la

viuda se tornó pesarosa. Los soeces comentarios que se escuchaban dentro de la sociedad, a la que ambos pertenecían, eran difundidos por el propio cuñado de doña Juana, un terrateniente llamado don Gonzalo García de la Fuente, hermano de su difunto esposo.

Una noche, mientras Diego se hallaba en un salón exclusivo para caballeros acompañado de Fabián y Roque, dos de sus amigos pertenecientes a la alta burguesía de Cádiz, escuchó muy cerca de él a don Gonzalo calumniar sin misericordia a su excuñada a la vez que usaba contra ella palabras execrables, además de simuladas referencias a su amante.

Diego, al observar que los ojos de todos los presentes estaban fijos en él, rojo de furia se acercó al difamador y, señalándolo con el dedo, le increpó:

—¡Le ordeno a usted que se retracte! ¡Discúlpese de inmediato!

El señor García de la Fuente se puso de pie. A continuación, con sonrisa sarcástica, exclamó:

—¿Por qué habría de hacerlo? Solo he dicho la verdad. Y eso tú lo sabes muy bien. Doña Juana lleva una vida licenciosa... impropia de una honorable viuda. Además, mi difunto hermano murió angustiado por la vergüenza.

Diego resopló indignado.

—Su difunto hermano... que Dios lo tenga en la Gloria, y que no lo deje bajar de allí, murió a causa de su enfermedad, por tanto comer y beber sin control. Y puede que, angustiado por no poder satisfacer ni darle felicidad a su joven esposa, a la que prácticamente compró aprovechándose de que su familia estaba en la ruina. Reconozca que su hermano, además de mezquino e inescrupuloso, era un hacendado explotador y cruel.

Un numeroso grupo de hombres, entre ellos los amigos de Diego, que poco a poco los habían rodeado, escucharon aquellas palabras y se quedaron mudos de asombro. Don Gonzalo, rojo de furia, miró fijamente al jerezano, tal como si deseara fulminarlo.

—¿Cómo te atreves a decir eso...? —barbotó temblándole la voz—. ¿Justo tú?, ¡un petimetre engreído, acostumbrado a tratar con la chusma!

Diego, observándolo con desprecio, replicó:

—Y usted, ¿quién se cree que es? Ni más ni menos que un patán disfrazado de hidalgo. ¡Ningún hombre bien nacido puede calumniar a una dama, y menos en su ausencia, de la manera en que usted lo ha hecho!

—¡Le aconsejo que cuide sus palabras! —ordenó el señor García de la Fuente. Y, a la vez que apretaba furioso los puños, agregó iracundo—: ¡Y por si no está enterado, doña Juana no es una dama!

—¡Basta, señor! —rebatió Diego desafiante—. Por última vez le pido que se retracte de sus injuriosas palabras dirigidas contra doña Juana —terminó ofuscado—. ¡En mi presencia nadie habla mal de una mujer, y menos si esta es amiga mía!

Don Gonzalo, con ademán altanero, miró de arriba abajo a Diego, y expresó:

—Y muy amiga, ¿verdad?, de esas con las que se puede dormir. Ya he oído hablar de tu fama de donjuán barriobajero... amigo de ladrones y contrabandistas.

Diego sintió que enrojecía.

—Lamento no llevar guantes para tirarle uno a la cara... pero es mi deseo hacerle morder, una a una, todas sus innobles palabras —masculló con aire retador.

—¡Jovencito! ¿Me estás desafiando?

—Sí, señor, a menos que se disculpe delante de todos los aquí presentes, ahí queda mi reto —sentenció Diego enfurecido.

El señor García de la Fuente miró a su contrincante con detenimiento.

—¡Pero... yo no puedo batirme con un niño! Ni la ley ni mi prestigio no me lo permiten.

—¡No soy un niño! ¡Además, sé muy bien que a usted la ley nunca le ha importado nada! —prorrumpió Diego mirándolo con desprecio. Y en tono más bajo, agregó—: Y si hablamos de su honra... para mí la suya ya está desprestigiada.

Tras esas palabras, don Gonzalo, mientras levantaba altivo la cabeza,

exclamó por lo bajo:

—Mequetrefe barriobajero... te haré morder una a una tus palabras. —A continuación, sin dejar de mirarlo furioso, en tono más alto agregó—: ¡No me dejas otra opción!, y ya que así lo quieres... acepto tu «guantazo». —Tras quedarse unos instantes pensativo, añadió—: Como dentro de dos días tengo que viajar a Madrid, liquidaremos esto cuanto antes; si estás de acuerdo, nos batiremos a las siete de la mañana, ¿puede ser en la playa de la Caleta?

—De acuerdo. Allí nos veremos —repuso Diego mientras asentía con la cabeza.

—Perfecto: yo llevaré al médico —rebatía don Gonzalo. Seguido a eso, a la vez que miraba a su contrincante con visible menosprecio, preguntó—: ¿Prefieres espadas o pistolas?, tú estás acostumbrado a las navajas, ¿verdad?, pero eso, para mí, es de gente baja.

—Me da igual —replicó el jerezano con fingida indiferencia.

—Pues bien, que sea con pistolas.

A su pesar, Diego experimentó un ligero escalofrío: «¡Pistolas!», repitió para sus adentros. Él tenía excelente puntería, pero nunca se había batido con armas de fuego. Al tiempo que escondía su nerviosismo, con aire indiferente, le comunicó:

—Muy bien, llevaré mis propias armas.

—¡Yo también llevaré las mías! Mañana, antes de la hora indicada, estaré allí con mis padrinos y demás testigos —anunció don Gonzalo altanero—. ¡Ah!, si te arrepientes, me lo dices con tiempo.

—¡Eso ni lo sueñe! —contrapuso Diego dándole la espalda.

Y, seguido por sus silenciosos amigos, se dirigió a su mesa.

Segundos después, el murmullo de voces ensordecía el salón. Diego, luego de servirse una copa de vino, se la bebió de un trago. En ese momento, con los dientes apretados comprendió lo absurdo de su preceder al mostrarse tan vanidoso y camorrero. Y lo peor... de nuevo había olvidado los consejos de su abuelo... y los de Dionisio, a demás de las súplicas de sus padres.

Minutos después, ya repuesto de su fugaz sentimiento de conciencia, se acercó a sus amigos Fabián y Roque, que lo contemplaban muy serio. El primero de ellos, con expresión ceñuda, lo reprendió:

—¡Joder!, no hay duda: eres un perfecto discípulo de Marte. ¡Estás loco, Diego! Tan tranquilo e inmovible que te muestras la mayoría de las veces... y de golpe, te agarra esa furia homicida que te nubla el entendimiento. ¿Vas a batirte a un duelo de pistolas por defender a doña Juana, una mujer que... todos sabemos, no es una santa?

—Para mí es una gran dama. Y las palabras de don Gonzalo fueron denigrantes.

—Pero no había necesidad de desafiarlo a un duelo —le rebatió Fabián.

Roque, añadió:

—Y él tiene una muy buena fama de excelente tirador; el último de sus rivales no sobrevivió. Y tú aún no...

—No pensemos en eso —lo interrumpió Diego con notable nerviosismo—, lo importante ahora es encontrar quiénes pueden servirme de padrinos, y también uno o dos testigos.

—Por los testigos no te preocupes: yo te los busco de inmediato —repuso Roque dirigiéndose hacia un grupo de hombres que jugaban al billar.

Minutos después, regresó acompañado de dos jóvenes.

—Aquí tienes a tus testigos —le comunicó—. Creo que ya los conoces.

Diego los saludó a ambos, dándoles las gracias.

—Bueno, ahora nos falta lo más importante: conseguir los padrinos —agregó a la vez que miraba a todas direcciones.

Fabián, al tiempo que señalaba hacia el fondo del salón, le propuso:

—Mira... allí, en aquella mesa están sentados el señor Medina y el señor Ramírez jugando a las cartas. Podríamos preguntarles; ambos son muy amigos de mi tío; a lo mejor aceptan.

—Bien, entonces... vamos a hablar con ellos —repuso Diego sin mucho entusiasmo.

A pesar de que en un principio ninguno de los dos caballeros querían apadrinar al jerezano, ante los ruegos de Fabián y de Roque, estos terminaron por ceder. Tras arreglar los detalles para el duelo, los señores Medina y Ramírez volvieron a su juego; le aseguraron que a las seis y media de la mañana estarían en el lugar indicado.

Diego llegó a casa de su tía y entró por la puerta trasera. Eran cerca de las tres de la madrugada, y todo por allí se hallaba en silencio. Con pasos silenciosos, se encaminó al salón principal y se dirigió hacia la vitrina donde se guardaban las pistolas, muchas de estas de generaciones anteriores a su abuelo. Luego de observarlas, escogió dos de las más nuevas, bellamente ornamentadas, de las que sabía estaban en óptimas condiciones. Con cuidado las examinó minuciosamente; tras eso volvió a guardarlas en un estuche. Poco después subió a su habitación. Allí se desvistió y buscó la ropa que se pondría. Ni siquiera pensó en acostarse: sabía que los nervios no le permitirían dormir. A las cinco y media de la mañana ya estaba preparado.

Tras colocarse una capa negra sobre su traje, salió de la casa. Las húmedas y frías emanaciones de aquella alborada le provocaron un estremecimiento. Sus amigos lo esperaban en la Plaza de la Catedral, montados sobre el carruaje de Fabián. Cuando llegaron a la playa de la Caleta, las claridades eran aún muy difusas. Los señores Medina y Ramírez, además de los testigos, ya estaban allí; los recién llegados se unieron al grupo, que conversaba alrededor de una fogata. De su adversario no había señales.

Hacia lo lejos las gaviotas y otras aves madrugadoras ensayaban sus vuelos en cerrados círculos. En el cielo, las estrellas se diluían en la claridad indecisa del alba. De pronto, Diego, en medio de un estremecimiento, con la mirada puesta en la lejanía se preguntó: «¿Habrá llegado ya la hora de mi muerte?», bueno, sí... cabía la posibilidad.

Los curiosos comenzaron a llegar; Diego, a pesar de la poca luz reinante, descubrió a muchos de sus amigos marginales que le gritaban palabras de triunfante victoria. Minutos después, al mirar el cielo, Fabián murmuró:

—Deben de ser ya pasadas las seis y media, y el señor García de la Fuente sin llegar.

—Se habrá arrepentido —terció Roque.

—No creo: don Gonzalo no es hombre que se eche atrás —comentó uno de los padrinos, mientras examinaba las pistolas del jerezano bajo la luz de una candela.

En ese instante se escuchó el ruido de un carruaje que se acercaba por la arena. Apenas el cochero detuvo los caballos, don Gonzalo, junto a sus padrinos y testigos, además del médico, bajaron presurosos.

Diego miró al señor García de la Fuente que, con semblante pétreo, se despojaba de su elegante capa para entregársela a su cochero. Tras eso, a la vez que se dirigía a todos los presentes, con voz grave, exclamó:

—Me disculpo por la tardanza; tuvimos que buscar a otro médico; el mío se encontraba indispuesto. —Sin esperar respuesta, abrió el estuche de sus pistolas y, mientras se las entregaba a uno de sus padrinos, agregó—: Contrólelas y luego, muéstrelas a los demás testigos.

Unos minutos más tarde, el que oficiaría de juez fue dándoles instrucciones; de pronto, mientras detenía sus ojos en el duelista más joven, lo saludó:

—Hola, me llamo Ramiro Alcántara de la Fuente... soy primo de tu rival. No sé si me recuerdas... he estado varias veces en casa de tu tía Natalia, ya que mi esposa es muy amiga de ella. ¿Puedo saber cuántos años tienes en realidad?, sería una pena que tuvieras que reunirte con tu abuelo en la otra vida, siendo aún tan joven.

—No se preocupe por mis años; tengo los suficientes para saber lo que hago —respondió Diego con seria expresión.

—¿Seguro? —inquirió don Ramiro a la vez que mostraba en su semblante una mueca dudosa.

En ese momento, uno de los testigos de Diego, que se hallaba a su lado, mirándolo con notable ansiedad, exclamó:

—Ya sabes que... como «testigo de fe», en caso de que fallecieras durante el

duelo, yo sería el encargado de entregarle a tu familia... tu cadáver; de modo que... si eso sucediera, no quisiera tener ningún problema por tu corta edad.

—Señor Medina; cuando anoche usted y su amigo, el señor Ramírez aceptaron ser mis testigos, estábamos en la misma situación. ¿Es que ahora ambos van a arrepentirse?

—No, lo que sucede es que... luego de pensarlo mejor, creo que nos apresuramos a aceptar algo que... puede llegar a perjudicarnos —repuso el señor Medina.

Don Ramiro, a la vez que asentía con la cabeza, replicó:

—¿Comprendes ahora la responsabilidad a la que nos enfrentamos todos? Creo que lo mejor que podrías hacer es hablar con don Gonzalo y suspender esta locura.

—Su primo se niega a retractarse y pedir disculpas, de modo que ante los hechos ya no hay retroceso. —Dirigiéndose a ambos, con gesto convincente, agregó—: Les ruego que no tengan miedo de nada, y exijo que me traten como a cualquier otro caballero que se ve obligado a lavar su honor... en un enfrentamiento. Además... no sé si ustedes lo saben, pero este no será mi primer duelo.

Tras unos instantes de silencio, a la vez que los dos testigos se miraban con evidente agobio, el señor Alcántara de la Fuente exclamó:

—De acuerdo. Que sea lo que Dios disponga entonces. Te deseo suerte: la vas a necesitar.

—Gracias —repuso Diego con apenas un hilo de voz.

El día empezaba a clarear. De pronto, al volver la cabeza hacia atrás, donde se aglomeraban los curiosos, el jerezano palideció: entre el público descubrió al viejo Dionisio, que en ese momento lo observaba con fijeza. Nervioso, bajó la mirada y masculló por lo bajo: «¡Maldita sea! ¿Quién habrá sido el imbécil madrugador que le ha ido con el cuento?».

—¡Señores! ¡Aún están ustedes a tiempo de evitar esto! —se oyó gritar al «juez».

Diego se giró hacia don Gonzalo, y exclamó:

—Si usted se disculpa en público...

—¡Eso nunca! ¡Además, no he sido yo quien comenzó esto! —replicó el señor García de la Fuente, impertérrito.

El señor Ramírez, plantándose en frente de los dos contrincantes, les informó:

—Propongo que esta contienda sea un duelo a primera sangre, o sea... que, en caso de que ninguno dé en el blanco; si el desafiante (en este caso, don Diego Ibáñez), se considera satisfecho, el combate quedará acabado... y por consiguiente, el honor satisfecho.

—¡Acepto! —exclamó el jerezano con el brazo levantado.

Enseguida, los testigos de ambos rivales, dirigiéndose a los espectadores, les ordenaron que se apartaran lo más lejos que pudieran. Las pistolas eran custodiadas por los respectivos padrinos. Y llegó el momento. Uno de los testificantes, tras demarcar el suelo e indicar el sitio exacto donde los duelistas debían detenerse y girar, les pidió que se colocaran espalda con espalda.

—¡Contaré veinte pasos de distancia! —exclamó don Ramiro—. ¡Y, bajo las condiciones que ya hemos estipulado, con una señal previa, dispararán una sola vez!

De pronto Diego, con preocupación, se dio cuenta de que, apenas se volviera hacia su rival, los rayos del sol naciente le darían de lleno en la cara y lo cegarían. La gente seguía llegando al sitio de la contienda, atraída por la morbosa curiosidad de ver sangre. Los padrinos procedieron a cargar las pistolas.

—¡Suerte, muchacho! —le deseó el señor Medina entregándole la suya a Diego.

El jerezano le agradeció con un ligero movimiento de cabeza. Tras eso se quedó pensativo con la mirada puesta sobre el horizonte; se dio cuenta de que, en realidad, él no deseaba matar a don Gonzalo. Solo quería darle un

escarmiento para bajarle sus humos de superioridad que lo caracterizaban. «Pero estoy seguro de que, con toda seguridad, él disparará a darme sin titubear», acabó diciéndose.

Unos segundos después, tras una nueva orden, ambos duelistas, con las pistolas cargadas en la mano, dieron los pasos que dictaba el reglamento; luego se volvieron. Tal como Diego había temido, el reflejo solar lo cegó por un instante. Enseguida, a la voz de «¡Fuego!», ambos dispararon. Al acabar de apretar el gatillo de su pistola, Diego oyó el silbido de la bala contraria, a escasos centímetros de su cabeza.

De manera repentina, todos los presentes se quedaron paralizados al ver que don Gonzalo, llevándose las manos al pecho, caía de bruces al suelo. El médico corrió a atender al herido, mientras numerosas personas aplaudían vitoreando al vencedor. Diego de inmediato fue a interesarse por su rival, quien se encontraba rodeado de todos sus amigos. Don Gonzalo, sostenido por su primo, yacía inmóvil en la arena con los ojos cerrados, mientras el médico le revisaba la herida un poco más debajo del hombro derecho.

—¿Cómo está? ¿La bala le ha causado mucho daño? —preguntó con sincera preocupación.

—Aunque delicada, por fortuna, no reviste gravedad —respondió el galeno sin mirarlo.

El jerezano respiró aliviado... al menos aún no tendría que cargar con una muerte en su conciencia. A continuación, desentendiéndose del herido, buscó con la mirada a Dionisio, pero este había desaparecido.

Minutos después, Diego fue alzado en hombros por sus amigos que, en medio de gritos y hurras, aplaudían entusiasmados al tiempo que pregonaban a viva voz los innumerables méritos del vencedor. Pese al entusiasmo general, Diego permanecía apático; el horrible silbido de la bala que le había zumbado los oídos a escasos centímetros de su cabeza, continuaba produciéndole un extraño efecto mezcla de angustia y malestar. «¡Estoy vivo de puro milagro!», se dijo estremecido. ¡Pero... había ganado su primer duelo a pistolas!

Las celebraciones siguieron sin interrupción. Cerca de las nueve de la mañana, otro grupo de amigos, la mayoría de ellos compuesto por los jóvenes pendencieros de los arrabales, entre gritos y risas se llevaron a Diego en alto paseándolo por las calles de la ciudad, tropezándose con los tenderos y comerciantes que abrían sus negocios y con las señoras que iban a misa. Asustadas, se apartaban para dejar paso a la delirante caravana de revoltosos noctámbulos. A la vez, ante el descomunal jaleo, muchos balcones iban abriéndose dejando ver rostros soñolientos que, entre molestos y sorprendidos, observaban a los que vitoreaban con tanto alboroto. Como un río desbordado, el suceso corrió por toda la ciudad.

Cuando horas más tarde Diego estuvo frente a la hermana mayor de su madre, al verla tan descompuesta, con una sonrisa de niño bueno fijó su mirada en ella y, sin dejar de reír cariñoso, le dijo:

—No pasa nada, tía... como ves, estoy muy bien.

—¡Pero... podrías estar muerto! —prorrumpió ella— ¡Ay!, cuando se enteren tus padres... —acabó presa de un sofocado sollozo.

—No te preocupes, ya los tranquilizaré.

Natalia no parecía escucharlo.

—¿Pero... no te das cuenta de que no puedes continuar viviendo así... provocándonos estos terribles y continuos sustos? Piensa en tus padres, en mí... en todos los que te adoramos —acabó en medio de un ataque de incontrolado llanto.

—Tía... tranquilízate. Te prometo que... intentaré no provocar ningún desafío más. Ahora me voy a mi cuarto: necesito dormir. —Al ver que su tía se llevaba las manos al pecho, en una pose de graciosa teatralidad, señalándola con el dedo, agregó burlón—: No... por favor, no vuelvas a desmayarte de nuevo. Josefa me contó que hace escasos minutos ya tuviste uno.

Y de inmediato, sin escuchar lo que Natalia le decía, subió las escaleras.

Pese a sentirse tan cansado y soñoliento, Diego no logró pegar los ojos. Al

llegar la tarde seguía sintiéndose aún muy excitado. Sabía que su deber era ir a casa de Dionisio; lo peor ya había pasado, y él, con seguridad, lo esperaría más sereno. El viejo marino aguardaba la llegada de su irreflexivo y temerario amigo con un montón de argumentos y reproches.

Apenas estuvieron frente a frente, le dijo:

—¡Vana y loca juventud! ¡Ahhh, si tu abuelo levantara la cabeza, qué desilusionado estaría! ¡Diego, esto tuyo ya no es valentía... es pura arrogancia y presunción!

—Lo siento, Dionisio, no pude evitarlo. Ese hombre me insultó de una manera que... me vi obligado a... actuar para limpiar mi honor, y también el de una amiga mía muy querida.

Después de mirarlo, durante unos instantes cejijunto, el anciano rebatió:

—Pero... esa amiga tuya ya tenía el honor manchado antes de que tú la conocieras. Amiguito, los duelos... aunque nadie lo quiera reconocer, son algo así como un doble crimen. Además de eso, el duelista atenta fría y deliberadamente contra la vida de un semejante, de manera inútil y sin provecho de nadie.

—Pero, Dionisio... ¿y el honor? —inquirió Diego mirándolo con visible afectación—. ¿Dónde queda el honor si uno no lo limpia de esa manera?

—¿De qué honor me hablas? Eso solo es orgullo herido y vanidad —replicó el viejo con un negativo movimiento de su cabeza. Estableció una corta pausa y, luego de mirar a su joven amigo muy serio, le preguntó—: ¿Sabes cuántos duelos has protagonizado aquí, sin contar los que tuviste en Jerez... ni tampoco las peleas a puñetazos?

Con ademán apesadumbrado, Diego negó con la cabeza.

—No lo sé, nunca los conté.

—Te lo diré yo: doce a navajazos, cinco con espadas y este último con pistolas; hasta ahora has tenido suerte, pero los hados no siempre están con nosotros. Debes evitar querellas tan peligrosas; la vida es algo muy sagrado... incluso la de nuestros enemigos.

El jerezano escuchó el sermón de su viejo amigo con el respeto que él se merecía, a sabiendas de que, en cuanto sus padres llegaran a Cádiz y se enteraran de todo, pondrían el grito en el cielo.

Una semana después, el señor García de la Fuente, apenas se repuso de su herida, se marchó a Madrid y, por lo que se rumoreaba, no tenía pensado regresar en mucho tiempo. Y junto a eso, al poco tiempo, doña Juana Hidalgo, abrumada por las murmuraciones, vendió todas sus propiedades de Cádiz y abandonó la ciudad para refugiarse en su finca de Extremadura.

Con ese nuevo duelo a pistolas, la abrumadora popularidad de Diego fue en aumento hasta salir de las fronteras de Cádiz. Y, apenas esa fama de audaz guerrero llegó a los campos, la gente humilde, al reunirse por las noches a la luz de las hogueras, comenzó a relatar, junto a los cuentos y leyendas de siempre, las andanzas del heredero de don Pedro Ibáñez mientras expresaban a viva voz: «Ese don Diego es único. Hombre sobre el cual deja caer su puño, seguro que cae redondo al suelo, privado de conocimiento. Y, cuando se enfrenta en un duelo, con cualquier arma... hasta con pistolas, siempre logra salir victorioso hasta dejar, la mayoría de las veces a todos sus rivales heridos y humillados. Tampoco hay que olvidar que es el mejor jinete de toda la región en varias leguas a la redonda. ¡Petro cerril cuyos lomos abarquen sus piernas de acero, ya puede este encabritarse, morder el aire y echar espumarajos de furia por la boca ya que, antes de lograr liberarse del peso de su domador, siempre acaba vencido y jadeante!».

A finales de julio de 1802, una sorprendente noticia recorrió toda España: en Madrid, de forma inesperada y, sobre todo extraña para la opinión de muchos, había fallecido la duquesa de Alba, viuda del duque de Medina-Sidonia.

A los pocos días, la familia Ibáñez recibió desde Madrid una carta de doña Antonia en la que, muy afectada, les informaba de varios detalles sobre la repentina muerte de su entrañable amiga. En uno de sus párrafos, a la vez que dejaba entrever su gran aflicción, la hermana de don Pedro se explayaba: «Todo ha sido tan inesperado que aún no he podido reponerme. De verdad, su

muerte nos ha dejado a todas sus amigas... incluso también a muchos de sus enemigos, muy consternados. Hoy me he enterado de todos sus títulos nobiliarios... nada menos que treinta y uno; sin contar los de su extinto marido, que suman otros veinticinco más. Y, sin embargo, ella era tan sencilla y campechana y tan generosa que cuesta creerlo. Dicen que su testamento está a favor de su hermanastro y de María de la Luz, su hijita de color que fue adoptada, además del hijo de don Francisco de Goya y muchos otros legados para todos sus sirvientes».

Doña Clemencia enseguida respondió a su cuñada enviándole una misiva de condolencias.

Durante el otoño de ese mismo año, Aníbal, el único hijo de tía Antonia, ante el desconsuelo de sus padres y demás familia, se embarcó rumbo a América del Sur junto a un grupo de historiadores y de un importante hombre de negocios llamado «don Simón Benítez y Porta», amigo de su padre, que oficiaría como su protector al llegar a Buenos Aires. Este caballero tenía en esa ciudad muchas tierras, además de un gran prestigio personal por haber sido el íntimo amigo del ya fallecido virrey don Juan José de Vertis y Salcedo, quien le había conferido allí algunos de sus notables títulos.

Don Pedro se enteró de la noticia por una carta que su cuñado Benito le había enviado, poniéndolo al tanto de las amargas penurias que él y su esposa sufrían. Aníbal les había dicho a sus padres que permanecería en aquellas lejanas tierras uno o dos años a lo sumo y que luego regresaría a España para continuar con su carrera de historiador.

Durante el verano y el otoño de 1803, David y Sergio, los dos hijos mayores del tío José, se casaron, con solo cuatro meses de diferencia. Toda la familia Ibáñez de Jerez de la frontera al completo, incluidas Pastora y Natalia, estuvieron presentes.

En la primavera del año siguiente, Diego Ibáñez cumplió veintidós años y, ante su mayoría de edad, se transformó en dueño absoluto de la fortuna heredada por su abuelo.

En mayo de 1804, Marilú, una de las gemelas de los tíos Federico y Carmen, también se casó con un joven almirante. Y, ocho meses después, la siguió su hermana Mari Mar, quien se desposó con otro marino, hijo único de un amigo de su padre.

Aquel año concluyó con otra novedad: la proclamación de Napoleón Bonaparte, a comienzos de diciembre, como emperador de Francia.

En el verano de 1805 Gertrudis, que ya contaba con más de dieciséis años, también se enamoró. Fue durante una hermosa tarde de junio en la que la hermana de Diego se encontraba reunida con sus amigas de siempre en casa de una de ellas, llamada «María» durante el cumpleaños de esta última.

La tertulia era solo de niñas; disfrutaban de una alegre merienda. Bajo las blancas arcadas de la extensa galería, el grupo de agraciadas jovencitas, entre risas y aplausos, comenzaron a cantar seguidillas y coplas populares. De pronto Gertrudis, con gesto airoso y desinhibido, se apartó de sus compañeras, poniéndose a bailar en medio de un rítmico zapateo y el hechicero revuelo de sus faldas.

Todas las niñas miraban absortas sus esbeltos contoneos de caderas y el movimiento de piernas y brazos plenos de gracia agitanada. Sonrojada por la danza, mientras chasqueaba los dedos, imitando el sonido de las castañuelas, Gertrudis recitaba los versos de una canción:

*Toma, niño, esta naranja...
que he cogido de mi huerto.
No la partas con cuchillo,
que está mi corazón dentro.*

En ese momento intuyó que alguien ajeno a la fiesta la observaba. Al mirar hacia la acera, se quedó paralizada; frente a ella, como al acecho, se encontraba un joven de regio porte y elevada estatura, mirándola con fijeza. Era muy guapo, de rostro armonioso y ojos claros. Sus cabellos rubios le caían en rizos sobre los hombros. Con una seductora sonrisa, el muchacho

empezó a aplaudir. Sin dejar de parpadear, ruborosa, visiblemente complacida, Gertrudis se acercó a la reja.

Por varios segundos, dominados por una fuerte atracción, ambos permanecieron muy quietos mirándose con extremada fijeza... tal como si para ellos, en esos mágicos instantes, todo a su alrededor se hubiera detenido. La mágica escena se interrumpió con las risas de las demás amigas. El apuesto observador, un tanto azorado, al tiempo que hacía una gentil reverencia, las saludó sonriente. Después de volver a contemplar a la morena y guapa bailarina, rápido se alejó de allí. Gertrudis lo siguió con la mirada sin parpadear. Cuando el joven desapareció, igual que si despertara de un hermoso sueño, sacudió la cabeza. Volviéndose hacia sus amigas, en medio de un lánguido suspiro, alcanzó a balbucear:

—¿Quién... es ese joven tan... apuesto?

—No lo sé, es la primera vez que lo veo también —respondió María, con evidente sorpresa.

—Yo sí lo conozco: es amigo de mi hermano —confesó, otra de las jovencitas, llamada «Patricia»—. Se llama «Wilbur Forcé», hijo único de un matrimonio inglés. Hace unos meses compraron la casa vecina a los Temple.

—No lo había visto nunca... —murmuró Gertrudis aún en trance.

—Por lo que me dijo mi hermano, es la primera vez que pisa suelo español —añadió Patricia—. Creo que estudia en Londres la carrera militar. —Mientras observaba risueña a su amiga, replicó—: ¡Vaya... y a ti te ha mirado de una manera que...!

—... que más bien ha sido una declaración de amor —comentó otra de ellas con unas burlona carcajada—. Oye, a ver si resulta que ambos os enamoráis.

Gertrudis, llevándose las manos al pecho, exclamó ruborosa:

—Ay, Maricarmen, que Dios me ayude... porque creo que yo ya me he enamorado.

—¿Sientes cosquillas en tu estómago? —inquirió María.

—¿Cosquillas? No... lo que siento es como un potro desbocado dentro del

pecho.

—Chiquilla... ya estás lista, ¡qué flechazo tan certero! —prorrumpió Patricia.

—Sin lugar a dudas, el saetazo ha sido recíproco —concluyó María con risueño semblante.

Unas semanas más tarde, durante una reunión de amigos, el joven inglés le declaró su amor a Gertrudis.

Por esos mismos días el panorama de España se había tornado muy tenso, y de nuevo comenzaban a soplar vientos de guerra. La proclamación de Napoleón, el año anterior como emperador de Francia, había coincidido con un acto de hostilidad por parte de los ingleses que se apoderaron de cuatro fragatas españolas que venían desde América. Y, como ya nadie ignoraba que hacía tiempo que el emperador francés acariciaba el osado proyecto de desembarcar en Inglaterra, a comienzos de enero el embajador de España en Francia, don Federico Gravina, firmó un tratado con el país vecino que comprometía a España poner a su servicio treinta navíos y a cuatro mil soldados.

En marzo de ese año de 1805, el brigadier francés Villeneuve, a la vez que burlaba la vigilancia de los británicos, zarpó con destino a Cádiz para unirse a la flota española, desde donde partieron hacia la Martinica, lo que dio inicio a una dura batalla contra los ingleses. A mediados de ese mismo mes, la mayoría de todos los destacados marinos españoles y franceses se hallaban en la parte occidental española a unas noventa millas al oeste del cabo de Finisterre, enfrentados de nuevo a los ingleses en otras batallas de la cual la flota franco-española salió muy mal parada.

Volviendo al comienzo de ese verano de 1805, Diego, luego de regresar de un viaje por los Países Bajos (donde concretó con todo éxito los negocios vitivinícolas de su progenitor), se marchó a Cádiz.

Al día siguiente de su llegada, decidido a seguir los consejos de su padre, se dirigió al cortijo que le había dejado su abuelo al morir, para interesarse en

persona de cómo marchaban los negocios de sus tierras. A su regreso a Cádiz, visitó a Dionisio y le llevó una nueva remesa de víveres. Mientras comía con él, Diego aprovechó para contarle las experiencias de su reciente visita al extranjero.

Por la tarde acompañó a varios de sus amigos, entre ellos Fabián y Roque, a una reunión de francmasones. A pesar de que él no se consideraba un masón, al estar en medio de aquellos hombres de mentes abiertas y progresistas, muchos de ellos latinoamericanos, lo hacían sentirse muy a gusto.

Luego de eso, bien entrada la noche, se reunió en una alejada taberna con sus camaradas de los suburbios para pasar una divertida y despreocupada velada entre vino, barajas y mujeres.

Y, justo una semana después, Diego acabó enredándose en amores con una actriz italiana, llamada «Sofía». Aquel romance provocó, en la sensibilidad de tía Nati, un agudo malestar; para peor, cada vez que sus amigas venían a visitarla, estas aprovechaban para contarle, con todo los detalles, las vergonzosas «hazañas» de su sobrino.

A fines de julio, la compañía de teatro en la que la amante de Diego trabajaba tuvo que regresar a Italia... y él decidió acompañarla. Al enterarse de eso, Natalia sufrió un inesperado y largo desvanecimiento. Fue su propio sobrino quien acabó por socorrerla. Cuando ella se repuso, mirándola consternado, le confesó:

—Lo siento, tía, pero ya tengo mi pasaje comprado. El barco sale mañana con destino a Génova. Acabo de dar órdenes a los criados para que me preparen el equipaje. —Extendiéndole un sobre lacrado, añadió—: Esta carta es para que se la envíen a mis padres. Te prometo que os escribiré a todos y siempre sabrán de mí... —Al ver la agónica actitud de ella, próxima a otro inoportuno desmayo, agregó burlón—: Vamos, tía... creo que uno ya es suficiente; además con eso no lograrás detenerme. Ahora, deséame suerte.

Al ver la actitud decidida de su sobrino, Natalia comprendió que no podría hacer nada para impedir que este se marchará detrás de esa desvergonzada

actriz italiana. El elenco de artistas, y la pareja de «enamorados» permanecieron veinte días en Génova. Diego se alojó en un lujoso hotel y, luego de cada función, Sofia se quedaba a pasar la noche con él. Durante el día, apenas la actriz acababa sus ensayos, recorrían la ciudad prodigándose apasionadas caricias, incluso besos en la boca, ¡a la vista de todos!

A consecuencia de esas desenfadadas actitudes entre Diego y Sofia, en dos ocasiones estuvieron a punto de ser arrestados por los Tribunales de la Santa Inquisición Genovesa.

Cuando la compañía se marchó a Milán, Diego los siguió. Pero, estando allí, de manera repentina el jerezano comenzó a sentir que al lado de la actriz empezaba a aburrirse. Y, unos días después, tuvo que reconocer que la bella Sofia había dejado de ser seductora para él. En cambio, ella parecía morir de amor por su joven amante. Una semana más tarde, Diego se despidió de Sofia... lo que le provocó a la actriz una crisis de nervios. Cuando él vio que al fin se calmaba un poco, le entregó una cajita adornada con un lazo.

—Es para ti —le dijo sonriente.

Sofia lo observó a través de sus lágrimas. Con manos nerviosas cogió el regalo y, al mirar el contenido del estuche, sus ojos se abrieron como platos. En el interior, reposando sobre negro terciopelo, había un hermoso collar de amatistas.

—¿Entonces... aún sientes algo por mí? ¿Te quedas a mi lado, verdad? —preguntó mirándolo ansiosa a la vez que se colgaba de su cuello.

Diego, tras una honda inspiración, mientras se zafaba de sus brazos, la miró con fingida tristeza.

—Lo siento... pero me urge regresar a España —mintió con descaro a la vez que le daba un beso en la mejilla. A continuación se encaminó hacia la puerta y, con una cortés inclinación de cabeza, agregó—: Adiós, hermosa Sofia, cuídate mucho. Te deseo la mejor de las suertes...

Ella, que se había quedado mirándolo alucinada, prorrumpió:

—¡Pero... ¿de verdad... lo dices? Entonces, ¿me regalas este collar como el

broche final de nuestra relación? ¡Maldito mentiroso!, ¡hipócrita... embaucador! ¡Me has engañado como a una niña! ¡Eres el peor hombre que conocí! Y el primero que me deja plantada —terminó, a la vez que, con gesto amenazador, levantaba un florero.

Apenas Diego cerró la puerta, escuchó el ruido del jarrón al romperse.

—Ufff, por poco... —exclamó con una honda inspiración.

Al instante, por detrás de él apareció la actriz, casi desnuda, a la vez que continuaba con sus rabiosos gritos:

—¡Maldito traidor! ¡Yo sé que volverás a mí arrepentido...pidiéndome perdón! ¡y rogándome que te vuelva a querer! —y así siguió vociferando un rosario de palabrotas.

Ante aquellos chillidos, las puertas de todos los camerinos comenzaron a abrirse, y los rostros de varios hombres y mujeres se asomaron a mirar, con notable curiosidad, aquella escena.

Al día siguiente Diego ya estaba lejos de Milán. Decidido a gozar de su libertad, se dispuso a visitar otras ciudades. En ese largo y emocionante recorrido, el jerezano, convertido en un distinguido cosmopolita, conoció lugares de ensueño en los que asistía a óperas, teatros, casinos, salones de fiesta y también... numerosos prostíbulos. Se dedicó solo a pasarlo bien y a disfrutar de todos los placeres que un hombre joven, libre y con dinero podía aspirar.

En cada ciudad a la que llegaba, se contactaba con los banqueros, presentándoles sus credenciales y letras de cambio... y también con el séquito de los embajadores de España. Ellos de inmediato se ponían a disposición de tan importante ciudadano, ofreciéndoles sus contactos e incluso sus palacios... y todo lo que él deseara.

Al mediodía, el guapo español solía comer con la gente más distinguida de la ciudad en la que se hallaba; por la tarde él mismo proponía una animada partida de cartas, dados o de billar. Y por la noche dormía en el lecho de alguna mujer a la que antes había desnudado con la mirada.

A pesar de su agitada vida de aventurero, Diego se daba tiempo de escribir a su familia, incluso a muchos de sus amigos.

Mientras tanto, en España, al llegar el mes de octubre, comenzaban a arribar a las costas de Cádiz, sin que nadie hiciera nada por impedirlo, numerosos navíos ingleses. Ante esa provocación, los gaditanos comenzaron a sentirse muy nerviosos. Sin pérdida de tiempo, el emperador francés convocó un consejo urgente con su Estado Mayor, en la que estuvieron presentes los contralmirantes Charles Magon y Pierre Dumanoir, por la parte francesa y los súbditos españoles Ignacio de Álava, Antonio de Escaño, Federico Gravina, Baltasar Hidalgo de Cisneros, Dionisio Alcalá Galiano, Damián Churruca y Federico de Montemayor. Ya era un hecho cierto que España estaba a punto de entrar en una nueva contienda contra Inglaterra en el incómodo y fatídico papel de aliado de Napoleón.

A raíz de esos peligros acontecimientos, en la mañana del día quince de ese mes, la familia Ibáñez se trasladó a Cádiz ya que, tal como pintaban las cosas, don Federico de Montemayor estaría preparándose para volver a embarcarse hacia alta mar.

Apenas llegaron, don Pedro y su esposa pudieron observar que, en muchas partes de la ciudad, había agitados movimientos de protestas. La gente por las calles se reunía para protestar contra la nueva contienda que se avecinaba. En las plazas los pregoneros, rodeados por un gran número de ciudadanos, leían los últimos comunicados y noticias; se escuchaban voces airadas entre réplicas y juramentos contra el rey, su cónyuge, sus ministros... además de numerosas maldiciones contra Napoleón Bonaparte y todos los franceses e ingleses juntos.

Esa misma mañana, apenas llegados, y mientras desayunaban junto a Natalia, don Pedro y los suyos, comenzaron a hablar del ausente Diego, preguntándose dónde estaría a esas horas. Rato después, Ignacio, cuando vio que los mayores se callaban, a la vez que detenía la mirada sobre su progenitor, con aire ansioso, comentó:

—Padre, ¿ha oído usted lo que se rumorea? Muchos aseguran que Napoleón Bonaparte tiene pensado invadir Inglaterra, por medio de globos aerostáticos.

—¡Ja, ja, ja! —saltó Gertrudis—. ¡Eso lo verás tú cuando las vacas vuelen, y a las ranas les salgan plumas!

Ignacio, tras lanzarle una furibunda mirada, con las cejas enarcadas, objetó:

—¡Pero qué hermanita más sabia y graciosa tengo! Pues, ¿sabes lo que te digo?, que no deberías reírte tanto...

—Yo tampoco creo que... algo así pueda llegar a pasar —opinó Natalia.

—Pues a mí no me extrañaría; ese todopoderoso hombre es capaz de cualquier barbaridad —remató doña Clemencia.

Ignacio volvió a decir:

—Sí, porque... si uno lo estudia bien, esa es de la única manera en que a Inglaterra se la podría invadir de manera sorpresiva. Por algo dicen que Bonaparte es un hombre muy astuto y que le gustan las estrategias tan osadas como impensadas. He escuchado decir que, durante la reciente batalla del cabo de Finisterre, los ingleses impidieron a la flota francoespañola el acceso al canal de la Mancha... en la que se pensaba escoltar el paso de la *Grande Armée* y eso, al Emperador, que está muy decidido a invadir Inglaterra, no le ha causado mucha gracia.

—Pero eso de los globos me parece cuentos de niños —replicó su padre.

En ese momento, doña Clemencia, poniéndose de pie, les comunicó:

—Démonos prisa: ya casi es la hora de ir a misa.

Al salir de la iglesia, don Pedro e Ignacio se dirigieron a la casa de don Federico.

Cuando pasaron por la plaza del Palacio Real, ambos se tropezaron con un numeroso grupo de enardecidas personas que, a grandes voces, a la vez que rodeaban una fuente de agua, discutían sin parar sobre las predicciones de la nueva e inminente batalla contra Inglaterra.

Padre e hijo se detuvieron muy cerca para escuchar la exaltada charla de aquellos hombres y mujeres. En ese momento, uno de ellos, en una postura

arrogante, rebatía:

—¡Ya lo ven ustedes! Como dice el dicho, «¡Agua pasada no mueve molino!». ¡Me parece que no tendríamos que asustarnos tanto! Nosotros tenemos aún quince navíos bien equipados, y los franceses, más de veinte... con lo que formaremos otra poderosa escuadra combinada, que causará miedo a los ingleses.

—¡Claro, y juntos podremos derrotarlos! —irrumpió otro, para enseguida agregar—: ¡Por algo dicen que cuatro ojos ven más que dos... y lo que uno no piensa al otro se le ocurre, ¿verdad?

—¡Todo eso será inútil! —se escuchó decir a otro espectador—. ¿Es que ya no recuerdan la batalla del cabo de San Vicente... y esta última, la de Finisterre? ¡En esos dos enfrentamientos, los británicos, a pesar de que nuestra fabulosa Escuadra Combinada era más numerosa, nos dieron una gran paliza, con lo que nos dejaron en claro sus muestras de poderío!

—A pesar de eso, estoy seguro de que esta nueva batalla no será como las anteriores —volvió a decir el primero—. ¡Eso podría asegurarlo, como que me llamo Gabriel!

—¡Ay, Gabrielito! ¡Pues yo, si fuera tú... no estaría tan seguro! —volvió a aseverar el pesimista—. ¡Todos conocemos a los ingleses!, ¡poco hablar y mucho pensar! ¡Y luego ya ves cómo actúan... con absoluta y mortífera eficacia!

—¡Tú, mejor cállate y no opines! ¡Eres un antiespañol! —replicó un joven que, con las manos en jarra, lo miraba retador.

—¿Yo, un antiespañol? ¡Unos cojones para ti!

Aquel exabrupto causó un fuerte intercambio de otras malas palabras. Ignacio escuchaba el caluroso duelo verbal con la boca abierta. En ese momento una graciosa anciana, a la vez que esgrimía en el aire su báculo, comenzó a lamentarse:

—¡Ay, ay... que ya lo veo venir! ¡Otra batalla... y de esas bien gordas! — Con graciosa petulancia, se giró a mirar a la concurrencia, y expresó—: A ver,

¿alguien me puede explicar, por qué tenemos que dejar que nuestros maridos, hijos y nietos se marchen a otra infernal batalla que nosotros no queremos? ¡Si ese señorón don Napoleón tiene tanto interés en hacer la guerra, pues... que la haga él solito! ¿Por qué hemos de estar los españoles sujetos a los antojos de ese energúmeno mal nacido que se cree dueño del mundo?

—¡Doña Petra, hay cosas que las mujeres no entienden! —se escuchó decir a un hombre del grupo.

—¡Claro que lo entendemos todo! ¡Y quizás mucho mejor que vosotros! —replicó la anciana mirándolo furiosa mientras sacudía su bastón—. ¡Lo que pasa es que los hombres os creéis que nosotras, por ser mujeres, no podemos darnos cuenta de lo que pasa en este maldito mundo dominado por guerreros de cabezas huecas! ¡Y por eso nunca nos explican nada, ni aceptan nuestros consejos! ¡Ahhhh, si gobernáramos las mujeres, qué bien marcharía el mundo!

Un sonoro coro de voces femeninas vivaron a la graciosa mujer. En ese momento la voz de otro hombre se alzó al decir:

—¡Doña Petra... los españoles estamos obligados a secundar a los franceses por un pacto en el que nuestro primer ministro, Manuel Godoy...!

Apenas escuchó ese nombre, la anciana hizo un furioso ademán.

—¡Ahhh! ¡Con ese mocito, con ese pulchinela quisiera hablar dos palabritas! —gritó mientras volvía a esgrimir con furia el bastón en el aire—. ¡No tienen idea de cómo le cambiaba yo a ese lechuguino sinvergüenza sus malas ideas que contaminan a nuestro sufrido pueblo...! ¡Dios mío! ¡Querer enviar de nuevo a esos infelices marineritos nuestros a otra batalla para que vuelvan a regresar de la mar... los que logren hacerlo, todos maltrechos y molidos a palos a manos de los endiablados ingleses!

Durante unos instantes solo se oyeron divertidas carcajadas que festejaban los dichos de la anciana hasta que esta, mostrándose ofendida, a la vez que volvía a sacudir amenazante su báculo en el aire, recogió su cántaro y se apartó del grupo.

Cuando don Pedro y su hijo llegaron a la casa de don Federico de

Montemayor, fueron conducidos por un criado al jardín, donde encontraron al dueño de la casa sentado bajo la glorieta. Después de los efusivos saludos, los visitantes tomaron asiento. El primo de don Pedro, a la vez que miraba a Ignacio con una sonrisa, le comunicó:

—Sobrino, dirígete al establo y podrás ver al nuevo potrillo que nació hace unos pocos días. Es precioso y muy juguetón, y ya empieza a dar sus primeros corcovos.

El jovencito echó a correr en dirección a las cuadras. Apenas se quedaron a solas, don Federico, tras mirar con cariño a su primo, acotó:

—No creo que Carmen tarde en regresar; está en casa de Marilú. Y a propósito, ¿qué sabéis de Diego?

—Hace un mes que recibimos su última carta; en esta supimos que seguía paseando... muy tranquilo por esos mundos de Dios —respondió don Pedro con aire desganado.

Don Federico, poniéndole la mano en el hombro, lo consoló:

—No os preocupéis, ya regresará. Diego es muy especial.

El señor Ibáñez, con gesto agobiado, expresó:

—Tiene ya veintidós años y ninguna responsabilidad.

—Tu hijo es de esos jóvenes que tardan más tiempo en madurar.

—Es desconsolador pensarlo, pero creo que mi primogénito ya no tiene arreglo. Clemen y yo, además del padre Manuel, hemos tratado de encarrilarlo por la buena senda sin resultado, incluso buscándole una esposa apropiada.

Un criado les sirvió bebidas y canapés. Cuando volvieron a quedarse a solas, don Pedro, con marcada aflicción, le preguntó:

—Bueno primo... ¿qué me cuentas? ¿Ya... estáis todos listos?, ¿qué se sabe de... esa posible batalla?

Don Federico, con expresión desalentada, asintió:

—Que es inevitable. Sí, ya todos los marinos estamos preparándonos; el día diecinueve de madrugada, Dios mediante, partiremos al encuentro del enemigo. En la última reunión que tuvimos con los franceses, varios de mis

compañeros casi se pelean con ellos; fijate qué insensatez: ¡querían salir ya... aun a sabiendas de que el clima no es propicio! —Con la mirada fija sobre su primo, don Federico con gesto contraído, murmuró—: Creo que esto será algo que todos vamos a lamentar.

—Pero... ¿España no puede romper esa maldita alianza que tiene con Francia?

—Al parecer, eso no es posible. Y ahora, Bonaparte reclama de nuevo nuestra ayuda. En realidad, este convenio que tenemos con ellos, como bien dice el brigadier Damián Churruca, por la astucia de Napoleón... y la debilidad del ministro Manuel Godoy, se ha convertido en un tratado de subsidios que serán nuestra ruina. Pero, bueno, el honor de nuestra nación está en juego, y los militares somos esclavos del deber; la patria nos exige que pongamos nuestras vidas a su servicio. Y fijate, primo: a Damián y a mí, junto a muchos otros más compañeros, el Gobierno aún nos debe medio año de paga.

—Esto es una vergüenza, y que nadie lo ponga en duda. Todo los infortunios que los españoles estamos pasando es culpa de nuestro rey y sus ministros — reflexionó don Pedro—.

Pero ante eso tampoco podemos hacer nada; solo lamentarnos. Ya están casi todos los buques listos: el *Santísima Trinidad*, el *Príncipe de Asturias*, el *Santa Ana*, el *Rayo*... el *San Juan Nepomuceno*... en este último estaré yo junto a Damián Churruca.

—¿Iréis en el mismo buque?

—Sí. Por fortuna volveremos a estar juntos, y también mis yernos. ¿Sabes lo que dice Damián cada vez que le preguntan por este conflicto? «Si llegáis a escuchar que mi navío ha sido hecho prisionero, será mejor que digáis que he muerto...», y, según lo que él mismo me contó, eso se lo ha dejado escrito a su hermano. Impresionan esas palabras, ¿verdad?

Don Pedro, a su pesar, se estremeció.

—Todo saldrá bien. Ahora estaréis mejor equipados —dijo con gesto

alentador, a la vez que le ponía la mano sobre el hombro.

Tras hacer una mueca de profundo desagrado, don Federico confesó:

—No lo creas, aún nos hacen falta muchos artilleros... están incorporando a todos los que se ofrecen, hasta a los niños. Hay grumetes que no llegan a los doce años y otros que sobrepasan la edad establecida. Tres de cada dos marineros, a los que han obligado a reclutarse, son campesinos y pastores, incluso reos y hasta mendigos. —Don Federico se calló de golpe. Tras algunos instantes de silencio, con semblante apagado, agregó—: De verdad, Pedro... todos los marinos sabemos que nuestra escuadra... a pesar de lo numérico, tiene pocas probabilidades de vencer. Frente a los ingleses estaremos en inferioridad de condiciones; ellos poseen una soberbia infantería y tienen, además, todo lo necesario para reponer enseguida sus averías. Y de su personal... ¡Oh!, mejor, no hablamos.

—Pero, junto a los franceses, tendréis muchos más buques...

—¡Bah!, eso tampoco es garantía de nada. Estaremos comandados por Villanueva, el cual solo busca eludir su relevo por su mala actuación en el Cabo de Finisterre. Y para eso está deseoso de salir hacia una nueva batalla cuanto antes, sin medir las consecuencias.

En ese momento llegó la prima Carmen. El visitante se puso de pie para saludarla.

—¡Pedro... qué alegría!, acabo de saludar a Ignacio, ¿y Clemen y las niñas?

—En casa; llegamos esta mañana muy temprano, y solo hemos salido para ir a misa. Esta tarde tenemos pensado venir todos.

—¡Estupendo! Y así os quedareis a cenar. Estaremos junto a unos amigos nuestros. Traed también a Natalia... a propósito: ¿qué sabéis de Diego?

—Que aún se halla paseando por esos lejanos mundos.

—Entonces, señal de que está muy bien —dijo ella riendo comprensiva. Tras eso, mientras se quedaba unos instantes pensativa, en medio de un gesto de tristeza, añadió—: Ay, Pedro... no puedo creer que mi marido esté próximo a partir de nuevo hacia otra contienda... y también los maridos de mis hijas.

Ya les advertí que no se casaran con marinos; menos mal que esta batalla, si Dios quiere, será la última para tu primo. Y luego de eso, solo participará en viajes científicos, ¿verdad, Federico?

El nombrado asintió con la cabeza, para después expresar:

—Ese es mi deseo; esperemos que el rey me conceda el retiro militar.

Esa noche, don Pedro y su familia, bajo un clima de tensa animación, se reunieron en casa de Federico y Carmen donde estaban invitados, además de las gemelas y sus esposos, dos amigos también marinos, con sus respectivas familias. Y, como era de suponer, el tema de la charla fue sobre la próxima partida de los marinos hacia alta mar. Luego de la cena, Úrsula, en compañía de sus primas Marimar y Marilú, se alejaron de aquella agorera conversación. Seguido a eso, las tres se trabaron en una animada charla de mujeres.

Unos días más tarde, don Pedro y su hijo menor fueron uno de los primeros en llegar al embarcadero para despedir a don Federico de Montemayor y a sus dos yernos, antes de que estos subieran a bordo de la lancha que los acercaría al buque *San Juan Nepomuceno*. La despedida de los dos primos fue muy triste y conmovedora.

En la madrugada del día siguiente, Ignacio y su padre de nuevo regresaron al puerto para contemplar la salida de los inmensos navíos hacia el cabo de Trafalgar. Poco a poco las playas fueron llenándose de gente que aguardaba ansiosa el momento de la partida de aquella colosal falange. Las luces del alba, sumadas a las de una considerable cantidad de candelas encendidas, teñían las costas con intermitentes resplandores. Apenas la Escuadra Combinada comenzó a deslizarse por la bahía, la gente enmudeció. Cientos de blancos pañuelos ondearon en el aire seguidos del incesante murmullo de voces llantos y plegarias.

En esos momentos, a pesar de la hora, Cádiz presentaba un impresionante panorama giratorio. Los miles de miradores de sus azoteas estaban llenos de gente dispuesta a no perderse el despliegue del majestuoso escuadrón. Seguidamente, las campanas de todas las iglesias fueron contestándose unas a

otras. La colosal flota, con rumbo sur, salió lentamente de la blanca bahía. Y así, en ese amanecer de aquel diecinueve de octubre de 1805, escondida entre la lechosa bruma, la Escuadra Combinada, entre franceses y españoles, fue perdiéndose en la lontananza...Luego de eso, siguieron horas de angustia e incertidumbre.

Ecos de una tragedia

A la vez que todos esos acontecimientos ocurrían en su patria, Diego continuaba abocado solo a disfrutar de su largo y placentero viaje. Cuando se dio cuenta, ya estaban en octubre y, entre fiestas y compromisos, se le hacía difícil iniciar el retorno a su patria.

A mediados de ese mes, luego de su visita a Bruselas, regresó de nuevo a Italia. Mientras se encontraba en Florencia, y aunque ya estaba al tanto de la funesta batalla de Trafalgar, se enteró de los pormenores de esta, por lo cual se quedó mudo de asombro y de tristeza. Los periódicos, día a día, detallaban los acontecimientos de la fatal derrota de la escuadra hispanofrancesa.

Cuando comenzó a leer las noticias en las gacetillas italianas que se referían exclusivamente a las fatídicas pérdidas sufridas por su patria, sintió que el corazón se le detenía: «El *Santísima Trinidad*, el famoso buque de la armada española, ha sido apresado y hundido. En esa malograda batalla han desaparecido muchos famosos marinos, como los brigadieres Dionisio Alcalá Galiano, Cayetano Valdés y Damián Churruca, junto a muchos otros más».

Con los dientes apretados, Diego siguió leyendo: «El brigadier de la Real Armada Española, Cosme Damián Churruca y Elorza, guiando a su buque, el *San Juan Nepomuceno*, de dos baterías y setenta y cuatro cañones, que ya se hallaba desarbolado, luchó en solitario contra cinco navíos ingleses, hasta acabar muerto tras ser alcanzado por una bala de cañón que le voló la pierna. Y, solo después de su deceso, la tripulación del *Nepomuceno* se declaró vencida».

En aquella batalla también había perdido la vida uno de los más grandes generales ingleses, el almirante *lord* Horacio Nelson. Según lo que decían las

noticias, el nombrado general, luego de elevar la bandera al tope del mástil de su buque *El Victory* (que fue hundido por el *Trinidad* antes de que este mismo fuera abatido), venció a la Escuadra Combinada, y así logró obtener el triunfo final sobre Napoleón Bonaparte. Inglaterra era la ganadora absoluta de la batalla de Trafalgar.

—Vaya desastre... no se puede creer —susurró Diego, estremecido de pena—. No sé si el tío Federico habrá participado en esa contienda. Si es así, espero que no le haya ocurrido nada. Al menos aquí no figura su nombre.

Día a día las noticias que llegaban describían numerosos detalles más de la feroz contienda, la mayoría estremecedoras. Diego arribó a España a comienzos de noviembre, en un día anunciado de antemano. Su familia y numerosos amigos, entre ellos el viejo Dionisio, lo esperaban ansiosos en el puerto de Cádiz. Apenas saltó de la lancha, que lo llevó a la dársena, el joven viajero abrazó a su madre y a su tía Nati; luego hizo lo mismo con sus hermanos más pequeños. A Úrsula le dio un apretado beso en la mejilla, a la vez que le preguntaba:

—Hola, hermanita, que pálida estás. ¿Has estado enferma?

Ella, con un hilo de voz, respondió:

—Sí... pero ya estoy mejor.

—A pesar de eso te ves muy guapa. Ese sombrero emplumado te queda precioso —repuso dándole otro sonoro beso.

—Tú también te ves guapísimo y... muy moderno —contestó ella al observar su indumentaria y el favorecedor corte de pelo.

Diego se alejó hacia su progenitor.

—Padre, ¿cómo está usted? Lo extrañé mucho —le dijo abrazándolo.

—Eso no me lo creo. Los que te extrañamos de verdad fuimos nosotros.

—¿Cómo están todos por Jerez? —inquirió el viajero.

—Bueno, ahora que han pasado algunas semanas, desde la desgracia que nos enlutó a todos, vamos reponiéndonos.

Diego, al tiempo que exhalaba un hondo suspiro, expresó:

—Padre, lo siento mucho. Cuando me enteré de todo lo ocurrido en Trafalgar, no lo podía creer. Por largos días permanecí helado de espanto. Pero...

No pudo seguir hablando. En ese momento su madre, con una placentera sonrisa, lo cogió del brazo y comenzó a decirle:

—Todos en Jerez te esperan con ansiedad. Pastora quería venir a recibirte pero, como se encontraba llena de trabajo con sus filtros y recetas, al final no pudo. Hace unos días tuvimos noticias desde Madrid; tanto la tía Antonia como el tío Benito están muy mal de ánimo y no es para menos: tu primo Aníbal, que también te ha enviado una carta desde Buenos Aires, va a contraer matrimonio en aquellas lejanas tierras con una criolla, y sus padres piensan que ya han perdido a su hijo para siempre. Bueno, seguro que ya te lo contará él mismo en su carta que te traje desde Jerez. Y también tenemos otras noticias mejores: tus tíos Ramón y Sol son padres de gemelas; dicen que son idénticas como las primas Marilú y Marimar. ¡Ah!, y hay otra sorpresa más: apenas zarpaste en tu precipitado viaje, recibimos la invitación de la boda de tu primo Julio; se ha casado con su novia Valentina. Nosotros estuvimos en su fiesta, que fue hermosa e inolvidable. Toda la familia se lamentó de que tú no estuvieras presente. Daniel también está a punto de contraer nupcias con Elena. ¡Oh, mi prima Pilar estaba muy contenta!

—Vaya... cuántas sorprendentes novedades —repuso el viajero con sonrisa complacida.

—Oye, Diego —saltó Ignacio—, hablando de fiestas, tus amigos de Jerez han organizado una bien gorda para darte la bienvenida.

Gertrudis, a la vez que sonreía burlona, añadió:

—Y dicen que habrá muchas bellas damas, ansiosas de escuchar los relatos de tus viajes, con la cabeza apoyada en tu hombro.

Diego pellizcó la mejilla de su hermana menor y le preguntó:

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Aún no tienes un enamorado?

Ignacio, a la vez que metía la cabeza entre ellos, replicó mordaz.

—Tiene varios, pero todos son unos imbéciles... sobre todo uno que...

—Cállate, engendro —respondió la jovencita mirándolo como si quisiera fulminarlo.

Doña Clemencia, acercándose a sus hijos menores, los amonestó:

—Cuidado con lo que hacéis y con lo que expresáis; estamos en el puerto, en un lugar público, y la gente nos observa.

Diego de inmediato se dirigió al grupo de amigos, Dionisio entre ellos, para saludarlos. Luego, acercándose al viejo marino, lo abrazó con firmeza dándole dos besos en las mejillas.

—Te he traído un abrigo muy elegante. Y una gran lupa para que puedas leer mejor tus libros. Por la tarde iré a llevártelo —le dijo sonriente.

—Gracias, viajero. Te esperaré con ansias...

Seguido a eso, don Pedro, acercándose a ellos, a la vez que ponía una mano en la espalda de su hijo, le dijo:

—Hay algo que... al parecer, aún no sabes: tu tío Federico... ha muerto en la batalla, junto a Damián Churruca y... todos los demás.

Diego sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¡Oh, Dios mío! ahora iba a preguntar por él, pero... no me imaginé que... —confesó conmovido.

Dionisio, tras mirar con amarga expresión a su joven amigo, confesó:

—Como ya lo ves, amiguito... creo que esta ha sido la peor y la más sangrienta batalla de los últimos tiempos.

—Ya te darás cuenta de que, a pesar de que intentamos disimular, todos estamos muy mal —siguió don Pedro con apenas un hilo de voz.

Ya en casa de Natalia, Diego, después de leer la carta que su primo Aníbal le había enviado desde Buenos Aires, en la que le anunciaba su próxima boda allende los mares, en medio del alboroto de sus hermanos pequeños, les entregó a todos sus regalos.

Media hora más tarde, mientras descansaban junto a la chimenea, a la vez que bebían chocolate caliente, el viajero se interesó por la salud de tía

Carmen y sus hijas.

—Ya te imaginarás cómo están. La pobre Carmen no tiene consuelo; está deshecha —murmuró Natalia con los ojos llenos de lágrimas.

Diego la abrazó para que esta llorara sobre su hombro.

—Y los maridos de tus primas, aunque siguen prisioneros de los ingleses, al menos están a salvo... mientras esperan quedar en libertad —agregó don Pedro—. Como bien lo expresó Dionisio, esta ha sido la batalla más terrible de la que tengamos memoria —manifestó con gesto desanimado.

—Cuando me hallaba en Florencia, me enteré del real desastre de Trafalgar —repuso Diego visiblemente compungido—. Pero, aunque llegué a preguntarme por el tío Federico, no imaginé que... hubiera muerto. Incluso dudé de que estuviera en esa batalla, ya que él me contó que estaba a la espera de su retiro; de verdad, lo siento... en el alma —silabeó emocionado.

—A raíz de esto —añadió doña Clemencia—, todos nos hemos quedado enlutados y muy mal de ánimo.

—Realmente, no me explico —siguió Diego—. Si la Escuadra Combinada tenía nuevamente muchos más navíos que los ingleses, ¿cómo es que volvimos a perder otra batalla?

Don Pedro, con rabiosa impotencia, respondió:

—Fue culpa de los franceses. Según lo que cuentan los sobrevivientes que lograron llegar a Cádiz, el comandante francés Villaneuve, que estaba al mando de toda la Escuadra, no supo dirigirla bien. Y, a causa de sus ineptas órdenes, hemos perdido a la mayoría de nuestros más ilustres marinos: mi primo Federico, Churruca, Alcalá Galeano y otros muchos más, sin contar que Gravina ha sido herido de gravedad y ahora está luchando por su vida.

Diego, a la vez que meneaba la cabeza con pesar, murmuró:

—Pobre tío Federico...

—Ah, me olvidaba de contarte —exclamó don Pedro—, tu amigo Carlos Temple también perdió a un tío inglés, creo que es un hermano de su padre.

—Debe de tratarse de *Sir* Ronald Temple, comandante de la marina inglesa.

—Carlos y su familia acaban de regresar de Londres. No puedo decir que lo sienta demasiado; los ingleses mataron a tus tíos y a tantos otros españoles... —expresó don Pedro con un gesto de evidente malestar.

Mientras hablaban, Ignacio le hacía señas a su progenitor. Cuando vio que este se callaba, exclamó:

—Padre, usted aún no le ha contado a Diego... lo que ha pasado con su caballo.

—¿A Lucero?, ¿qué ha ocurrido con mi hermoso caballo? —inquirió Diego cejijunto.

—Lo robaron; según dicen, fueron los gitanos —contestó el menor.

—Eso no lo sabemos con certeza. Siempre se culpa a los gitanos de todos los hurtos, pero yo no estoy tan seguro de que hayan sido ellos. Por los alrededores hay muchos bandoleros que también se dedican a robar ganado —opinó don Pedro.

—¡Demonios! —prorrumpió Diego quedándose muy serio.

Su padre, palmeándole la espalda, le comunicó:

—En las cuadras encontrarás a dos hermosos potros. Uno de ellos es hijo de Lucero y Damisela. Además, Estrella también está a punto de parir.

—Lástima, yo amaba a ese animal. Espero que haya caído en buenas manos —se lamentó Diego. A continuación, poniéndose de pie, añadió—: Bueno, ahora iré a darles mi sentido pésame a tía Carmen y a sus hijas, y luego pasaré a ver a Dionisio para entregarle sus regalos.

—No olvides que te esperaremos para cenar —le recordó doña Clemencia.

Después de pasar con su tía y primas más de dos horas, en las que se enteró de los pesarosos detalles sobre la trágica muerte del tío Federico (que sobrevino casi a la misma hora que la del brigadier Churruca), Diego se dirigió a la barraca de Dionisio.

Cuando el anciano vio la chaqueta que su joven amigo le había traído de su largo viaje, los ojos se le llenaron de emocionadas lágrimas.

—Muchas gracias, es el abrigo más elegante que he tenido en mi vida.

Diego, riendo conmovido, le dijo:

—Celebro que te guste: temía no haber acertado tu talla.

—Y la lupa es... magnífica. Ahora podré reemplazar a la vieja, que ya está muy dañada, lo que me impide distinguir bien las letras —expresó Dionisio. Tras mirarlo conmovido, agregó—: Me emociona ver que aún estando tan lejos de aquí, me has recordado.

Diego, pasándole una mano por el hombro, apostilló:

—Siempre te lo digo: tú, para mí eres alguien muy... pero muy especial; mi personaje inolvidable. Te quiero tanto como quise a mi abuelo ya que tú, dentro de mi corazón, has ocupado su lugar...

Ante las emotivas palabras de su joven amigo, los ojos de Dionisio se llenaron de lágrimas.

Rato después, el viejo marino lo puso al corriente de las personas conocidas que habían muerto durante la batalla de Trafalgar, y también de los heridos.

—Como ves... todos, de una manera u otra, estamos enlutados y llenos de tristeza.

—Menudo desastre —alegó el joven, estremecido.

—La única buena noticia es que, gracias a la sorprendente caballerosidad de los generales británicos, poco a poco los prisioneros están siendo liberados. Y además, los que estaban heridos han sido atendidos por los propios médicos ingleses.

—Sí, las hijas de mi tía Carmen están aguardando la inmediata llegada de sus maridos; ambos fueron hecho prisioneros.

Después de pasar un rato más de charla, el jerezano se reunió con sus amigos gaditanos, entre ellos Fabián y Roque. Por la noche, disfrutó de una succulenta cena que tía Nati organizó en honor a la llegada de su sobrino aventurero.

El regreso de Diego a Jerez de la Frontera causó un gran revuelo. Pastora, al verlo aparecer tan elegante, y con aquel moderno corte de pelo que tan bien le quedaba, comenzó a llorar de alegría, repitiéndole cuánto lo había extrañado. A la mañana siguiente, Gustavo se presentó a saludarlo. Ambos se fundieron

en un cariñoso abrazo.

—¡Hola, trotamundos! Por fin te has dignado regresar a nosotros.

Diego, con amplia sonrisa, exclamó:

—¡Qué gusto verte! ¿Cómo están tus cosas?

—Muy bien. De verdad, te extrañamos mucho.

Con sonrisa cariñosa, el viajero respondió:

—Aunque te parezca mentira, yo también os extrañé a todos. ¿Recibiste las dos cartas que te envié?

—Sí, y por estas supe los hermosos lugares que has visitado.

—Fue un recorrido muy satisfactorio. Y tu padre, ¿cómo está?

—En las bodegas; luego vendrá a saludarte.

—Dile que esta noche iré a vuestra casa, y de paso os daré mis regalos — expresó Diego con alegría.

—Oh, gracias —repuso Gustavo—. Entonces, te quedarás a cenar con nosotros, ¿verdad?

—Claro... de mil amores.

Después de una corta pausa, Gustavo le preguntó:

—¿Ya sabes todo lo que pasó en... esta última batalla?

Diego, al tiempo que meneaba la cabeza con pesar, murmuró:

—Sí, mientras estaba en Italia, me enteré de la tragedia. Lo que no me imaginaba... era lo ocurrido a mi tío Federico.

—Esta contienda ha sido algo que los nacidos en estas tierras tardaremos en olvidar —reflexionó Gustavo con aire triste—. Según dicen, el navío donde murió tu tío junto a Churruca, fue remolcado a Gibraltar. Por lo que se sabe, ha sido uno de los pocos que los británicos han podido enseñar como trofeo del combate. —Tras otra nueva pausa, un poco más larga, con la mirada fija en su amigo, prosiguió—: Y... cambiando de tema; ¿te has enterado también de lo que pasó con Lucero?

—Sí —contestó Diego apenado—. Espero que haya caído en buenas manos.

—Hay muchos ladrones de caballos por las cercanías. Se ve que, cuando los

animales pastan en la dehesa, los atrapan y luego los venden en las ferias. —A la vez que esbozaba una complaciente sonrisa, añadió—: Bueno, ya te habré dicho tu padre que en la dehesa tenemos a dos hermosos potros que esperan a ser domados; solo tienes que elegir uno.

—Quiero al más «cerril»; mañana iré a verlos. Tú me ayudarás a escogerlo.

Al día siguiente, el viajero acudió a casa de su amigo Carlos Temple. Ambos, después de los calurosos saludos de ambos, de manera recíproca se dieron el pésame por las tragedias ocurridas en sus familias.

Seguido a eso, Diego le preguntó:

—¿Y cómo están tus padres?

—Bastante apesadumbrados —respondió Carlos—. Apenas nos enteramos de la muerte de mi tío Ronald, decidimos partir hacia Londres de inmediato. La verdad es que allí todo fue mucho más penoso aún —confesó con amarga expresión. Luego, mirándolo intrigado, le preguntó—: Y a ti, ¿cómo te ha ido en tu largo peregrinaje?

Durante un largo rato más, ambos amigos se dedicaron solo a contarse las experiencias sobre sus respectivos viajes.

Por la tarde, Diego y Gustavo fueron a la dehesa a ver a los caballos. Los potrillos eran hermosos y esbeltos, de cuello encorvado y largas crines. Nada más verlo, Diego se prendó del hijo de Lucero, un potro majestuoso de un blanco inmaculado con la vívida estampa de la mejor raza. Mientras lo miraba corretear junto a los demás, exclamó admirado:

—¡Es precioso! Parece uno de esos unicornios que salen en los libros de cuentos.

—Has hecho una buena elección; tiene la simiente de su padre. Y ya está listo para que empieces a domarlo.

—Se llamará «Rayo» —señaló Diego

—Bonito nombre. Me gusta mucho; realmente le queda muy bien —repuso Gustavo mientras batía las palmas.

En pocas semanas, Diego tuvo a su nuevo caballo completamente domado.

El animal, apenas escuchaba la voz de su amo, plantaba las orejas y, a la vez que daba un relincho, corría presuroso a su encuentro.

A finales de ese fatídico año de 1805, España aún seguía sumida en una larga etapa de dificultades. De la malograda batalla de Trafalgar se culpaba a la ambición de Napoleón, a la ineptitud de sus generales y a la indiferencia del monarca Carlos IV y su ministro Manuel Godoy. Las compensaciones a las viudas de marinos habían sido muy escasas y selectivas. Las demás «viudas de Trafalgar», doña Carmen entre ellas, ni siquiera habían recibido una condolencia por parte del rey ni de sus ministros. Don Pedro y su esposa sufrían por la situación de la prima Carmen... y también por Úrsula, ya que esta, apenas enterada de la trágica muerte del brigadier Damián Churruca en la batalla del cabo de Trafalgar, se hundió en una honda tristeza, inmersa en su mundo, poblado solo por el fantasma del marino del cual se había enamorado cuando apenas era una niña.

Diego, que ignoraba la tragedia personal de Úrsula, seguía sorprendiéndose al verla con aquel aspecto tan desmejorado. El pálido rostro de su hermana y ese constante rictus de tristeza lo tenían desorientado. Hasta que un día Gertrudis le reveló el secreto.

—¿De verdad no sabías que nuestra hermana estaba... perdidamente enamorada del brigadier Churruca?

—¿De don Cosme Damián? —inquirió Diego con gesto de estupor—. No, no tenía idea. Pero... ¿de verdad lo dices?

—De verdad, créetelo... es más: el día que Úrsula se enteró de que él se había casado con María de los Dolores, la hija de don Vicente Ruiz de Apodaca, sufrió lo indecible. Incluso dejó casi de comer; se pasaba las noches llorando desconsolada. Muchas veces *miss* Alice, durante nuestras clases, tenía que parar para consolarla. Y ahora, con la muerte del marino, se ha quedado mucho peor... es como si ella fuera su verdadera viuda.

—No lo puedo creer. Pero... ese hombre podía ser su padre —repuso Diego anonadado.

—Ya ves, hermanito, para el amor no hay barreras... y las penas de ese fuerte sentimiento tardan mucho tiempo en sanar —replicó la jovencita. Y, en un brusco cambio de semblante, agregó riendo—: Y ahora... cáete de espaldas; yo también estoy enamorada, y pronto vendrán a pedir mi mano.

Diego la miró con fingida sorpresa.

—Bueno, debo confesar que algo de eso ha llegado a mis oídos; Ignacio me puso al tanto. Tu enamorado es ese joven inglés que vive cerca de mi amigo Carlos, ¿verdad?

Durante un largo rato, Gertrudis le contó a su hermano mayor los detalles de su historia de amor con Wilbur Force.

Seducción bajo el cielo de Londres

En los últimos días de mayo de 1806, Diego se hallaba abocado a la preparación de un importante cargamento de vino con destino a Inglaterra. Al enterarse Carlos Temple, se ofreció acompañarlo y, sin pérdida de tiempo, enseguida envió un comunicado a sus tíos y primos anunciándoles su próxima visita, junto a su gran amigo Diego Ibáñez, del que siempre les hablaba. El día catorce de junio zarparon del puerto de Cádiz. Durante la travesía ambos jóvenes hacían planes para cuando arribaran a Londres.

—Ya verás lo guapa e interesante que es mi prima Janet —proclamó Carlos esa tarde mientras miraban, desde la proa del barco, el incesante movimiento del Mar del Norte—. En mi última carta le he hablado mucho de ti... sin quitarte ningún defecto de esos que tanto te adornan. Diego lo miró con la boca abierta.

—Pero... ¿cómo has podido hacerme algo así? —replicó con fingido malestar.

—Comprenderás que tenía que ponerla en guardia sobre tus libertinas aficiones; más ahora que vamos a ser sus huéspedes. —Después de una corta pausa, agregó—: Y ahora te volveré a recordar los nombres de mis tíos: *Sir Dickon Temple* y *lady Margaret Sullivan*... y mis primos: Janet y Edward. Te prevengo que este último es muy difícil de tratar; como ya en alguna ocasión te advertí, tiene mucha antipatía a los españoles y no lo disimula, ni siquiera conmigo. De modo que, si ves que arremete contra ti, no le hagas caso.

—Descuida, seré ciego y sordo —exclamó Diego con una carcajada..

—Eso será lo mejor; mi primo algunas veces es bastante ofensivo.

Luego de navegar el río Támesis, el navío atracó en el puerto londinense.

Tras desembarcar todo el cargamento de Jerez y de apartar un tonel para el tío de Carlos, procedieron a guardar los demás en una de las dársenas. Después de despedirse del capitán de la embarcación hasta el regreso a España, ambos subieron a un coche de alquiler y se dirigieron al centro.

Durante el trayecto, Carlos iba diciéndole:

—La mansión a la que vamos fue de la familia de mi padre desde hace más de trescientos años y ahora, por derecho al mayorazgo, le pertenece a mi tío Dickon. Tienen otra casona en la campiña, que con toda seguridad visitaremos.

Minutos después, un enorme palacete desplegó ante ellos su imponente simetría. Fueron recibidos por un lacayo, que los condujo hacia el hall de entrada. *Sir Temple* y su esposa *Lady Margaret*, luego de saludar efusivamente a su sobrino, le dieron a Diego una entusiasta bienvenida invitándolo a permanecer en su casa el tiempo que deseara. Mientras Diego besaba la mano de la tía de Carlos (de aspecto distinguido y dulce sonrisa), ella le dijo:

—Como te ha dicho mi esposo, para nosotros es un placer recibirte en nuestro hogar. ¿Sabes?, es como si ya te conociéramos. Carlos, siempre que viene a visitarnos, nos habla mucho de ti y de la amistad tan bonita que os une desde niños. —Luego de señalar hacia el interior del enorme salón, agregó—: Vamos a sentarnos, y así tomaremos un rico oportó y algunos bocadillos.

El dueño de casa, dirigiéndose a Diego, con mirada amistosa, expresó:

—Muchas gracias por el tonel de jerez; los ingleses apreciamos mucho ese buen vino español. Carlos nos ha contado que eres el heredero de unas prestigiosas bodegas.

—Sí, están en nuestra familia desde hace más de doscientos años —explicó el español con innegable orgullo.

La tía de Carlos, mirándolo cariñosa, exclamó:

—Debo confesar que a mí también me agrada mucho el jerez. De hecho, cada vez que tenemos una reunión de amigas, es lo único que tomamos. A propósito... ¿ese exquisito vino es muy antiguo?, ¿o ha sido creado hace poco?

Diego, con ademán solícito, le explicó:

—El jerez es muy... pero muy antiguo. Fueron los fenicios, hacia el año 1100 antes de Cristo, los mismos que fundaron Gadir, que ahora llamamos Cádiz, quienes trajeron esas vides a mi ciudad.

—Vaya... qué interesante —apostilló lady Margaret sorprendida—. Te confieso que a mí me gusta escuchar historias de tu país; recuerdo que, siendo jovencita, leí algunas muy sorprendentes: la que más recuerdo es de cuando Hércules estuvo en España.

—*Lady Margaret*... me agrada saber eso; también yo soy un apasionado de esas historias. Si usted lo desea, con sumo placer le relataré algunas otras crónicas sobre la península ibérica que, por desgracia, a pesar de ser tan interesantes, permanecen ocultas en la mayoría de los casos.

—Gracias, me fascinará escucharlas —repuso lady Margaret con una encantadora sonrisa.

En ese momento aparecieron unos criados con bandejas de bebidas y entremeses, que distribuyeron sobre una mesita ratona.

Carlos miraba con insistencia hacia las escaleras. Su tía, al darse cuenta, le comunicó:

—Tus primos no están en casa, pero no tardarán en regresar. Janet y Edward fueron a visitar a tía Clarissa.

—Es la viuda de mi difunto tío Ronald —le explicó Carlos a Diego.

Sir Temple, en medio de un suspiro, añadió:

—Nuestra cuñada está muy mal. Creo que nunca más volverá a ser la misma; para colmo, al no tener hijos, su soledad va a ser más aguda ante la ausencia de mi hermano.

—Apenas pueda, iré a visitarla —apostilló Carlos con grave expresión. Luego, sin cambiar el gesto, a la vez que señalaba a su compañero de viaje, repuso—: A Diego también le mataron un tío muy querido, el brigadier Federico de Montemayor y Carmona, al que tuve el honor de conocer.

—Todo ha sido culpa de ese maldito Corso, que se coronó él mismo como

emperador de los franceses —exclamó *sir* Dickon con furioso gesto—. ¡Solo a él le debemos nuestros muertos y tantas penurias!

De pronto, por las escaleras del frente bajaba una joven enfundada en un traje oscuro, de corte moderno, muy sentador. Al verla, Diego y Carlos, mirándose extrañados, se pusieron de pie. *Lady* Margaret, dirigiéndose a los españoles, les explicó:

—Esta es mi sobrina Brunilda; ha venido a pasar un temporada con nosotros. Bruny, ven, acércate voy a presentarte a Carlos, el sobrino español de tu tío Dickon... y a Diego, un amigo suyo. Como ya sabes, ambos acaban de desembarcar en Londres, procedentes de Cádiz.

Los jerezanos saludaron a la joven besándole la mano con ademán galante.

—Encantada —murmuró ella—, me llamo Brunilda Cavaglione Sullivan. —Mientras dirigía su mirada hacia Carlos, confesó—: Siempre que vengo, Janet me habla mucho de ti; al fin ambos coincidimos en casa de nuestras respectivas primas.

—Oh, de verdad... para mí es un honor saludarte —le dijo Carlos con una gentil sonrisa.

Diego, con los ojos fijos en la joven, reconoció que era una de las mujeres más bellas que había visto en su vida; dueña de unos ojos de color azul, muy claro, con motitas oscuras, orlado de largas y espesas pestañas. Sobre su labio superior tenía un gracioso lunar en combinación con otro en la mejilla, lo que realizaba de manera sugestiva el óvalo perfecto de su rostro, enmarcado por una negra cabellera, recogida en un sentador peinado alto. Su frente despejada dejaba ver lo que llamaban un «pico de viuda», muy sentador. Pese a su aspecto serio y recatado, Diego le calculó unos dieciséis años.

Mientras tomaban asiento, *lady* Margaret, dirigiéndose a Diego, le explicó:

—Mi cuñado, Marcos Cavaglione, era escritor y periodista, y mi hermana Janet lo conoció en un viaje que hicimos a Italia, con nuestros padres. Fue un amor a primera vista y, en apenas tres meses, se casaron; luego de la boda ambos se trasladaron a Königsberg, en Prusia, donde Marcos trabajaba como

periodista en una imprenta que, un tiempo después, compró. Al año siguiente nació mi sobrino Sandro... y ocho años después, Brunilda... —La tía de Carlos estableció una breve pausa y, con gesto pesaroso, añadió—: Hace ahora... cuatro años... mi cuñado y mi sobrino... murieron asesinados por un emisario de Napoleón Bonaparte. Y poco tiempo después, mi hermana Janet también murió... al parecer, de pena. De ese modo nuestra querida Bruny se ha quedado sola en el mundo con la única compañía de su cuñada que, también es española —finalizó la dama, a la vez que posaba su brazo, con ademán protector, sobre el hombro de la jovencita.

Mientras su tía hablaba, Brunilda había permanecido silenciosa con la mirada fija en un punto inexistente; Diego intuyó que aquella conversación no le causaba mucho agrado.

Carlos, tras asentir con la cabeza, repuso:

—Sí, recuerdo que su sobrino mayor, Sandro, estaba casado con una madrileña.

—¿Y... por qué motivo... ese agente de Napoleón asesinó a su cuñado y a su sobrino? —preguntó Diego mientras miraba intrigado a *lady* Margaret.

—Los motivos fueron diversos —siguió ella apesadumbrada—: ambos escribían en su periódico cosas... no muy halagüeñas del cónsul, ahora emperador de Francia, las que al parecer le molestaban mucho.

—Solo decían verdades —irrumpió el señor Dickon, para enseguida agregar—: Pero toda aquella complicada situación ya venía de muy lejos. Cuando en el año 1800 se produjo el intento de asesinato de Napoleón, este comenzó a perseguir a muchos jacobinos, entre ellos algunos periodistas, procurando acallar sus voces con infames amenazas. Lo peor es que el asesino del padre y hermano de Bruny ni siquiera fue juzgado. Después del asesinato y del posterior incendio de la imprenta de sus víctimas... *Monsieur* Pierre Lafeuille d'Étapes se marchó a Francia donde, por lo que sabemos, fue recibido con honores.

De pronto Brunilda, la vez que levantaba bruscamente la cabeza, con rabiosa

expresión, replicó:

—Pero mi hermano le plantó cara a su asesino, y luchó enconadamente con él... hasta lograr hundirle un estilete en uno de sus ojos, y lo dejó tuerto para toda la vida. Sandro, a pesar de su herida y de las terribles quemaduras que sufrió, sobrevivió dos días más, y por eso pudimos saber todos los pormenores de ese horrible crimen.

La inesperada reacción de la joven prusiana conmovió a Diego, haciéndole reconocer que para la joven debía de ser muy traumático haber perdido de golpe, y de manera tan trágica, a toda su familia. La conversación fue interrumpida por una alegre voz femenina.

—¡Hola!, ¡hola! ¿Ya estáis aquí? ¡Primo, qué gusto volver a verte!

Los jerezanos volvieron a ponerse en pie. Carlos corrió a abrazar a su prima, mientras Diego observaba a los recién llegados. Janet le pareció sumamente atractiva, y mucho más cordial y alegre que su prima Brunilda. Ambos hermanos eran rubios y de ojos azules. En ese momento, Carlos, acercándose a su compañero de viaje, tras mirar a Janet, le dijo:

—Mira, prima, este es mi amigo Diego, del que siempre te hablo.

—Oh, encantada. Al fin puedo conocerte —replicó la joven mirándolo a los ojos.

Diego se inclinó ante ella y, con ademán galante, le besó la mano.

Tras eso, Janet saludó a su prima. Luego, dirigiéndose de nuevo a Diego, manifestó:

—Como él mismo acaba de decírtelo, Carlos, siempre que viene, no se cansa de nombrarte.

En medio de una graciosa expresión, Diego replicó:

—Quiero que sepas que... no todo lo que se dice de mí... es cierto.

—Oh, me alegra saberlo —respondió Janet riendo divertida—. Tengo entendido que en tu tierra muchos te llaman «el Hermoso don Diego», ¿verdad? En Londres tenemos a un elegante hombre de sociedad, al que también le dicen «el Hermoso Brummell»; con seguridad lo habrás oído

nombrar.

—Sí, conozco su fama, sobre todo por su estrecha amistad con el príncipe de Gales. Aunque... en realidad, yo no creo parecerme en nada a ese singular personaje —respondió él sin dejar de mirarla.

Desde un primer instante, entre Diego y Janet se produjo una corriente de simpatía. No pasó lo mismo con su hermano Edward. A pesar de que Diego ya estaba advertido, la mirada despectiva del joven inglés le produjo deseos de darle un puñetazo en plena cara. No obstante, lo saludó con una fría inclinación de cabeza; después de eso, se propuso ignorarlo.

En ese momento Carlos comenzó a sacar de su talego de viaje varios paquetes, que fue entregando a sus familiares. A continuación, el salón se llenó de risas y exclamaciones de placer. Cuando Janet abrió su regalo, por unos segundos permaneció muy quieta a la vez que miraba absorta el fondo de un estuche.

—¡Oh, primo! ¡Gracias!, es un collar precioso —ponderó dándole un sonoro beso.

Carlos, sonriendo encantado, le dijo:

—Me alegro de que te guste. Es una joya muy típica de España, trabajada con filigranas de oro y esmalte.

Janet, luego de mostrar el collar a todos, a la vez que se la colocaba alrededor del cuello, exclamó:

—¡Es hermoso, me encanta! Voy a lucirlo ya mismo.

Diego, con el rabillo del ojo, observó a Brunilda que, con cálida sonrisa, participaba del entusiasmo de sus tíos y primos mientras estos recibían sus obsequios. En ese momento la prusiana, acercándose a Janet, tomó el collar entre sus manos y, con gesto solícito, le dijo:

—Yo te lo abrocharé. Sí, de verdad, es un collar magnífico —ponderó. Tras cerrar el enganche del cierre, Janet se giró a mirarla. Con expresión admirada, Bruny manifestó—: ¡Maravilloso! —Sin esperar respuesta, cogió la mano de su prima y se la llevó hacia el gran espejo de la entrada—. Mírate; como ya lo

ves, en tu escote queda precioso.

Lady Margaret, con el entusiasmo de una jovencita, acercándose a ellas prorrumpió:

—¡Ay!, mirad... mirad el hermoso mantón bordado que Carlos me ha traído a mí.

—Es... soberbio —elogió Janet a la vez que palpaba con sus dedos el suave tacto de la seda—. Y qué hermosas y pulidas flores.

—Es un mantón de Manila —informó Brunilda—. En España es muy apreciado, sobre todo entre las mujeres de la alta burguesía.

En ese momento, *sir Dickon*, a la vez que abrazaba a Carlos, le dijo:

—Sobrino, muchas gracias por recordar las ganas que yo tenía de poseer una bota de vino española.

—Celebro que le guste, tío. Y, como ya está bien curada, puede llenarla y beber de esta sin problemas.

—Primero tendré que aprender a hacerlo —exclamó el señor Temple echándose a reír, para después agregar—: Y presiento que eso va a ser una tarea muy difícil.

—No lo creas, tío, estoy seguro de que enseguida lo aprenderás —expresó Carlos.

Diego, aproximándose hacia ellos, dijo:

—No se preocupe, *sir Dickon*, entre su sobrino y yo le enseñaremos a beber de ella, sin derramar una sola gota de vino.

—Exacto —replicó Carlos con una carcajada—; con un poco de práctica, parecerá como si siempre lo hubieras hecho. —Volviéndose hacia su tía quien, con el mantón sobre los hombros se miraba al espejo, agregó—: Luego os bajaré otro saco con más obsequios que os mandan mis padres.

En ese momento Edward, con una hermosa daga de diseño artesanal en su mano, aproximándose a su primo con evidente complacencia, le dijo:

—Gracias también por mi regalo. Es magnífica... está labrada como una joya y su mecanismo de muelle es perfecto. Además, su hoja resulta muy

impresionante —concluyó plegándola.

Carlos, mirándolo cortés, dijo:

—Celebro que te guste. El bosquejo data del siglo *xvi*; es la misma que fabricaban los primeros cuchilleros moriscos de Albacete, quienes eran muy hábiles en el forjado. Como ya lo ves, es una creación para adornar una vitrina. —Sin agregar nada más, se volvió hacia Brunilda; mirándola consternado, se excusó—: Lo siento, si hubiera sabido que estabas aquí de visita... también tendrías un regalo.

—Oh, pero ¿qué dices? —replicó ella sonrojada—. No tienes que disculparte de nada, al contrario...

Al observar el acaloramiento de la prusiana, los labios de Diego se curvaron en una sonrisa involuntaria.

Pese a la distante actitud de Edward y su prima, esta última, enfrascada entre la maraña de sus pensamientos tal como si intentara poner entre ella y los recién llegados una infranqueable barrera, la cena transcurrió en un clima de festiva cordialidad.

De vez en cuando, Diego, con disimulo detenía los ojos en Brunilda, observándola con detenimiento. «Es preciosa... por donde se la mire. Su ascendencia latina resulta muy evidente», se dijo admirado, mientras ella permanecía atenta a la conversación de los demás, aunque sin intervenir. Durante la sobremesa todos se reunieron en el salón continuo para charlar y beber té helado. La joven prusiana tomó asiento en medio de los dos jerezanos.

Diego, luego de cruzar con ella unas pocas palabras, se atrevió a preguntarle:

—Tu nombre deriva de la mitología nórdica, ¿verdad?, relacionada con Sigfrido y con una historia de amor... como la de *Tristán e Isolda*.

Ella lo miró sorprendida. Después de asentir con la cabeza, manifestó:

—Oh, de verdad... me sorprendes: esta es la primera vez que alguien me pregunta eso. Sí, se trata de la princesa visigótica Brünnhilde y posterior reina

de Australia; a mi madre le gustaba tanto ese nombre que, aun contra la opinión de mi padre, me bautizaron con este.

—A mí también me gusta; sobre todo porque tuve la suerte de leer esa peculiar historia —confesó Diego. Y, sin darse cuenta de que Janet los observaba, mirándola con sugerente intensidad, añadió—: Creo que ya te lo habrán dicho: Tienes una hermosa sonrisa, y los hoyuelos de tus mejillas, junto a los dos lunares de tu rostro son... adorables.

—Gracias —respondió ella con visible azoramiento.

Enseguida, a la vez que bajaba la mirada, Brunilda volvió a quedarse en una actitud distante.

Al comprender que la joven no deseaba seguir hablando, Diego, obligándose a apartar sus ojos de ella, centró la mente en la conversación entre *sir* Dickon y Carlos, que en ese momento se hallaban enfrascados en la reciente batalla de Trafalgar.

Media hora después, el matrimonio Temple se retiró a sus aposentos. Los jóvenes se quedaron solos en el salón. Enseguida se inició entre ellos una intensa charla cultural. De pronto Edward, dirigiéndose a Diego, en un tono entre áspero y burlón, le preguntó:

—¿Así que tú, al igual que mi primo Carlos, sientes mucha admiración por Napoleón Bonaparte?

Diego lo observó caviloso. Luego, levantándose de hombros, respondió:

—No es un secreto que en España siempre se lo ha admirado, sobre todo por lo que simboliza políticamente: sus ideales democráticos y republicanos, y sus...

—Pero... ¿cómo se puede sentir tanta devoción por... un personaje tan nefasto? —lo interrumpió Brunilda, mirándolo colérica.

Janet la cogió del brazo.

—Bruny, por favor... —le dijo llamándole la atención.

—Perdón, no quise ser maleducada —se disculpó la prusiana, a la vez que agregaba—: Pero es que... no lo puedo evitar; ese tema de la admiración

hacia Napoleón Bonaparte me hiere tanto que... la furia me domina.

Diego, mirándola muy serio, le explicó:

—Comprendo tu postura, pero en mi patria admirar las proezas de Napoleón, aliado del reino español, es algo muy normal y cotidiano. Desde que tengo uso de razón, he escuchado elogiar a ese joven oficial de artillería, del que se destacaba su inteligencia y su arrojo: un hombre que supo prepararse muy bien para sus cometidos. —Mientras hablaba, no dejaba de observar el gesto adusto de la prusiana. Decidido a mostrarse sereno y rotundo ante sus convicciones, Diego prosiguió—: Todos fuimos testigos, hasta sus propios enemigos, de la labor extraordinaria que solo él pudo lograr en Francia, al restablecer la disciplina y la prosperidad; además de pacificar el país, liberándolo del caos y del desorden... saneando las finanzas y poniendo fin a las inclinaciones chantajistas, mientras eliminaba las persecuciones religiosas y las luchas de clase.

Cuando él acabó, Brunilda, con notable crispación, le rebatió:

—Todo eso que acabas de enumerar... solo son embustes, propagandas halagüeñas de los bonapartistas. Y todo porque nadie se atreve a contar las verdaderas miserias y bajezas de ese omnipotente hombre: un ser inescrupuloso, egocéntrico, frío y calculador. —Sin cambiar de actitud, prosiguió—: Sí, Napoleón fue heredero de la Revolución Francesa, pero también su traidor, ya que como persona es un ser ruin y mezquino. Solo se quiere a sí mismo y al poder, aunque para eso tenga que pasar por encima de los demás... incluso matándolos. Ese hombre... ni siquiera conoce el sentido de la amistad; hizo secuestrar y asesinar al duque de Enghien, considerado uno de sus mejores amigos. —Tras alinear sus ojos con los de Diego, continuó—: Su crueldad es terrible; en los fallidos atentados contra su vida, no le importó encarcelar a todos sus amigos, sin verificar si realmente eran culpables o no. En 1795 mi padre escribió en su periódico que, durante una sublevación de las masas populares de París, a las que se habían sumado los monárquicos, Napoleón estaba encargado de reprimir a los insurrectos... mató, sin

pestañear, a cientos de personas en un aniquilamiento a cañonazos, hecho que dejó a la capital inmersa en un baño de sangre. —Tras un corto intervalo, prosiguió—: Los que lo conocen bien afirman que Napoleón siempre odió el nombre de «República»; a él le gusta más la palabra «Reino», ya sabéis que primero llamaba «República Italiana», y ahora ha cambiado por «Reino Italiano». —Estableció otra pausa y, tras volver a fijar la mirada en Diego, que seguía contemplándola con atención, añadió—: Y... por si no lo sabes, tu admirado oficial de artillería desde hace mucho tiempo está amenazando a mi patria sin darle tregua; las provocaciones de Napoleón contra Prusia son terribles. El rey Federico Guillermo procura ignorarlas, pero no sé hasta cuándo. Y hay muchas más cosas para contar de ese maldito Corso, que se autoproclamó rey de Italia, desintegró las provincias unidas... y fundó el reino de Holanda al frente del cual colocó a su hermano Luis.

Todos los presentes se mantenían callados, escuchándola atentos. Cuando ella acabó, Diego esperó unos segundos antes de tomar relevo.

—Sin que esto que voy a decir sea tomado por demagogia —alegó mientras procuraba disimular su azoramiento—, solo me queda por aclararte que la admiración por el emperador de Francia, que la mayoría de jóvenes españoles, entre los que me incluyo, sentíamos en un comienzo, es diferente al sentimiento que nos invade hoy por hoy. Tras sus últimas actuaciones, principalmente durante la reciente batalla de Trafalgar, empezamos a sentir mucho temor... mucha desconfianza y también mucha decepción.

—Hacéis bien en desconfiar de él —añadió Brunilda un poco más calmada—. A pesar de todas las virtudes que muchos quieren adjudicarle al emperador francés, a más del culto que vuestros soberanos le rinden, puede que llegué un día en que lo lamentarán.

Diego, sosteniéndole la mirada, respondió pensativo:

—Esperemos que los soberanos españoles se den cuenta a tiempo del peligro que corren.

Janet, a la vez que esbozaba una sonrisa, dirigiéndose a los dos visitantes

españoles, expresó:

—¿Sabéis que hace dos años nuestro recién fallecido primer ministro Pitt «el Joven» hizo sobre vuestra patria una profecía por demás sorprendente? Aseguró que España sería el primer pueblo en el que se iniciaría una guerra patriótica, que podría liberar a Europa de la tiranía de Napoleón.

Diego, mirándola con aire sorprendido, replicó:

—Vaya... ojalá esa predicción no se cumpla.

Carlos, tras un gesto de desagrado, añadió:

—Opino como Diego; realmente... sería terrible que España entrara en guerra contra Francia. Espero que nuestros monarcas no lo permitan.

Edward, como si deseara meter el dedo en la llaga, con sonrisa burlona, exclamó:

—Por lo que he oído decir, vuestro venerado Príncipe de Asturias... futuro rey de España, y de sus Indias al igual que su padre, tiene muy pocas luces; otros aseguran que es un imbécil bobalicón. Bueno, en general, vuestra historia de monarcas es un grandioso desastre.

Diego, tras contemplarlo unos instantes en silencio, replicó mordaz:

—Si nos remontamos a la historia, la vuestra tampoco es muy loable.

Con gesto rotundo, Edward rebatió:

—España jamás se podrá comparar con Inglaterra. —A la vez que centraba su mirada en Diego, con aire altanero, agregó—: El vuestro es... un país en decadencia, repleto de incultos y salvajes, gobernados por curas.

Por unos instantes las palabras del joven inglés parecieron flotar en el aire.

—¡Edward!, ¿cómo te atreves a faltar el respeto a nuestro huésped? —lo amonestó su hermana mirándolo ceñuda—. No olvides que el primo Carlos también es mitad español.

El reprendido, mostrándose un tanto turbado, murmuró:

—No era mi intención ofenderlos... solo digo lo que pienso.

—Pues podrías tener un poco más de discreción, o bien morderte la lengua antes de ser tan hiriente —aseveró Carlos con mirada reprobadora.

—Estimado Edward —masculló Diego a la vez que observaba al inglés con aire sarcástico—, tampoco olvides que mi país, a pesar de su actual decadencia, por largas centurias fue maestra del mundo civilizado... incluso antes de la dominación romana.

Brunilda, con los ojos fijos en su primo en actitud de desagrado, le rebatió:

—Yo tampoco estoy de acuerdo contigo en esto. Mi hermano se casó con una española, y yo adoro a mi cuñada: ella es dulce, culta y divertida al igual que toda su familia, que me acogió en su casa brindándome todo. Y en muy poco tiempo logré también amar, respetar e incluso admirar a ese país, como al mío propio.

Janet agregó:

—Es verdad... aunque no conozco España, todo lo que he leído sobre ella me ha gustado mucho. —Deseosa de aplacar un poco la tensa situación creada por las desafortunadas observaciones de su hermano, con sonrisa cariñosa dirigiéndose a su prima, añadió—: Y quiero que sepas que mí también me gusta mucho Matilde, sobre todo por la manera tan noble y cariñosa como te ha cuidado estos últimos años...

—Sí, ella ha sido para mí como una hermana —respondió Brunilda—. Y pienso seguir a su lado, hasta el día de mi boda.

Ante las últimas palabras de la joven, Diego la miró extrañado. «¿La prusiana va a casarse?», se preguntó sorprendido. La voz del hermano de Janet lo sacó de su abstracción.

—Pido perdón por mis desafortunadas observaciones —rectificó Edward con expresión un tanto nerviosa—. Vuelvo a repetir que... no fue mi intención ofender a nadie en particular. —Diego aceptó las disculpas con un ligero movimiento de cabeza.

La conversación cambió luego hacia otros temas menos conflictivos. Cerca de las diez de la noche, Brunilda se despidió de todos y, seguida por una de las doncellas, se retiró a sus aposentos. Al poco rato, Carlos y Edward, cada uno por su lado, hicieron lo mismo. Janet y Diego se quedaron a solas en el

salón. Tras una despreocupada charla trivial, ella, mirándolo un tanto inquieta, se excusó con él:

—Quería pedirte perdón por mi hermano... y también por mi prima. De verdad, me sentí muy mal al escuchar a Edward dirigirse a ti de manera tan descortés.

—Ah, no te preocupes, yo no me ofendo con facilidad. Por otra parte, creo que tu hermano está en su derecho de decir lo que piensa. En cuanto a tu prima, tiene sobrados motivos para reaccionar de esa manera.

—Sí, realmente la pobre ha sufrido mucho. —Luego de establecer una corta pausa, con voz sutil agregó—: Bueno, ahora hablemos de ti. Carlos me ha contado algunas cosas tuyas que de verdad... han llegado a sorprenderme.

Diego, tras levantar una ceja, la miró chancero.

—Ya te lo dije: no te lo creas todo. La mayoría son murmuraciones infundadas. —Echándose a reír, agregó—: Como ya lo ves, soy un joven humilde y respetuoso, con alguna que otra imperfección, como todos los mortales. Por lo general, si hay límites, los cruzo. Y, si hay reglas, las rompo. Pero he de decirte que en estos últimos años he aprendido a controlarme mejor. Y ahora mi único propósito es disfrutar lo que más pueda de la vida.

—¿Y... qué involucra ese disfrute en particular? —preguntó ella.

Por unos instantes Diego la observó en silencio. Luego, con un gracioso gesto, alegó:

—No sabría decírtelo con exactitud; la vida está llena de sorpresas buenas y malas... y a mí me gusta ir descubriendo todas.

Abarcándolo en una profunda mirada, Janet murmuró:

—No puedo ocultarte que todo lo tuyo me intriga de una manera inusual —y, con sonrisa coqueta, agregó—: Desearía saber más cosas de ti.

—Oh, me siento muy halagado. Entonces no te detengas, pregunta sin miedo.

—No te vanaglories tanto —repuso ella poniéndose en guardia—, solo es curiosidad, nada más que eso. Bueno, ahí va: me gustaría saber cuál es tu principal virtud.

Él soltó una carcajada.

—Aunque no lo creas, tengo muchas: estar siempre limpio de cuerpo y alma. Respetar a las personas, sobre todo a las mujeres; no comer, ni beber demasiado. Mantener la forma física... atacar de frente. Ser leal con mis amigos... y proteger a los más débiles.

—Vaya, realmente eres un dechado de virtudes —rebatía ella con burlona sonrisa. Tras un corto intervalo, le preguntó—: Y... ¿puedo saber cuál es... tu principal defecto?

—¡Vaya, ahí me has pillado! —exclamó Diego divertido—, por desgracia... son tantos los que padezco que es imposible enumerar todos, y mucho menos señalar uno u otro.

—Pero ¿cuál es el que te aleja más a menudo de la virtud?

Él la miró serio. Luego, mientras sonreía con sorna, murmuró:

—Tú ya lo sabes, ¿verdad? Sí, son las mujeres. Aunque yo no lo llamaría defecto, si no más bien, una debilidad.

Janet, mirándolo con aire reservado, corroboró:

—Eso cualquiera lo ve; he notado cómo miras a mi prima; incluso te he oído adularla.

Diego soltó una carcajada, expresando:

—Y también a ti; todas me parecéis dignas de ser admiradas. Lo que más me apasiona es descubrir poco a poco vuestros misterios —concluyó con un gesto encantador.

—Entonces, ¿eso quiere decir que... eres de los hombres que tienen una cantidad de queridas por donde van?

—¡No tantas! Solo unas pocas —repuso riendo con desparpajo—. Ah, pero eso sí: jamás engañé a ninguna; yo solo las enamoro.

Ella, con un gesto severo, replicó:

—Mejor no te digo lo que pienso. Solo me atrevo a darte un consejo: tendrías que cambiar tu manera de comportarte.

Diego se quedó unos instantes silencioso.

—En eso estoy —repuso mirándola a los ojos.

—Me alegra escuchar eso. Espero que algún día puedas llegar a ser un perfecto *gentleman*.

De pronto Janet se dio cuenta de su desliz verbal y enrojeció. El español la miró muy serio. Sin perder la calma, le contrapuso:

—Janet, no sé lo que te habrá contado Carlos de mí, pero te aseguro que soy un perfecto caballero, en todo sentido... Conmigo no tienes nada que temer.

Ella, a pesar de su visible nerviosismo, murmuró altanera:

—Eso ya lo sé. Además, yo también respondo por mí. —Tras jugar con su collar, sin cambiar de gesto, continuó—: Y, a decir verdad, mi primo no me contó nada realmente malo de ti. Yo hablo por lo que veo e intuyo. Tú representas a esos jóvenes volubles, siempre envueltos en amoríos y escándalos, incluso batiéndose a duelo por defender el dudoso honor de las mujeres que frecuentas. —Humedeciéndose los labios, con la punta de la lengua, agregó cortante—: Pero conmigo tu donjuanismo no tendrá correspondencia; de eso puedes estar seguro.

—Vaya, siento como si me estuvieras cortando las alas —se quejó él con sonrisa seductora, sin mostrarse ofendido.

Janet soltó una risita burlona; después exclamó:

—Es lo que pretendo.

Durante más de una hora siguieron enfrascados en medio de un divertido duelo verbal, en el que Diego descubrió que Janet poseía un molesto espíritu innovador y que siempre tenía una respuesta para todo. Su audaz intelecto, poco usual en las mujeres que él conocía, la llevaban a profundizar en temas y direcciones que incluso llegaron a abrumarlo. Siempre se ponía al mismo nivel de los hombres, lo que la hacía, a su modo de ver, un tanto impertinente. Y eso para un español, aun tan liberal y mundano como Diego, resultaba bastante fastidioso.

No obstante, el jerezano siguió desplegando con ella su habitual juego de seducción.

Ya en su cuarto, Diego, antes de acostarse, salió al balcón. La noche de verano londinense, iluminada por la luna llena, y el aire impregnado del aroma de flores, invitaba a soñar. En ese momento, al volver la cabeza hacia el jardín de la casa, divisó la figura de una mujer enfundada en una bata clara. Ante el lechoso resplandor lunar, contempló su larga y oscura melena suelta, que resaltaba la blancura de su piel. Mientras agudizaba la vista, enseguida descubrió que se trataba de la enigmática Brunilda.

La joven caminaba muy despacio, tal como si paseara; sus movimientos denotaban una gracia especial, un encanto indefinible que él no supo precisar en toda su magnitud, dándole la impresión de estar mirando a un ser irreal. Después la vio acercarse a un banco y tomar asiento en él, quedándose con su cara levantada hacia el cielo tachonado de estrellas. Diego tuvo que reprimir el deseo de bajar y acercarse a ella.

«Puede que sufra de insomnio; quizás los dramas de su familia le impidan vivir en paz», se dijo pensativo. Mientras la observaba, siguió diciéndose: «Tengo que reconocer que esa niña mujer me ha hechizado más de lo pensado. Me gustaría tanto poder indagar en su alma...».

Al instante, después de exhalar un hondo suspiro, siguió reflexionando: «¡No!, por nada del mundo debo inmiscuirme en la vida de ninguna dama de esta familia. Mientras permanezca aquí, solo me centraré en pasarlo bien y dejar una buena impresión, limitándome a charlar en tono amistoso con Janet y sus padres... y también con la prusiana, si ella lo acepta...», se prometió solemne, decidido a cumplir con su palabra.

A pesar de sus deseos de apartarse del balcón, siguió aferrado a la baranda con los ojos fijos en la figura de la joven, hasta que la vio ponerse de pie y desaparecer de su vista. Al día siguiente, mientras Carlos visitaba a la viuda de su tío Ronald, Diego terminó de concretar los negocios del jerez. Después, satisfecho del éxito obtenido, se marchó a casa de unas tías de su madre (dos hermanas solteras de su abuela Úrsula), a las que les llevó unos obsequios, trasmitiéndoles además el cariño de toda la familia, principalmente de sus

sobrinas, Clemen y Natalie. Al salir de allí, tras recoger a Carlos, ambos regresaron a la casa de los Temple.

Sir Dickon y su familia habían programado, para la próxima semana, llevarlos a la mansión que tenían en las afueras de Londres, adonde también acudirían otros muchos invitados. Esa noche, cuando Janet y Diego volvieron a quedarse a solas en el salón, ella, mientras hablaba de la próxima excursión, en medio de un irreprimible entusiasmo, le comunicó:

—Primero, apenas lleguemos, tendremos una opípara cena y luego, a pesar del luto y, como tía Clarissa no estará presente, podremos bailar; espero que disfrutes de todo eso.

—Claro que disfrutaré. De eso no te quepa duda —aseguró él.

Janet, con sonrisa coqueta, agregó:

—Ah, y el sábado hay organizada una cacería.

Quedándose serio, Diego replicó:

—Lo lamento, pero... de eso sí que no podré disfrutar; no me gustan las cacerías, y menos la del pobre zorrillo. Lo que hacéis con ellos es muy cruel.

Ella observándolo ceñuda, rebatió molesta:

—¡Oh! ¿Y qué me dices de vuestras corridas de toros?

—Que tampoco me gustan.

Janet lo contempló con la boca abierta.

—¿Un español al que no le guste esa diversión tan popular en vuestro país? No puedo creerlo.

—Pues... créetelo. No soporto ningún acto que incluya la crueldad con los animales; esa es una de mis debilidades, que siempre he tratado de enmascarar. Y no creas que soy el único español al que no le gustan las corridas de toros. —Tras una corta pausa, Diego, mirándola a los ojos, con sutil sonrisa, le propuso—: ¿Qué te parece si mejor... cambiemos de tema? — Sin esperar respuesta, con sonrisa seductora, prosiguió—: ¿Sabes?, desde hace días quiero hacerte una pregunta.

—Pregúntame lo que desees —respondió ella un tanto intrigada, mientras

jugueteaba con su collar.

—Me gustaría saber cómo eres... en tu vida real y cotidiana; de verdad, me intriga saberlo.

Sorprendida por la pregunta, la inglesa se quedó unos segundos en silencio.

—Vaya, creí que ya tenías una idea bien clara de cómo soy realmente —expresó ella a la vez que esbozaba una encantadora sonrisa. Sin cambiar de gesto, mirándolo con fijeza, prosiguió—: Me considero una mujer con pensamientos propios... muy personales; que le gusta hablar de todo, sin tapujos. Soy muy independiente y extrovertida... todo lo contrario a mi prima Bruny, siempre perdida en su intrincado mundo poblado de fantasmas... a los que yo ya habría ahuyentado. —Mientras jugueteaba de nuevo con su collar, inquirió—: Ahora, respóndeme tú con absoluta sinceridad: ¿Qué opinión te merece mi manera de ser?

Diego, sonriéndole despreocupado, prorrumpió:

—Debo confesar que, como mujer, te encuentro muy inteligente y muy innovadora. —Dándose cuenta de su error, con gesto avergonzado, se rectificó—: Perdón por mi torpeza, creo que no he sabido expresarme como debía...

Ella, tras esbozar una desdeñosa sonrisa, le rebatió:

—Ese pensamiento tuyo es muy propio de los hombres de tu país, ¿verdad? Tengo entendido que en España, mucho más que en Inglaterra, las mujeres son completamente anónimas. Sus únicas virtudes representan austeridad, ignorancia, sumisión... recato.

—Tienes razón, dicen que eso es un legado que nos dejaron los moros.

—Además de eso... las españolas sienten mucho temor a Dios y a la Iglesia, ¿verdad? —prosiguió la inglesa con los ojos fijos en él.

Mirándola avergonzado, Diego, admitió:

—Sé que he pecado de ignorancia al expresarme de esa manera porque, en realidad, creo que las mujeres nos superáis en todo.

—Eso no lo dudes: en astucia, sentido común, razonamiento, intuición e inteligencia, somos superiores a vosotros. Algunos sabios ya opinan que los

pueblos donde la mujer es anónima son pueblos incultos, atrasados y primitivos.

—Vuelvo a darte la razón. —Mirándola con los ojos entornados, musitó—: Por favor, olvida mis palabras y respóndeme a esto: ¿Tú conoces también el amor... en toda su magnitud?

La joven bajó los ojos. Diego lanzó una carcajada.

—¡Bravo!, al fin algo que ignoras.

Janet, a la vez que sonreía con aire misterioso, replicó:

—Te equivocas. Del amor sé mucho más de lo que imaginas.

—Vaya, yo creí que... tú aún no... —dijo él muy sorprendido.

—¿Que jamás había estado enamorada? —lo interrumpió ella—. Otra vez estás equivocado. Lo estuve más de una vez, pero enseguida me desilusioné.

—¿Puedo saber por qué?

—Pues... porque todos los hombres, o al menos a los que yo conocí, me parecieron fatuos y vanidosos, carentes de personalidad. —Con aire burlón, centró la mirada en el español, y agregó—: Es que... de verdad, sois tan simples que la mayoría de las mujeres siempre logramos adivinar los pensamientos masculinos. Por ejemplo, tú ahora, a pesar de que te resulto transgresora, demasiado segura de mí misma... una mujer que puede discutir con un hombre del tema que sea y que casi siempre termina ganándole en todo... aun así estas tratando de seducirme, ¿verdad?

—Vaya, has dado en la tecla. Me siento un poco avergonzado de ser tan obvio. Janet, me has vencido, ¿puedo preguntarte algo más?

—Claro.

—¿Ahora estás enamorada?

Janet permaneció unos instantes en actitud meditabunda; seguido a eso, sosteniéndole la mirada, respondió:

—No, y no deseo volver a estarlo en mucho... pero mucho tiempo.

—Gracias por... aclarármelo —bromeó él con sonrisa entre irónica y divertida.

En ese momento el español con asombro se dio cuenta de que Janet era la primera mujer con la que se sentía a gusto solo hablando, sin desear llevársela a la cama. «Es increíble... a pesar de gustarme, no siento por ella la característica impetuosidad que me trastorna la mente y siempre me invade cuando estoy a solas con una dama», concluyó maravillado.

Los días restantes, Diego los pasó en compañía de Janet, sus padres y Carlos entre amenas charlas de música y literatura en las que a veces también intervenía Edward. El jerezano solo se encontraba con Brunilda a la hora de comer y cenar. Allí la saludaba galante, mientras ella le devolvía la gentileza con una media sonrisa. Por las noches, cada vez que la bella prusiana salía a caminar por el jardín, continuaba observándola desde su ventanal, sin atreverse a bajar e intentar iniciar una conversación a solas.

Al llegar el miércoles, después del almuerzo, repartidos en dos carruajes se marcharon todos hacia el campo. Diego, sentado al lado de *sir* Dickon, Carlos y Edward, se entretenía en escuchar la charla de estos mientras observaba la bella y pintoresca campiña inglesa. La carretera estaba circundada de frondosa arboleda en la que, de vez en cuando, aparecían castillos y caserones con siglos de antigüedad.

Después de atravesar un tupido bosque de jóvenes robles, llegaron a la fabulosa mansión estilo Tudor. El sinuoso camino descendía por un largo sendero de grava, bordeado de una diversidad de flores que llegaba hasta la inmensa casona rodeada de setos y árboles frutales.

El cochero detuvo los caballos en la entrada junto a otros dos carruajes. Tres enormes amistosos perros corrieron hasta ellos ladrando enloquecidos de contento, mientras una bandada de gansos los seguían en medio de un discordante alboroto.

—Ya están aquí algunos de nuestros invitados —observó el señor Temple mientras acariciaba a los canes procurando calmarlos.

De inmediato, varios criados corrieron a recibirlos.

Tras eso, apenas los sirvientes sacaron los equipajes, *sir* Dickon, a la vez

que esquivaba el salto que los perros daban a su alrededor, tomó la delantera dirigiéndose hacia un grupo compuesto de dos señoras mayores, tres caballeros y cuatro jovencitas que se acercaban a ellos. Las damas escondían sus rostros de los rayos del sol bajo vistosos quitasoles. En ese momento llegaban dos carruajes más. En menos de un instante el portal se llenó de nuevos visitantes. Janet, tomada del brazo de Carlos y Diego, fue presentando a todos.

Bruny permanecía al lado de su tía Margaret, mientras hablaba con algunas encopetadas damas. Cuando el numeroso grupo se puso en marcha hacia el interior de la casa, seguido de los criados que llevan los equipajes de los recién llegados, Janet, sin soltarse del brazo de Diego, lo miró a los ojos y, con una encantadora sonrisa, le dijo:

—Como ya ves, has cautivado a todas mis amigas, y también a las de mi madre. Aunque... he notado que la mayoría de los hombres te miran con... bastante desagrado.

—Eso me tiene sin cuidado. Mi único deseo es agradar a las damas —remarcó Diego risueño.

—Y en eso te esmeras demasiado, ¿verdad?, sonríes de una manera bastante peculiar... diría que desvergonzada. Además, tienes un refinamiento... muy sibarítico, y eso se nota demasiado —apostilló con una mirada sesgada. Al ver la sorprendida expresión de Diego, se echó a reír, excusándose—: ¡Perdona, no me hagas caso; es una broma! —Sin esperar respuesta, a la vez que tiraba de su mano, agregó—: Vamos, te mostraré la casa, y luego te llevaré al cuarto que ocuparás. Y sin soltarlo, mientras pasaba por delante de todos los presentes, se lo llevó adentro.

Diego, con expresión admirada, observó el interior de aquella soberbia mansión. Desde el vestíbulo hasta el fondo de la sala, se veían esplendidos muebles con adornos de cristal, porcelana, bronce y plata; de las paredes colgaban numerosos cuadros de indudable valía. De allí entraron al suntuoso comedor para después pasar al salón de baile con el techo enjalbegado del

que colgaban hermosas arañas.

—¡Qué grandiosidad de palacio! —exclamó el jerezano.

—Celebro que te guste. Perteneció a mis abuelos maternos; mi padre se lo compró al hermano mayor de mi madre, que murió sin descendencia. Tiene más de doscientos cincuenta años, pero sus muebles son casi todos nuevos — le explicó ella.

Juntos subieron a la primera planta, hasta llegar a la habitación que ocuparía Diego. Toda esa parte del palacio bullía de actividad; los sirvientes trajinaban de un cuarto a otro con trapos, toallas y cubos de agua caliente.

Janet y Diego llegaron hasta una espaciosa habitación. Una vez dentro, ella, mirándolo sonriente, le dijo:

—Este será tu cuarto; espero que estés cómodo.

—Gracias, es perfecto —repuso Diego acercándose al ventanal—. Tiene unas vistas maravillosas.

—¿Necesitas que envíe a un criado para que te ayude a desempacar... y a vestirme luego?

—No, gracias. Lo haré todo yo. Además me gusta vestirme solo.

—De acuerdo. Estas habitaciones tienen un vestidor con tina. Y ahí tienes agua para lavarte, y toallas. O si prefieres darte un baño.

—Eso es lo que más desearía hacer ahora —repuso el español envolviéndola en una mirada llena de profundidad.

Ella, tras esquivar sus ojos, asintió con la cabeza.

—Entonces ordenaré que te llenen la tina de agua caliente de inmediato. — Seguido a eso, le informó—: Lo que necesites pídelo tocando la campanilla. Si quieres, también puedes acostarte un rato. Creo que en tu país es costumbre dormir a la hora meridiana, ¿verdad?

—Sí, la siesta es una costumbre muy española, sobre todo para los que vivimos en el sur —replicó él sin dejar de contemplarla con aire chancero, dándose cuenta de que la inglesita parecía ansiosa de escapar de allí.

Ella, después de volver a esquivar su mirada, agregó:

—Cenaremos a las ocho. El cuarto de Carlos es el... de al lado. Ahora te dejo para que descanses.

—Gracias, eres muy gentil.

—Tú te lo mereces. Adiós, nos veremos antes de la hora de cenar.

Diego le hizo una cortés inclinación de cabeza, y respondió galante.

—Hasta luego, Janet.

Ella, tras un ligero movimiento de cabeza, salió precipitadamente de allí. «Pero qué mujer más complicada eres», se dijo Diego echándose a reír. Sin cambiar de gesto salió hacia el balcón; por espacio de unos minutos permaneció muy quieto, absorto en la contemplación de el bonito erial y el sendero cubierto de grava, repartido en perfectos *parterres* que descendían hasta otro bosquecillo de laureles. A lo lejos podían verse infinidad de colinas de verde follaje.

De pronto, el pensamiento de Diego volvió a centrarse en la prima de Carlos: «Creo que, a pesar de que Janet no me atrae, de la misma manera que la hierática Brunilda, debo confesar que... no me disgustaría besarla». Al instante se quedó unos segundos envuelto por un cúmulo de ideas contradictorias. «¿Pero qué estoy pensando de nuevo? —se dijo en voz alta—. Janet y Brunilda son tabú para mí. Tengo que olvidarme de esos sorprendivos y locos anhelos, que no dejan de asaltarme con esas dos mujeres».

Unos golpes en la puerta interrumpieron su monólogo. Tres criados, con enormes cubos de agua caliente, le llenaron la tina. Después de tomar un largo y reparador baño, se puso un batín y se acostó. Poco a poco fue relajándose y, cuando menos se dio cuenta, se quedó dormido. Al despertar, Diego descubrió que empezaba a oscurecer.

Desde los ventanales del balcón vio cómo el sol, entre tonalidades rojizas, se ocultaba detrás de las colinas. Con ademanes perezosos procedió a vestirse con discreta elegancia. Como llevaba el pelo corto, enseguida se peinó echandoselo hacia atrás. Media hora después, Diego descendía las escaleras.

En el salón, las velas de los candelabros ya estaban encendidas. Las arañas,

repletas de caireles y bolitas biseladas, hacían brillar la luz de las velas como rutilantes constelaciones.

Los músicos, instalados en la galería de los juglares, afinaban sus instrumentos. Varios pares de ojos femeninos se detuvieron en la figura del apuesto visitante mientras este terminaba de bajar los últimos peldaños. Su moderna indumentaria le confería un aspecto de viril elegancia. Al verlo, Janet se le acercó.

—Hola Diego —lo saludó risueña—. Oh, de verdad estás muy guapo.

—Lo mismo digo —repuso el español con galantería—. Ese vestido te queda precioso; hace resaltar, de manera increíble, el impactante color de tus ojos.

—Gracias —repuso ella a la vez que bajaba la mirada. Seguido a eso, mientras volvía a mirarlo, añadió—: Ya estaba a punto de mandar a buscarte; enseguida cenaremos, ¿has descansado bien?

—De maravilla, y Carlos, ¿dónde está?

—Allí... junto a mi hermano, Bruny... y un grupo de amigos. ¿Te apetece ir con ellos?

Por unos instantes, Diego contempló con evidente admiración a la prusiana enfundada en un vestido azul oscuro que destacaba la grácil línea de su escultural figura. ¡Realmente estaba bellísima! A continuación, al tiempo que daba un hondo suspiro, apartó sus ojos de ella y los paseó por sus acompañantes. Tras observarlos unos instantes, miró de nuevo a Janet y negó con la cabeza.

—Para serte sincero, no —confesó risueño.

—Entonces te llevaré donde están mis padres, que han estado preguntado por ti. Pero antes voy a presentarte a los demás invitados —le sugirió Janet tomándolo del brazo.

A continuación lo llevó hacia el resto de personas, a las que el joven español saludó con su habitual cortesía. Después, ella misma lo acompañó hasta donde estaban sus padres.

Sir Temple y su esposa, sentados junto a un grupo de personas mayores, lo acogieron con notable cordialidad. Janet se despidió de Diego y se dirigió hacia un grupo de amigas que la solicitaban. El español tomó asiento al lado de su anfitrión. Enseguida un criado le sirvió una copa de sidra fresca.

El señor Dickon le preguntó:

—¿Te gusta esta bebida?, ¿o prefieres tomar oporto... o quizás jerez?

Lady Margaret, acercándose hacia Diego, añadió solícita:

—Tenemos otros vinos de tu tierra: Montilla y Valdepeñas.

—Prefiero la sidra —respondió el español mientras levantaba la copa a modo de aceptación.

Tras saborear un largo trago, al tiempo que miraba sonriente al tío de Carlos, le comunicó:

—¡Ah! *Sir* Temple, esto es... néctar de dioses.

El dueño de la casa se echó a reír satisfecho.

—Me alegro de que te guste; me la traen de Devon. Está hecha con las mejores manzanas que cultiva allí un buen amigo mío.

—Es exquisita —ponderó Diego de nuevo a la vez que pensaba en la cara que pondría su padre si lo viera paladear, con tanto placer, aquella sidra inglesa.

En ese momento *Sir* Temple y su grupo comenzaron a hablar de los serios problemas que tenían con Francia, mientras hacían hincapié en la llamada «política de bloqueo continental contra Inglaterra», iniciada por Napoleón.

Cerca de ellos, varias damas, encorsetadas, vestidas con ricas sedas, conversaban de vanidades; mientras, otro grupo se dedicaba a desprestigiar a una mujer a la que llamaban «*Lady* Hamilton». Diego enseguida comprendió que se trataba de Emma Lyon, la exesposa del embajador inglés en Nápoles y amante del malogrado almirante *Lord* Nelson, con el que había tenido dos hijas bastardas. Y, tras la muerte del héroe británico de Trafalgar, en su condición de mujer adúltera, era calumniada sin misericordia. Rato después, una de aquellas damas, acercándose a *Lady* Margaret, le comentó:

—Qué bonita es tu sobrina Brunilda. ¿Se quedará mucho tiempo con vosotros?

—Hasta que regrese su cuñada; luego ambas volverán juntas a Prusia. Bruny había previsto acompañar a la viuda de su hermano a España y a Portugal, pero ante mis ruegos se quedó con nosotros. Es mi única sobrina carnal y... pronto se casará y se irá a vivir muy lejos... al otro continente. Diego, con disimulo, escuchaba atento la conversación.

—¿Se marchará a las Indias? —oyó que preguntaba otra de aquellas damas.

—Sí, su prometido es de origen italiano —continuó *Lady Margaret*—, tiene allí muchas tierras y una enorme mansión. Por suerte, es un hombre muy bueno y generoso; después del asesinato del padre y hermano de Brunilda... y la destrucción de la imprenta familiar, él ayudó mucho a mi hermana y a su nuera, lo que evitó que todas ellas se quedaran en la calle. Lo único malo que tiene es que... le lleva a mi sobrina demasiados años. Ojala Bruny esté de verdad enamorada de él.

En ese momento un criado anunció que la mesa estaba servida. La cena, que resultó apetitosa, trascurrió en medio de un clima de cordialidad. Tras eso, mientras los sirvientes organizaban la sala de baile, los invitados se reunieron en el salón de música. Luego de tomar asiento, todos se prepararon para escuchar un concierto de piano y canto que dos de las damas allí presentes iban a ofrecer a la concurrencia.

Al volver la cabeza, los ojos de Diego tropezaron con la figura de Brunilda, que permanecía sentada al lado de su prima, atenta a la música que en ese momento comenzaba a interpretar una de las damas en el pianoforte. El rostro de la prusiana se veía relajado por una dulce expresión, que suavizaba su armonioso semblante. Diego no tuvo más remedio que rendirse del todo a su belleza: «Qué lástima que esté comprometida, próxima a casarse», se dijo sin dejar de observarla. En un momento dado, ella, de pronto, a la vez que volvía la cabeza, posó sus ojos en Diego de una manera extraña... que llegó a provocarle un involuntario estremecimiento. Aquel sorpresivo cruce de

miradas solo duró unos instantes; el semblante de Brunilda enseguida retornó a su indiferente postura inicial. Diego se quedó sumido en la incertidumbre, mientras reconocía que nunca antes se había sentido tan intimidado y a la vez tan atraído por una mujer.

Cuando finalizó aquel recital, el español, deseoso de distraer sus pensamientos, comenzó a pasearse por un largo zaguán con sus paredes repletas de cuadros. Mientras caminaba, a la vez que observaba los rostros de aquellos ancestrales personajes cautivos de sus marcos, llegó a un amplio salón iluminado por varios candelabros puestos en cada esquina, anexo a una amplia biblioteca, atiborrada de libros.

De pronto, al girarse, con mirada analítica contempló un inmenso tapiz que representaba un antiguo enfrentamiento marítimo entre ingleses y españoles.

—Es la batalla de 1588 cerca de Cádiz, tu ciudad... en la que Inglaterra salió victoriosa; lo que dio inicio a la pérdida de vuestra Armada Invencible.

La voz de Edward lo sobresaltó.

—Sí, ya lo suponía —repuso Diego con una sonrisa, mientras se volvía hacia él. Poniéndose en guardia ante el temor de que el flemático hermano de Janet intentara increparlo de mala manera, con expresión burlona, agregó—: Fue ahí cuando vuestro... afamado pirata Francis Drake asaltó nuestra ciudad y nos robó unas tres mil botas de jerez.

—No, creo que eso sucedió un año antes, en el 1587 —señaló el inglés con voz sorprendentemente cordial, para enseguida añadir en el mismo tono—: Y fue así como desde esos tiempos, vuestros afamados vinos de Jerez son muy apreciados por nosotros. —Sin esperar respuesta, Edward le preguntó—: ¿Te aburres?

Tomado de sorpresa por el cambio tan radical en de actitud del inglés hacia él, Diego objetó:

—No, de ninguna manera.

Tras aspirar una bocanada de aire, Edward, con voz afable, murmuró:

—Al observar que te dirigías aquí, te he seguido. Desde hace días deseaba

hablar contigo, para disculparme; reconozco que la noche de tu llegada fui bastante grosero contigo.

Ante esas palabras, Diego se sintió aún más desarmado.

—No te preocupes, todo eso está olvidado ya —contestó sonriéndole cortés.

—Celebro saber que no sientas aversión hacia mí —repuso Edward devolviéndole la sonrisa—. No puedo negar que has llegado a sorprenderme de manera muy grata. Eres un perfecto *gentleman*, además de inteligente y culto.

Ante tantos halagos, Diego sintió que enrojecía.

—Gracias, Edward; lo... mismo pienso de ti —repuso con afectuosa voz.

—Entonces, ¿quedamos amigos? —cuestionó el inglés, mirándolo con fijeza.

—Claro que sí.

—Estupendo, debo reconocer que sentía temor a que me guardaras resentimiento —confesó el inglés, estrechándole la mano. Sin esperar a que el español le respondiera, mirándolo con simpatía, le dijo—: En uno de sus viajes, Carlos, mientras hablaba de ti, me contó que eres... eres un avezado espadachín. Y que además has participado en muchos duelos a muerte, incluso con navajas y pistolas, lo cual, al conocerte ahora en persona, me ha impresionado mucho más.

Diego se pasó la mano por el cuello, aflojándose el nudo de su corbatín.

—Bueno, a decir verdad... todo eso es... más fama que realidad —comenzó a decir, con una sonrisa que no lograba esconder su incomodidad—. La mayoría fueron enfrentamientos por honor, en los que apenas alcancé a herir alguno de mis contrincantes. Y, en varias ocasiones, también salí bastante ultrajado; créeme, esa popularidad me superó, sin que yo la buscara.

—¿Y eres tan bueno con las espadas, como asegura Carlos? —volvió a preguntar el inglés.

Diego asintió con la cabeza.

—Sin el ánimo de parecer vanidoso, creo que sí. Practico esgrima desde los ocho años.

Edward iba a decir algo más, pero la inesperada presencia de Janet se lo impidió.

—¿Qué hacéis aquí... alejados de todos? —inquirió ella intrigada.

—Solo hablábamos —respondió Edward echándose a reír. Tras eso, sin cambiar de expresión, añadió—: Con vuestro permiso, voy a reunirme con mis amigos.

Apenas Edward salió, Janet se acercó a Diego.

—¿Está todo bien... con mi hermano? —le preguntó.

—Perfectamente, me ha seguido hasta aquí para pedirme disculpas por su grosero comportamiento del día de nuestra llegada.

Ella se echó a reír.

—Ah, me alegro mucho. Aunque a veces Edward es muy irritante e impulsivo, te aseguro que posee buenos sentimientos. —Marcó una breve pausa y, mirándolo a los ojos, inquirió—: ¿Escuchas la música? ¿Te apetece bailar?... ¿sabes una cosa?, todas mis amigas me han interrogado sobre ti; querían saber si... estamos enamorados o solo... somos amigos —concluyó vacilante

—¿Y tú qué les has contestado? —quiso saber él mirándola con visible sorna.

—Nada, las he dejado con la intriga —contestó ella un tanto acalorada.

Diego se echó a reír y, ofreciéndole su brazo, entraron en el salón. Comenzaron a danzar.

A la mañana siguiente, ante los estridentes ladridos de la jauría de galgos, Diego se despertó sobresaltado. Enseguida brincó de la cama y procedió a vestirse con rapidez. Abajo los integrantes de la partida ya estaban preparados. Carlos, al verlo llegar, lo saludó con una sonrisa.

—Hola, dormilón. Bueno... qué, ¿no te decides a venir?

—No, ni pensarlo —repuso Diego al tiempo que negaba con la cabeza.

—Ya lo imaginaba. Si deseas saludar a mi prima Janet, ella se encuentra en el patio de atrás, y creo que ahora está sola —le comunicó Carlos con una

sonrisa cómplice.

—Entonces... voy a darle los buenos días —respondió Diego guiñándole un ojo.

Al llegar cerca de los establos, descubrió a Janet montada sobre un hermoso caballo tordo, al que dominaba con hábil destreza. La inglesa iba enfundada en un sentador traje de amazona color pizarra; sobre la cabeza llevaba un típico y gracioso sombrero inglés.

Al ver a Diego, Janet saltó a tierra. Mientras blandía la fusta en su mano, se le acercó.

—¡Buenos días! ¿Cómo has dormido? —saludó afectuosa.

—De maravilla. ¿Y tú?

Después de aspirar con placer el aire fresco de la mañana, ella respondió:

—Al igual que tú, muy bien.

—Estás guapísima... —ponderó él, mirándola de arriba abajo.

—Gracias, me alegra saber que te gusto. Bueno, ¿y qué harás hasta que regresemos?

—Pasearé por el parque y, cuando me canse, me adentraré en vuestra surtida biblioteca, y me pondré a leer —respondió él levantándose de hombros.

—O también puedes hacerle compañía a mi padre que, por una lesión en la espalda, tampoco puede salir con nosotros. Seguro que con él no te aburrirás en absoluto; enseguida te llevará a alguna de sus tabernas preferidas.

—En ese caso, acepto gustoso.

A la vez que desplegaba su sutil coquetería, Janet lo miró a los ojos.

—Mi prima Bruny también se quedará en casa —repuso con mal disimulada indiferencia. Sin cambiar de gesto, explicó burlona—: A ella, al igual que a ti, tampoco le gustan las cacerías. Como ves... ambos tenéis algo en común. — Sin agregar nada más, ni esperar respuesta, comenzó a caminar hacia su progenitor, que se hallaba en medio de un grupo de personas, y le gritó—: ¡Padre! ¿Puede usted venir?

A los pocos instantes, *sir* Temple se aproximó a ellos. Luego de un rato de

conversación, el dueño de la casa, dirigiéndole a su huésped una amistosa sonrisa, exclamó:

—Entonces, ya que ambos nos quedaremos prácticamente solos, en medio de mujeres, saldremos a pasear por ahí.

Janet miró a Diego a los ojos; con un gesto encantador, le dijo:

—Bueno, adiós, nos veremos al regreso.

Cuando ella se alejaba, el español la siguió con la mirada dándose cuenta de que desde hacía unos días Janet, a pesar de coquetearle de manera discreta, al mismo tiempo parecía huirle.

En ese momento, al recordar la noche anterior, no pudo evitar sonreír. Durante el baile, Janet, al verlo flirtear con una de las damas allí presentes, se había mostrado molesta. Y ese detalle a él, a más de sorprenderlo, le había causado mucha gracia y, para qué negarlo, una gran satisfacción. Mientras Diego regresaba a la casa, Carlos se le acercó.

—¿Has encontrado a mi prima? —le preguntó.

—Sí, ahora voy a cambiarme de ropa; saldré con tu tío a dar un paseo.

—Ah, seguro que lo disfrutarás —le anunció con una carcajada. Seguido a eso, mirándolo intrigado, le cuestionó—: Bueno, ahora dime la verdad; aparte de haber congeniado con mi prima, ¿la encuentras guapa... quizás interesante?

Diego lo miró pensativo.

—Te confieso que como mujer me atrae mucho más Brunilda —respondió Diego—. Lástima que siempre, cada vez que me mira, es como si quisiera morderme. Decididamente, esa jovencita me castiga con el látigo de su indiferencia.

—Ya somos dos. Sí... es cierto; no se puede negar que la prusiana es hermosa; a mí también me gusta. Pero ya lo ves: después de enterarse de que tú y yo simpatizábamos con Napoleón, nos considera enemigos a los que hay que abatir. ¿Has visto sus ojos? Parecen los de una gata, ¿y los lunares de su rostro?, aunque quizás son pintados, le quedan preciosos... Anoche me fijé que tiene otro justo en el nacimiento de uno de sus voluptuosos senos. —Tras

un largo suspiro, acabó por decir—: Bueno, ambos tenemos que olvidarnos de la tal Brunilda: ella está comprometida para casarse. Dicen que con un hombre bastante mayor que ella.

—Sí, ayer escuché que tu tía se lo contaba a una de sus amigas. Me ha sorprendido saber que se marchara con él a América; es casi una niña.

—No creas; aunque no los aparenta, ya tiene más de veinte años.

—Vaya, le echaba solo unos diecisiete.

—Su prometido es de origen italiano; vivió muchos años en Prusia, donde conoció al padre de Brunilda. Ahora tiene su residencia en Puerto Rico; creo que es dueño de unas plantaciones de tabaco. Y, por lo que escuché decir a mi tía, él tiene pensado ir directo a Prusia para casarse con Bruny. —Luego de marcar un breve intervalo, expresó—: Volviendo a Janet, no has respondido a mi pregunta: ¿te gusta un poco?

—Sí, claro... es bellísima. Lo malo es que está empeñada en no dejar florecer a la mujer femenina, dulce y apasionada que, con seguridad, lleva dentro.

—Siempre fue competitiva, innovadora y muy inteligente —admitió Carlos. Mirándolo chancero, replicó—: Y, como a ti te gustan los desafíos, puedes hacer que ella se transforme en una dulce palomita. Estoy seguro de que junto a Janet nunca te aburrirías. Claro que... para eso, tendrás que dejar aparcada tu vida de donjuán, ¿te crees capaz de lograrlo?

—Sí, claro que soy capaz —murmuró, mientras pensaba: «Aunque... no sé si de verdad me interesa intentarlo con Janet».

—No te gires aún —susurró Carlos a la vez que interrumpía los pensamientos de Diego—, la viuda con la que coqueteaste anoche nos está mirando. ¡Qué hermosa y deseable es! Lástima que yo no sea de su agrado: solo tiene ojos para ti.

—No te quejes: tú también tienes varias admiradoras —replicó Diego—. No negarás que la morena con la que bailaste anoche se te insinuó... Incluso llegó a provocarte. Aprovecha durante la cacería para cortejarla.

Carlos, en medio de un hondo suspiro, confesó:

—Por desgracia, no puedo hacer eso. Mi corazón aún está cautivo de los ojos de tu fría e indiferente hermana. Y, a pesar de que lo intento, mi mente no logra sustituirla por otra.

Apenas partieron los cazadores, precedidos por los bulliciosos perros, y se perdieron en la lontananza, Diego y el padre de Janet partieron en calesa hacia la campiña. Tras media hora de camino, en medio de una entretenida charla, *mister Dickon* detuvo el coche frente a una vieja posada.

—Parece muy antigua —comentó Diego al observar la impresionante estructura.

—Ufff, ya lo creo; tiene más de seiscientos años; fue construida antes de la dinastía Tudor. Por aquí hay muchas iguales a esta. En Londres siempre concurro a una en particular, llamada *Blue Boar* donde, según dicen, Robin Hood y sus bandoleros iban a divertirse —le explicó el *sir Temple*, para añadir a continuación—: Vamos, entremos a tomar algo.

Mientras trasponían el inmenso portal, el padre de Janet, con sonrisa afable, le propuso:

—Déjame sorprenderte con un succulento desayuno.

Minutos después, ya sentados frente a una mesa redonda de rústica madera, acompañados de varios clientes más, *mister Dickon*, dirigiéndose al camarero, pidió:

—Tomaremos queso Gloucester, pan de centeno, algunas nueces y sidra fresca. —Apenas se quedaron a solas, a la vez que observaba risueño a su acompañante, comentó—: Ya verás cómo te gusta ese queso típico de aquí. Se obtiene con toda la crema de la leche.

Tras degustar ese exquisito desayuno, sin casi darse cuenta del paso de las horas, ambos siguieron inmersos en una amena charla. Cuando emprendieron la vuelta, los cazadores ya estaban de regreso.

Por la tarde Janet, acompañada de Carlos, Diego y varios otros amigos de ambos sexos, a excepción de Brunilda (que prefirió quedarse junto a su tía y

las demás amigas de esta), el grupo marchó a practicar puntería con arco y flecha. Un rato después, Edward, acompañado de tres jóvenes, se acercó a ellos. El hermano de Janet, a la vez que blandía una espada en la mano, dirigiéndose a Diego le preguntó:

—¿Te batirías conmigo... en un amigable entrecruces de espadas?

—¡No aceptes! —gritó Carlos.

—¡Edward! No deberías pedirle algo así a nuestro invitado —replicó Janet.

El inglés reiteró:

—Dejen que sea él quien decida, ¿aceptas? —volvió a preguntar observando a Diego con fijeza.

Diego, contemplándolo burlón, le increpó:

—Entonces, ¿quieres poner a prueba mi fama... de buen espadachín?

—Claro, y de paso mediremos nuestra destreza —insistió el hermano de Janet.

—De acuerdo, acepto —respondió Diego.

Janet, sin dejar de mirar a su hermano con reprobación, opinó irritada:

—Edward, me parece que desafiar a nuestro huésped a un duelo, aunque sea amigable, es una falta de respeto. Eso a nuestros padres no les gustará.

Edward, mirándola ceñudo, apostilló:

—Pero... ¿qué dices?, hablas como si ambos fuéramos dos niños. Solo practicaremos esgrima con las reglas impuestas en una competencia. — Volviéndose hacia uno de sus amigos, agregó—: ¡Dame la otra espada! —Con ambas en las manos, a la vez que se las extendía al español, ofreció—: ¡Toma, Diego, elige la que a ti te parezca mejor!

El español escogió una; luego de observarla unos instantes, con hábil ademán la blandió en el aire. Sosteniéndola en alto, le dijo:

—Me quedo con esta.

Todos los presentes comenzaron a prepararse para el encuentro de los dos espadachines.

—Ganará el primero que toque ligeramente al contrario, ¡yo seré el juez! —

gritó uno de los amigos de Edward.

Diego dejó la espada sobre una banqueta y, entre ademanes parsimoniosos, se quitó la casaca y el elegante chaleco. Con la misma lentitud subió las mangas de su camisa hasta el codo. A continuación tomó la espada en la mano y practicó algunos amagues al aire. Luego se quedó a la espera de que su «rival» estuviera listo. El que oficiaba de juez, a la vez que levantaba el brazo, gritó:

—¡Listo! ¡Podéis comenzar!

Los contendientes se midieron con la mirada.

—¡En guardia! —exclamó Diego.

Cuando los aceros se entrecruzaron, todos guardaron silencio.

La competición empezó con entusiasmo y caballerosidad; ambos eran hábiles en aquel deporte mientras exhibían un perfecto equilibrio de destreza y coordinación.

Janet centró sus ojos en Diego, observándolo con indudable admiración: «Tengo la impresión de estar viendo a *sir* Lancelot espada en mano, para ganarse el amor de la reina Ginebra», pensó en medio de un estremecimiento.

Al fin el español, tras cortar el aire con su espada en un magnífico y certero lance, rasgó la camisa del inglés. La contienda había terminado: Diego era el vencedor. En seguida se escucharon los aplausos, mezclados con exaltadas voces.

Unos minutos después, Janet y su hermano se aproximaron a Diego. Edward, mirándolo con simpatía y admiración, le tendió la mano y exclamó:

—¡Te felicito! Debo reconocer que eres magnífico con las espadas.

—Tú también eres muy bueno —respondió Diego—, me ha costado bastante vencerte. Creo que la suerte ha estado a mi favor.

Janet se acercó a Diego; mirándolo en una mezcla de fascinación y anhelo, le susurró:

—Felicidades, opino igual que mi hermano; eres... magnífico con las espadas.

—Gracias, agradezco tus halagos —dijo él mientras le sostenía la mirada con seductora intensidad—. De verdad... al venir de ti, para mí son muy importantes.

Ella de pronto, con evidente azoramiento, le dio la espalda y rápida se alejó de él a toda prisa.

Sin saber qué actitud tomar ante aquella sorpresiva reacción de Janet, Diego, intrigado, se preguntó: «¿La inglesita acaba de dejar claro... que no le soy del todo indiferente? Yo creo que sí».

En las siguientes horas, el grupo de jóvenes siguió inmerso en la participación de diferentes juegos. En ninguno de ellos intervino Brunilda, que prefirió seguir al lado de su tía y el grupo de sus amigas.

El lunes las visitas empezaron a marcharse. Horas después, ellos también emprendieron el regreso a la ciudad. Durante los cuatro días restantes, Diego, Carlos y sus primos, incluida Bruny, visitaron museos, castillos y monumentos. También asistieron a todas las reuniones sociales a las que la familia Temple era invitada.

Diego continuaba intrigado, y a la vez sorprendido, ante la insólita actitud de Janet, que en todo momento evitaba quedarse a solas con él. En cambio, Edward le prodigaba un trato cada vez más cordial, presentándole a otros amigos e invitándolo a participar, acompañado de Carlos, de largas reuniones en selectas cafeterías, incluso en el elegante y elitista salón privado, The White Club, adonde iban a jugar al billar.

Por su parte, Brunilda seguía mostrándose huraña y esquiva con los españoles, y solo se limitaba a intervenir en las conversaciones culturales. Y, aunque Diego en muchas ocasiones, había intentado intimar un poco más con ella, la prusiana enseguida, con cualquier pretexto, lo evitaba.

Una tarde, en el momento en que Diego bajaba las escaleras, se encontró con la prusiana que subía. Cuando ambos se encontraron frente a frente él, con audaz y deliberado gesto, le rozó la mano junto a una parte de su cadera. Bruny, sorprendida, detuvo sus pasos. Los oscuros ojos del español buscaron

los claros y huidizos de la prusiana hasta que ella, luego de dirigirle una fría y desdeñosa mirada, siguió su camino. Diego permaneció sin moverse con los ojos fijos en su esbelta figura.

Cuando la bella joven llegó arriba, se volvió a mirarlo. Entonces él, dedicándole una seductora sonrisa, le hizo un gracioso y acentuado pase de pecho. Tras unos instantes de turbación, ella, rápida, volvió a darle la espalda y desapareció de su vista. El español se echó a reír claramente satisfecho.

Un día antes de la partida de los españoles, la familia de Carlos tenía organizada una reunión de amigos al aire libre, en el inmenso patio de la mansión. Esa mañana Diego luego de desayunar, mientras Carlos acababa de preparar su equipaje, se dispuso a dar un paseo en solitario. Luego de recorrer el extenso jardín, repleto de flores y plantas, casi hasta sus límites, se detuvo junto a un manzano. Tras coger dos de aquellas deliciosas frutas, a la vez que comenzaba a comerlas, reanudó la marcha. Media hora más tarde regresó a la casa internándose por otro sendero que daba a un bello bosquecillo de laureles, junto a las cercanías de la casa. Al aproximarse a la vivienda, escuchó risas y voces femeninas.

Sigiloso fue acercándose y, oculto entre las ramas, vio que desde una de las ventanas bajas varias mujeres hablaban y reían. De pronto, con inaudita sorpresa oyó que una de ellas exclamaba: «¡De verdad, usted y ese atractivo español... al que llaman Diego, harían una bonita pareja! ¿Por qué no le gusta? ¡Con lo guapo y gentil que es!».

Diego se quedó paralizado: ¡hablaban de él!

Enseguida se oyó otra voz de mujer que respondía: «Estoy comprometida para casarme; además, ese español... solo es un aventurero, acostumbrado a jugar con las mujeres». ¡Era Brunilda! Pero... ¿dónde estaba ella?, se preguntó Diego a la vez que alargaba el cuello en el intento de descubrirla; en ese momento otra voz preguntó: «De verdad, ¿está usted tan enamorada de su prometido como para irse a vivir tan lejos?». Tras unos minutos de silencio, la prusiana, con voz queda, respondió: «Eso creo... él es un hombre muy bueno y maravilloso, y me quiere mucho». De manera inesperada, para más sorpresa

del español, frente a él se alzó la imagen de Brunilda... completamente desnuda con el pelo suelto, chorreando agua. El corazón de Diego comenzó a latir con fuerza.

Sofocado por la impresión, sus ojos se quedaron fijos en aquellos turgentes senos... y sin que lograra impedirlo su libidinoso cerebro le provocó la rápida aceleración del pulso que enseguida le transmitió a todo su cuerpo una oleada de sensual aturdimiento. Mordiéndose los labios, recorrió con la mirada, centímetro a centímetro, el escultural cuerpo de la joven sin dejar de admirar cada contorno de su armoniosa y deseable figura.

Brunilda, sin saber que era espiada, cogió la toalla que una de las doncellas le entregaba, y se cubrió con ella. Luego envolvió su cabeza con otra y comenzó a secarse el pelo. Tras una honda inspiración, Diego, con la frente perlada de sudor, a la vez que comprendía que lo que aquello que hacía no era propio de un caballero, pese a que le costaba mover sus piernas, se obligó a escapar de allí.

Horas después, Carlos y Janet se entretenían en una animada partida de billar. Diego permanecía mirándolos sin decidirse a intervenir; a pesar de proponérselo, no lograba borrar de su cabeza la imagen de Brunilda desnuda, deleitándose una y otra vez con el recuerdo de aquel esbelto cuerpo, de líneas perfectas, y aquellos prominentes senos de sonrosados y erectos pezones. De pronto, con los dientes apretados, se dijo con firmeza: «Tengo que olvidarme de esa niña... quitármela de la cabeza antes de que ella se transforme en una peligrosa obsesión. Además, mañana... cuando me vaya de aquí, ya nunca más volveré a verla».

Por la tarde, Diego esperó paciente a que Janet terminara una nueva partida de *bridge* y poder despedirse de ella en la intimidad. Pero la inglesa no paraba de ganar todos los juegos, y llegó la noche sin que el jerezano pudiera hablar a solas con ella. Después de la cena, decidido a cumplir con su cometido, la abordó:

—Desearía despedirme de ti en privado, ¿me acompañas a la terraza?

Janet, un tanto nerviosa, a la vez que se obligaba a sonreír, respondió:

—Sí, claro... vamos.

Una vez en la azotea, ambos se quedaron silenciosos a la vez que contemplaban la lejanía de la populosa ciudad. Al fin Diego se volvió hacia ella. Con una cálida mirada, le dijo:

—Quiero que sepas que para mí ha sido un gran placer haberte conocido.

Ella bajó los ojos.

—Gracias, Diego lo... lo mismo digo —respondió un tanto vacilante con apenas un hilo de voz.

—Espero que volvamos a vernos muy pronto —señaló él observándola con suspicacia.

La inglesa, mientras evitaba mirarlo a los ojos, murmuró:

—Como bien... te lo ha dicho mi familia, esta es tu casa. Y siempre serás bienvenido aquí.

—Gracias. Sería fantástico que tú también me hicieras algún día el honor de visitar mi país. Acabo de pedírselo a tus padres y a tu hermano.

—Sí, tenemos pendiente un viaje a tu tierra; se lo prometimos a Carlos y a sus padres cuando vinieron al funeral de mi tío Ronald.

Mientras hablaban, Diego no dejaba de preguntarse: «¿Cómo reaccionaría si ahora la tomara entre mis brazos y la besara? Con seguridad me responderá con una bofetada».

Sentía la imperiosa necesidad de aturdirse de la manera que fuera, y así dejar de pensar en la prusiana, a la que no lograba desterrar de su mente. Y sabía que para eso nada mejor que intentar indagar en el fondo de esa otra mujer de la que estaba seguro de que él no le era del todo indiferente. Con ademán juguetón, Diego acercó su mano hacia Janet y le tocó el rostro.

Ella se quedó quieta con la respiración un tanto acelerada. Enseguida, la delicada caricia se transformó en algo íntimo y provocador. Maravillado, la sintió estremecerse.

—Janet, voy a besarte —le susurró acercándose más a ella.

Con suave presión le rozó los labios. Apenas Diego intensificó el beso a la vez que la rodeaba con sus brazos; ella le devolvió la caricia. Tras esos segundos de espontáneo abandono, con gesto brusco Janet se apartó de él.

—No... no te equivoques —dijo balbuceante—, no soy... como esas mujeres que tú acostumbras a tratar.

Diego soltó la risa. Tras unos segundos de risueña contemplación, afirmó:

—Eso ya lo sé, Janet. Solo ha sido un beso, en el cual he notado que tú también participabas.

—No es verdad. Solo... me has cogido desprevenida —rebatíó, un tanto molesta, dándose cuenta de que él la hacía sentirse vulnerable, fuera de su autocontrol.

Diego, decidido a llevar al extremo su capacidad seductora; no dejó de jugar con su pelo.

De pronto se detuvo: ante sus ojos volvió a aparecer la sugestiva y, por demás, adorable figura de Brunilda mostrándole todos sus encantos. A continuación, mientras aspiraba una bocanada de aire con los parpados cerrados, se apartó de Janet.

—Perdona —le susurró—, te prometo que no se repetirá. No volveré a besarte..., hasta que tú misma me lo pidas.

Janet, negó con la cabeza, y replicó rotunda:

—No creo que alguna vez llegue ese día. Diego. Tú y yo solo podemos ser amigos; eres demasiado mujeriego e impredecible, un hombre de los que yo siempre he huido.

Durante unos instantes Diego la miró silencioso.

—Estoy seguro de que... cuando me enamore de verdad, solo tendré ojos para la mujer amada —aseveró, aunque sin demasiada convicción.

—No lo creo: los hombres como tú no cambian nunca. He visto cómo miras a las mujeres, sobre todo a mi prima. Muchas veces, cuando crees que nadie te ve, pareces hipnotizado, mejor dicho idiotizado por ella. Bruny te atrae como un imán.

Diego, sintiéndose desarmado, alegó:

—Sí, eso no puedo negarlo. Tu prima es una mujer muy guapa... y yo soy muy sensible a la belleza femenina. —Se quedó unos instantes silencioso. Luego, mirándola de frente, inquirió seductor—: Y tú, ¿no sientes la tentación de intentar cambiarme?

—No. No quiero correr ese riesgo —contestó ella.

Con un gesto de fingido desencanto, él replicó:

—Es una lástima. No obstante debo confesar que me gustó besarte. ¿A ti te gustó?

—Fue como... cualquier otro beso —musitó ella a la vez que bajaba la cabeza.

La presencia de Edward los interrumpió.

—Perdón —se disculpó—, desde hace ya un largo rato os esperan para el brindis.

Janet se recogió las faldas y, a la vez que miraba a Diego con solapada indiferencia, manifestó:

—Vamos de inmediato.

La despedida de Brunilda a Diego le resultó aún más complicada. Fue a la mañana siguiente, unas horas antes de partir. Apenas la vio sola, se le acercó decidido. Esforzándose por olvidar que la había visto desnuda, se inclinó ante la mano de ella y, con ademán galante, se la besó. Luego, aún a sabiendas de que sus palabras la encolerizarían, al tiempo que buscaba sus ojos, la halagó:

—Qué hermosa eres. De verdad, nunca vi una mujer tan bella como tú.

Ella, mirándolo burlona, en perfecto español, exclamó:

—Don Diego, ¿no cree usted que está dedicándome... demasiados cumplidos?

El jerezano, mostrándose asombrado, replicó:

—Vaya, hablas mi lengua como la tuya propia.

—Así es, como ya sabe, mi cuñada es española, y yo he estado muchas veces en Madrid; además, cuando me case, viviré en un país de habla hispana.

Por si le interesa saberlo, además de inglés y de español, también hablo muy bien portugués, italiano, alemán y francés. —Enseguida, con ademanes nerviosos, añadió—: Bueno... tengo que dejarlo, mi tía y su modista están esperándome en el salón de costura...

—En ese caso, no te retengo más —apostilló Diego—. Solo déjame decirte que, aunque sé que... desde el momento mismo en que nos conocimos, me has demostrado tu antipatía, lo cual lamento mucho, para mí ha sido un placer conocerte.

Con visible azoramiento, la prusiana respondió:

—Gracias, igualmente. Y... no es que me caiga usted antipático; lo que sucedió el día que nos conocimos fue que... cuando escuché que halagaba con tanta devoción al causante de las muertes de mi padre y hermano, no pude contenerme... y reaccioné mal.

—Por favor, te lo pido, tutéame. Y respecto de lo que acabas de decirme, soy consciente de lo mucho que has sufrido con la tragedia de tu familia. Pero eres muy joven... y muy bella para tener tanto rencor y odio acumulados dentro de ti. Por otro lado, me gustaría que no me sintieras como tu enemigo; no soy bonapartista: solo soy un inofensivo afrancesado.

Mostrándose turbada, la prusiana balbuceó:

—Reconozco que... fue una grosería de mi parte... reaccionar así —dijo mientras bajaba los ojos avergonzada. Seguido a eso, a la vez que volvía a mirarlo, agregó—: Te reitero mis disculpas.

—No te preocupes, está todo olvidado —respondió Diego con suave voz. Tras un corto intervalo, contemplándola fijamente, prosiguió—: Te deseo mucha suerte en tu matrimonio con el indiano. —Al instante, sin rodeos, se atrevió a preguntarle—: ¿Puedo saber cómo se llama tu *Sigfredo*?

—¿*Sigfredo*? —inquirió Brunilda poniéndose a la defensiva.

—Me refiero a tu prometido. Lo nombré de ese modo porque... recordé la leyenda de *Brünnhilda y Sigfredo*.

Después de un prolongado silencio, ella objetó con sequedad:

—Mi prometido se llama Victorio Vercelli, es italiano y ahora vive en Puerto Rico. Pero no creo que mi historia sea igual a la de esos personajes.

—Tienes razón, sobre todo por la diferencia de años que escuché que te lleva él: más de veinticinco. —Sin dejar de mirarla con innegable provocación, le cuestionó—: ¿No sientes temor a casarte con un hombre tan mayor, que casi podría ser tu abuelo? Dicen que los maridos viejos acaban siempre por transformarse... como la propia historia: en recuerdos del pasado.

Ella, con gesto molesto, replicó airada:

—De verdad... tienes un sentido del humor muy irritante.

Sin tomar en cuenta el comentario de Brunilda, Diego siguió interrogándola:

—Por lo que percibo... no estás muy enamorada de él, ¿verdad?

El rostro de Bruny se tiñó de rojo.

—Y a ti, ¿qué te importa? —rebatió molesta—, ¿o es que... como mi prima te ha dado calabazas, ahora pretendes seducirme a mí?

Diego, mirándola burlón, alegó:

—Solo es curiosidad. Si yo pretendiera seducirte, usaría métodos muy diferentes.

—Perderías el tiempo; tú para mí solo representas un fatuo figurín. O, como dicen en tu tierra, un presumido y arrogante lechuguino.

Diego, claramente divertido, se echó a reír.

—¿Lo dices de verdad? ¿Te parezco un lechuguino arrogante y presumido? —protestó con graciosa petulancia. Sin cambiar de gesto, añadió—: Debo reconocer que tus palabras me han dolido mucho. Te aseguro que no merezco esos apelativos.

—Pues... es lo que a mí me pareces.

—Eres muy cruel: has herido mi amor propio —contrapuso Diego con fingido desaliento—. Bueno, preciosa Bruny, a pesar de tus palabras tan despreciativas, vuelvo a repetirte que para mí... eres una mujer fascinante. *Addio, bellissima piccola.*

Ella se quedó mirándolo con aire despectivo. Mientras esbozaba una media sonrisa, inquirió:

—¿Sabes que en Italia se dice *addio* cuando se está seguro de que... ya nunca más se volverá a ver a esa persona? —Sin esperar respuesta, con evidente ironía, manifestó—: Te confieso que también para mí... en estos momentos, es un gran placer decirte *addio*. —Mientras le daba la espalda, agregó—: Te deseo suerte en el viaje de regreso a tu tierra.

El jerezano, recorriéndola con la mirada, dijo para sí: «Es increíble; cuanto más me desprecia, más perturbado me deja. Aunque tengo que reconocer que prefiero sus desaires a su indiferencia». Mientras la miraba alejarse, en voz alta exclamó:

—*Addio*, hermosa *piccolina*, creo que nunca podré llegar a olvidarte del todo; de verdad... envidio a tu *Sigfredo*.

Rato después, con gesto entre burlón y desalentado, le confesó a Carlos:

—Para que lo sepas... he intentado tener un íntimo acercamiento con tu prima, cosa que sé que a ti te hubiera agradado, pero no hubo forma de convencerla. Ahí tienes las consecuencias de haberle contado tantas cosas malas sobre mí. —Carlos lo miró con sorpresa.

—Pero también le conté cosas buenas, incluso muchas más...

—Pero ya lo ves: Janet se ha quedado solo con lo malo. Después, quise ser amable y seductor con Bruny... y sin contemplaciones, me mandó directamente a paseo. —Por unos instantes permaneció pensativo. Después, tras fijar los ojos en Carlos, con aire de graciosa aflicción, replicó—: Por primera vez en mi vida he fracasado en dos intentos amorosos. Y esto comienza a preocuparme, ¿estaré perdiendo mi capacidad de conquistador?

Tras soltar una carcajada, Carlos, poniéndole una mano sobre el hombro, le rebatió:

—Eso no lo digas por mi prima... sé seguro que ella se ha quedado muy impresionada contigo; incluso mi tía Margaret me lo ha comentado. Y tal vez mucho me equivoco, pero creo que dentro de muy poco tiempo ella intentará

buscarte.

Al día siguiente tras embarcar, los dos jóvenes españoles dejaban Londres para iniciar su regreso a Cádiz. En Jerez de la Frontera, Diego fue sorprendido por otra triste noticia: la abuela de José, el cochero de don Pedro, acababa de morir. Y ahora su bisnieto Pepín, que había sido abandonado por su madre al poco de nacer, vivía en casa de los Ibáñez bajo la tutela de doña Clemencia, quien ya había dispuesto que el maestro de Ignacio se ocupara también del jovencito enseñándole a leer y escribir. Diego se alegró con la decisión de su progenitora, ya que él también sentía mucho cariño por Pepín.

El viajero se encontró allí con otra novedad, por suerte más agradable: Gustavo estaba de novio con una bonita lugareña, llamada Rosario Albornoz, hija de uno de los capataces de don Pedro. Con expresión entusiasta, Diego lo felicitó:

—Me alegro de que Rosario al fin se haya dado cuenta de lo mucho que vales.

—Gracias, amigo. Ahora que estás de regreso, prepararemos el compromiso. Pensamos casarnos en septiembre del próximo año —le confesó el joven novio a la vez que dejaba aflorar su emoción.

—¡Bravo! Y para ese día, organizaremos una gran fiesta, que será apoteótica. Desde ahora iremos planeándola —replicó Diego palmeándole la espalda.

En los días siguientes el heredero de don Pedro volvió a reintegrarse a su vida habitual.

De manera sorpresiva, en octubre de ese año de 1806, llegó la noticia de que, tras la batalla de Jena, Napoleón Bonaparte acabó por derrotar al ejército prusiano.

Al enterarse de esos penosos acontecimientos, Diego recordó a la bella y enigmática Brunilda, preguntándose qué habría pasado con ella durante esa trágica contienda. ¿Estaría bien? ¿Se habría quedado en su patria, o aún estaría en Inglaterra? ¿O tal vez ya estaría casada, viviendo en América?

Días después, Carlos le comunicó que la prusiana se hallaba de nuevo en Londres, en compañía de Matilde, su cuñada.

—Por suerte, apenas comenzó la guerra en su país, ambas lograron escapar de ese infierno, refugiándose en Londres.

—¿Y sigue soltera? —inquirió Diego.

—Sí, su prometido aún continúa en Sudamérica —confirmó Carlos—. Según me dice mi prima en su última carta, este estuvo muy enfermo tras coger una de esas fiebres tropicales; tiene pensado arribar a Inglaterra en junio del año que viene y preparar su boda con Brunilda para enseguida regresar a las Indias. Ah, en su última carta, mi prima me ha preguntado por ti, al parecer... tal como yo ya te lo advertí, le has dejado huella —concluyó mirándolo risueño.

—¿Tú crees? —preguntó Diego sorprendido, al tiempo que levantaba las cejas.

EPÍLOGO

Justo en ese punto Diego, extenuado, volvió de sus nostálgicas evocaciones. En muy poco tiempo había visto pasar ante sus ojos, en diferentes secuencias, casi toda su vida y tuvo que reconocer que de verdad... recordar era como volver a vivir. Tras un hondo suspiro, con ademán perezoso, estiró las manos como si quisiera tocar el dosel de su cama.

De pronto, la idea de tener que ir a casa de don Álvaro para disculparse con él y su familia, por su «grosero» comportamiento de la noche anterior, volvió a ponerlo de malhumor. Pero ahora ya no podía echarse atrás. Así se lo había prometido a sus padres.

Además, iba a tener que cumplir con las otras promesas: la de inaugurar su primer día de trabajo rutinario. A la mañana siguiente muy temprano tendría que estar en las oficinas de las bodegas como un empleado más.

Deseoso de aplacar su nervioso estado de ánimo, saltó del lecho y de nuevo abrió la ventana.

La habitación se llenó de luz junto a los agradables aromas del jardín. Cerca de las siete de la tarde, Diego cumplió con su visita a la casa de los Sánchez Alvear, donde fue recibido con todos los honores. Tras permanecer junto a ellos casi dos horas, mientras aguantaba las melosas sonrisas de María Luisa y sus pueriles coqueteos, el joven Ibáñez les presentó sus disculpas. Tuvo, además, que excusarse por no poder aceptar la gentil invitación a cenar.

No hubiera soportado permanecer sentado ante ellos, sintiéndose como el convidado de piedra.

Cuando al fin salió de allí, se marchó a toda prisa a su casa. Esa noche se acostó temprano con la esperanza de que al día siguiente su situación no le pareciera tan drástica e inaceptable.

Contra todo pronóstico, Diego estrenó con éxito su nuevo papel de hombre inmerso en el diario trabajo hasta llegar a marcar un gran acontecimiento que sorprendió gratamente a todos por igual.

Aquella mañana, al encontrarse a don Sebastián Aguilar en la puerta de la biblioteca, dándole un fuerte apretón de manos, le expresó jubiloso:

—¡Enhorabuena, muchacho! Me ha alegrado mucho enterarme de tu repentino cambio de actitud frente a la vida y al honrado trabajo. Trata de seguir así; nunca es demasiado tarde para enmendar errores. Como bien dice el refrán: «¡Hágase honrado el hombre... y así estará seguro de que habrá un pillo menos en el mundo!» .

Don Sebastián Aguilar era su antiguo preceptor quien hasta ese día, en todas las tertulias a las que concurría, lo calumniaba sin misericordia, mientras pregonaba a viva voz: «¡Ese don Diego solo es un golfo aventurero y un petimetre holgazán, fiel a su doctrina hedonista, dispuesto a arriesgarlo todo menos su privilegiada vida de soltero».

Al escuchar esas palabras, Diego, a la vez que cerraba los ojos con ademán desanimado, se dijo: «¡Dios mío!, si continúo así, sin dejar de recibir esta clase de halagos y consejos... de manera irremediable mi vida de aventurero libertino tendrá los días contados. Esta situación va a hundir mi ánimo del todo; lo único que me brinda es una sensación de ahogo y hastío hacia el porvenir».

Tras mirar a su expreceptor sonriéndole con desgana, musitó casi sin voz:

—Gracias, don Sebastián. Creo que es usted la persona... número mil que me dice lo mismo. Le prometo que trataré de no defraudar a nadie.

En un esfuerzo por aparentar serenidad, Diego emprendió la marcha hacia la salida, diciéndole adiós a sus proyectos de seguir siendo un despreocupado apátrida. Cuando llegó al patio, con expresión derrotada y la mirada fija en el

lejano horizonte, permaneció un largo rato inmóvil.

Muy cerca de él, sobre las ramas de los árboles, una bandada de bulliciosos pájaros piaban alborozados a la vez que sacudían las hojas con sus inquietos aleteos.

FINAL DE LA PRIMERA PARTE

SINOPSIS DE LA PRIMERA PARTE

El primogénito

La primera de esta trilogía es una novela del género romance y aventuras para adultos. Está ambientada en la ciudad de Jerez de la Frontera (Cádiz) entre finales del siglo *XVIII* y comienzos del siglo *XIX*.

Su principal personaje es un guapo joven perteneciente a la alta burguesía, heredero de unas bodegas llamado «Diego Ibáñez» quien, a pesar de su hidalguía y sentido del honor, es señalado en su sociedad como un pendenciero y un «inmoral calavera», lo que se dice un verdadero donjuán.

En plena adolescencia, comienza a ser el protagonista de sucesivos escándalos amorosos y peligrosos duelos; lo cual es un constante dolor de cabeza para toda su familia. A pesar de las severas y constante penitencias y largos sermones, no logran encarrilarlo por la buena senda.

En el verano de 1806, durante un viaje a Inglaterra, Diego conoce a Brunilda. A pesar de que ella está prometida para casarse con un indiano allende los mares y que en ningún momento se deja seducir por él, Diego se queda fatalmente prendado de ella. A pesar de que lo intenta, no logra sacársela de la cabeza.

Al año siguiente, tras una promesa hecha a su padre de cambiar de vida y transformarse en un hombre de provecho y de buscarse una digna esposa, Diego Ibáñez, a pesar de su desánimo, comienza a trabajar como un operario más en las bodegas de la familia...

Pero realmente alguien como él, un sujeto extravagante, acostumbrado a poner de relieve su incontenible vitalidad sensual y a mantener relaciones con varias amantes a la vez, sin importarle romper con todas las reglas impuestas en la sociedad a la que pertenece ¿podría, de la noche a la mañana, cambiar?, ¿transformarse en un nuevo hombre?, ¿justamente en alguien que nunca imaginó llegar a ser?

EL PRIMOGÉNITO

NOVELA DEL GÉNERO ROMANCE Y AVENTURA

Comentario de Mayte Guerrero Cantalejos

(asesora literaria)

Sur de España, tierra de viñedos, 1807. Guapo, tremendamente guapo, rico y con apetitos difícilmente reprimibles, Diego Ibáñez recuerda su infancia y sus primeras experiencias. Pone nombre y vida a sus antepasados, añora, piensa.

El primogénito, la primera de una trilogía escrita por la autora catalana Laura Mercé, reproduce las andanzas de un amante inolvidable que, con desgana, se ve acorralado por un futuro que nada tiene que ver con él y con su modo de comprender la vida.

Herederero de un rico vinicultor jerezano, el protagonista se siente igual a gusto entre la gente del pueblo llano (incluso en medio de bandoleros y mujeres de dudosa reputación) que entre aristócratas de alta alcurnia. En definitiva, un apátrida de su clase con ansias de exprimir su existencia hasta las últimas consecuencias.

Laura Mercé hilvana una novela tan polifacética como su protagonista. Y lo realiza con soltura y con gran sentido estético. Su respeto por la literatura y por la historia lo obligó a documentarse en el período histórico español que reproduce en esta novela y en las dos que le siguen. Un período de transición entre el latifundismo más arcaico y las ansias de reforma que descendían de más allá de los Pirineos para derramarse por el territorio peninsular.

La autora mezcla acontecimientos históricos enciclopédicos, con circunstancias personales de personajes, quién sabe si del todo ficticios, que describen la pequeña gran historia de una familia.

El libro está escrito desde la sinceridad de una autora que no esconde su amor por las letras. Este hecho, como los buenos vinos, deja un gusto en el paladar del lector que evoca a plumas clásicas, salvando las diferencias, de maestros como Stendhal, Tolstoi o Galdós, y sin despreciar el aroma fresco y entusiasta que los nuevos autores dotan a sus primeras novelas.

Ha hecho bien Laura Mercé en postergar la publicación de su novela, almacenada largo tiempo en bodega. A la autora le ha dado tiempo a enriquecer su capacidad narrativa y escribir una trilogía experimentada y bien trabajada, seria y rigurosa, divertida y atenta con el lector al que no pierde de vista en ningún momento para hacerlo disfrutar de cada página.

PRÓXIMAMENTE

LA SEGUNDA ENTREGA DE ESTA TRILOGÍA: BAJO EL CIELO.

SINOPSIS DE *BAJO EL CIELO*

Tras la promesa hecha a su padre, Diego Ibáñez, contra todo pronóstico, logra enderezar su vida, y se transforma en un hombre de trabajo, lo que deja a su familia muy contenta y esperanzada, pese a que aún le falta buscarse una digna esposa.

A los pocos meses de iniciado su cambio de vida, Diego asiste a un baile de gala en Jerez de la Frontera en el que, de forma inesperada, se reencuentra con Brunilda (a la que aún no logra olvidar). Esa misma noche, de casualidad, Diego descubre que *Bruny* (como la llama él), ya próxima a casarse, está conspirando junto a otros espías contra Napoleón Bonaparte, lo cual deja a Diego completamente sorprendido sin saber qué actitud tomar. Al día siguiente ella, de forma precipitada, se marcha de Andalucía.

Poco tiempo después, a pesar de que sigue sin lograr quitarse a Bruny de su mente, Diego se involucra sentimentalmente con Trinidad Morales, una mujer enigmática y controladora, la cual pasará a ser una de sus últimas amantes. Desde un comienzo Diego sabe que ella es en su vida algo para lo cual él aún no está preparado. Trata de resistirse a su hechizo pero, por más que lo intenta, no lo consigue. Y así, ante la confusión de todos y el beneplácito de su familia (a pesar de que la jovencita en cuestión es solo una humilde huertera),

Diego comienza a vivir otra etapa de su vida.

En el otoño de ese mismo año de 1807, Diego y su padre viajan a Madrid para visitar a sus tíos y primos. Estando allí, de manera casual vuelve a encontrarse con Brunilda, que aún sigue involucrada en el espionaje encubierto contra Francia.

Dos días después de ese sorpresivo reencuentro, Diego se transforma en cómplice de Bruny, a la que ayuda a escapar luego de que esta dio muerte a un agente francés, causante de la muerte de su padre y de su hermano.

Diego y Bruny pasan juntos una noche de apasionado amor en el que ninguno de los dos quiere separarse. Allí él le pide que huya de Madrid, donde con seguridad la estarán buscando. Cuando se despiden, ambos saben que quizás nunca más volverán a verse.

Al día siguiente, Diego, ya en casa de sus tíos, decidido a todo por ella, regresa a buscarla, pero Bruny ha desaparecido. Allí mismo el joven Ibáñez es sorprendido por un grupo de policías que lo conducen a la comandancia, acusado de cómplice de asesinato. Ayudado por uno de sus tíos, considerado un peso fuerte dentro de la sociedad madrileña afrancesada, logra quedar libre de sospechas.

Diego regresa a Cádiz completamente perturbado. Allí Trinidad lo espera ansiosa y él, a pesar de su abatimiento, vuelve a refugiarse en sus brazos.

Al año siguiente, España es invadida por Napoleón Bonaparte. Durante los trágicos fusilamientos de mayo en Madrid, caen muertos uno de sus tíos paternos y dos primos, todos militares, lo cual enluta a la familia Ibáñez de manera trágica.

Ante el inminente avance del ejército francés hacia Andalucía, Diego se alista en el ejército del general Castaños. Al producirse la gran batalla de Bailen (primera derrota de Napoleón), Diego cae gravemente herido y por largos días queda entre la vida y la muerte, sumido en un marasmo del que casi nadie cree que logrará salir.

Al llegar moribundo a Cádiz, su familia enloquece de dolor. Los médicos

intentan desesperadamente de salvarlo. Milagrosamente, Diego es rescatado de las garras de la muerte a efectos de los cuidados (y quizás conjuros) de una curandera “bruja” llamada Cassandra. Mientras, en Jerez de la Frontera, Trinidad Morales, desesperada —convencida de que su amante no sobrevivirá—, se quita la vida.

Si te ha gustado

El primogénito

te recomendamos comenzar a leer

Y entonces, apareciste

de *Esperanza García*



PRÓLOGO

Nuestras miradas

Tras cada uno de sus pasos
se escondía una inseguridad que gritaba por un abrazo,
su mirada vagabundeaba en búsqueda de un escondite perfecto
para evitar la tormenta que estaba por venir,
al otro lado, siendo víctima de su pasodoble,
con curiosidad y sigilo,
tras un hobby apasionante y una serenidad elegante,
al ritmo de una canción que se volvería importante
y los pasos de las personas que inundaban las calles de Madrid,
se encontraba él, con unas ganas insaciables
de abrazar cada una de esas inseguridades
y pasear con ella por Gran Vía para acabar
en un banco cualquiera hablando sobre
la música, el cine, los astronautas y
el mundo al revés.

Y ella que andaba, andaba... y andaba
sonreía formando una capa y él que la miraba
miraba... y miraba anhelaba dar un paso
y decirle que sí, que a él le importaba.
Y entonces, conectaron sus miradas.

El brillo de la oscuridad de la noche

La noche siempre había sido una de mis partes favoritas del día. De pequeño la esperaba ansioso para escuchar la voz de mi madre, dulce, bondadosa... mientras me recitaba uno de los tantos cuentos que ocupaban la gran estantería azul añil de mi habitación. Y después llegaba la mejor parte, su cálido beso de buenas noches. Hoy, a mis veintiséis años, todavía lo pido cada vez que voy a casa a verla. Y jamás me cansaré de desear sentir sus labios en mi frente con la seguridad de tenerla cerca.

Hoy era una noche diferente, bonita, majestuosa... Era la primera noche alumbrada por las diversas luces de Navidad que decoraban la famosa calle de Madrid. Me sentía el mismísimo Ricky Martin en un concierto, escuchaba los ecos de las personas que caminaban de un lado a otro, y solo podía fijarme en las sonrisas soñadoras de niños y adultos que caminaban ausentes a mi mirada. Qué magnífica sensación. Una de las cosas que más me gustaba, sin duda, de mi hobby era que nadie podía saber tanto de mí como yo de ellos tan solo mirándolos. Me sentía astuto... impregnado en las historias de cada una de las personas que elegía como personajes.

Mi gran amigo, Miguel, que tocaba una de las canciones más bonitas de Luis Fonsi, atraía la mirada de jóvenes y ancianos que paraban sus pasos para contemplar cómo cantaba *Se supone*. Hasta yo, que no entraba dentro de mi papel, giré un poco mi cabeza para no perderme tal momento. Su voz era diferente y extremadamente bonita, tenía una sutileza que era capaz de conseguir poner los vellos de punta a cualquiera. Hasta al más frío de los corazones y a las lágrimas más secas.

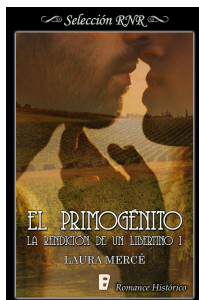
Cuando Miguel terminó de cantar, todo eran aplausos y piropos y, por

supuesto, alguna que otra moneda que agradeció con la más simpática de sus sonrisas. Volví a girar mi cabeza hacia delante para seguir con mi mirada los detalles que me ofrecía el brillo de colores de la noche.

La gran esencia de la vida

En casa las navidades ya no son iguales, por ausencias que se hacen notar como terremotos en el corazón. Y sillas vacías que aún susurran vuestras voces. Pero día a día mis pensamientos acarician el anhelo de no poder sentir vuestros cálidos besos y las yemas de mis dedos ansían con locura acariciar las vuestras, abuelos.

¿Puede un pendenciero y redomado libertino transformarse en un hombre nuevo, cabal y responsable?



Diego Ibáñez, a pesar de su hidalguía y sentido del honor, y pertenecer a la alta burguesía, no puede evitar ser el libertino que todos ven en él. Ser un verdadero donjuán desde la adolescencia lo lleva a ser protagonista de sucesivos escándalos amorosos y peligrosos duelos. Y esto genera un constante dolor de cabeza para toda su familia, más aún cuando es el heredero de las bodegas y el encarrilarlo por la buena senda es imposible de lograr.

Durante un viaje a Inglaterra, Diego conoce a Brunilda, una mujer que logra lo que ninguna otra: que caiga rendido ante ella. Sin embargo, sus dotes seductoras no serán suficientes para ella, quien ya está comprometida con otro hombre.

El tiempo seguirá su curso, pero Diego no se olvida de ella. Así, cumplirá con la promesa hecha a su padre de ser un hombre de provecho y buscar una digna esposa. Pero ¿podrá un sujeto extravagante como él, acostumbrado a poner en relieve su incontenible vitalidad sensual y mantener relaciones con varias amantes, cambiar de la noche a la mañana y transformarse en alguien que nunca imaginó llegar a ser?

Laura Mercé. Nació en Barcelona, pero en época del franquismo, ella y sus padres tuvieron que emigrar a la Argentina. La mayor parte de su vida transcurrió en la ciudad de La Banda, en Santiago del Estero. Desde muy temprana edad fue una apasionada de la historia y la literatura. A los doce años comenzó a escribir cuentos, la mayoría fantásticos, y continuó luego con novelas del género esotérico, histórica-romántica y drama. Durante su niñez, hasta llegar a la adolescencia, tuvo algunos episodios reñidos con la lógica. Por ese motivo, comenzó a investigar el tema de la reencarnación y todo lo que tuviera que ver con sucesos paranormales... hasta llegar a escribir esta historia de amor y misterio. En el año 2001 regresó a España, donde vive actualmente.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Laura Mercé

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-048-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

EL PRIMOGÉNITO

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

Introducción a la historia de la familia Ibáñez

Los destinos se ponen en marcha

Preludio de un donjuán

CAPÍTULO 2

El embrujo de sevilla

El amante inolvidable

Jugando con fuego

Dos hombres y una mujer

CAPÍTULO 3

Réquiem para un duelista

Ecos de una tragedia

Seducción bajo el cielo de londres

EPÍLOGO

SINOPSIS DE LA PRIMERA PARTE

EL PRIMOGÉNITO

PRÓXIMAMENTE

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE LAURA MERCÉ

CRÉDITOS